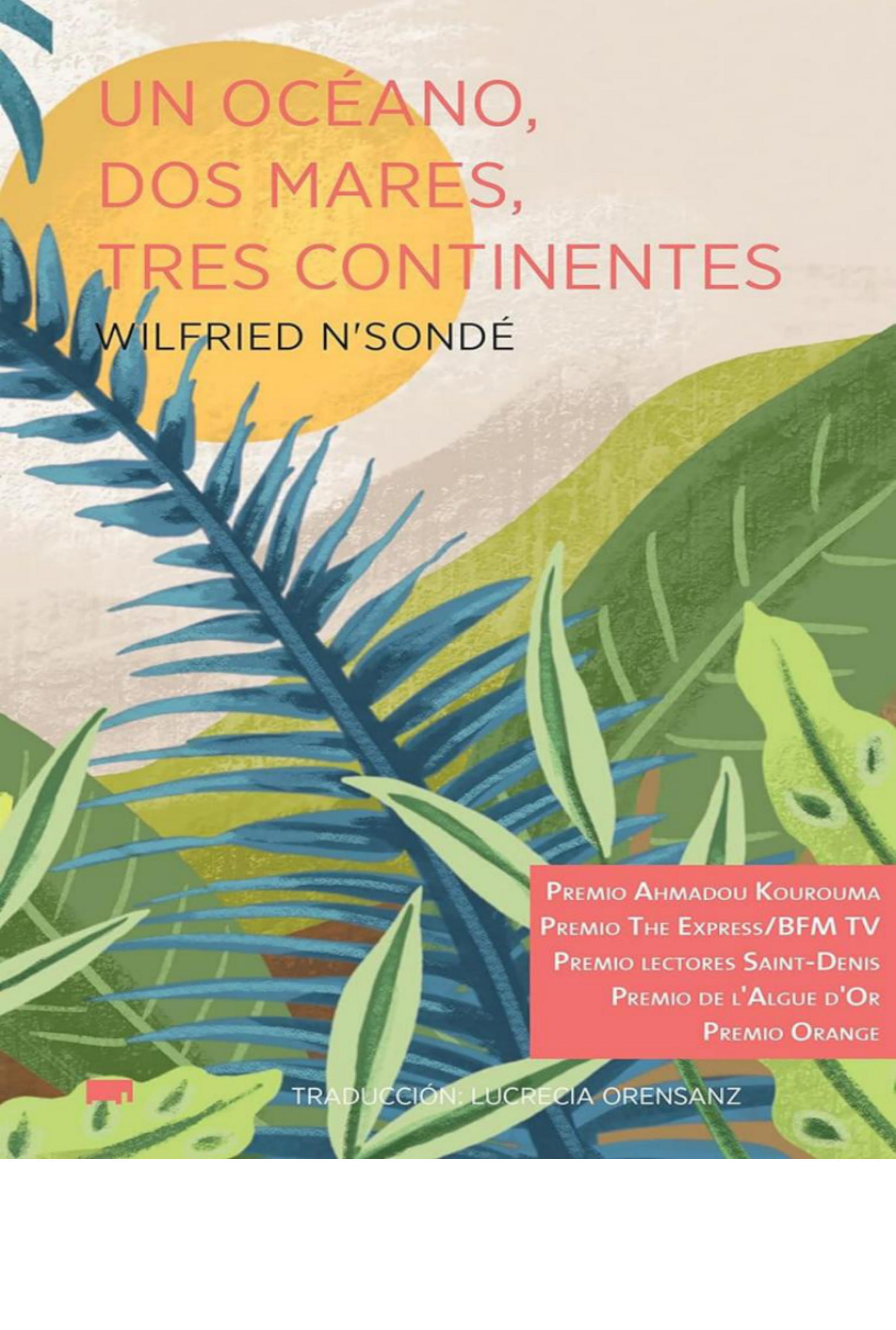

UN OCÉANO,
DOS MARES,
TRES CONTINENTES
WILFRIED N'SONDÉ
PREMIO AHMADOU KOUROUMA
PREMIO THE EXPRESS/BFM TV
PREMIO LECTORES SAINT-DENIS
PREMIO DE L'ALGUE D'OR
PREMIO ORANGE
TRADUCCIÓN: LUCRECIA ORENSANZ

ELEFANTA EDITORIAL

UN OCÉANO,

DOS MARES,

TRES CONTINENTES

COLECCIÓN ÁFRICA

UN OCÉANO, DOS MARES, TRES CONTINENTES

Título original:

UN OCÉAN, DEUX MERS, TROIS CONTINENTS

Publicado en francés por © Actes Sud, 2018

Este libro fue publicado en el marco del Programa de Apoyo a la Publicación de la Embajada de Francia en México/IFAL y del Institut Français







Primera edición en México, 2022

Director de la colección: Emiliano Becerril Silva Cuidado editorial: Emiliano Becerril Silva y Karla Esparza Diseño de portada: Ana Bellido

Formación: Lucero Vázquez

D.R.

imailiano@gmail.com

www.elefantaeditorial.com

@ElefantaEditor

elefanta_editorial

ISBN LIBRO IMPRESO

: 978-607-8749-43-0

ISBN EBOOK

: 978-607-8749-45-4

UN OCÉANO,

DOS MARES,

TRES CONTINENTES

WILFRIED N'SONDÉ

TRADUCCIÓN: LUCRECIA ORENSANZ

A mis hijos...

¿Me oyes, Dios?

Dios calló. Dios cayó.

¿Quién me vendió?

ÍNDICE

NADA SOBRE EL AMOR

V

INE

AL

MUNDO EL AÑO DE GRACIA DE 1583 BAJO EL

nombre de Nsaku Ne Vunda, y me bautizaron como Dom Antonio Manuel el día en que el obispo de la Iglesia Católica del Reino del Kongo me ordenó sacerdote. Ahora apodan Nigrita al busto de mármol erigido en mi honor en Roma en enero de 1608 por órdenes del papa Paulo

V

.

Morí hace más de cuatrocientos años. Mis palabras se han perdido en el silencio de la muerte. Y a los curiosos que se detienen un instante delante de mi efigie, quisiera decirles cuánto lamento haber quedado, al paso de los siglos, reducido al color que antaño teñía mi piel. Quisiera contarles mi historia, hablarles de mis creencias y las leyendas de mi pueblo, evocar la locura de los hombres, su grandeza y su bajeza. Si tan sólo pudieran escucharme los turistas, sabrían que bajo la piedra, que por algunos segundos contemplan, sobrevive una memoria olvidada: la de los esclavos, los oprimidos, los ajusticiados con los que me crucé en el curso de un viaje largo y peligroso por un océano, dos mares y tres continentes. Pasé mil pruebas, y al cabo me volví una voz portadora de amor y esperanza; ahora encarno el recuerdo de una multitud de mujeres, hombres y niños que nunca renunciarán al sueño de libertad sembrado en lo más profundo de sus corazones.

Si los paseantes pudieran escucharme desatar los nudos de mi pasado, entenderían que aún existo en otro lugar. Surco los aires por encima de los valles eternos, allá donde velan, mecidos en el soplo del Espíritu Santo, los ancestros difuntos, donde cualquier sentimiento violento se transforma en dulzura, donde

el sufrimiento se vuelve compasión, allá donde el relieve de las contingencias humanas se erosiona y engendra justicia, sabiduría y perdón.



Aunque ande errante por los siglos de los siglos, lejos de mi país natal, que quedó allá bajo el ecuador, siempre seguiré siendo hijo del Kongo. No de su tierra, sino del espíritu de las nueve mujeres que hace muchísimo tiempo dieron a luz a mi pueblo.

La leyenda que me fue contada en la infancia narra que estas nueve mujeres vivieron en algún lugar cerca de la desembocadura del río Níger, poco después de que los hombres lograran dominar la ciencia de la metalurgia, que les permitió concebir instrumentos más potentes para trabajar los campos, herramientas eficientes que abundaron en las cosechas y contribuyeron a un rápido crecimiento de las poblaciones. Los agricultores atribuyeron un aura mística a quienes poseían las técnicas para transformar el mineral oculto en las rocas; primero en materia incandescente y luego en objetos de todo tipo. Los herreros se agruparon en una casta hermética, reservaron celosamente sus conocimientos y cobraron caro sus servicios. Alcanzaron así un estatus particular y ciertas ventajas que pronto convirtieron en privilegios. Un puñado de individuos impuso un tributo a quienes dependían de su conocimiento y nombraron a un rey, amo absoluto de los bienes y las vidas de sus vasallos. El soberano reinaba exclusivamente a los campesinos, ejerciendo su poder de manera temible. Con tal de afirmar y perpetuar su control, se abocó no sólo a instruirse en las ciencias ocultas para atemorizar a las almas sencillas, sino también a ampliar sus actividades ordenando la fabricación de espadas, flechas, lanzas y armaduras. Pertrechó a un ejército feroz, encargado de reprimir a sangre y fuego cualquier desafío al orden que acababa de establecer.

Siendo aún adolescentes, mis abuelas fueron desposadas con un príncipe de aquella época, el primogénito de la hermana mayor del rey y heredero a la corona conforme a la costumbre de antaño. Según se decía, él tenía un alma noble y generosa, que se entristecía con la desgracia de los agricultores, aplastados por la violencia del fierro y

cegados por la magia negra. Determinado a poner fin a las represiones brutales que golpeaban al país, se opuso firmemente a su tío. Y comenzó un conflicto que más tarde definiría el destino de quienes engendrarían a los fundadores de los primeros pueblos, cuya prosperidad aumentaría hasta dar nacimiento al Reino del Kongo. Al día siguiente del último enfrentamiento, después de que el rey hubiera maldecido hasta al último de sus descendientes, el joven príncipe valeroso fue hallado muerto, víctima de un terrible maleficio. Había perecido de pie, con el rostro congelado en un rictus de

terror y los ojos abiertos de par en par.

Persiste un rumor, que circula de boca en boca desde hace cientos de años, de que las viudas del difunto fueron inmediatamente degradadas al rango de prófugas. Como las habían criado para ser esposas sumisas a su marido, se resignaron y se encerraron en su palacio, temblando ante la idea de ser fulminadas a su vez. Sólo las alegraba la perspectiva de volver a reunirse, en el más allá, con aquel a quien habían jurado acompañar hasta después de la muerte.

Sin embargo, cuando el monarca les negó categóricamente el derecho a acariciar el rostro de su esposo, a lavarlo y vestirlo para su último homenaje de este lado del mundo, a llorar sus despojos y ofrecerle una sepultura digna de su rango, en estas jóvenes personas en la flor de la vida comenzó a resonar una sorda cólera.

Cuando les negaron cualquier esperanza de una felicidad póstuma, sus ojos se tiñeron del rojo y negro de la revuelta. Decidieron resistirse, tomar su futuro en sus manos; sólo hacía falta una chispa para encender el fuego de la determinación. Fue un llamado procedente del mundo invisible lo que aceleró su partida.

Esto ocurrió en temporada de secas, cuando se suceden, una tras otra, noches de cielos claros, despejados y salpicados de estrellas. Pero aquella tarde, un viento desconocido proveniente del norte arrastró nubes tan densas que taparon hasta la luna y provocaron una noche más oscura que un día de luto. Convencidas por este mal presagio de que su destino estaba sellado, tomaron a sus hijos en brazos, se acurrucaron unas con otras alrededor del fuego y juntas le dedicaron un último pensamiento a su esposo perdido. Los ancianos cuentan que en ese momento apareció en el firmamento un cuerpo celeste que se puso a centellear y captó la atención de las desdichadas. Era un disco inmaculado que se estiró y emprendió un recorrido, les estaba indicando una dirección. Esta luz viviente que rasgaba las tinieblas fue para todas ellas una señal de su príncipe que había vuelto del

santuario de los muertos. Se pusieron de acuerdo y rechazaron unánimemente su reclusión. Escaparían del yugo del tirano y de su hechicería.

Esas chicas, que apenas habían abandonado la infancia, se dispusieron a huir hacia parajes desconocidos bajo la protección del retornado.

Nuestras madres originales, escoltadas por los fieles seguidores de su esposo desaparecido, se confiaron sin dudar al astro, que las guio hacia el sur, a través de los laberintos tenebrosos de la selva virgen. Protegiendo a su progenie con sumo cuidado, siguieron el curso de los ríos en piragua o a pie, y luego se abrieron paso a través de territorios inhóspitos y cenagosos. Gracias a su Fe en la

magia que había bajado de los cielos, nada las abatió, pudieron soportar dolores y privaciones, sortearon los peligros y nunca flaquearon. No perdieron la esperanza en ningún instante de ese periplo agobiante a través de un mundo salvaje que ningún ser humano había osado desafiar hasta entonces.

Cuando se esfumó la señal venida de las alturas, las jóvenes extenuadas se maravillaron al descubrir que se encontraban en unas riberas fértiles. Con gran alivio, supieron que habían llegado por fin a su destino. Concluido el éxodo, se asentaron en esa franja de tierra olvidada por los hombres, entre las ciénagas y la ribera de un río, y comenzaron a cultivarla. A esta región, mis abuelas la llamaron Kongo, que en su lengua significa lugar donde no hay que rendirse, para no olvidar nunca la audacia y bravura que debieron mostrar para llegar hasta ahí, para no olvidar que prefirieron sumergirse en lo desconocido antes que aceptar la fatalidad. Una vez asentadas en la llanura e imbuidas por el deseo de perpetuar sus costumbres, las nueve matriarcas se unieron a los varones que las acompañaban y engendraron una numerosa descendencia.

Poco importa si esta leyenda transmitida de generación en generación narra hechos ocurridos realmente o no. Aún hoy, reconforta mi alma en su deambular por los limbos del tiempo. Les profeso a estas princesas una veneración sin límite, a ellas que después de la muerte se reunieron con el espíritu de su bienamado y les heredaron a los bakongos su espiritualidad de amor y esperanza, el culto a los ancestros y la adoración de los cuerpos celestes, sin jamás erigir para unos ni otros templos a escala humana. Soy heredero de estas creencias antiguas y rindo continuo homenaje a las madres fundadoras de mi pueblo. Me acojo a la fuente de su sabiduría, me inclino ante la grandeza de sus actos. Amo a estas mujeres que nos insuflaron un

espíritu disidente, impermeable a las injusticias, y que convirtieron en prioridad absoluta criar a sus hijos en un ánimo de humildad y solidaridad. Las nueve se mantuvieron unidas hasta su último aliento y moldearon a toda su filiación con generosidad, candor y buena fe, valores que entonces se consideraban cualidades naturales. A mí todavía me tocó ver la luz en un mundo ideal y acogedor, fruto del triunfo de las fuerzas benévolas de la noche sobre la arbitrariedad y la maldición, un universo de contornos límpidos, impregnado del recuerdo de aquellas gloriosas heroínas.

Pasó el tiempo. Las hijas e hijos de las madres fundadoras se organizaron en clanes descendientes, prosperaron y se volvieron activos comerciantes. Sin dudarlo, se aventuraron hacia el otro lado del río, se instalaron a orillas del océano Atlántico y ocuparon las llanuras tierra adentro. Como su número

aumentaba, en el siglo

XIII

los bakongos creyeron oportuno formar un reino y eligieron un rey, no tanto para dirigirlos como para dotarse de una instancia de consejo que asumiera la función de dirimir conflictos. Le confiaron este cargo al más justo, modesto y reservado de todos ellos. Delimitado al norte por el río, al oeste por el océano y más vagamente al sur y al este, nuestro reino se fundó para garantizarle a cada uno la libertad de instalarse a su antojo en toda su extensión. Para los recién venidos, bastaba entonces con reconocer, mediante obsequios simbólicos, la autoridad espiritual de quienes tenían derecho porque su ascendencia se remontaba a los orígenes. La necesidad creciente de brazos para trabajar el campo dio lugar a que el regalo más apreciado fuera una persona colocada por el resto de su vida al servicio de una familia.

Poco a poco fueron surgiendo lazos de alianza y dependencia entre unos y otros, a partir de las diferencias inherentes al nacimiento de cada uno. Aunque las mujeres y hombres ofrecidos de esta manera a las familias originarias seguían siendo plenamente seres humanos, su estatus en la sociedad se mantenía inferior.

Así nació la esclavitud en el Reino del Kongo.



Una mañana de julio de 1509, el rey del Kongo concluyó la firma del primer contrato que lo comprometía a vender un millar de sus esclavos a su homólogo portugués. Desde 1480, fecha en que los primeros navegantes

procedentes de Oporto desembarcaron en la bahía donde más tarde se erigiría el puerto de Luanda, los lusitanos habían sostenido intercambios comerciales con Mvemba Nzinga, bautizado Alfonso I, séptimo rey del Kongo y segundo en convertirse al catolicismo.

Ahora bien, en 1500, la flota de Pedro Álvares Cabral, que había partido de Portugal en busca de una nueva ruta hacia las Indias, fue desviada muy hacia el oeste por las corrientes y los vientos, y acabó descubriendo la costa brasileña.

El explorador Américo Vespucio se trasladó para allá dos años después y le compartió su intuición a Manuel I, rey de Portugal: no se trataba de una ínsula aislada, sino que esas riberas de naturaleza exuberante escondían todo un continente. En la mente de los consejeros del soberano germinó la idea de llevar trabajadores habituados al clima tropical húmedo para explotar las fértiles tierras del Nuevo Mundo. Apoyándose en sus excelentes relaciones con los bakongos, el monarca portugués convocó a Dom Diogo Soares, uno de sus mejores agentes, y le encomendó hacerse rápidamente a la mar para emprender negociaciones con las autoridades del Reino del Kongo.

Cuando le anunciaron que una personalidad de alto rango procedente de Lisboa pedía audiencia con Su Majestad, Alfonso I decidió partir a su encuentro.

Estaba impaciente por descubrir los tejidos suntuosos, las vajillas de porcelana, los instrumentos de metal y todos los demás productos fabricados en Europa que pensó llenaban la cala del navío que acababa de atracar. Le urgía apropiarse de todas esas riquezas que, por su rareza y singularidad, constituían elementos de distinción y despertaban su apetito y el de los nobles de su reino. Se puso sus mejores galas, reunió a su séquito y dejó la capital, Mbanza Kongo, para emprender el viaje hacia el océano.

Fue recibido con todos los honores propios de su rango sobre un galeón flamante de nuevo anclado frente a la costa. Su anfitrión lo convidó a una cena a la luz de las velas, preparada por un cocinero de la corte de Lisboa enviado especialmente para la ocasión. Después de beber vino de Oporto, degustaron una entrada de aceitunas verdes y negras sobre una cama de filetes de anchoa y luego un platillo de almejas con carne de cerdo asada que maridaba

perfectamente con el sabor afrutado del vinho verde. Ya profundamente impresionado por la exquisitez de las viandas, el rey pudo deleitarse con la variedad de frutas traídas de los huertos de la región de Algarve, en el sur de Portugal, que se sirvieron como postre. Para propiciar la digestión y

hacerlo sentir aún más a gusto, se le ofrecieron las atenciones de una prostituta traída desde los bajos fondos de la capital portuguesa.

A la mañana siguiente, aquel día de julio de 1509, Alfonso I amaneció en la mejor disposición de hacer negocios. No titubeó mucho y, en cuanto le quedó claro que, a cambio del millar de cautivos que debía entregar, sus socios le enviarían una treintena de obreros especializados en trabajar cuero y madera, además de pistolas, fusiles y, lo más importante, diez piezas de artillería, firmó el contrato. En la transacción vio también la oportunidad de deshacerse no sólo de una gran cantidad de prisioneros de guerra que amenazaban con rebelarse, sino también de sus más feroces enemigos políticos, con todo y sus familias.

Además, su reino contaba con bastantes criminales y buenos para nada que podría exiliar en tierras lejanas. Rechazó la oferta de quedarse con la mujer que había compartido su lecho, no sólo porque no había sido enteramente de su agrado, sino también porque vislumbraba problemas de convivencia entre una extranjera y sus numerosas esposas. Se inclinó más bien por los tejidos de lujo y la cincuentena de botellas de vino y licor que el agente portugués le dejó como muestra de su amistad.

En el camino de regreso a su capital, Alfonso I decidió que, a partir de ese momento, se entregaría en cuerpo y alma al culto de Jesucristo. Esperaba de ese modo sondear los secretos de la magia por la que una virgen pudo concebir a un hijo que caminaba sobre las aguas, convertía el agua en vino y devolvía la vista a los ciegos, y cuyos adeptos poseían el don de fabricar armas de fuego que los volvían invencibles en el campo de batalla.

Por su parte, Dom Diogo Soares ordenó la construcción de un fuerte para la contención de esclavos en el puerto, cerca de la playa. Ya en posesión del precioso documento firmado, zarpó triunfalmente de vuelta a Lisboa. Estaba seguro de que, con este logro, su rey lo recompensaría confiándole la organización del comercio de seres humanos entre Portugal, Reino del Kongo y Brasil. Supervisaría personalmente la adecuación de los navíos, el reclutamiento de la tripulación y la recepción de los esclavos en el Nuevo Mundo. Calculó que se necesitaría poco menos de una decena de viajes para trasladar la totalidad de la mercancía al otro lado del Atlántico. El opulentísimo

Manuel I le entregaría una prima sustanciosa por cada trayecto. Su fortuna estaba asegurada. Para celebrar semejante éxito, el agente se embriagó y le ordenó a la prostituta que subiera a su camarote.



En el principio hubo una mujer desnuda, acostada sobre una estera, con las uñas clavadas en la madera seca de su lecho de ramas, las piernas abiertas, una hoguera entre los muslos y el rostro torcido, desfigurado. Con los dientes apretados y los cachetes inflados por los sollozos que no lograba contener, su aliento entrecortado pulsaba al ritmo del corazón de su esposo, que escurría de sudor encima de ella. Pero sus gemidos guturales y la aceleración de sus respiraciones no ocultaban el silbido del viento. Esa noche, la furia del cielo amenazaba con estallar, la carrera enloquecida de las nubes anunciaba la terrible tormenta que se avecinaba. El hombre se colapsó sobre el pecho de su mujer, que se hinchaba en espasmos. Ella sufría, y él, impotente, apretó los puños y estalló en llanto, maldiciendo al destino.

Del vientre prominente de su esposa sólo escurrían sangre y materias viscosas, el bebé no se asomaba. Él dudó. No sabía si salir antes de la tormenta en busca de ayuda, y dejarla luchando sola, o quedarse a su lado y prodigarle todas las atenciones y afecto de que era capaz, a riesgo de verla vaciarse, perdiendo su vida y la de la criatura. Por fin, después de darle un beso sobre los labios salados por sus lágrimas entremezcladas, se internó en el claroscuro del día para encontrar auxilio. Parvadas de pájaros levantaron de pronto el vuelo. El instinto de la fauna alerta provocó un movimiento de pánico. De la sabana y de cada rincón de la selva huyeron de pronto los animales. Había que evitar la tormenta.

La lluvia golpeaba ya el suelo en frecuencias cada vez más cerradas cuando aparecieron pequeñas chispas anaranjadas en medio de los cúmulos y un aguacero diluviano se abatió sobre el mundo. El restallido de los truenos resonó estrepitosamente en toda la tierra y ahogó el grito primigenio del hijo que había logrado por fin salir de la matriz.

Mi madre murió en el parto una mañana apacible, muy soleada, mecida por un aire vivo y fresco, al término de la misma noche de tormento que se llevó a mi padre, fulminado por un rayo al pie de un árbol. Sus despojos calcinados fueron descubiertos junto a los restos de tronco por pescadores que habían salido en busca de peces y crustáceos atrapados entre los matorrales al pie de la colina, una vez que acabó el desastre y se retiraron las aguas. Los cielos surcados de rayos habían descargado su cólera desde el crepúsculo hasta el amanecer. El río se había salido de su cauce y había devastado los campos y las viviendas que cubrían las laderas.

Nací en el pueblo de Boko, una tierra de magia y misterios donde los muertos se presentaban a menudo entre los vivos, en una

promiscuidad mística que desafiaba las leyes de la razón. Los sobrevivientes de la catástrofe afirmaban que sobreviví gracias a la intervención de un ancestro protector que despertó de su sueño eterno para salvarme. Fui un niño precoz y aplicado, de carácter amable, con los sentidos siempre atentos al sufrimiento de los demás. Mis padres adoptivos vieron en mí un médium entre los mundos terrestre e invisible. Me consideraban habitado por una inspiración venida del más allá, que ninguna palabra humana me hubiera podido infundir. Veían mi vida guiada por un impulso pleno de vigor, una proyección imperiosa hacia un destino particular.

Fui criado en la mesura, siempre recatado y silencioso en presencia de mis mayores, nunca irrespetuoso, actuando conforme a la norma, nunca a los gritos.

Aprendí a reprimir cualquier movimiento intempestivo, cualquier pasión o arranque de cólera. Crecí en armonía con mi entorno y fui el orgullo de todos en mi tierra natal. Cuando llegué a la pubertad, mis padres, deseosos de verme aprender a leer y escribir, me llevaron a la escuela de los misioneros en Mbanza Kongo, la capital del reino. Los sacerdotes bakongos y portugueses, asombrados por mi calma y perspicacia durante los procesos de admisión, me aceptaron como estudiante. Fue inmenso mi orgullo al ser aceptado en esa prestigiosa institución, construida un poco menos de un siglo atrás por voluntad de nuestro difunto y bienamado Alfonso I.

La adhesión de nuestro rey al catolicismo había facilitado los esfuerzos de los monjes que desde finales del siglo

XV

llegaron a nuestras tierras, donde propagaron la palabra de Cristo y ganaron cada vez más adeptos. Estos hombres de sotana negra venidos de Europa seducían a los bakongos al evocar la existencia de un ser todopoderoso que los amaba tanto que había creado una religión dulce como el cielo para que fueran felices. El amor hacia los hombres debía ser el primero de sus actos, y la Creación, la mayor de sus riquezas. Profesaban que la gracia de Dios actuaba en los corazones para embellecer todo lo áspero y nefasto que la naturaleza había sembrado ahí. Estos valores eran los que de por sí sostenía el pueblo bakongo.

Las conversiones no plantearon ningún dilema moral, a nadie se le pidió que abjurara sus creencias ancestrales. La intersección de dos formas, simbolizada por la cruz, remitía a la coexistencia en sus

mentes de los mundos visible e invisible. La idea de vida eterna después de la muerte, en compañía de los

antepasados, también les resultaba conocida, así como la de pedir favores al Cielo, siempre que no fueran fortuna o una abundancia onerosa, sino el consuelo de las almas. Como mi pueblo de por sí acostumbraba postrarse frente a los altares que tenían en sus casas para pedirles a los difuntos por la salud de los padres, la unión de los hermanos, la ternura de las esposas y la obediencia de los hijos, muchos pasaron de buena gana a hacerlo en la paz de las iglesias. Para los bakongos nunca existió incompatibilidad entre su espiritualidad ancestral y su Fe católica. Además, el objetivo de la presencia de los religiosos enviados por la Santa Sede consistía en conseguir el mayor número de conversiones posible, pero no venía nadie del Vaticano para controlar la autenticidad de las conversiones. En el fondo, la mayoría de los locales rechazaba la nueva religión, con todo y que inclinaban la cabeza. Ante la palabra de un hombre sacrificado y luego resucitado para darle sentido a la muerte, preferían los arcanos de la magia.

Por mi parte, desde las primeras lecturas de la Biblia sentí el llamado de Cristo incluso en la carne. Fue como una brisa interior, a la vez apacible, vivificante y dinámica, que le dio una coloración extraordinaria a mi existencia. La Fe le dio sentido, fuerza e incluso mayor confianza a cada uno de mis pensamientos y a cada uno de mis gestos. A mis profesores les entusiasmó mi progreso, la velocidad impresionante con que lograba descifrar y luego interpretar los textos.

Me pedían que siguiera el ejemplo de Alfonso I, verdadero ícono de nuestra joven iglesia, un rey consagrado al estudio, que permanecía largas horas sumido en profunda meditación. En su tiempo, Alfonso I se quedaba estudiando hasta altas horas de la noche, ayunaba con regularidad y purificaba constantemente su cuerpo y alma. Incluso en vida, había despertado el asombro de todos, y se afirmaba que el mismísimo Espíritu Santo se expresaba por su boca. Así que yo redoblaba mis esfuerzos, tenaz. Quería ser como ese soberano, considerado la emanación de un ángel, como un mensajero del señor de los cielos. Aquel a quien los portugueses respetaban tanto que lo habían nombrado apóstol del Kongo. Incluso el rey de Portugal lo veía como su hermano amado y lo presentaba como un gran señor de la fe, el saber y la justicia. Así que yo me aplicaba aún más.

Mi memoria se ilumina y me lleno de alegría cuando vuelvo a pensar en los años de estudio junto a mis compañeros seminaristas en el colosal edificio de piedra y madera construido por arquitectos

portugueses y obreros bakongos. Ahí desarrollé un gusto particular por la literatura, la filosofía y las lenguas europeas, pero lo que más me inflamaba la mente y el espíritu eran las horas dedicadas a

empaparme de las Sagradas Escrituras. Me fascinaba la poesía del Evangelio, por mi interior corrían la Revelación y todo el alcance de la gracia de nuestro Señor. Me embriagaba con las palabras del Todopoderoso y derramaba lágrimas de compasión y ternura al recordar el calvario soportado por el hijo de nuestro Padre común. Le concedía a Cristo un sitio privilegiado junto a mis nueve abuelas ancestrales.

Mi voluntad de entrar en la orden del sacerdocio no despertó ninguna extrañeza entre mis superiores, habían visto que mi ser, irrigado por la fe, ardía en deseos de dedicarse al respeto del prójimo y al perdón, de servir a todo lo que procediera de Dios. Deseaba transmitir su palabra, bautizar, oficiar misa, sanar a los enfermos, consolar a los pobres y a los más desdichados. Me resultó fácil aceptar el sacrificio del celibato, con todo y que era contrario a los valores fundamentales de los bakongos. Así, en cuanto quedó confirmada mi vocación, fui ordenado sacerdote. El honor que me concedió nuestro obispo me sigue conmoviendo aún hoy, pues la misión principal de nuestra escuela siempre fue formar catequistas. Durante mucho tiempo fui uno de los pocos alumnos en haber alcanzado una consagración tan elevada. Después de casi cien años de existencia de la Iglesia Católica del Kongo, los pocos bakongos que celebraban misa, en general hijos de la nobleza, habían estudiado todos en el seminario de Lisboa. Habían recibido sus sacramentos en la capital portuguesa, para luego instalarse en Mbanza Kongo o en el puerto de Luanda, las ciudades más grandes del reino. Por mi parte, siguiendo el ejemplo de Jesús, que se mantuvo siempre pobre entre los pobres, insistí ante mis superiores en oficiar en la parroquia de Boko, mi pequeño pueblo natal en los confines del reino, enclavado entre los pantanos, el río y los arroyos.

Mi regreso transcurrió con gran alborozo, fue un momento de emoción profunda.

Los vecinos de mi pueblo se regocijaron al verme bendecido por el Dios de los cristianos además de gozar, según sus creencias, del reconocimiento de los bondadosos amos de la noche. Y yo me esforcé por mantenerme prudente y mesurado, cual corresponde a todo hombre de la Iglesia, aunque decidido a obedecer a esa energía desbordada de los años mozos, que no conoce ni el cansancio ni frontera alguna que pueda siquiera frenar su curso. Viví mi Fe sin

límites y amé a Dios con todo mi corazón, con toda mi alma, con todo mi espíritu. Con la mayor de las abnegaciones, sin escatimar esfuerzos, recorrí la provincia de arriba a abajo con el fin de convencer a mujeres y hombres de unirse a la comunidad de los cristianos. Al principio, mis palabras se encontraban con enormes obstáculos para reconfortar a los más humildes,

apegados como estaban a sus creencias, pero en ningún momento flaqueé. Por fin mis empeños fueron rindiendo fruto. Me mantuve recto y modesto, presté oídos sordos a mi creciente prestigio. Mi nombre se susurraba en chozas y senderos, en los campos y hasta los caminos que llevaban al otro lado el río.

Poco a poco, el rumor llegó hasta la capital, algunos le atribuían milagros a Dom Antonio Manuel, enviado del Señor. Las malas lenguas les aconsejaban a los nobles de la región desconfiar de mi creciente reputación, so pretexto de que mis supuestos dones tenían la fuerza suficiente para desafiar a los hechiceros más poderosos.

La verdad es que yo no buscaba ninguna recompensa, sino que me limitaba a consolar y escuchar atentamente a una población confundida, aterrorizada.

Nuestro pequeño pueblo estaba dejado de la mano del rey y de sus cortesanos, que sólo se ocupaban de satisfacer sus intereses inmediatos, de enriquecerse lo más rápido posible capturando, comprando y revendiendo hombres, mujeres y niños al mejor postor. Al principio, el creciente peligro orilló a los pobladores a apegarse con mayor fuerza a sus antiguas costumbres, seguros de que no podían existir otras. Pero nuestros campos vivían tiempos siniestros. La cacería de hombres y las razias se habían vuelto cosa de todos los días y provocaban constantes perturbaciones, desgracias y devastación. Se multiplicaban las historias de secuestros perpetrados en los pueblos vecinos. El sometimiento ya no amenazaba sólo a viciosos, ladrones, incestuosos o asesinos. Los dignatarios de nuestra región ya no escuchaban los mandatos de los espíritus, y vendían hasta a los miembros de su propia parentela. Era palpable el miedo entre mis compatriotas, y la angustia de ver que todas las reglas de vida que hasta entonces habían ordenado su existencia eran ultrajadas en el altar del rédito los llevó a seguir mis pasos. Ahí encontraron un remanso de paz y un oído atento a sus aflicciones.

Los rumores eran cada vez más insistentes, el eco de las nuevas prácticas en el resto del reino llegaba hasta Boko. Se decía que ya no se reconocía el aspecto simbólico de la ofrenda de personas que había

prevalecido antaño entre los bakongos. En la capital, en Luanda y en otras ciudades ya sólo importaba el dinero. Según nuestras costumbres, ofrecer a una persona tenía la finalidad de mejorar las relaciones de convivencia al sellar una alianza entre dos familias.

Pero al volverse objeto de transacciones comerciales, los seres humanos pasaban a ser considerados mercancía a merced de negociantes que se entregaban a una competencia feroz, sin ética, dispuestos a cualquier cosa con tal de enriquecerse.

Al atardecer, reunidos alrededor de Mbongui, el fuego sagrado, los ancianos asumían un aire sombrío al evocar los peligros que pesaban sobre el pueblo.

Fruncían el ceño al erguir sus cuerpos delgados con ayuda de su báculo de ébano, se aclaraban la garganta, vertían vino de palma sobre la tierra antes de consultar a los ancestros, recordar sus hazañas e invocar toda su sabiduría. Ya no se trataba de sentimientos puros, gestos nobles, generosidad y ayuda mutua.

Todos los reunidos condenaban de una sola voz los raptos organizados por los comerciantes locales bajo la mala influencia y con la complicidad de sus aliados portugueses. Sin embargo, ninguno de los notables de Boko se preocupó nunca por la suerte de los criados que se afanaban entre nosotros, en silencio o hablando en voz baja para no molestar a nadie.

También yo me había convencido hacía mucho tiempo de que los extranjeros eran los principales responsables de las catástrofes y las pruebas terribles que estaban padeciendo los bakongos. Sólo mucho después me di cuenta de que nuestras hipocresías, el desprecio al prójimo, la ceguera y, sobre todo, la incapacidad para cuestionarnos fueron la causa de nuestra caída. Exploro el pasado, ese laberinto de ángulos, curvas, callejones sin salida y escondites secretos, lo recorro sin parar de punta a punta. Mi corazón siente una particular ternura por los esclavos disimulados entre las sombras de la historia del Reino del Kongo. Además de las personas ofrecidas a los distintos clanes, los bakongos sometían a sus enemigos, pero también a todos los que consideraban desviados, a todos los hombres y mujeres que, por una razón o por otra, consideraban de rango inferior. Y aunque no construyeran navíos con bodegas para contenerlos ni fabricaran cadenas y látigos para someter sus cuerpos, los rebajaban en su condición de seres humanos. Los trataban, de hecho, como vasallos sujetos a sus caprichos.

Desde mi seno de mármol en el centro de la Ciudad Eterna, he acogido el suplicio de los olvidados que se esforzaron por existir lo más discretamente posible entre los hombres libres. Su calvario empaña el recuerdo idílico de mi país. Mi voz querría cubrir las mentiras y gritar que caímos en una verdadera trampa del diablo, seducidos como fueron muchos de nosotros por la más mínima pacotilla llegada de afuera. Nuestra sociedad se transformó en un peligroso sistema de depredación generalizada, el afecto hacia los otros se extinguió en favor de la rudeza en nuestros gestos y palabras. Todo un pueblo, desde sus miembros más sencillos hasta los nobles y hasta sus reyes, sometido por la fascinación que ejercían los europeos y dispuesto a todo por imitarlos y por acaparar los productos que llevaban, dispuesto incluso a renunciar a Dios y a

los principios morales de nuestras tradiciones. Nuestro pueblo se debilitaba justo donde estaba convencido de ser más fuerte, oponía cada vez menos resistencia a los tratantes mezquinos venidos del océano, cuyo desdén y cinismo hacia nosotros eran cada vez mayores. El dinero y las novedades que sus barcos importaban a nuestras costas atizaban nuestras ilusiones, nos lisonjeaban y nos hacían fantasear con un mundo de maravillas. Muchos soñaban y se dirigían sin pensar hacia un espejismo inalcanzable ante el cual acabaron por convencerse de que sus propias maneras de actuar y de pensar no valían gran cosa. Se alejaban de las consideraciones espirituales que los ancianos habían colocado en el centro de nuestras preocupaciones, y así le daban rienda suelta a la desunión. Se multiplicaban las querellas por bienes materiales o por oscuros diferendos sobre herencias. Sin prisa, pero sin pausa, el contacto con los portugueses había despertado las excentricidades que dormitaban en nuestros corazones.

Afortunadamente, nuestra pequeña provincia se había salvado de esas terribles perturbaciones, y yo lograba que arraigara la religión católica, que comenzaba a afianzarse como una alternativa creíble al cataclismo que se abatía sobre el resto del reino. Mi convicción sirvió para que en los alrededores se consolidara aún más mi prestigio y proliferaran los admiradores. Se hablaba de un joven sacerdote decidido a frenar las desviaciones de los poderosos. Se decía que contaba con la protección de Cristo, que mi corazón y pensamientos estaban en armonía con las enseñanzas ancestrales. Al escucharme predicar, algunos se convencían de que poseía la capacidad de descifrar las brumas de los universos misteriosos de lo invisible. Me creían capaz de producir situaciones extraordinarias, de tener sueños premonitorios o de provocar la intervención de seres sobrenaturales. Yo me limitaba a obrar de conformidad con mi Fe y, con una sonrisa

disimulada, evitaba detenerme a comentar estos rumores. Llevaba mi sacerdocio hasta las últimas consecuencias, me satisfacía con poco y me regocijaba a cada instante de vivir en la mayor sencillez. Habiendo escuchado hablar del gran número de conversiones en mi parroquia, mis superiores en Mbanza Kongo me enviaron fondos y me concedieron el honor de permitirme supervisar la construcción de una pequeña capilla. Decidí que reinaría en la cima de la calle central de Boko, en lo más alto de una colina, desde donde dominaría la llanura hasta las riberas del río.



Construimos la casa de Dios sobre la tierra donde reposaban nuestros ancestros, trabajamos semanas enteras bajo un calor húmedo y agobiante sin quejarnos nunca, nadie escatimó esfuerzos. Todo cambió cuando sólo faltaba subir la gran campana a su nicho. Con todo y que han transcurrido centenares de años, permanece viva en mí esta herida. Algunos días después de las fiestas de Navidad del año de gracia de 1604, escuchamos a un grupo de niños gritar a la entrada del pueblo, los creímos perseguidos por bandidos temibles o por espíritus malignos. Sin resuello, hacían aspavientos y gritaban a todo pulmón que debíamos huir sin perder un instante, nadie debía permanecer en el pueblo, un destacamento militar fuertemente armado se acercaba a Boko.

Nadie se detuvo a verificar la información, los chiquillos que habían avistado el pelotón de unos treinta individuos cruzar el río en piraguas gritaron en todas las casas. Había que despertar a los que aún dormían, reunir a las familias.

Enseguida se hizo la desbandada, el sálvese quien pueda, corriendo cada uno por su lado. Los más jóvenes bajaron como rayos hacia el río para advertirles a las mujeres que estaban lavando ropa y alimentos. Un viento de pánico imposible de controlar recorrió las pendientes, entre las casas de ladrillos rojos o de madera.

Los semblantes palidecían, todos corrían sin detenerse. El espectro de la razia volaba sobre el pueblo, el miedo a ser encadenado y desaparecer para siempre.

Los campesinos temblaban ante la idea de ser capturados y sometidos a la esclavitud, denigrados, obligados a servir a extraños, utilizados y luego lanzados sin sepultura al abismo de la muerte. Si acaso dudaron un momento, los obreros que me rodeaban no escucharon mis llamados a conservar la calma, insistieron en que los siguiera sin

perder un segundo, los demonios que venían hacia nosotros no conocían el temor a Dios, cazaban al hombre. Aunque me suplicaron, me mantuve estoico frente a mi iglesia, apoyado en mi plena confianza en el amor del Señor. Todos los vecinos desaparecieron, dejándome solo frente al peligro.

Desde el pie de la colina ascendía, in crescendo, un tintineo regular. Distinguí primero un oficial corpulento que le abría paso a lo que se convirtió en un estruendo de cascabeles que los elementos de su tropa, dispuestos en filas y columnas a sus espaldas, se habían atado a las pantorrillas para anunciar su entrada. Yo estaba sin defensa alguna frente al batallón que se acercaba en formación de combate. Tomé mi crucifijo y comencé a rezar en voz baja. El comandante, con el rostro apretado, sombrío, blandió un hacha pequeña y una

espada. El gesto frenó a sus guerreros, que venían con el torso desnudo y armados con arcos, flechas y mazos de madera dura cubiertos de picos de hierro.

El jefe portaba en la cintura un puñal cuyo mango esculpido registraba seguramente sus hazañas asesinas o sus cifras de cautivos. Yo sentía la garganta cerrada, pero mi determinación no cedió, Dios velaba por mí. Sobre las cabezas de los soldados se erguían cascos rematados con plumas de águila negra que los hacían ver aún más altos y les daban un aspecto temible. Siguiendo una orden emitida por un teniente, los hombres avanzaron en una marcha sincronizada, sosteniendo a los costados azagayas cuya longitud rebasada la altura de un hombre. Con un movimiento coordinado, se levantaron los faldones de tela que los cubrían de cintura a talones, para dejar a la vista una prenda color sangre cuyos paños estaban sujetos a cinchos de cuero de búfalo adornado con conchas marinas. Me preparé para el desenlace del montaje, preludio a la aparición de las cadenas, estaba listo para que emprendieran su infame encomienda. El pavor me iba dominando, menos por mí que por los desdichados dispersos en la sabana, temía una masacre y ejecuciones sumarias, imaginaba la crueldad de los soldados que se pavoneaban frente a mí, sanguinarios y enfurecidos, no les costaría ningún trabajo peinar los alrededores y capturar a los campesinos. De pronto, con la misma disciplina, el destacamento se escindió en dos semicírculos, entre los que pasaron cuatro hombres que sostenían en el aire una butaca, sujetándola cada uno por una pata. Tal y como era la costumbre de la gente sencilla de nuestro reino en presencia de un individuo de alto rango, se acostaron boca abajo frente a mí, cubriéndose de polvo.

El capitán de la guardia real se presentó como emisario personal de Su

II

por sus hermanos cristianos desde su bautismo. El oficial portaba la misión de anunciarme que el monarca me ordenaba reunirme con él de inmediato en su palacio de descanso en Luanda. Sorprendido, pero también aliviado, quise saber qué esperaba el soberano de un párroco tan insignificante como yo. Leí la estupefacción en los rostros de los representantes de la corona, para quienes era inconcebible comentar, y mucho menos cuestionar, una orden salida de la boca de su señor. Me respondió sólo por consideración hacia mi sotana, me aseguró que desconocía las intenciones de su superior, pero que sin duda era un asunto de la más suprema importancia, una urgencia, y que debíamos partir en ese mismo

instante.

La firmeza de su tono no admitía comentarios. Me apreté el cinturón de cuerda de la sotana, tomé mi Biblia y crucifijo, y escondí una bolsita de amuletos entre los pliegues del hábito. Me dejé subir, no sin vergüenza, al pequeño trono de madera. Antes de partir, llegó a la carrera mi padre adoptivo, y se le permitió abrazarme. Me susurró agradecimientos al oído, me dijo lo orgulloso que estaba de que hubiera logrado, por acto de magia, desviar a los militares de su misión inicial, de que hubiera salvado al pueblo y, sobre todo, a sus habitantes. Sin dar crédito, negué con la cabeza. Dirigiéndome a los pocos vecinos que, atónitos ante la escena inédita, regresaban tímidamente, ordené que no interrumpieran las obras durante mi ausencia. Les pedí que acabaran lo más pronto posible la construcción de la capilla y les prometí que a mi regreso, que sería muy pronto, al escuchar desde lejos el tañido de la campana, me regocijaría infinitamente y me apresuraría por llegar ante el altar, donde me postraría y celebraría con ellos.

Mi escolta y yo recorrimos primero la sabana bajo un cielo plomizo antes de reconocer a lo lejos el rugido de una cascada. Me estremecí al percibir la energía del poderoso Río Kongo. Invoqué a mis abuelas para que me respaldaran durante todo el camino y se dignaran aceptar la oración que murmuraba, colmada de deferencia y respeto hacia la majestad líquida que se revelaba ante mis ojos. Era un homenaje dedicado a la vez a los ancestros y al creador del mundo.

Levantando los brazos al cielo, invité a la tropa a hacer un alto y nos

postramos todos delante de la belleza del espectáculo. Me sentía como los exiliados que antaño habían recorrido con valentía y determinación las riberas de los ríos en el corazón de la selva virgen.

Cruzamos el río en una piragua. Al desembarcar en la orilla opuesta, contemplé largamente el oleaje turbulento que se formaba un centenar de metros río arriba.

Por encima de las olas, trombas de agua golpeaban contra enormes peñascos, formando una bruma espesa y humeante que ascendía hasta confundirse con las nubes. La violencia del choque provocaba un coro cautivante, a la vez hipnótico y perturbador, una melodía triste que parecía un canto de despedida.

Luego nos adentramos en la densidad de la selva, que ocultaba la línea del horizonte. Los pies se nos hundían en el suelo blando, nos resbalábamos sobre la tierra mojada, cubierta de hojas muertas. Las ramas fustigaban nuestros semblantes cansados. Padecimos horriblemente la humedad y la falta de luz en lo más profundo de la arboleda, antes de alcanzar nuestro destino. Caminamos

cerca de tres semanas para recorrer los ochocientos kilómetros hasta Luanda. En mi interior, se despertaba el nerviosismo de descubrir la gran ciudad y su reputación de albergar todas las desviaciones, todos los desórdenes y vicios.

También temía participar sin quererlo en celebraciones banales o descubrirme siendo testigo de las estériles intrigas políticas que enloquecían a los cortesanos, cuando mi única fuente de dicha era dedicarles tiempo a los necesitados. No lograba imaginar qué podría esperarse de mí en tan encumbrado lugar. Mi único conocimiento de los asuntos del Estado se resumía en la noción de que las relaciones entre el rey y los dignatarios de nuestra iglesia eran tensas, un nudo de distanciamiento y desconfianza, siempre en precario equilibrio. Nuestro clero condenaba las actuaciones de quienes estaban al frente del país, pues la corrupción, el egoísmo y la ceguera desconocían por completo los suplicios de la mayoría.

Llegué exhausto a las puertas del palacio real, ubicado a algunas horas a pie de la ciudad construida por los portugueses alrededor del puerto y convertida en una pieza clave en los intercambios entre nuestros dos reinos. Noté con asombro que el lugar estaba fuertemente guarnecido, por todos lados había hombres armados, atalayas con centinelas controlaban en los puntos cardinales el cerco de altas barricadas de madera que rodeaban los imponentes aposentos del soberano. Se abrió

ante nosotros el enorme portón de la muralla y luego tuvimos que seguir una especie de laberinto circular bordeado de troncos altos como un hombre de pie hasta llegar al interior del patio. Un cerco de una veintena de soldados, aún más impresionantes que los de mi escolta, protegía la residencia. Le ordenaron al emisario que anunciara su nombre, su grado y el objeto de su misión, a lo que respondió con firmeza marcial, me anunció, giró sobre los talones y partió con sus hombres siguiéndole los pasos. La atmósfera que reinaba en el lugar me perturbó. La residencia de descanso del rey de los bakongos era en realidad un campo fortificado y me pregunté quiénes podían ser los enemigos que lo amenazaban en el seno de sus propias tierras.

Cuando por fin fui autorizado a penetrar en el edificio, algunos custodios me indicaron esperar en una especie de vestíbulo frente a la sala de consejo y se quedaron en guardia junto a mí. No me sentía en mi elemento entre tantos pesados y lujosos cortinajes de colores vivos y paredes altísimas decoradas con pieles de animales, máscaras rituales y armas de guerra. La opulencia del palacio contrastaba en todo sentido con la indigencia que asolaba mi provincia. En toda mi existencia sólo había conocido la humildad del seminario de los misioneros y la precariedad de la vida rural en Boko. Escuché risas que se acercaban y levanté

la cabeza. Hacia mí avanzaba una decena de mujeres de porte noble y altanero, ricamente ataviadas y peinadas con esmero. Pasaron cerca de mí y me escrutaron con desdén. Evité mirarlas de vuelta, suponiendo que se trataba de las esposas del rey. Me sentía cada vez más incómodo en ese universo desconocido y me preguntaba seriamente qué sería de mí ahí.

Luego vino un criado que nos abrió los dos batientes de la inmensa puerta de la sala donde se llevaría a cabo la audiencia. Me acompañó hasta que estuvimos a unos diez metros del imponente trono de ébano esculpido. Dijo que Su Majestad me recibiría en breve. Me conminó a que me arrodillara y bajara la cabeza. Yo estaba muy ansioso, tanto protocolo sólo para mí, siempre sujeto a tan estricta vigilancia. ¿Qué podía temer el poderoso Álvaro

II

de un párroco que no poseía más que una sotana, un crucifijo y una Biblia?

Comenzaba a temer lo peor cuando unos veinte niños se alinearon a cada lado del asiento real e inclinaron a su vez la cabeza. La espera se

eternizaba. Al parecer, a Álvaro

II

le importaba mucho cuidar su imagen. Se contaba que tenía exigencias extravagantes para el tratamiento exquisito de su cuerpo. Que, después de un baño adicional en jugo de caña, para acentuar el aspecto luminoso de su piel, y antes de que lo vistieran sus criados, les ordenaba que lo frotaran largamente con aceite de palma para volverla más suave y brillante.

Lo primero que escuché fueron sonidos armoniosos de flautas, pífanos y tambores, y levanté la cabeza. El rey abría el paso a una columna de lacayos y músicos. Solemne y altivo, avanzaba con paso sumamente lento. Estaba tocado con un gorro blanco y ataviado con una bata trenzada con hilos de oro sobre una túnica rojo encendido, trabajada con refinamiento hasta el más mínimo detalle.

Se acercó, avanzaba con los brazos desnudos, ceñidos los bíceps por brazaletes de plata incrustados de piedras preciosas, y la cara cubierta de polvos. Nunca había visto un objeto que brillara tanto como las esmeraldas engastadas en sus anillos. Me sentía muy lejos de la austeridad de las bibliotecas y la calma de las meditaciones frente a la cruz, aquí estaba sumergido en un universo suntuoso donde flotaban aromas hipnóticos mezclados con ungüentos y perfumes sutiles y

deliciosos. Quedé profundamente impresionado, yo que no conocía más que el susurro del follaje, los cantos y chillidos de la fauna silvestre, los olores simples de la naturaleza arrastrados por el viento cuando cruza el pastizal.

En cuanto Álvaro

II

se detuvo, se hizo un silencio y todos se acostaron boca abajo en el suelo. Con gestos mesurados y exactos, se sentó y posó las botas de cuero gris sobre una piel de leopardo que se extendía a partir del trono y cuya boca abierta yacía a sus pies. A su derecha, un paje agitaba suavemente un abanico gigantesco cubierto de bordados. El tiempo pasaba y yo seguía sin saber por qué había sido convocado. Por las dudas, besé discretamente mi crucifijo con la punta de los labios y me lo pegué al pecho. Antes de tomar la palabra, el rey dio un golpe con su cetro de estaño envuelto en satín y seda. Con voz grave, sin mirarme ni saludarme, comenzó por ensalzar mi devoción, para luego expresar las grandes esperanzas que los dignatarios de la Iglesia

del reino tenían depositadas en mí, en vista de mi energía inagotable, mi seriedad y, sobre todo, mis conocimientos de latín, portugués y francés. Todas las autoridades eclesiásticas de Mbanza Kongo habían alabado mi vigor y resistencia, argumentando que no era de extrañar que el Señor manifestara en los más jóvenes sus mejores dones. El monarca hizo otra pausa, me preocupé. Esta serie de elogios, inhabituales en boca de dignatarios, presagiaba lo peor, tantos cumplidos ocultaban quizás envidia o resentimiento. Los cuchicheos que comenzaban a recorrer la asamblea se interrumpieron con un nuevo golpe del cetro real. Levanté disimuladamente los ojos para mirarle la cara, un aire decepcionado ensombrecía sus facciones, parecía estar en otro lugar, sin convicción.

Y entonces mi vida dio un vuelco. Después de presentarme como una figura con creciente prestigio dentro del clero, Álvaro

II

me reveló que el papa Clemente

VIII

en persona le había escrito, primero para felicitarlo por haber abrazado la Fe verdadera y luego, ante todo, para solicitarle el envío de un embajador

permanente que representara a su corte ante el Vaticano. El Santo Padre había procurado felicitar y alentar los progresos que estábamos haciendo desde hacía varias décadas, al conducir a nuestros ciudadanos por el camino de la Verdad única. Por lo mismo, consideraba oportuno comenzar a tratar a nuestro pueblo en pie de igualdad con las naciones europeas que seguían siendo fieles al catolicismo. Desde ese momento, quedaríamos colocados bajo su autoridad directa, decisión que nos emancipaba de la tutela de la diócesis de Lisboa. Tras muchos meses de reflexión y consultas, basándose en las cualidades que me eran atribuidas y en su propia inmensa bondad, el rey me había elegido para asumir esa función. Y me daba la orden de viajar a Roma de inmediato para complacer a Su Santidad. Álvaro

II

se regocijaba de que al fin sería considerado un igual de los demás reyes cristianos de este mundo. A cambio, había prometido ofrecer, de todos los metales que fueran descubiertos en sus tierras, algunas porciones a la Santa Sede. Esperaba sinceramente que yo me diera

cuenta de la suma importancia de mi misión y me exhortaba a mostrarme digno, yo sería la voz de los bakongos allá en la lejana Europa. A continuación, insistió en que la encomienda sería prolongada, ardua y peligrosa, ya dos sacerdotes de los más prestigiosos habían sido enviados hacia el Mediterráneo, algunos años atrás, y nunca habían llegado a sus destinos, pero tampoco habían regresado a sus hogares. Para concluir, en un tono casi amenazante, declaró que mi fracaso sería el de todos los creyentes del Kongo. Debía partir al día siguiente hacia el puerto, donde me esperaba un navío. Todo estaba ya organizado, los portadores habían recibido instrucciones precisas, la decisión surtía efecto en el acto. Y así yo, Nsaku Ne Vunda, Dom Antonio Manuel, me volví Su Excelencia, embajador del Reino del Kongo ante el Vaticano.

Estas palabras siguen resonando en mí como un deslumbramiento cuando emergen de los abismos del tiempo. Mi primera reacción fue pensar que era un malentendido, pero de pronto me inundó la embriaguez, una alegría tan intensa que temblaba, como un terremoto increíble. Estaba soñando despierto, ¡sentarme junto al Papa en un futuro cercano! Yo, fatigado cura de campo, pronto trataría al Santo Padre de tú a tú y sería el mensajero de nuestro rey. La cabeza me daba vueltas, el corazón se me quería salir del pecho, hubiera querido besarle los pies a Álvaro

II

, agradecerle el inimaginable honor que me hacía, pero no era hombre al que se le pudiera dirigir la palabra si él no la había solicitado. El rey guardó silencio, se levantó y salió del recinto, seguido por su progenie y su séquito. Me esforzaba por permanecer inmóvil mientras esperaba la orden que me autorizaría a abandonar la sala, la sangre me hervía en las venas, pensaba en mis padres adoptivos, imaginaba su inmenso orgullo cuando se enteraran de la noticia, estaba viviendo una emoción sin igual, era el más feliz de los hombres. Recordé mis clases de geografía y tracé una línea ficticia que rodeaba la giba formada por el África occidental y luego se dirigía hacia el norte, cruzaba el estrecho de Gibraltar y llegaba por fin a Roma. ¡Descubriría el océano! En mi interior pataleaba como un niño, mientras lágrimas de felicidad me humedecían la cara.

Iba perdiendo la compostura y la calma, ya era imposible quedarme ahí postrado, los músculos me temblaban y sentía comezón en todo el cuerpo. Yo, un huérfano, gozaría de los privilegios reservados a los hijos de dignatarios, que estudiaban teología en Lisboa. También yo cruzaría las grandes aguas, descubriría la lejana y maravillosa Europa

y toda su bondad, de la que me habían hablado mis profesores durante los años de estudio, Europa, el continente donde el amor por Cristo palpitaba en todos los corazones. Por una vez en la vida, dejé que se apoderara de mí la vanidad se apoderara, mi destino era residir en el lugar más sagrado de la Tierra.

Cuando un lacayo me puso la mano en la espalda, me preparé para abandonar la sala de audiencias de espaldas, pero me indicó que me pusiera de pie y me guio hacia el lado contrario, me hizo rodear el trono, cosa que normalmente se castigaría con la muerte. Yo estaba azorado, traté de resistirme con un movimiento de retirada, pero el lacayo me retuvo enérgicamente, aunque sin violencia, y colocó el dedo índice sobre los labios para indicar que guardara silencio. Me arrastró con pasos silenciosos hacia donde estaban los aposentos del rey, sus esposas e hijos. Mi anterior entusiasmo dio paso a una creciente intranquilidad. El lacayo se detuvo frente a unas escaleras de piedra muy estrechas que bajaban hacia los sótanos y, con un gesto de la mano, acompañado por una mirada autoritaria, me forzó a seguirlo.



Descendimos a oscuras hacia los recintos secretos de la guarida del rey, sólo se escuchaba el ruido sordo de nuestros pasos. Llegamos a un corredor de paredes desnudas toscamente cubiertas de arcilla y débilmente iluminadas por antorchas.

Del suelo y las paredes húmedas emanaban olores rancios que irritaban la garganta y dejaban un gusto acre sobre la lengua. El recorrido me pareció interminable, pero ya era imposible dar media vuelta a solas, no hubiera podido justificar mi presencia en esta parte del palacio ante nadie. Después de un centenar de pasos que me parecieron una eternidad, el lacayo sonrió y tocó una puerta. La voz que nos respondió del interior e indicó que pasáramos era la de Álvaro

II

. Descubrí una habitación magnífica, decorada con lujo aún más exquisito que el de la sala de consejo. Todo el techo y paredes estaban recubiertos con telas abrochadas con flores de oro cuyo resplandor se intensificaba a la luz de las incontables velas colocadas sobre la alfombra. Su Alteza me esperaba, instalado cómodamente en un diván con agarraderas resplandecientes de pedrería y rematadas con un escudo de armas. Mi reacción inicial fue bajar la mirada y postrarme a sus pies, pero antes de que pudiera agradecerle su generosidad, él mismo me tomó del brazo y me hizo sentarme en una silla frente a la

suya. Me dijo que debía hablarme sobre un asunto de una imperiosa gravedad, el país se encontraba en una situación muy preocupante, así que dejaríamos el protocolo por esa ocasión.

Dijo que, si me había elegido para representarlo en Roma, era porque, al vivir alejado en mi provincia, era ajeno a la corrupción e intrigas que recorrían en susurros los pasillos y corredores de su palacio en Mbanza Kongo. Y lo habían conquistado mi reputación de cercanía con la gente humilde y el cariño de mis feligreses. Desconfiaba de los dignatarios religiosos que lo aconsejaban, por considerarlos demasiado sometidos a los portugueses. Se inclinó hacia mí como si temiera la presencia de oídos indiscretos y me dijo que, desde hacía ya un siglo, nuestros soberanos habían sido tan débiles que el Kongo había perdido la grandeza de antaño, al punto que el reino en su conjunto amenazaba con derrumbarse y, con él, tanto la cristiandad que se había logrado construir, como las tradiciones a las que nos sujetábamos. Nadie sabía qué podría florecer sobre sus escombros. Quien me hablaba era un hombre gris y cansado, un jefe poseído por la desesperación, consciente de que sus días al frente del país estaban contados. Le costó confesarme que él mismo no había sido ejemplar en la materia, se había dejado seducir, como tantos otros, por la ambición de consolidar su fortuna y se había apartado de su deber primero, el de actuar en favor de los súbditos más vulnerables. Al pronunciar estas palabras, su mirada, de una tristeza infinita, se hundió en la mía y entendí que, habiendo llegado al límite de sus errores, no le quedaba más que constatar la dimensión del desastre.

El abatimiento en sus ojos parecía expresar que quizás ya era demasiado tarde.

Su villa de descanso cerca de Luanda se había vuelto el único lugar donde se sentía mínimamente seguro, un último refugio para escapar de las traiciones que acechaban en los engranajes del Estado. La sospecha contaminaba las relaciones entre sus subordinados, los bakongos ya no establecían relaciones de intercambio, sino que se espiaban entre sí. Juntó los puños para indicar que estaban unidos, el rey estaba atrapado, cautivo en un cerco tan estrecho que debía esconderse dentro de su propio palacio. Veía a cada uno de la decena de miles de habitantes de la ciudad como un asesino potencial, comenzando por los aspirantes a sucederlo, que eran los primogénitos de sus hermanas, como indicaba la costumbre, pero estaban todos ocupados en espiarse y provocarse, y dispuestos a todo para eliminarse por cualquier medio. Desdeñando la memoria de nuestras madres fundadoras, que repudiaban la magia negra, muchos

solicitaban los servicios de hechiceros de pueblos vecinos, que confeccionaban amuletos poderosos, invocaban demonios asesinos y preparaban terribles pócimas mortíferas. Los envenenamientos se multiplicaban. Había desaparecido el joven a quien el rey había designado como su delfín y se sospechaba que su hermano menor lo había vendido a los comerciantes neerlandeses. Todas sus esperanzas de lograr algún cambio se habían evaporado con la pérdida de ese sobrino, que había sido criado según nuestros valores, un hombre generoso, preocupado por la suerte de los indigentes y asqueado por la codicia generalizada. Le gustaba ofrecer sin pedir nada a cambio, le complacía contribuir a la felicidad del prójimo sin buscar nunca ventajas personales a cambio de su ayuda. Por sus ideas nobles y sinceras se había hecho de muchos enemigos, sobre todo entre los cortesanos que se beneficiaban con los favores de los tratantes europeos.

La obsesión por querer ganar cada vez más dinero, así fuera capturando y vendiendo a los propios vecinos, amigos o parientes, corrompía la cohesión de nuestra sociedad. Muchos notables de la corte fomentaban complots en contra del rey negociando acuerdos secretos con agentes extranjeros. Las ganancias

generadas por el comercio de esclavos era lo que estaba destruyendo el reino de los bakongos. Ya habían quedado muy lejos los tiempos en que la prosperidad era fruto del trabajo arduo, conforme a las enseñanzas transmitidas por quienes habían fundado el Kongo.

El rey se pasó una mano temblorosa por al frente. Por muy descendiente que fuera de un linaje tan largo y valeroso, los portugueses lo trataban ahora como un peón carente de interés. Si bien las relaciones entre los bakongos y los europeos siempre habían sido complejas, durante mucho tiempo se habían basado en el respeto mutuo. Pero eso ya sólo era un recuerdo lejano. La trata que empujaba a nuestros compatriotas hacia el océano los exponía a mil formas de violencia. La compra y venta de cautivos, que en el pasado se había organizado bajo la autoridad de las dos coronas, ahora se llevaba a cabo de manera totalmente anárquica. Reinaba la impunidad, y los miembros del gobierno habían dejado de ocultar su implicación en el negocio.

Había llegado el momento de reaccionar, y por eso Álvaro II

me necesitaba. En este inmenso honor que le hacía Clemente VIII

, el rey veía la oportunidad de enmendarse antes del inminente fin de

su reinado.

Aprovecharía el vínculo directo que se tejería con un hombre tan bueno e influyente como el Papa, pero no para su propia gloria ni para acrecentar su patrimonio personal, sino para presentar las dolencias de sus súbditos exangües, con la esperanza de desviar la ruta que había tomado el Kongo y alejarlo del caos. Me reveló que la misión con la que debía cumplir no era la de representarlo ante el Vaticano, sino más bien rogarle al Santo Padre que aprovechara su autoridad sobre los monarcas de Europa para convencerlos de que abolieran la esclavitud, que él identificaba como el homicida de nuestra sociedad. Álvaro II

esperaba que yo pusiera al Papa al tanto de la situación, porque estaba seguro de que ignoraba la existencia de este innoble tráfico. En cuanto se enterase, el Santo Padre decretaría en el acto la libertad de todos los esclavos, dondequiera que estuvieran, porque el cristianismo considera a todos los hombres iguales ante

Dios.

Por último, el rey me aconsejó, por mi propia seguridad y considerando los enormes intereses financieros que pondría en peligro, tomar todas las precauciones necesarias para guardar en secreto durante el mayor tiempo posible el verdadero objetivo de su petición ante Clemente VIII

. Finalmente, torturado por el remordimiento, apoyó una rodilla en el suelo y pidió perdón por sus pecados. Lo bendije y luego me despidió.



Una inmensa responsabilidad pesaba sobre mi frágil espalda. Me asaltaba una multitud de preguntas y me sentía aplastado por una cantidad ingente de información nueva que debía atender. La preocupación me impedía clasificar de manera coherente todo lo que había visto y, sobre todo, oído. El lacayo del rey tuvo que tomarme por los hombros y sacudirme vigorosamente para que saliera de mis cavilaciones. Habíamos vuelto a subir desde los sótanos y recorrido el camino inverso hasta el exterior del recinto, pero al estar perdido en mis pensamientos, ni me había dado cuenta. Rechacé los alimentos que me ofreció y me retiré a una capilla ubicada cerca del palacio, pidiendo que me dejaran solo ahí. En ese pequeño recinto de tierra húmeda cubierta de follaje encontré el ambiente sencillo y sereno que buscaba mi alma atormentada.

No había acabado de regocijarme por volverme el embajador del rey, cuando la situación había cobrado una extrema complejidad. Álvaro II

no se me había presentado bajo los rasgos de un monarca, sino como una víctima de su propia codicia y, a fin de cuentas, prisionero de un lujo absurdo que sólo podía disfrutar en la soledad de una caverna. Acababa de presenciar el despojamiento de la condición de realeza, ya no quedaba sino un hombre en decadencia, cuando el rey siempre me había parecido un objeto de veneración, de sacralización. Sentía una profunda congoja al pensar en los peligros que pesaban sobre el reino y sobre los súbditos, pero también mucha amargura, dejaría a mi país tambaleándose al borde de un precipicio. Encendí un cirio en un candelero de cobre. Mi primera oración la dirigí a mis padres adoptivos, deseando que mi pueblo natal permaneciera mucho tiempo a salvo de los peligros que rondaban sus puertas. Inmóvil, con las manos unidas, me postré al pie del altar y alabé al Señor.

Tenía miedo, el corazón se me aceleraba y me impedía tomar aire, lloré durante horas y horas, jaloneado entre la gratitud que sentía hacia el Creador por haberme designado y la perspectiva de afrontar lo insuperable. Las preocupaciones no desaparecían, todo lo contrario, me llenaban de dudas y me paralizaban. Las advertencias del rey me venían a la mente una y otra vez, el viaje a Roma ya no era un logro, sino un acontecimiento con grandes riesgos, todo se tambaleaba. Me esforzaba por no sucumbir ante el pánico, por

mantenerme digno frente al Eterno. Atravesar el océano y sus misterios me angustiaba terriblemente, recordé las leyendas de mi infancia, en las que monstruos marinos habitaban las profundidades, sujetos a las órdenes de Mami Watta, la diosa de las aguas, devoradora de hombres, un ser misterioso mitad mujer, mitad algas, con la cabeza cubierta de interminables trenzas negras que eran cada una un tentáculo.

Cuánto hubiera preferido haberme quedado en la quietud de mi vida anterior, sin mayor proyecto que amar a Dios y a los hombres. La confianza en mí mismo, acumulada a lo largo de toda la vida, se había hecho añicos en pocos segundos, me veía como un cobarde ante mi propia renuncia, me sentía culpable, surgía en mí una resistencia, una intuición perturbadora, sospechaba que no encontraría en mi interior la valía suficiente para semejante misión. Sólo quería esconderme, desaparecer en un lugar al abrigo de cualquier exigencia. Pero si era sólo sentarme con el Papa y transmitirle el mensaje de Álvaro II

, me repetía una y otra vez estas palabras, eran fáciles de pronunciar,

pero todo parecía imposible, casi ridículo, un espejismo, una locura. Con los ojos cerrados, intentaba en vano reunir lo que me quedaba de coraje.

Me estaba encomendando a Dios y a las abuelas cuando una sensación de calor me quemó las puntas de los dedos, una fiebre me abrasó la frente, me abatía, respiraba por intervalos y fui perdiendo poco a poco el control de mi cuerpo, una fuerza venida del más allá se apoderó de mi persona. Formas confusas se entremezclaban bajo mis párpados cerrados, alcanzaba a distinguir extraños jinetes galopando sobre el mar, con las caras cubiertas por gorros estampados con una cruz roja, veía sangre que rezumaba de la madera de un mástil encendido, sables que entrechocaban, bolas de fuego que explotaban y otras tantas catástrofes que acentuaban mi terror. De pronto, sentí que los tímpanos se me desgarraban por los gritos de pánico de un centenar de hombres y mujeres encadenados en una jaula, todo un mundo de espantos se imponía ante mis ojos y no lograba apartarlo de mi vista. Me agarré la cabeza entre las manos, quería que todo se detuviera de una vez, recuperar el control, pero no era dueño ni siquiera de mis propios movimientos. Me sentía muy mal y logré salir tambaleándome de la capilla. Con las manos apretándome aún las orejas, trataba de atenuar el griterío, las imágenes apocalípticas se seguían sucediendo, el terror era cada vez más fuerte, había un hervidero en mi interior, imposible de

canalizar. Deambulé al azar por el campo, caminé sin rumbo entre los matorrales, me tropezaba, completamente alterado, al borde de la locura.

Una voz misteriosa se fue infiltrando en el seno de mi agitación, acogí el llamado de los ancestros y dejé que me desposeyeran de mí mismo. Bajo su influencia, recorrí cientos de kilómetros, bajé a toda velocidad por una ladera montañosa en Boko y avancé hacia el río, reconocí la suavidad del sol, sus rayos atravesaron la capa de nubes y me encendieron las sienes. En esa noche plateada, iluminada por una luna creciente, alguien guiaba mis pasos.

Estaba sereno cuando me vi de pie a la entrada de una choza miserable. Un médium me invitó a acompañarlo, mi visita le había sido anunciada.

Rodeándome los hombros con el brazo, me dirigió al fondo de su guarida, donde había un revoltijo de vasijas llenas de pócimas, ramos de plantas secas, tiras de pieles de animales, osamentas, garras y dientes. Abrí los ojos sorprendido, me crucé con su mirada enrojecida

y me envolvió con una bruma blanca. En un impulso de su cuerpo esquelético se lanzó hacia mí, se sacudía de la cabeza a los pies. Apretó los puños y sus órbitas repugnantes se volvieron amarillas, giró y me escudriñó de arriba a abajo con sus pupilas dilatadas, donde resplandecía un brillo salvaje. Torció la boca en una mueca espantosa, fue presa de espasmos, como si lo asfixiara un mensaje que no lograba descifrar. En mi cerebro ya no quedaba un solo pensamiento coherente, todo era vacío, vértigo. Por fin hablaron, en un lenguaje extraño, las caracolas que sus dedos nudosos lanzaron sobre el piso de tierra, a la luz de una hoguera. Revelaron que debía hacerme a la mar sin demora y que, mientras me mantuviera íntegro, atento a las señales enviadas por los difuntos, la magia de los ancestros sería mi aliada. Debía alcanzar la otra orilla de las grandes aguas y regresar aún fiel a mis creencias, atento al mundo y al prójimo, sólo eso coronaría de éxito mi empresa y me ofrecería la eternidad.

Sin que el médium dejara de mirarme, su envoltura carnal comenzó a desmaterializarse, se transformó primero en una nube lechosa y luego se fragmentó en una miríada de minúsculas estrellas que se pusieron a circular a mi alrededor irradiando tonalidades desconocidas. Me rodeó una marejada de palabras y frases que resonaban de un lado y del otro de la choza. Algunos lamentos suplicaban no caer en el olvido al paso de los siglos, otros aullaban su furia, exigiendo la reparación de las injusticias y crueldades padecidas, muchos

lloraban en largos sollozos interminables. El coro disonante formado por todas estas voces y contrapunteado por un estrepitoso choque de cadenas se alojó en algún lugar de mi memoria.



A la mañana siguiente, el mismo lacayo me encontró rezando al pie del altar y me informó que debía partir antes de la lluvia. La confusión aún me nublaba las ideas, entre sueño y realidad lo seguí sin pronunciar palabra y me acomodé en el pequeño trono que sostenían los portadores. Los cuatro hombres me izaron y emprendimos el camino.

La noble piedra de este busto que es mi última morada no me ha permitido regresar a la atmósfera húmeda y tibia de las intemperies de mi país. Allá, cuando el cielo se encapotaba, se acumulaban enormes nubes hasta constituir una sola y única masa compacta que cubría todo el paisaje y borraba el horizonte. Entonces yo esperaba el contacto de las primeras gotas, cuando el suelo liberaba agradables aromas azucarados a tierra mojada, antes de que el aire se enrareciera

y el calor sofocante diera la impresión de aplastar todo el campo.

Tuve precisamente esta sensación mientras abandonaba las inmediaciones del palacio y avanzaba hacia el puerto. Muy pronto se puso a llover con gran intensidad. Los hililllos de agua me nublaban la vista al mezclarse con el sudor que me cubría la frente, para después infiltrarse bajo mi sotana. La noche tan agitada me había debilitado y, a pesar de la temperatura elevada, temblaba de frío mientras intentaba mantenerme erguido. El camino por el que avanzábamos, cada vez con mayor dificultad, se transformó rápidamente en un arroyo de barro.

Desde lo alto de mi asiento me daba cuenta de que a los portadores les costaba enorme esfuerzo mantenerme en equilibrio. Se resbalaban a cada paso y la turba vegetal les envolvía los pies hasta los tobillos. Decidí que hiciéramos un alto y nos refugiáramos bajo el follaje de un gran árbol en lo que amainaba el aguacero.

Ahí estábamos esperando, sentados sobre gruesas raíces, cuando una interminable columna de vagas formas humanas pasó a unos cincuenta metros, una línea de sombras que se distinguía apenas de la bruma formada por la frescura de la lluvia torrencial al contacto con la tierra caliente. Aún habitado por las visiones de la noche, creí que era un espejismo. Pero la aparición, inicialmente irreal, se fue concretando por a poco. Fueron apareciendo, avanzando bajo la tromba tórrida, contornos de mujeres, hombres y niños desnudos, unidos uno a otro por el cuello con horquillas de bambú. Se desplazaban dificultosamente, con los antebrazos doblados sobre el pecho y los puños atados. Me concentré en los movimientos de sus pies, entorpecidos por ataduras que le daban a su andar un aire pesado de profunda fatiga. Se

tambaleaban tratando de seguir la cadencia impuesta por los guardias armados.

Algunos se tropezaban y los demás debían arrastrarlos algunos metros para evitar la caída. Cada latigazo sobre sus espaldas encorvadas me provocaba un sobresalto. Recordé los relatos espeluznantes de los que lograban escapar de las razias en los pueblos apartados.

Ahí estaban los campesinos desaparecidos, los que habían salido una mañana a trabajar su siembra y nunca habían regresado, sobre los que se contaban historias allá en Boko, de noche, alrededor del fuego. A pesar del ruido de la lluvia que aporreaba el suelo me llegaba claramente el eco de los sollozos y voces de los esclavos, mezclado con

el de las órdenes y amenazas de los custodios, maldiciones y exigencias de avanzar cada vez más rápido. Fue la primera vez que vi seres humanos encadenados. Enfrentarme a la terrible realidad de los esclavos me perturbó, me di cuenta de que había estado enceguecido. Hasta ese momento, mis ojos habían discernido sólo lo que mi conciencia y mi moral estaban en condiciones de aceptar, la idea que me hacía de nuestro pueblo era tan elevada que ocultaba cualquier elemento que hubiera podido marchitarla. Ahora esta imagen y sus melodías desgarradoras de sufrimiento forman parte de mí, me han acompañado a través del océano, los mares y los siglos. Las víctimas serán por siempre mis hermanas y hermanos, descansan conmigo en la Vida Eterna.

Cuando el sol alejó la tormenta, nos volvimos a levantar y continuamos el camino, para llegar al barco antes de que se pusiera el sol. El cielo y la vista se despejaron, a lo lejos se vislumbraba el océano, la danza de la espuma sobre las olas. En la playa, justo afuera de las puertas de la ciudad, había una construcción de piedra, redonda y amplia, con un techo tan bajo que un adulto no hubiera podido estar de pie en su interior. Les pregunté a los portadores, me respondieron que era el fuerte de contención de los esclavos y apretaron el paso, esperando apartarme del insidioso olor a carne quemada que nos llegaba con la brisa. Tuve tiempo de reconocer siluetas abatidas, semejantes a las que había percibido entre la neblina, poseídas por la misma angustia, amplificada ahora por los tizones encendidos estampados sobre la piel, un espectáculo terrible. Los traficantes bakongos, con el apoyo de soldados, procedían al marcaje de los esclavos antes de mandarlos a los calabozos. Los que se resistían eran golpeados y arrastrados a la fuerza por los guardias, que los tenían contra el suelo mientras uno de ellos le aplicaba sobre la espalda un sello de fierro al rojo vivo. Toda la escena ocurría en medio de un estrépito de gritos atroces, insultos, golpes, imploraciones y llantos.

Aunque bajé la cabeza y aparté la mirada, fueron sinceros y profundos los pensamientos que dirigí hacia esos desdichados, comenzaba a captar la importancia de la misión que me habían encomendado y recé en voz baja por la salvación de sus almas, por que nunca se resignaran a la condición de bestias de carga a la que querían reducirlos, por que tuvieran la fuerza para conservar su orgullo y no perdieran ni el gusto por la libertad ni la certeza de que un día habrían de encontrarse en un paraje tranquilo y eterno junto a nuestro Señor. En mi fuero interno se disiparon los temores, mi tarea seguía siendo inmensa, pero me infundían aliento la necesidad y la urgencia de poner fin a la empresa de deshumanización de mi gente.



Con el corazón apesadumbrado, descubrí la ciudad portuaria. Hervía de gente, una multitud densa, incluidos muchos comerciantes venidos de Europa. A medida que nos acercábamos a la ensenada, fuimos pasando por callejones oscuros y malolientes, abarrotados de puestos repletos de alimentos, así como utensilios de cocina, armas, máscaras, animales vivos y muertos, muchas piezas de arte y telas. Deambulamos frente a las terrazas de tabernas ruidosas, afuera de las cuales vociferaban individuos alcoholizados, antros del diablo, templos de vicio y crimen atestados de aventureros y oportunistas atraídos hacia nuestras costas por el comercio floreciente. Al salir del laberinto de callejuelas, atisbé la bahía de Luanda, con su horizonte erizado de mástiles vertiginosos. Fue una visión sobrecogedora. Me impresionó la dimensión de los navíos, esas imponentes edificaciones humanas que flotaban sobre el agua. Imaginé el interior de sus cascos abombados repletos de maravillas y dediqué largos minutos a admirar las banderas multicolores que chasqueaban con elegancia al golpe del viento.

Olvidé por un momento la fetidez que flotaba en al aire y a los desgraciados que arrastraban sus cadenas por los muelles, fascinado como estaba por la intensidad de las actividades. En todos los niveles de los barcos había marineros afanados, algunos de pie sobre plataformas en lo alto de los mástiles, maniobrando con largas varas munidas de un gancho, otros en precario equilibrio y agarrados de las jarcias, reparando las velas rectangulares. Sin comprender nada, admiré el sistema de cuerdas tensas guiadas por anillos de madera, gruesos cabos trenzados que formaban nudos complejos, corrían sobre poleas metálicas y se enrollaban alrededor de carretes inmensos. Los estibadores hacían rodar enormes toneles, cargaban y descargaban cajas y baúles de diversos tamaños. Todos gritaban y negociaban en una variedad de lenguas y dialectos que apenas alcanzaba a distinguir. Había entrado en un mundo completamente nuevo, estaba fascinado y me dejé guiar hasta el atracadero del único navío en cuyo palo mayor ondeaba la bandera francesa, el pabellón de azur con flores de lis doradas.

Los portadores me depositaron frente al Vent Paraclet, “ráfaga de consuelo del Espíritu Santo”. El buque me pareció colosal a tan corta distancia, un monstruo esculpido en madera. Al levantar la mirada, primero me encegueecieron los rayos solares que se abrían paso entre las nubes, y luego distinguí, tapando el sol, al capitán acodado en la proa. A pesar de su extraño tricornio negro, verlo envuelto en su traje de gala me inspiró respeto. La máxima autoridad de la embarcación

llevaba un abrigo azul con dos hileras de botones dorados, abierto sobre una camisa de un blanco inmaculado. Se irguió para darme la bienvenida con un gesto amistoso y me invitó a subir por la pasarela, sobre la que iban y venían sus hombres, bajo el ojo vigilante del segundo de a bordo. Llegué al puente con paso vacilante y fui percibiendo gestos de gran asombro en los rostros de los marineros con los que me cruzaba. Muchos se detenían y me escudriñaban con una curiosidad estupefacta, como si estuvieran viendo a un hombre de Dios por primera vez en sus vidas. Me habría de tomar muchos años entender su desconcierto. Cuando fue erigido en mi honor el busto apodado "Nigrita", me di cuenta de que no veían más allá de mi color de piel. Los marinos se sorprendían de ver a un nativo del Kongo acogido por su superior con el respeto debido a un invitado de honor.

El capitán Louis de Mayenne se dijo muy honrado de escoltarme en su buque por órdenes directas de Enrique

IV

. El rey de Francia, al responder positivamente a la petición de Su Santidad Clemente

VIII

, sellaba de este modo su reciente reconciliación. Al haberse convertido hacía poco a la religión católica y deseoso de dar muestras de buena fe, al rey de Francia y de Navarra no le había quedado opción y se había apresurado a prestarle al Papa el servicio que le requería. Sin embargo, la incongruencia de la petición por parte del Vaticano, consistente en el traslado de un clérigo de África, había despertado desconfianza en el monarca francés y lo había llevado a actuar con discreción. Con el fin de salvar las distancias y no quedar mal en caso de algún infortunio, había elegido a un experimentado capitán de la marina mercante antes que a un militar de renombre. Al presumirme orgullosamente su enorme galeón de gran tonelaje con tres mástiles, bauprés y varios puentes, Louis de Mayenne me aseguró que pondría todo de su parte para hacerme llegar a Roma en buena salud y con la menor demora posible. Del éxito de la misión dependía su futuro acceso a los favores de la corte real. Me pidió que disculpara de antemano los malos modales de su tripulación, compuesta, según me explicó, por toscos campesinos que nunca habían aprendido buenos modales. También pidió disculpas por la escasa comodidad que podía ofrecer su navío, lo sabía

indigno de un embajador, pero los alimentos serían de buena calidad

y, si Dios lo disponía, los vientos nos serían favorables. Por mi parte, le pregunté enseguida por la duración de nuestro viaje. Explicó que le resultaba imposible responderme con precisión, porque primero había que tomar la ruta hacia Brasil durante cinco o seis semanas, permanecer atracados el tiempo suficiente para vender toda la mercancía y luego volver a zarpar con rumbo noreste hacia Europa, todo lo cual implicaba buena cantidad de vicisitudes. En todo caso, lo que debía quedarme claro era que pasaríamos juntos varios meses. Sus palabras me cortaron el aliento, tuve que sujetarme de la barandilla, me fallaron las rodillas, protesté, alegando que debía tratarse de un enorme malentendido, las órdenes de mi rey eran llevarme directamente a Roma y no al otro lado del Atlántico, tenía el tiempo contado. Debía darme prisa para solicitar lo más pronto posible la intervención del Santo Padre y salvar la mayor cantidad de vidas posible, me embargaba la amargura. La obligación de mantener en secreto mi cometido condenaba a demasiados inocentes.

El capitán, imperturbable, me aseguró que estaba equivocado o, más bien, que era completamente ignorante. Me tomó por los hombros y me señaló los otros navíos fondeados en el puerto de Luanda: todos, sin excepción, se preparaban para navegar hacia el Nuevo Mundo. Además, hasta donde tenía noticia, él era el único facultado para escoltarme con la consideración debida a mi rango y me desaconsejó considerar siquiera abordar otra embarcación. Me preparé para retroceder, quise bajarme, pero los portadores habían desaparecido del muelle y ni siquiera sabía si Álvaro

estaría aún en su palacio. En ningún momento me había especificado el itinerario que debía seguir para llegar a Italia, me había manipulado y ahora no me quedaba de otra que partir en ese buque. El camino de regreso ya estaba cortado.

Estaba apenas a unos metros de la tierra de mis ancestros y me sabía ya condenado a cumplir con mi misión, so pena de no poder regresar jamás. Me sentía furioso, estaba atrapado, los miembros se me habían engarrotado, quería llorar. Y esa calma en el tono de mi interlocutor, burlándose de mi sorpresa, me desquiciaba aún más. Traté de no escucharlo. Al sustraerme de sus palabras, percibí unas melodías disonantes que subían desde el vientre del Vent Paraclet, lamentos, aullidos de dolor y desesperación, un coro lancinante del fin de los tiempos vertido por los esclavos desde el fondo de la fosa, una pesadilla sonora que habría de pautar mis días y mis noches desde ahí hasta la llamada “tierra de

las hogueras”, al otro lado del océano.

Con una desenvoltura desconcertante, viéndome ya derrumbado y comprendiendo que me había dado por vencido ante lo evidente, Louis de Mayenne me invitó a seguirle el paso, quería mostrarme su navío. Era insensible a los lamentos de casi trescientos prisioneros que sufrían bajo nuestros pies mientras me contaba su periplo. Había dejado el puerto de Nantes dos meses atrás y al llegar al Golfo de Guinea había costeado durante varias semanas hasta atracar en Luanda. Mientras caminábamos, enumeró todos los productos que había llevado de Francia: galleta marinera para varios meses, veinte barriles de harina, casi la misma cantidad de carne seca, varios barriles de tocino en salmuera, aceite, mantequilla, bacalao, verduras, vino y animales vivos, sobre todo cerdos.

Me daban náuseas, me sentía febril, ausente. Nada estaba pasando como lo había imaginado. Y los sollozos de los cautivos me desgarraban el corazón. Luego el capitán se felicitó por el buen desarrollo de las transacciones, pues los representantes del rey del Kongo habían apreciado la calidad de los artículos que había desembarcado: un cargamento de licores, tabaco, baratijas y chucherías, pólvora y armas de fuego, telas y prendas. Me explicó que sus artesanos acababan de instalar plataformas en el entrepuente con el fin de aumentar la superficie disponible para acomodar el resto de la mercancía humana. Y ya iba bien avanzado el proceso de llenar los corrales de esclavos, todo transcurría de maravilla, la partida era inminente. Me pidió que tuviera paciencia durante sólo un par de días, en lo que nos hacíamos a la mar.

Álvaro

II

había omitido deliberadamente la precisión de que viajaría en la parte alta de un navío en cuyo vientre se transportaba a mis semejantes, esas sombras torturadas en el fuerte o reunidas en el muelle. Louis de Mayenne se felicitó por haber tratado directamente con los emisarios de mi rey, que le habían vendido a la gente que estaba cargando ahora en el Vent Paraclet, las dos partes se habían mostrado satisfechas con la transacción. Y, sin embargo, mi deber, en nombre del soberano, era condenar este comercio. Se multiplicaban las manipulaciones y los encubrimientos, tenía la impresión de irme perdiendo en una pesadilla interminable, la cabeza me daba vueltas, a cada momento recibía nuevas

desilusiones. El capitán, en cambio, me seguía presumiendo las proezas de sus artesanos, que habían construido las dos potentes empalizadas que atravesaban el puente, sobrepasaban cada flanco del navío y les impedían a los prisioneros abandonar el espacio donde tenían permitido caminar. Las empalizadas ubicadas en la zona posterior estaban perforadas con dos troneras para cañón, y en la parte alta, una pieza de artillería de tamaño un poco más modesto pronto apuntaría hacia la zona de paseo de los cautivos. Noté también dos enormes redes desplegadas a los costados para impedir que se dieran muerte saltando por la borda. La sala de la tripulación había sido transformada en una auténtica fortaleza dispuesta a servir de última morada en caso de una revuelta.

Louis de Mayenne me fue presentando a sus oficiales repitiendo muchas veces

“el embajador del Reino del Kongo” y “Su Excelencia”. Tampoco los subordinados prestaban mayor atención al insoportable estrépito que subía desde el nivel inferior. Primero conocí al segundo de a bordo, el único que gozaba de la estima del capitán, un hombre bajo de estatura, frío y altanero. Luego fue el turno del calafate, encargado de sellar cualquier grieta y otras adecuaciones a la embarcación, y después del tonelero, hombre clave en la travesía porque debía garantizar la conservación y calidad del agua potable, el recurso más importante.

Todos me estrecharon la mano a regañadientes, y su obvia antipatía hacia mi persona me alteró aún más el ánimo, ya muy decaído. El médico cirujano, con quien me presentaron al final, hizo en automático un gesto de retroceso, pero bastó con que su superior se aclarara la garganta para que volviera a entrar en razón. Me saludó con un aire de menosprecio que no intentó disimular. A sus ojos, yo era un intruso, un error. Su mirada insistente se clavó en mi crucifijo, acompañada de un gesto desdeñoso. No me consideraba digno de portarlo, no le correspondía a mi persona. A nuestro alrededor, los marineros que no estaban de servicio me seguían observando con los ojos desorbitados. Estos hombres, en su mayoría mucho más jóvenes que yo, apenas unos adolescentes, se habían reunido en el puente, casi todos descalzos y con el torso desnudo, andrajosos, patizambos y mugrientos de la cabeza a las puntas de los pies. Entre ellos había algunos de edad más madura, pero todos se dispersaron en un abrir y cerrar de ojos ante la orden y la mirada feroz del capitán.

Después, el segundo de a bordo me mostró el comedor de los oficiales, donde recibiría mis alimentos junto con ellos, un espacio elevado y

luminoso, dotado de numerosas ventanas. Luego me condujo hacia mi camarote, ubicado en las partes habitables posteriores, reservadas a la tripulación de mayor rango.

Bajamos por una escalerilla muy empinada de unos diez escalones y recorrimos

un largo pasillo hasta llegar a una habitación diseñada para albergar a los oficiales de paso. Entré en un camarote de techo bajo, amueblado con una tabla que me serviría de cama, un baúl para mis efectos personales y una mesita. Me encerré en ese espacio exiguo y húmedo donde habría de pasar los próximos meses, con apenas un minúsculo ojo de buey como único acceso al mundo exterior, una abertura de algunos centímetros sobre la inmensidad azul. Me dio vértigo. Miré el océano deseando cruzar el río Kongo en una piragua y regresar a casa. Debía prepararme para pasar una larga noche con rumbo a lo desconocido, a merced del capitán y de la animadversión del conjunto de su tripulación. Pensé en los hombres y mujeres cautivos en la cala, muchísimo más desamparados que yo.



Permanecí encerrado durante el resto del día, pensando en los giros radicales que acababa de vivir en tan corto tiempo. Detestaba horriblemente a Álvaro II

, con sus confidencias en doble sentido, se había aprovechado de mi ingenuidad.

Desconfiaba incluso de mis superiores en Mbanza-Kongo, quizás simplemente me habían condenado al exilio por miedo a que mi buena reputación les hiciera sombra... Y tantas otras dudas a las que seguramente nunca encontraría respuesta, porque estaba por dejar el Kongo por un periodo imposible de determinar. Además, toda esa hostilidad a mi alrededor me cimbraba, yo que había sido mimado desde la infancia, apapachado por todos, siempre felicitado y alentado. Nadie me había enseñado a enfrentar el odio, el engaño, el fraude. En mi papel de sacerdote, siempre escuchaba, devolvía al buen camino a quienes llegaban a descarriarse, reprendía con dulzura, perdonaba. Todos me querían, hasta quienes rechazaban mi religión. En ese galeón aún fondeado en el puerto, pasé una noche sin descanso, atormentado por horribles pesadillas en las que también yo quedaba encerrado en el entrepuente. Desperté de un sobresalto en la estrechez de mi morada, con los tímpanos saturados de tronidos de madera y aullidos de angustia, un estrépito que hacía perder la razón.

Todo se había complicado, ya no lograba distinguir lo justo de la superchería, me sentía terriblemente solo y desamparado.

Tuve la sensación de que me asfixiaba, un sudor frío me corría por la frente, así que salí para refrescarme. Me quedé de pie sobre el puente del navío, todo estaba empañado por la llovizna. Aunque la densa neblina comenzaba a disiparse, sólo podía adivinar la orilla. El alba remplazó a la noche, inspiré profundamente la brisa, que trajo consigo todos los olores desconocidos del mar. La primera claridad del día traspasó el horizonte, iluminando aquí y allá la penumbra. Las últimas estrellas estaban desapareciendo cuando se dejaron oír llamados a mantener el orden por encima de un coro de gritos. Numerosos lanchones fueron emergiendo de la bruma, transportaban mujeres y se acercaban al Vent Paraclet.

Encadenadas de dos en dos por los puños y tobillos, desnudas, las pobres temblaban de pies a cabeza. Repegándose espalda con espalda en busca de algo semejante a un consuelo en la tormenta, cada una trataba de encontrar un poco de calor al tocar la piel de su vecina. Las lanchas atravesaban a empellones el hilo del agua, tripuladas por marineros de mirada grave que lanzaban

vigorosamente los remos hacia atrás y hacían profundos tajos en la superficie del océano. Avanzar, acabar lo más pronto posible. Estos jóvenes hombres sólo existían en la medida en que sabían obedecer y estremecerse ante las órdenes, sólo estaban en el mundo para ejecutar o morir, y no tenían con sus superiores otro vínculo que el de la sumisión. Semejantes a los esclavos que custodiaban, no eran más que insectos bajo los pies de los oficiales, reducidos todos a la condición de viles utensilios que los amos podían quebrar a su antojo. Las cautivas, por su parte, postradas, espantadas, intimidadas por la imponente embarcación, estaban en pánico.

Desde donde observaba la escena, vi cómo brillaba el terror en sus ojos a medida que descubrían esta cosa inmensa, el Vent Paraclet con sus siniestros flancos negros untados de alquitrán, cómo temblaban de miedo ante la vista del coloso de madera que esperaba pacientemente su ración de seres humanos, meciéndose con indolencia sobre un oleaje calmo. Los miembros de las mujeres se estremecían con espasmos nerviosos, todas conocían o al menos intuían los maltratos que les esperaban. Empezaron entonces los llantos y gemidos, los intentos de resistirse o de saltar por la borda, una última y vana tentativa de escapar a la sentencia. Claramente habituados a la maniobra, porque el embarco llevaba ya varias semanas, los guardias anticiparon los movimientos de las prisioneras apretando con fuerza el

metal de las cadenas. En los puntos de contacto se abrían las epidermis, no había la menor posibilidad de salir de la trampa. La piel iba y venía alrededor de los grilletes ensangrentados, había que apurarse antes de que las heridas se hicieran más grandes, actuar rápido sin dañar la mercancía, porque estropear un esclavo se castigaba con descuentos al salario.

Cuando estuvieron cerca del casco, los látigos empezaron a silbar a pocos centímetros de las espaldas de cualquiera que tardara en sujetarse a las jarcias para subir al puente. Ni sus lágrimas ni sus gritos suavizaron el corazón de los marineros que ejecutaban la tarea, ya fuera con rutina y precisión, en el caso de los más viejos, o con un nudo de ansiedad en las tripas, en el caso de los novatos.

Observé la mirada endurecida de algunos sin lograr reconocer ningún sentimiento que me resultara familiar. En los ojos de los adolescentes se podía leer piedad e incredulidad, pero también el miedo a maniobrar mal o dar un paso en falso, pues sus víctimas se debatían con todas sus fuerzas. Apretando la cruz entre las manos, sólo me quedaba la Fe en nuestro Señor y algunas oraciones para consolar el alma de las muchachas. Me preguntaba por qué el Todopoderoso habría elegido semejante destino para estas desdichadas apenas salidas de la infancia, al tiempo que yo, su humilde servidor, estaba aún muy lejos de poder

cambiar el curso de sus existencias. Me horrorizó darme cuenta de que sobre las orillas del río que me había visto nacer, los traficantes locales y sus socios venidos de fuera preparaban seguramente futuras travesías para continuar con las redadas y capturas.

A mis espaldas, la voz ronca y autoritaria del capitán me dijo que no me apiadara de ellas. Louis de Mayenne había aparecido en el puente de mando, en la parte elevada de su navío, desde donde dirigía las maniobras, y se había acodado en la barandilla justo por encima de mí. En su papel de jefe, ya no exhibía la solicitud que había derrochado a mi llegada, sino los rasgos de un hombre apurado, obtuso, duro e intransigente, actitud que quizás reflejara la práctica o el instinto de alguien que lidiaba cotidianamente con el peligro. Desconfiaba de los hombres como se teme a las fieras y sólo creía en su espada y pistolas, que mantenía siempre al alcance de la mano. Se alisó nerviosamente la tupida barba entre el índice y el pulgar, evocando los encantos del Nuevo Mundo y la importancia de los esclavos para el progreso de la civilización. Había logrado convencerse de que la esclavitud los liberaría de ser devorados por sus propios congéneres, salvajes e ignorantes de Dios. Viéndose cada vez más

enredado en la confusión de sus propias justificaciones, prefirió huir de mi mirada dubitativa y se dirigió a los marineros que se habían reunido alrededor del puente, atraídos por el poder irresistible de un espectáculo venidero. Louis de Mayenne escupió órdenes de dispersión y amenazas que tuvieron sólo un efecto relativo, pues sus hombres ya no lo escuchaban, parecían estar bajo los efectos de un hechizo.

Finalmente, me aconsejó que regresara a mi camarote, aclarando que un hombre de mi rango debía ocuparse de las cuestiones del alma en lugar de perder el tiempo con banalidades comerciales. Insistí en quedarme.

El médico se colocó frente a una decena de prisioneras alineadas, sobre su rostro se esbozó la sonrisa viciosa de un placer inminente. Se frotó las manos y luego interrogó con la mirada al segundo de a bordo, que asintió con una simple inclinación de la cabeza, después de verificar que el capitán hubiera partido. De pronto entendí que nada ni nadie lograría impedir que las jóvenes rehenes, completamente desvestidas, sin recurso ni refugio alguno, quedaran por completo a merced de los deseos sexuales de la sesentena de hombres que componían la tripulación. Las mujeres bajaron la mirada y apretaron las piernas, pero los marineros ya se estaban riendo burlonamente y provocándose unos a otros con golpecitos en la espalda. Yo los miraba y buscaba algún indicio de

bondad en sus pupilas húmedas, donde adivinada sólo ansias lúbricas y pensamientos de violación. Los imaginé esperando a que cayera la noche para negociar con los centinelas el precio de acceso a las mazmorras, donde los esclavos permanecerían encerrados largas semanas.

La consulta médica comenzó por el ultraje a la intimidad. En el rictus que desfiguraba el semblante de las niñas, apenas púberes, se podía leer vergüenza, sufrimiento, desprecio, pero sobre todo incomprensión. Me invadió el asco, sabía bien que las damas del Kongo son educadas para cubrir su desnudez. El cirujano, asistido por la mano dura de sus adjuntos, tenía la vía libre, podía proceder a la inspección. Apoyó una rodilla en el piso y fue palpando por todas partes, demorándose en el interior del cuerpo, con toda calma, con método. Sus manos descendían por las piernas, por los brazos, y se detenían en el pecho, sopesando los senos. Luego forzaba el paso hacia el bajo vientre, hurgando en el pubis antes de introducir un dedo experto en la vagina y menear el pulgar sobre el clítoris.

Las dos primeras reaccionaron de la misma manera, tratando de

retroceder, movimiento impedido por los guardias que las rodeaban. La tercera, en un arrebato, levantó bruscamente la cabeza y le clavó al médico una mirada llena de odio. Él hizo una mueca al reconocer el desafío desigual. A ella la lastimó más.

A pesar de tener los miembros sujetos por los cepos de hierro, la joven intentó golpear de vuelta, primero con la cadera, luego con la tibia, como fuera, pero el intento de resistencia fue castigado por una lluvia de latigazos. Soltó un grito agudo, el dolor era demasiado fuerte, perdió el conocimiento y se derrumbó, arrastrando con ella a la chica a la que estaba encadenada y provocando un estrepitoso choque de huesos contra madera. Ya tirada en el suelo, una serie de patadas violentas, con las botas envueltas en trapos para no dejar marcas en la zona de las costillas, completó el incidente. Lágrimas de impotencia perlaban las mejillas de la prisionera vencida. Resignadas, dóciles, las siguientes se dejaron hacer. Lloraban, apretaban los dientes. La intensidad de la rabia contenida y el terror en sus ojos me paralizaron el corazón hasta rincones aún inexplorados.

No podía apartar los ojos de la escena y me descubrí igual a los marineros, incapaces de desviar la atención. Con los dedos aferrados a la barandilla, carcomido por la ignominia, volví a mis cabales y elevé la mirada al cielo. Mi camino a Roma comenzaba con horror. Por más que protesté e imploré, el segundo de a bordo no me prestó la menor atención. Incluso supliqué de rodillas, en vano. Ofendido y, a decir verdad, preocupado por la creciente hostilidad de algunos hacia mí, corrí hacia el camarote de Louis de Mayenne.

En el pasillo me interpeló una voz, me desaconsejaba insistir, era inútil que gastara saliva por tan poco, de cualquier manera, la cala estaba casi llena y habían previsto zarpar la noche del día siguiente. La voz me explicó que los marineros estaban todos en abstinencia desde que habían salido de Francia y que la poca materia gris que les quedaba no lograría de ningún modo frenar sus más bajos instintos. Con el embarco de las mujeres, el ambiente en el buque al menos se relajaría. Me di la vuelta para mirar a mi interlocutor, un adolescente andrajoso, imberbe, delgado, con el pelo muy corto, un grumete afanado en lavar el piso en cuclillas. De lejos prefería, dijo, que la tripulación se interesara en las esclavas, pues durante las últimas semanas le habían exigido favores contra natura cada vez con mayor insistencia. La falta de presencia femenina en el barco, con excepción de la criada del capitán, había convertido a la mayor parte de los tripulantes en bestias feroces con el cerebro invertido, muchas de sus convicciones las habían dejado en puerto al salir o se habían esfumado desde el inicio de la travesía. Pasé de la indignación a la repulsión, me

persigné y comencé a retroceder, las palabras de esta criatura endeble encerraban toda la abominación del mundo.

El grumete se puso de pie y me miró con una atención misteriosa, con unos ojos muy dulces que brillaban en medio de un rostro pringoso y le daban un aspecto de estar soñando. La luz de su mirada me traspasó en un instante y me precipitó hacia otra dimensión, un paréntesis en el que nos comunicábamos sin pronunciar palabra. A él le intrigaba la presencia de un hombre de Fe en ese galeón y yo no lograba definir la esencia de la que estaba hecho este individuo. El grumete recobró el habla para dejarme claro que, en cuanto se hiciera a la mar, el galeón dejaría en tierra la palabra divina y las leyes de los hombres. Ya navegando, quedaríamos todos a merced de los misterios del océano, que dictarían sus leyes férreas, impondrían su cólera, nos someterían a sus caprichos y nos consolarían de vez en cuando con sus milagros. En cuanto quedáramos librados a la inmensidad desértica de las aguas, el imperativo de lograr la supervivencia de la mayor cantidad posible de mercancía humana prevalecería sobre cualquier otra consideración. Mi interlocutor vislumbraba una travesía extenuante, amenazada por la hostilidad de las tres cuartas partes de los pasajeros, conducidos hacia una existencia atroz de trabajo y sufrimiento, y una muerte lenta, dura y dolorosa.

Más allá del profundo malestar que me provocaba, entre la angustia y una perturbadora proximidad, percibí una especie de velo de seriedad en su rostro, una clarividencia que él mismo no lograba dominar. Primero me resistí a creer

que un extranjero pudiera estar familiarizado con el mundo invisible de los bakongos. Sin embargo, un lazo de naturaleza inédita se tejió claramente entre los dos durante algunos segundos. Luego todo se detuvo, la intensidad de su mirada se debilitó y se desvaneció el encanto.

Me dijo que se llamaba Martin y continuó, afirmando que el amor, la piedad, la fraternidad, el perdón y la compasión, esencia de las enseñanzas de mi Santa Iglesia, no tendrían sitio en el Vent Paraclet. El único principio reinante sería el temor al capitán, que tendría derecho de vida y de muerte sobre todos, tendría que resignarme a ello. La presencia de todos los demás, con excepción de los oficiales, se resumiría a existencias en suspenso, sometidas a la autoridad de uno solo. El futuro se encargaría de enseñarme que estas palabras no eran más que un pálido reflejo de las injusticias y la crueldad que estábamos por vivir. En cuanto a mí... Dejó inconcluso lo que había comenzado a decir a modo de conclusión.

Su rostro se relajó en una amplia sonrisa maliciosa y simplemente encogió los hombros.

Martin me recordaba a nuestros médiums. Su voz aflautada, que aún no había cambiado, revelaba mucho candor y completaba un perfil asombroso para un chico que ocupaba el último rango de la jerarquía que reinaba en la embarcación.

Me alejé de ahí, fingiendo ignorarlo, pero sin lograr realmente disimular mi incomodidad. Al apretar el paso rumbo a las habitaciones del capitán, no pude evitar darme la vuelta para volver a mirar al misterioso muchacho, que seguía con la mirada cada uno de mis movimientos. A modo de despedida, me aconsejó no molestar a Louis de Mayenne, quien seguramente se habría excitado con la desnudez de las esclavas y estaría encerrado con la criada en el camarote. Luego siguió como si nada, restregando enérgicamente la mugre del piso. Me sentí un imbécil, inútil, y me paré en seco, sin saber qué hacer. Vacilé entre expresarle mi desacuerdo a mi anfitrión, a riesgo de ofenderlo y enemistarme con aquel de quien dependía mi supervivencia en los meses por venir, o quedar en ridículo ante la insolencia de ese niño que había logrado hundirme en la vergüenza. Me alejé sin decir nada.

Ya odiaba a todo ese barco poblado por degenerados obedientes de unas reglas cuya lógica, tan alejada de todo lo que siempre había vivido, me escapaba por completo. Llorando, me acosté sobre mi colchoneta y cerré los ojos. Quería olvidar por un instante los gritos de las mujeres que llegaban desde el puente, el ruido de las violaciones que alcanzaba a distinguir a lo lejos, la vulgaridad de las exigencias, las órdenes vociferadas, las quejas, los lamentos y los llamados de auxilio que subían desde la fosa y partían el alma. Presa de la rabia, apreté fuertemente las palmas de las manos contra las orejas y dejé que me invadiera la amargura. Detestaba todo lo que pudiera existir en este mundo que me hubiera obligado a abandonar la provincia de Boko y a dejar atrás la quietud de mis días dedicados a construir nuestra capilla en lo alto de la colina, a honrar al Señor y a venerar la memoria de los ancestros. Acababa de dejar esa vida tranquila y libre de preocupaciones y ahora me perseguían las palabras de un joven insolente con aires de brujo.

Escondido debajo de mi cobija, las visiones horripilantes me atormentaban, como dardos que inyectaban su veneno en lo más profundo de mis convicciones.

Un puño golpeó a mi puerta. Se me informó que el almuerzo estaba servido.

Decliné, incapaz de reunir la fuerza necesaria para compartir la mesa con el capitán y la actitud de su tripulación, que sólo me aceptaba por fuerza y a regañadientes. Un servidor del Dios de los cristianos procedente del interior del Kongo, embajador de su rey, invitado del Papa... Toda la idea les parecía casi ridícula, una vil farsa para llorar de risa. Sólo la autoridad absoluta del capitán garantizaba mi supervivencia en la parte elevada del barco. Yo era un intruso en el Vent Paraclet, una excentricidad. Un peligro para algunos y quizás un traidor para muchos otros.

Los golpes en la puerta se repitieron, la voz de la criada insistió, volví a declinar la invitación, ya no quería escucharla, quería que se fuera. Seguramente venía directamente de retozar con el capitán, era demasiado para mí. Esta mujer había nacido esclava en una isla del Caribe, Louis de Mayenne se la había traído en su última travesía por el Atlántico y la había asignado a su servicio personal. Al capitán le gustaba su docilidad y su entrega al trabajo, y había un dejo de afecto y dulzura en su voz cuando la llamaba por el nombre que le había puesto, Linda.

Infinitamente agradecida por quedar a salvo del infierno que vivían las otras prisioneras en las mazmorras, redoblaba el celo y las atenciones, anticipando el más mínimo deseo de su dueño, y un resplandor de alegría le iluminaba la mirada cuando él se mostraba satisfecho de sus esfuerzos. Se sentía orgullosa de que el capitán fuera el padre del bebé que llevaba a la espalda todo el día, se ufanaba y exhibía a la criatura para alimentar la ilusión de que merecía un lugar en las partes elevadas del barco. Se esforzaba por borrar cualquier equívoco respecto de su rango en la jerarquía de la subordinación. Cuando estaba de pie sobre el techo de la fosa, escupía continuamente por las escotillas y les exigía a los esclavos que guardaran silencio, tratándolos de salvajes que acababan de bajar de los árboles. Mi condición de invitado del capitán le impedía

molestarme, pero a sus ojos yo era invisible. Hice caso omiso de sus llamados, suspiré profundamente y me di la vuelta. Sólo quería dormirme lo más rápido que pudiera, descansar algunas horas, perderme lo más lejos posible.



Oculta entre nubes algodonosas, alcancé a vislumbrar una ciudadela

gigantesca erizada de torres inmensas, rematadas a su vez por cúpulas doradas, y colosales pirámides translúcidas en las cercanías. En el centro flotaban jardines floridos, suspendidos por los aires, encima de huertos con frutos maduros que cubrían una vasta pradera. Bajé por el sendero, guiado por el eco de conversaciones apasionadas, murmuradas en voz baja, y enseguida me vi a orillas de un estanque azul. Mis pies se hundían en un colchón de plantas verdes desconocidas. La naturaleza densa, exuberante y ordenada parecía encerrar todos los misterios de la Tierra. Me dirigí con toda naturalidad hacia los largos y amplios corredores que subían hacia el cielo, y por todas partes reinaban los colores claros propicios para la meditación. Fui pasando por salones de estudio y de oración, y sin ningún esfuerzo mis sentidos se acostumbraron a esa nueva impresión, suave y alegre. Todo emanaba belleza, calma, serenidad. Seguía avanzando, saludado por mis hermanos sacerdotes, de quienes sólo veía los ojos, pues la parte inferior de sus caras quedaba oculta por los capuchones que se extendían de las sotanas blancas. Podía adivinar sus sonrisas de bienvenida, de las que brotaba una calidez reconfortante. Alguien me invitó a seguirlo, apoyando suavemente la palma sobre mi hombro, había llegado por fin a mi destino. Las puertas del Vaticano se abrieron para acogerme y pasé bajo un pórtico que centelleaba al contacto con la luz divina. Ligero, aliviado de todo temor, despojado de todo sufrimiento y de cualquier duda, me quedé un instante impregnándome del entorno, ese paisaje espléndido, una probadita del Paraíso.

En el sueño, vi mi encuentro con el Santo Padre. Me postré a sus pies, le tomé la mano, la besé con sumo respeto y la sostuve largamente entre las mías. Me llené de una energía intensa que penetró en mi cuerpo y alma. Descansé a su lado, al fin había llegado a buen puerto después de una larga errancia. Me mostró la belleza del universo, la sabiduría que nos aportan los mundos espirituales, la calma plena de la introspección y, por encima de todo, el amor infinito inherente a la Creación, presente en todas partes, desde el más diminuto átomo hasta los seres más majestuosos y complejos. En una sola exhalación, le confesé al Papa mis peores pecados, también todas mis dudas, inclinando la mirada y la frente para que pudiera purificarme, absolverme. De rodillas, le pedí que perdonara la crueldad de los verdugos, la mezquindad de los traidores, la ignorancia de los perversos, la locura de gozar viendo el sufrimiento de los semejantes. Oré días enteros en su compañía, hice penitencia y soporté todas las flagelaciones para que por fin pudiera ofrecerles a los rehenes, a los esclavos y a los dolientes un

asilo dorado, el más delicioso descanso eterno. Que su carne olvide

por siempre los horrores que les fueron impresos y que sus espíritus, tantas veces mancillados, se aligeren y levanten el vuelo, portados por alas de ángeles. Que los colme de amor, del amor que purifica, que corre y vuela por los cielos, que no se detiene ante nada ni se extingue jamás. El Santo Padre me consoló afirmando en un murmullo que debía abandonarme sin reservas a la Fe, creer en el Todopoderoso, Él me concedería la certeza de ser salvo. Me repitió que Dios presta una atención especial a los pobres y a los que sufren, cuyo lugar es junto a Él en el Paraíso.



¿Qué habrá sido de los últimos hombres embarcados a la fuerza en el Vent Paraclet antes de que soltase amarras, los recalcitrantes que había que vigilar de cerca, esos que el capitán llamaba los machos cabríos, fuertes e insumisos, los más codiciados en el mercado de esclavos, pero también los más temidos durante la travesía? ¿Viven ahora en el paraíso? Nadie lo sabe. Pero velo por ellos desde el fondo de mi hábito de piedra, descansamos juntos en algún lugar por encima de la Tierra, donde aprenden a borrar el día en que fueron lanzados al entrepuente del Vent Paraclet hasta llenarlo a tope, según la idea de que entre más seres humanos se acumularan al partir, más habría para vender al llegar, con todo y que el hacinamiento provocara bastantes pérdidas.

El nerviosismo había subido de intensidad en el barco, una mezcla de la emoción de los marineros ante la idea de hacerse a la mar y su aprehensión ante los azares de los elementos y la hostilidad de los prisioneros más feroces, imprevisibles. La salida hacia el otro lado del Atlántico estaba prevista para ese día al caer la noche. La tripulación estaba en alerta, ya había completado todos los preparativos y revisado varias veces los víveres, no faltaba nada. Louis de Mayenne, instalado en el puesto del timonel, le anunció a todo su equipo, reunido en el puente, la buena nueva de que partirían en breve. Después de la ovación unánime y de los aplausos, le dio gracias a Dios por haberle concedido tantos cautivos que el embarco se había completado en tan sólo cuatro semanas, en lugar de los dos meses temidos. Luego oraron todos juntos, salvo yo, que permanecí solo en mi camarote, evitando mirar hacia afuera por el ojo de buey.

Quería olvidar el vacío de la enormidad del océano y sobre todo no pensar en la línea imaginaria hacia la que parecía dirigirse el buque, todo lo cual no representaba más que enigmas y peligros. Un poco antes, había escrutado la costa, o más bien un poco más allá, hacia tierra adentro, con la esperanza estúpida de reconocer el campanario

de una iglesia o el lecho sinuoso de un río.

Nada. Intentaba ahuyentar el mal presentimiento que me acechaba, el miedo a no regresar. Mi destino se me iba de las manos. El de los cabríos, en cambio, les había sido impuesto con la amenaza de las armas, sus miradas feroces nada podían hacer. Desnudos, encadenados, con los collares de acero demasiado estrechos sellados bajo la manzana de Adán, las marcas de fuego en la espalda, los ojos desorbitados, desquiciados, con un gesto a la vez indignado y sorprendido de encontrarse sobre esta gigantesca construcción de otro mundo, apretando los puños mientras los pies atados trataban a duras penas de mantener un equilibrio precario. Los guardias los habían formado de dos en dos para la

ultrajante inspección de sus anatomías y ya habían pasado por la valoración sanitaria que permitía certificar que no tenían viruela o alguna otra infección contagiosa o mortal que los volvería ineptos para el trabajo.

Mis fuerzas me habrían abandonado si hubiera observado el movimiento experto del médico cirujano al oprimir las talegas y provocar una erección instantánea, seguida de la hilaridad de los marineros. Era la humillación final para estos hombres estupefactos y avergonzados ante la reacción mecánica de sus cuerpos, todos encorvaban la espalda con el gesto hosco y confundido de pobres diablos, de fieras amaestradas que los guardias se apuraban a encerrar. Ya las penurias del viaje se encargarían inculcarles la obediencia, de neutralizarles las ganas de estar causando problemas. Yo sabía que entrarían en el vientre del barco bajo el ojo vigilante del segundo de a bordo, que supervisaba las operaciones con un aire distraído. Luego serían colocados en la parte delantera del barco, mientras que las mujeres ocuparían la parte trasera y los niños la central. Quedarían todos apretujados, acostados lado a lado como cucharas, de modo que la cabeza de cada uno quedara frente a los talones del vecino.

Louis de Mayenne también había embarcado media docena de hijos de comerciantes de un pueblo cercano al mío, a quienes había concedido un estatus particular. Yo no entendía su idioma, pero hablaban un poco de francés, suficiente para obedecer órdenes. Le entregaron a cada uno un látigo y el permiso de desplazarse libremente sobre el puente. No hacía falta más que eso para que hicieran reinar el orden dentro de las fosas, sobre todo la de los hombres. Ni una sola vez me dirigieron la palabra, se limitaban a mirarme, ya con desdén, ya como a una bestia extraña. En todo caso, me evitaban. Se encargaban de

separar a los prisioneros que hablaran el mismo idioma para evitar que se comunicaran, de modo que cada uno estuviera solo en medio de la multitud. Cumplían su papel con esmero y aprovechaban plenamente sus escasos privilegios, sobre todo de noche en el encierro de las mujeres. Estos muchachos no alcanzarían a ver la costa de Brasil. Su ejecución y la exhibición de sus despojos fueron planeados un poco antes de llegar para asustar a los esclavos antes del desembarco. Además, acostumbrados como estaban a ejercer poder y a convivir con los europeos, hubieran resultado peligrosos e ingobernables en el Nuevo Mundo.

El Vent Paraclet largó finalmente las velas y zarpamos discretamente al abrigo de la noche. La oscuridad que nos rodeaba borró las débiles luces del puerto, que se fue encogiendo a lo lejos mientras el gigante de madera crujía por todas partes, tronando y rechinando en cada juntura. Era una bestia que despertaba y se estiraba después de un largo sueño. La embarcación fue avanzando muy lentamente, con un ánimo tan triste que despertó en mí el instinto que presiente una desgracia. Fue cobrando vida al esbozar sus primeros movimientos de sube y baja, se inclinaba, se hundía pesadamente en la masa líquida y volvía a ascender antes de caer de nuevo para hendir la corriente, lanzando agua hasta la borda. Por todas partes se activaban los marineros, apenas visibles en la penumbra, detrás de sus quinqués. Las órdenes llegaban a todos los rincones del buque y eran obedecidas con gestos mecanizados, precisos a pesar de la escasa luz. El viento cobró fuerza, un soplo refrescante me golpeó la cara, cerré los ojos y me aparté hacia atrás, sintiendo sobre los labios el ligero gusto a sal de mar, que probaba por primera vez. Envidiaba el vuelo libre de las aves viajeras. La fuerza de la brisa marina me envolvió en una burbuja de vacío y silencio, apreté los dientes y me dejé llevar, rehén de ese espacio inhóspito entre la popa y la proa, un terreno enemigo que sería mi única morada por un tiempo imposible de determinar.

Estaba solo en mi camarote, me sentía débil. Aniquilado, me ahogaba en los espasmos repetidos de mi propio llanto y trataba de sofocar mis gritos. Las lágrimas de rencor se transformaron en una especie de rabia, un sentimiento nuevo, un deseo de reaccionar, de que la cólera que me cerraba la garganta lograra unirse un día a los aullidos furiosos de los esclavos, de que el eco de nuestros gritos unidos resonara tan fuerte que aterrorizara a los verdugos.



Pasaron semanas. Si bien la curva de su trayectoria le confería cierta elegancia a la navegación del Vent Paraclet, el bamboleo permanente enloquecía a quienes iban encerrados en el vientre del galeón. De las tres fosas emanaban hedores a defecación, vómito, sudor y orina. El capitán y su tripulación estaban acostumbrados a los lamentos de los esclavos, volteaban la cabeza y ni siquiera los miraban cuando algunos subían al puente en el momento designado para estirar las piernas, e incluso llegaban a olvidar su presencia de a ratos. Pero nadie podía sustraerse a la pestilencia, que persistía y nos recordaba a todos que permanecería mientras durara el drama en la cala. El hedor a putrefacción hostigaba las narices, se adhería a la piel y a los hermosos atuendos de Louis de Mayenne y sus oficiales. Los cautivos les compartían su calvario a los captores, y sus miasmas se volvían los de todos. Ya no importaba qué jerarquía tuviera cada uno, si embajador, oficial, marinero o criada, a todos nos tocaba empaparnos de los efluvios nauseabundos. Fue magro consuelo, lo reconozco, pero me dio gusto ver a Louis de Mayenne obligado a hundir las narices en el fango y en las exhalaciones fétidas de sus víctimas. La ruta hacia los favores del rey de Francia y su corte pasaba por zonas de inmundicia y vergüenza. El capitán iba y venía como león enjaulado sobre el puente, cubriéndose la boca con un pañuelo de seda, irritado, con un humor de perros. Si bien una cadena de sujeción obligaba a sus hombres a obedecerlo ciegamente, también lo obligaba a él a darles órdenes sin cesar. Vociferaba sus indicaciones de un extremo al otro del Vent Paraclet, pero por más que las maldijera, las emanaciones infectas seguían ahí, y cada día más fuertes. Fueron engullendo todo el galeón.

En el entrepuente, cientos de gargantas poseídas por la desesperación aullaban en desorden sus lamentos incesantes. Los esclavos iban perdiendo la razón, algunos perecían. Los marineros esperaban a que hubiera suficientes faltantes en las filas antes de evacuar los despojos. A los vivos, de por sí acomodados lado a lado en tres niveles, con apenas una cubeta para sus necesidades, los mantenían deliberadamente, y a veces durante varios días, en una horrible convivencia con los cadáveres, un paso más en el descenso hacia lo sórdido. Junto a los cuerpos en descomposición, la muerte se les presentaba a los cautivos en todo su horror.

La idea era quebrarlos un poco más, desarticular por siempre sus cerebros, obligarlos a aceptar los restos de existencia que sus cancerberos se dignaban concederles como un bien precioso, aniquilar el coraje de los más resistentes al obligarlos a suplicar para que sus torturadores los liberaran de la presencia de los muertos. Amaestrarlos para implorar. Transformar a los verdugos en amos, para

que los rehenes sumidos en el horror aprendieran a aceptar su condición.

Con el pretexto de proteger mi sensibilidad y no incomodarme, el capitán me había prohibido formalmente entrar a las mazmorras. Todos los detalles de los tormentos en el entrepuente me fueron narrados por Martin. Cuando los mozos como él entraban en las fosas, se untaban los pies con excremento para protegerse de las mordeduras de los agonizantes. Iban descalzos para evitar aplastar a los prisioneros, acostados uno tras otro hasta cubrir completamente el piso. El mareo provocaba que la mayoría se vomitara encima y sobre el piso ya pegajoso y cubierto de humores. En ese infierno de inmundicia y violencia, estallaban altercados cada vez que bajaban los guardias a sacar a la fuerza a los que les tocaba tomar aire. Para los suicidas que intentaban acabar con el suplicio lo más pronto posible negándose a comer, se había inventado un instrumento especial que los obligaba a hacerlo, un abrebocas metálico concebido para forzar un hueco entre los labios clavando las puntas entre los dientes. Una vez introducido el aparato, si el guardia apoyaba los extremos demasiado tiempo, corría el riesgo de atravesar la garganta, pero si los apartaba demasiado rápido, provocaba un choque brusco de dientes, todo lo cual maltrataba la mercancía y representaba descuentos sobre el salario. Había cadenas, bastones, picas, todo un arsenal de instrumentos de tortura concebido hasta los más mínimos detalles. La trata de esclavos a gran escala se organizaba con minucia, un engranaje cínico y poderoso en el que Martin estaba atrapado. Él y sus semejantes operaban hasta que la campana que anunciaba el cambio de turno los mandara a descansar.

Durante los días que precedieron a su visita a mi camarote, me crucé con Martin varias veces, ya fuera a la vuelta de un mástil mientras restregaba el piso o en la mesa de los oficiales cuando estaba de servicio. Tenía una actitud ausente y me sentía incapaz de descifrar la indiferencia de la única persona del Vent Paraclet que se había interesado en mí. Me hubiera gustado volver a sumergirme en su mirada clara y luminosa, que volviéramos a caer juntos en otra dimensión. Lo había observado en varias ocasiones, circulaba de un lado a otro del puente, se desplazaba con una agilidad sorprendente, se sujetaba con una mano al barandal de las escaleras y, con un impulso, daba un salto por encima, o subía por los mástiles sólo con la fuerza de sus brazos y piernas, doblándose y estirándose elásticamente. Ligero como era, montaba los carretes de madera de un salto, aterrizando con una flexión de las rodillas, luego volvía a salir corriendo, esquivaba la botavara inclinándose hacia atrás y tomaba un nuevo impulso hacia adelante jalándose de una cuerda. Sin embargo,

después de haber trabajado muchos turnos en el entrepuente, el chico había perdido su temple y buen humor.

Con los ojos apagados, aturdidos, parecían haberlo abandonado sus últimas ilusiones. Ya no quedaba nada de lo que había imaginado antes de emprender la travesía por el océano, esa idea de la aventura bajo un sol radiante, con la mano como visera sobre los ojos y un dedo índice apuntando al horizonte mientras la proa cortaba la densidad de las olas. Dejó de comer y comenzó a hablar solo, farfullando maldiciones y frases incoherentes, al límite de sus fuerzas.

Fue un títere descarnado lo que recibí una tarde en mis modestos aposentos, después de que hubo concluido sus faenas. Lo invité a setarse sobre mi cama sin preguntarle nada. Amargado y triste, su fragilidad le daba un aire de niña tímida.

Se mantuvo largo rato en silencio, tan sorprendido como yo de encontrarnos nuevamente a solas, tan cerca uno del otro. Luego se puso a hablar. En las mazmorras, lo había engullido la nada y no lograba reponerse. Me contó su suplicio con una voz débil, apenas un murmullo, y el semblante se le ensombrecía a medida que disminuía el caudal de su relato. Parecía haber regresado de un país poblado de sombras, un no mundo. La emoción y la necesidad de liberarse le humedecían el rostro y se fue rodeando de un aura semejante a aquella con la que me había envuelto antes de zarpar. Primero se apoderó de mí un calor intenso, me acerqué a él y entré en sus pensamientos turbios, con una mezcla de piedad y angustia, en el momento en que experimentaba la cólera combinada con locura que se había apoderado de las mujeres y hombres secuestrados en la fosa. Lo seguí en su recorrido de horror, con los tobillos y chamorros cubiertos de heces, lo vi vaciar los recipientes asquerosos, detectar a los enfermos y moribundos, con un nudo de miedo en el vientre. Rodeado por una multitud ebria de venganza, Martin hubiera querido decirles que no le quedaba de otra, que también él estaba atrapado en el juego de los de allá arriba y que debía hacer sus trabajos más sucios para conservar una mínima probabilidad de sobrevivir. Luego me condujo hacia los corazones de los otros marineros. Aunque acosados todo el santo día por sus superiores, los descubrí ávidos de disfrutar a su vez una sensación de poder sobre los cautivos que quedaban a su merced. Mis ojos se fundieron con los de Martin y compartimos el pavor que oprimía el pecho de las niñas a las que debía obligar cada dos o tres noches a subir a los camarotes de los oficiales. Se quedó callado con una larga exhalación. Lentamente regresamos a nosotros mismos y salimos, sorprendidos y afectados, de esa extraña comunión de nuestras almas. Al verlo tan desvalido, intenté sostenerlo, pero me

di cuenta de la inmensidad de mi impotencia. Mi Fe y mis escasos medios como sacerdote no prevenían los pecados, sólo servían, en el mejor de los casos, para reconfortar, consolar, aliviar. Percibiéndose seguro junto a mí, Martin sintió la necesidad de abrirse y

contarme su historia.

También él había conocido la servidumbre, quizás por eso se sentía cercano a las almas encerradas en el vientre del barco. Había nacido siervo, como sus padres.

Su familia formaba parte de las posesiones de un noble que reinaba, desde lo alto de su castillo, sobre el valle donde él había llegado al mundo, allá en la campiña del suroeste de Francia, en una casucha miserable hecha de madera, tierra y paja.

Me sorprendió enterarme de que en Europa como en el Kongo, por nacimiento, ciertas personas formaban parte del feudo de otras y adquirían por ello un estatus inferior. El quinto parto de su madre había cobrado sus últimas fuerzas. Las mujeres de su pueblo le habían contado muchas veces que la pobre había luchado con enorme valor, pero los abundantes sangrados la habían vencido y había pasado a mejor vida. En esa época, toda la región se había visto asolada por una hambruna devastadora, luego de una racha de malas cosechas. La sequía, varios inviernos particularmente severos y la desnutrición habían diezmado a la población de personas y animales, ya debilitados por el trabajo en el campo. Martin había sido uno de los pocos recién nacidos que había logrado sobrevivir ese año. Su salvación se la debía a que su padre había tomado en segundas nupcias a una viuda de la aldea, una mujer dulce y amorosa, iniciada en la magia de las plantas y en la influencia de los astros sobre el mundo.

Mamá Louise acababa de perder a su propio bebé, de modo que Martin lo remplazó en su corazón y contra sus pechos. Ella aseguraba que esta criatura tan fuera de lo común, con esa mirada, sólo le había podido llegar de un reino de fantasía. Interesada como estaba en cuestiones espirituales, resultaba extravagante, y lo que decía despertaba tanto admiración como desconfianza entre los aldeanos, que simplemente sobrellevaban su existencia, abrumados por el hambre. Vivían en la angustia constante por el regreso del frío, atemorizados por los misterios de la naturaleza, que veían como una amenaza, con fieras salvajes agazapadas en lo más hondo del bosque, lobos, zorros transmisores de rabia, perros errantes. Es una bruja, susurraban cuando veían pasar a la que celebraba la dicha de una vida en armonía con el agua, la tierra y el fuego.

Cuando iba por los senderos del bosque, mamá Louise cantaba. Les llamaba la atención a los jóvenes pastores que conducían los rebaños, les recomendaba que escucharan a sus bestias, que las acariciaran con ternura, les hablaran y les sonrieran. A las muchachas que ordeñaban y alimentaban a las vacas o que limpiaban casas les aconsejaba que se dieran el tiempo de salir al aire libre, de acostarse cerca de un río, de platicar con el viento y escuchar la música de los pájaros. A todos los vecinos les repetía que imaginaran un destino diferente al de encorvar la espalda ante los nobles del castillo y los padres de la iglesia, a quienes entregaban una parte de sus cosechas. La vida, canturreaba mamá Louise, no se reduce a partirse el lomo bajo el sol de julio, hundir las rodillas en el barro en otoño y tiritar de frío con las nieves de febrero, siempre lo mismo de sol a sol.

Martin se estaba liberando, iba tejiendo una comunión espiritual con este otro joven que era yo, aunque fuera tan diferente. A punta de algunas frases, había derribado las jerarquías y categorías que reinaban en la organización del Vent Paraclet. Al acercarnos de esa manera, nos burlábamos de la lógica y las barreras erigidas por el capitán. La confianza que me concedía Martin me reconciliaba con la voluntad de hacer el bien y compadecerme del prójimo. Hasta entonces, mi único interlocutor había sido Louis de Mayenne, pero su obsesión por el dinero y las cuestiones materiales me horrorizaba. Fue un inmenso alivio escuchar a Martin evocar la espiritualidad, que siembra infinitas maravillas en los ojos. Le rogué que continuara.

La madre adoptiva había iluminado la vida de Martin, que había crecido en un mundo gris, un universo de terror dominado por la espada del noble y la austeridad de los clérigos, guardianes del pensamiento. Todo el poder estaba en manos de unos pocos que reinaban de manera absoluta sobre la mayoría. La rigidez del código de vestimenta acentuaba el ritual diario: para los pobres eran los colores oscuros, para que siempre fueran humildes, anónimos y se confundieran con el paisaje. Alguna boda o la fiesta patronal alegraba de vez en cuando la tristeza cotidiana. También los velorios y sepelios, numerosos ésos sí, rompían la rutina del trabajo. Pese a la oración de cada día —que Dios nos libre de la peste, las penurias y la guerra—, la muerte prevalecía por todas partes.

Martin vio a mamá Louise llorar una tarde, después del entierro de su esposo. Se lo había llevado una tos maligna que le había desangrado la garganta durante más de una semana, un mal más fuerte que todos los brebajes que su devota esposa se había esforzado por preparar con tanto amor. Ella se quedó abatida, derrotada, sin ánimos, con cinco

bocas que alimentar y sin marido. De sus labios ya no brotaban melodías ni arrullos. Sirvió por última vez la sopa frugal y traslúcida que apenas llenaba. De su boca no surgió una sola palabra que alabara los sueños y las bellezas del mundo. Salió por la puerta y nunca más volvió. Tras una semana de espera, por órdenes del señor feudal, los huérfanos fueron repartidos entre los vecinos.

También yo sabía por experiencia que ciertas personas, al ser arrancadas de

nuestra vida, dejan un vacío eterno y una herida sangrante. Les dediqué un pensamiento dulce a mis padres adoptivos. Me concentré de nuevo en la mirada luminosa de Martin, propia de quienes tienen lazos íntimos con el mundo invisible. Animado por el recuerdo de las canciones de la única madre que jamás conoció, el niño decidió huir. A medida que avanzaba y a pesar de los peligros del camino, iba siempre atento a los bandidos, que debía evitar escondiéndose en lo más profundo del bosque. Soportó el hambre y la sed, que le alteraban los pensamientos. Se aferró a su sueño, lo atesoraba cada vez más. Las noches que pasaba a la intemperie, en alerta, dejaba que el miedo le corriera por encima, lloraba de vez en cuando, llamaba a su mamá en un sollozo tímido y finalmente, de tan cansado que estaba, caía en un sueño profundo. Durmió muchas noches junto a los mendigos. Al amanecer, se entregaba al nuevo día. El eco lejano de la voz materna lo sostenía en su determinación.

Llegó a Nantes tras dos semanas de errancia. Atraído por la potencia con que la cresta de las olas se estrellaba contra la rompiente, sucumbió al llamado del ancho mar. Quiso perderse en el azul infinito, allá donde desaparecían las nubes.

Atrapado por el vértigo, mirando a lo lejos con las dos manos sobre los ojos, sintió que el corazón le daba un vuelco y se alegró de poder dejar atrás la servidumbre y el barro de los campos. Sólo importaba la promesa de una felicidad venidera.

En el puerto de Nantes, todos se hacían a la mar tarde o temprano, sobre todo quienes, como Martin, venían de los parajes más recónditos y habían jurado nunca volver a obedecer a otro amo que ellos mismos. Sin embargo, corría el rumor de los cuerpos sin vida de jóvenes que la marea depositaba sobre algún escollo, jóvenes enrolados a la fuerza por reclutadores sin escrúpulos que recurrían a fuertes dosis de licores y aguardiente y a la intervención violenta de sus secuaces. Estos marineros involuntarios despertaban de pronto en un barco y, después de varios días de bamboleos infernales, preferían arrojarse al mar que

seguir soportando la tiranía y los maltratos. Nada de esto frenaba la fascinación de Martin por el horizonte y sus misterios, no lograba entender que alguien quisiera regresar a una existencia en tierra firme en lugar de embarcarse, partir para siempre. Ya en el puerto, Martin deambuló frente a los barcos equipados para zarpar al encuentro del ancho mundo y se puso a imaginar una existencia magnífica.

Por toda la ciudad había letreros con ofertas tentadoras: travesía gratuita, apoyo para establecerse en un país de clima incomparable, posibilidades incalculables

de ganar dinero a cambio de años de trabajo en las plantaciones. Cerca de los muelles se habían colocado cadalsos con horcas para asustar a la gente, sobre todo a los recién llegados. Los condenados pendían de sus cuerdas, mostrando la lengua ennegrecida, con las órbitas de los ojos vaciadas por el festín de cuervos, gaviotas y cornejas. Enjambres de moscas volaban alrededor. Otra vez el horror, pensó Martin, otra vez muerte y miseria. Quería irse lejos, bajo otros cielos.

Largarse de ahí. Preguntó entre la multitud de espectadores, supo que una de las víctimas había sido acusada de caza furtiva en las tierras de su señor, otra había atrapado una liebre para alimentar a sus hijos, la tercera había cometido prostitución. Martin se apresuró a elegir un barco. La pasarela del Vent Paraclet le despertó las esperanzas. Mucho más allá de la línea azul donde se unían el agua y el cielo, más allá de ese horizonte que su mirada apenas alcanzaba a distinguir estando de pie en el puente, con la cabeza erguida y los ojos entrecerrados, se extendía un panorama del tamaño del infinito.

La voz de Martin había recuperado sus inflexiones de entusiasmo, pero al final, sentado ahí frente a mí, concluyó el relato con profunda amargura. Ya no quedaba en mí nada de esa imagen idílica de Europa transmitida por mis maestros misioneros, no existía ese continente donde palpitaba la Fe de Cristo en cada corazón. Me consolé pensando que el Santo Padre me esperaba en el lugar más sagrado de los católicos, ahí donde reinaban los siervos de Dios. Con las manos apretadas entre las piernas, Martin se quedó callado un momento y luego balbuceó tímidamente que yo le recordaba a su mamá Louise, sobre todo desde que había observado mi furia y angustia durante la inspección médica de las mujeres en el puente. También lo había impresionado mi rechazo a compartir los privilegios de los tripulantes de alto rango. Martin me sorprendía cada vez más, y me conmovía profundamente ser objeto de su atención. Y envidiaba un poco la clarividencia y valor que había demostrado al alejarse de su aldea.

Reconocí con vergüenza que en ningún momento de mi vida imaginé siquiera dejar el pueblo de Boko. Sin las intrigas de Álvaro

II

, hubiera seguido subiendo cada día a la capilla en la colina, revisando si la neblina del horizonte ocultaba o no el río, siempre feliz de vivir en un mundo ordenado, sin conocer jamás las injusticias que se cometen en nombre de las tradiciones.

La experiencia de Martin me contagió algo de su espíritu rebelde y adopté desde

entonces una manera de continuar con la travesía más conforme a mis convicciones. En presencia del capitán, comencé a saludar en voz alta a sus subordinados para obligarlos a devolverme la cortesía, y aprendí a aprovechar mi lugar en los planes a futuro de Louis de Mayenne para contrariar a los oficiales que me habían manifestado abiertamente su desprecio. En señal de desaprobación, me fui aislando de quienes me consideraban ilegítimo y comencé a tomar mis alimentos en la soledad del camarote. De cualquier modo, el comportamiento de los comensales en la mesa del capitán me asqueaba y me quitaba el apetito. Me repugnaba cómo se abalanzaban sobre los productos frescos, se atiborraban de pan tarde y noche, y engullían sin medida carne de todos los animales vivos embarcados. Después de la bendición, que sólo a mí me conmovía, convencido como estaba de que cada comida del día es un don divino, todos se lanzaban sin miramientos sobre las viandas y se retacaban de jamón, paté y guisados, así como de mantequilla y queso. A veces incluso verduras, porque un grumete cultivaba una hortaliza en dos cajones de tierra, donde cosechaba betabeles, verdolagas y endivias, en un rincón custodiado noche y día por un centinela para impedir la invasión de marineros o ratas. Más de una decena de oficiales se daban atracones de aves de corral, fruta seca, castañas, mermeladas y compotas, todo ello servido por marineros vestidos de meseros y por la criada de Louis de Mayenne. Para entonces, ya me resultaba insoportable participar en semejantes festines mientras todos los demás estaban sometidos al racionamiento.



Para los esclavos y la tripulación, alimentarse se volvió una obsesión permanente. Los marineros esperaban impacientemente su pitanza durante todo el día y, cuando por fin llegaba el momento, engullían con avidez su galleta dura y salada, con una magra porción de

cereales, sin oraciones ni agradecimientos.

Nunca satisfechos, con la barriga vacía y los ojos brillantes de malevolencia, dispuestos a todo por una ración adicional. Martin me reveló que a los esclavos los alimentaban con carne de pollo, pescado ahumado o seco, aceite de palma o a veces incluso mantequilla, con guarniciones de yuca, mijo, habas, arroz o ñame.

También coco, naranjas y, sobre todo, jugo de limón almacenado en barriles, para evitar las terribles deficiencias que les aflojaban los dientes. Una alimentación rica y variada a la que la tripulación de menor rango no tenía derecho. Algunos marineros debían soportar el suplicio de descender a las mazmorras a alimentar a los cautivos, bajo la supervisión de un oficial, a sabiendas de que éste subiría luego a un festín en el comedor. El Vent Paraclet era demasiado pequeño para ahogar la hilaridad escandalosa que acompañaba el final de los ágapes de los oficiales alcoholizados. La disciplina en el galeón amenazaba con ceder bajo la presión violenta del hambre.

A bordo de esa embarcación, yo iba decayendo. El mundo se había reducido a las dimensiones del espacio comprendido entre la popa y la proa. Los contornos del Vent Paraclet se habían cerrado sobre nosotros. Estábamos enclaustrados sobre el Atlántico en una miniatura de la humanidad en la que Dios portaba un atuendo de capitán de barco, zapatos de charol con hebillas de plata y tricornio negro. Un tirano que dedicaba la mayor parte de su tiempo a ordenar, amenazar y castigar a sus subalternos. Mis antiguos puntos de referencia se desmoronaban cada día un poco más, mientras que todas mis certezas ya se habían hecho añicos. El Creador se había ausentado. También había desaparecido la tierra donde moraban los espíritus de mis ancestros difuntos, no había nadie a quien acudir en busca de amoroso consuelo mediante ofrendas y libaciones. En cambio, se pudría bajo mis pies una multitud de muertos vivientes anónimos a quienes me era imposible socorrer. Me consumía la incapacidad de atenuar su sufrimiento, una impotencia torturante y culpable alteraba en lo más hondo los cimientos de mi fe. ¿Quién habría podido inventar el odio y el desprecio necesarios para justificar las atrocidades que se cometían en ese buque?

Con la excepción de Martin, nadie imaginaba siquiera hacer nada por los rehenes que compartían el mismo espacio, apenas un piso más abajo. Amos, esclavos,

sacerdote, centinelas, mercancía..., todos navegábamos juntos, unidos unos a otros conforme una escala de subordinación, cada uno

buscando aplastar a quienes tuviera por debajo. A todos nos aplastaba el peso de la sumisión, nadie podía imaginar una manera distinta de estar juntos, todos ignoraban que pudiera existir alguna otra forma de organización. Hubiera querido transmitirles a los marineros que podían vernos a mí y a los esclavos como sus propios hermanos y hermanas, en lugar de creer en la supuesta incompatibilidad de nuestras naturalezas profundas. Que sí era posible acabar con este vocabulario del avasallamiento que convertía en un simple cargamento explotable a los seres humanos hacinados en la fosa. Simples sujetos de tortura, instrumentos de trabajo o incluso objetos para satisfacer pulsiones sexuales o sádicas. Como dóciles ejecutores que eran, educados para obedecer y soportar, los marineros habían olvidado que, a fin de cuentas, se deslomaban para garantizar el rédito de los ricachones que les daban órdenes. Y muy lejos de nosotros, como me recordaba a veces Louis de Mayenne con un gesto de gran deferencia, apuntando con el mentón hacia el cielo y apretando los labios, el algún lugar de los mejores barrios de Nantes, una familia de opulentos armadores esperaba pacientemente una ganancia sustancial sobre su inversión. Cada día sorteábamos terribles peligros, mientras que allá en la tierra de los bakongos que habíamos dejado atrás, Álvaro

II

y sus cortesanos y consejeros, ocupados en sopesar la calidad de los productos de importación y en negociar sus precios, disfrutaban el haberse embolsado ya su parte del botín. Y por allá en las tierras vírgenes del Nuevo Mundo, otros verdugos se impacientaban, chicote en mano, listos para expoliar el fruto del trabajo forzado de los cautivos y de su descendencia hasta su último aliento.

Centenares de vidas sacrificadas, destruidas, utilizadas en beneficio de la prosperidad de un puñado de individuos.

Y yo resultaba un ser demasiado indescifrable para el grado de entendimiento y prejuicios de la tripulación, constituía una categoría demasiado nueva, una interrogante que los dejaba agotados y sin respuesta. Mi singularidad les despertaba sospechas, les inspiraba desconfianza, rechazo, no se detenían a pensar. Los observaba encadenados a sus labores desde el amanecer hasta el anochecer, su mayor felicidad era dormirse en sus hamacas en un sector confinado y pestilente, para luego reanudar las labores, afanándose sin emitir nunca una queja. Yo me había vuelto una interrogación permanente para estos

hombres de razonamiento sucinto que seguramente no llegarían nunca a comprender por qué, si me parecía a los esclavos, gozaba de los mismos privilegios que sus superiores jerárquicos. No se fiaban de mí y preferían evitarme, por miedo a que pudiera perturbar sus certezas.

Me encontraba en un atolladero, incapaz de sustraerme por mis propios medios a tanto cinismo e injusticia. La humanidad que me rodeaba me provocaba espanto, me enfermaba, me sumía en el desamparo y la fragilidad. Llegaba a preguntarme si aún vivía realmente, buscaba en vano el sentido que el amor por Dios le había dado a mi vida, la existencia perdía todo su sabor. Amar al prójimo, ésa era la esencia de lo que me habían enseñado mis compañeros del seminario.

Extraviado en la inmensidad del mar, me hacía falta un ancla. Con aire abatido, recorría mi camarote de lado a lado y rumiaba mi ira. Guardaba silencio, leía la Biblia, dormía mal y me llenaba de nostalgia esperando una visita imprevista de Martin. Mi horizonte sobre el Vent Paraclet se ampliaba bajo el resplandor de la amistad que íbamos forjando. Él se escurría con pasos silenciosos por la penumbra del pasillo interior del barco para reunirse conmigo en el camarote.

Las horas a su lado las disfrutaba como migajas de tiempo que revivían el recuerdo de alegrías pasadas. Ahí estaban sus ojos, y su expresión tan particular posada sobre mí me llenaba de consuelo, irradiaba seguridad y serenidad. Juntos dejábamos el mundo de las palabras y viajábamos a uno mucho más afectuoso, el de las miradas que se espían y se rehúyen, para volverse a encontrar de improviso, como atraídas por un imán invisible.

Martin me apaciguaba, ambos nos reconocíamos en el otro en un arrebato que superaba nuestras voluntades. Sus esfuerzos en la faena me inspiraban mucha ternura, quería tomarlo entre los brazos y consolarlo, cuidar su cuerpo grácil que por poco se rompía bajo tan pesadas cargas. A mi modo lo sostenía, éramos compañeros de sufrimiento, exiliados en el reino de la brutalidad, estábamos ambos secuestrados por la barbarie que nos rodeaba. Nos escondíamos para olvidar la locura de los hombres, y yo le pedía que me murmurara cualquier cosa al oído con tal de evadir, aunque fuera por un instante, la sinfonía de lamentos de las almas torturadas en las mazmorras, sobre la que destacaba como un solo infernal el delirio de los agonizantes, desgarrando las noches, helándonos el corazón en lo más hondo. Me dejaba invadir por la presencia de Martin para no escuchar el golpe sordo de los cuerpos sin vida al chocar contra la superficie del océano, para borrar de mi memoria los suspiros aliviados de los

verdugos al liberarse de la carga de los cadáveres, preludio al pesado silencio eterno de los muertos, sin ceremonia ni sepultura. Tal era el consuelo que me ofrecía Martin.

Y yo me sentía culpable de concederme esos momentos de tregua cuando la tragedia que se vivía en el vientre del galeón no cesaba jamás. Pero ¿qué más hubiera podido hacer en esa embarcación del averno que bogaba hacia la nada?

¿Dónde estabas, Dios mío, cuando el mar se cerraba sobre mí?

Mi debilidad por el muchacho se volvió una manera de ir más allá de mi impotencia, gracias a él me mantuve indirectamente en contacto con quienes sufrían, con los lamentos de los heridos y con los despojos de los engullidos por las aguas. Necesitaba amar a un ser en peligro, acoger al menos a uno... al único que estaba a mi alcance.



Un día que se parecía dolorosamente a todos los demás dentro de nuestra cripta de madera, alrededor de mediodía, el sol desde el cenit inundó el Vent Paraclet abandonado en medio de la nada. El cielo era de un azul imperial y estaba tan despejado que algunos de los hombres que no estaban de servicio se recostaron sobre la borda del galeón, nostálgicos, mecidos por una leve brisa que apenas si arrugaba la superficie del agua, provocando diminutos chapoteos y proyecciones de gotitas desde la base de casco. Todos disfrutaban de un respiro, algunos sentados a horcajadas sobre las barandillas, con las piernas colgando en el vacío, otros estirados a lo largo de las jarcias reticulares. En eso, el vigía detectó una sombra a lo lejos, quizás otro barco, no estaba seguro, pero en todo caso una forma extraña que avanzaba en nuestra dirección.

El capitán estiró el catalejo, se lo acomodó contra el ojo derecho y escrutó el vacío. Los marineros contenían el aliento. Sin pronunciar palabra, Louis de Mayenne volvió a plegar su instrumento y se lo guardó en el bolsillo interior del chaquetón, con un aire serio y muy concentrado, haciendo movimientos lentos y automáticos. Tenía miedo y se notaba. Algo no iba bien. Convocó a sus oficiales en el comedor, todos lo siguieron dócilmente con un concierto de botas sobre el piso, las miradas graves, las cabezas ligeramente inclinadas y las manos unidas a la espalda. Cuando los de alto rango se hubieron retirado, el resto de la tripulación permaneció en silencio. La preocupación anudaba los estómagos y secaba las bocas. Todos se dieron cuenta de que ya no había nada por encima de nosotros,

ningún ave, ningún soplo de brisa. Luego se escucharon cuchicheos, algunos comentarios, especulaciones... Esfuerzos por tranquilizarse, por restarle gravedad a la situación, por no tomar en cuenta las señales de mal augurio. El murmullo se cortó del golpe al distinguirse la extraña aparición que se acercaba.

Ante nosotros se bamboleaba un espectro de madera del que todo rastro de vida había desaparecido, una visión que no se prestaba a equívocos, un presagio funesto. Era un barco fantasma, un inmenso casco librado a su suerte, agujereado aquí y allá. Avanzaba a la deriva, dirigiéndose hacia nosotros, sin una sola alma viva a bordo, sin nadie al timón. Súbitamente, su curso azaroso se apartó del nuestro, la aparición avanzó en sentido contrario, atraída por una fuerza irresistible, y desapareció. Después de triturar y devorar a su víctima, la vorágine cuyos movimientos vislumbrábamos a lo lejos se abalanzó sobre nosotros.

Encerrados en una burbuja en medio del océano enorme y plano, permanecimos inmóviles. El calor se volvió extrañamente pesado, sentí que me asfixiaba.

Frente a nosotros, el cielo fue palideciendo hasta no ser más que una neblina oscura en movimiento, agitada y muy espesa. El contraste entre la calma en la que habíamos navegado apenas un poco más temprano y el ciclón que se avecinaba inexorablemente me provocó un sobresalto. Un escalofrío me recorrió la espalda. Algo ensombreció la luz y arrebató el último reflejo del día.

De golpe, el cielo se cubrió de un negro alquitranado que extendió sus tentáculos hacia el azul límpido que siguió envolviendo el barco aún unos segundos. Las tinieblas, inicialmente compactas, se fueron diluyendo en capas. Primero ocultaron el sol, luego descendieron lentamente por los mástiles, se desplegaron a lo largo de las velas y acabaron por engullir la totalidad del barco y a cada uno de nosotros. Finalmente se confundieron con el Atlántico, estaban en cada resquicio. En ese momento, el mundo se convirtió en un furor espumante de olas que rodaban hacia nosotros, un maremoto. El primer choque nos sacudió tan violentamente que caí de espaldas. Los genios del mar parecían estarnos maldiciendo, su quejido rugía con los vientos, agitaba las olas y saltaba a diestra y siniestra, formando gigantescos estallidos de agua, melenas inmensas que se teñían de dorado bajo el fuego de los cielos y corrían a toda velocidad de babor a estribor, de la popa a la proa. El Vent Paraclet fue poseído por espasmos violentos, sacudones implacables. Estábamos zozobrando.

El miedo se inscribió en el rostro de muchos marineros, todos voltearon a ver al capitán, incluso los más experimentados, y comenzó la lucha despiadada contra los elementos, con jarcias, maderos y vanas oraciones. Los hombres se aferraron a los mástiles y a los estayes, y el capitán en persona se puso al timón, que los golpes de las siguientes ráfagas por poco y arrancan. Louis de Mayenne se torcía para un lado y para otro, sus miembros amenazaban con romperse mientras le gritaba a la tripulación, con una voz inestable, que estaba por abatirse sobre ellos la peor de las pruebas que hubieran podido conocer en toda su vida, pero que, si obedecían sus órdenes, tendrían una magra posibilidad de librarla. La prioridad absoluta era cerrar las escotillas y poner a los esclavos a resguardo. Dio la orden de fusilar en el acto, bajo cargo de amotinamiento, a cualquiera que exhibiera debilidad, cobardía o la menor intención de desertar. Todos y cada uno debían permanecer en sus puestos y obedecer las consignas al pie de la letra. Se recogieron las velas para evitar que se hincharan y cedieran bajo la violencia de las borrascas, se clavaron tablas para impedir la entrada de agua por las aberturas, todo lo que había en el puente fue protegido con lonas. En pánico, el Vent Paraclet se preparaba para soportar la cólera celeste, pero también se libraría un combate desigual entre un capitán deseoso ante todo de salvar su barco y su cargamento humano, y los marineros, movidos únicamente por el instinto de supervivencia.

El desenfreno de los cielos logró desatar las amarras de algunas velas, con lo que se hincharon y desgarraron. Por los agujeros, el viento aullaba su risa histérica, una melodía del fin de los tiempos que golpeaba los tímpanos y penetraba en el cerebro, como para desquiciar al más valiente de los marineros. El mar de fondo se convirtió en un inmenso rodillo que se dividió súbitamente para formar arietes que fustigaban el casco del barco, y sus golpes irregulares sobrepasaban cualquier esfuerzo humano. Estábamos a la deriva. A veces la marejada se transformaba en una corriente de intensidad inaudita, o bien en torbellinos que le imponían a la embarcación peligrosos movimientos desbocados. Frente a mis ojos, un grumete fue arrebatado por una ráfaga y engullido por la garganta abierta de una nube, su último grito se apagó a lo lejos, en el corazón de la tormenta. La intemperie rabiaba, ya con silbidos estridentes, ya con truenos, todo parecía perdido, no éramos nada sobre el infinito lecho tumultuoso del Atlántico, que nos agitaba como juguetes a merced de sus caprichos.

Un relámpago rasgó las tinieblas, un breve instante en que alcancé a ver a Martin sacudido por el viento, zarandeado como un vil manojo

de trapos. Sus brazos delgados intentaban aferrarse a algo, lo que fuera, cuando una tromba de agua lo levantó. Quedó fijo en el aire. De pronto insensible a la violencia de los elementos, levitó, como protegido por la envoltura lechosa que se formaba a su alrededor, se detuvo y giró hacia mí. Una señal del más allá justo cuando nos creí condenados. Entendí que debía seguirlo. Suspendido como estaba, se deslizó y atravesó el puente a una velocidad alucinante, para luego desaparecer en el entrepuente. Vuelto también impermeable al peligro de las olas enfurecidas que se estrellaban sobre nosotros, cada vez más altas, me lancé tras él, lo alcancé, y una mano invisible nos lanzó sin miramientos hacia el interior de una escotilla.

Luchando con la energía de la desesperación, concentrándose a pesar del estrépito, los marineros obedecían las órdenes sin detenerse a pensar, rápido, cada vez más rápido, haciendo caso omiso de la música de la muerte que resonaba en sus cabezas, los gritos de los que imploraban, lloraban, pedían a sus madres. Las jarcias anegadas escapaban de las manos callosas que intentaban sujetarlas, con los cuerpos doblados hacia atrás y las espaldas a punto de partirse. Las imploraciones ahogadas de los que eran absorbidos por las cavidades oceánicas se perdían y extinguían para siempre. Aturdido, Martin titubeó a la entrada de la fosa que encerraba a los niños cautivos y señaló con el

índice justo enfrente de nosotros. En la oscuridad, los pequeños le gritaban a la muerte, con los frágiles miembros encadenados a sus camas, una cacofonía de chillidos estridentes, aullidos de cachorros maltratados que ni siquiera el estruendo ensordecedor de la tempestad lograba ahogar. Algunos gimoteaban en la oscuridad, huérfanos abandonados que esperaban angustiados el auxilio materno. Imaginé el contenido de las bacinicas escurriendo sobre sus pequeños cuerpos y sobre las tarimas del entrepuente, mezclándose con el vómito.

Cada desplazamiento caótico de la embarcación se traducía en una multitud de roces y cortes de metal sobre piel, las heridas recién abiertas se llenaban inmediatamente de evacuaciones y agua de mar helada. La sal penetraba en la carne viva. A pesar de todas las torturas que ya habían conocido en sus escasos años de vida, ésta lograba arrancar de sus pechos frágiles un dolor nuevo, un grado adicional en la escala del horror. Sus aullidos entrecortados por espantosos sonidos guturales, sacudidos por hipos estrangulados, parecían implorar un fin inmediato. Que todo se detenga, preferible morir ahí mismo que soportar un segundo más la crueldad de los carceleros y la inclemencia de los elementos. Me apiadé, el corazón me ardía de tantas atrocidades. Dejé a Martin atrás de mí, avancé a tientas con la

esperanza de consolarlos y… ¿por qué no?… liberarlos.

Estaba como loco, imploré clemencia divina, pedí otra señal del más allá, que mis abuelas difuntas me invistieran de su espíritu rebelde, que sucediera algo para poner fin a la abominación. Incapaz de coordinar mis propios movimientos, comencé a arriesgar algunos pasos tímidos e inestables hacia el interior del cargamento de esclavos cuando sentí una mano firme posarse en mi hombro y detener en seco mi avance. Luego un brazo me rodeó por la cintura y me inmovilizó. Los centinelas encargados de custodiar a los prisioneros habían recibido la orden formal de impedir a toda costa cualquier intento de rebelión en caso de que se rompiera alguna estructura de madera y se liberaran los esclavos.

Los marineros me obligaron a salir mientras repetían la consigna del capitán Louis de Mayenne: preservar el cargamento incluso a costa de sus propias vidas.

Estaba claro qué se sacrificaría en última instancia.

Encontré a Martin tirado en el suelo, lo llevé conmigo y regresamos a la superficie. La embarcación se fue estabilizando poco a poco. Sobre el puente, las maniobras se efectuaban con mayor control, el Vent Paraclet había sorteado lo más duro de la catástrofe y recuperaba su porte. Las carreras desenfrenadas del viento iban perdiendo vigor. El alba despuntaba a lo lejos. Las horas interminables transcurridas en tinieblas se disiparon en un instante y dieron lugar

a un día tímido y gris. A través de los hoyos en las velas brillaban partículas de luz. Me dolía la cabeza, vacía pero trastornada por el calvario de los que seguían sufriendo en las mazmorras. Martin me había permitido ver, pero ya no recordaba nada. Me sentía avergonzado de no haber logrado soltar los fierros que sujetaban los tobillos y muñecas e impedía el libre vuelo de los desdichados.

Después de todo esto, me volví más determinado. Ninguna orden, ni divina ni humana, podía justificar semejante ignominia, haría falta mucha más repugnancia, más tristes embarcaciones, más terribles artificios para restringir los frutos de la Creación. Juré y les prometí a los espíritus de los ancestros que llegaría, costara lo que costara, al final de mi misión, la de permanecer vivo, llegar a la Ciudad Eterna, sentarme junto al Santo Padre, denunciar y abogar por la causa de los esclavos y que se pusiera fin a todo esto. No representaría ya a Álvaro

, mucho menos apoyaría sus intereses estratégicos o políticos, sino que le comunicaría al Papa toda la angustia de las almas reducidas a la condición de mercancía que se compra y vende, exigiría su intervención, que actuara para que los poderosos recobraran el amor y la razón, se apartaran de los cálculos culposos que convertían nuestro mundo en un infierno para los más débiles.

Asumí esta resolución abrazando mi crucifijo. Frente a mí, los marineros gritaban hacia las mazmorras, les lanzaban invectivas a los cautivos que tenían a sus pies. Para intimidarlos, restallaban los látigos contra el piso de las fosas.

Desde abajo ascendía un murmullo espeluznante, cada vez más perceptible a medida que se aplacaba el océano, un coro de espanto que le recordaba al Vent Paraclet que seguía siendo un lugar de infamia. Mientras que en el puente se anunciaba la calma, a medida que escampaba, para los encerrados en el entrepuente continuaba la pesadilla.



Recorrido por una brisa apacible, el Atlántico había recobrado la calma, la inmensidad azul se amodorraba tras el ciclón. De todo su furor, sólo quedaba el tímido vaivén de la espuma sobre las crestas de las olas que lengüeteaban el casco del galeón. El horizonte, que algunas horas antes se había transformado en la puerta del infierno, ahora se iluminaba y se extendía en lontananza. Volvió el alboroto de las aves blancas que desfilaban por encima de nosotros y ejecutaban de vez en cuando clavados abruptos, hendían la superficie del agua y reaparecían con un pescado en el pico, para luego sumergirse en el azul infinito del cielo.

Los marineros se activaban sobre el puente. A medida que se alejaba el peligro, volvía a imponerse el trabajo cotidiano. Había que acelerar el ritmo para recuperar el tiempo perdido. Además de las tareas de rutina, de por sí agotadoras, algunos debían detectar y luego reparar los estragos provocados por la intemperie, revisar las jarcias y remendar las velas estropeadas. Resonaban órdenes aquí y allá, los grumetes se afanaban. Había que restregar de rodillas, con la cabeza agachada bajo la mirada del segundo de a bordo, más y más rápido. Faltaban tres tripulantes, habían desaparecido durante la tormenta, arrastrados por el viento, por el diablo, o ahogados en las profundidades oceánicas. Ni una lágrima, sólo algún instante para extrañarlos, algún nombre pronunciado entre murmullos, dos o tres vagos recuerdos de alguna borrachera o un juego de azar durante una

escala, y a otra cosa. Las urgencias del viaje, la carrera contra el tiempo, la supervivencia.

Dos hombres habían aparecido postrados en un rincón del barco. El más viejo fue condenado a muerte por deserción, cincuenta latigazos para el joven, que no sobrevivió. Justicia inapelable, ejecución inmediata antes de que subieran los esclavos a tomar aire, de ninguna manera debían ser testigos de alguna debilidad por parte de la tripulación. El cargamento fue inspeccionado minuciosamente. Al presentarle su parte médico a Louis de Mayenne, el cirujano se mostró satisfecho: ninguna pérdida deplorable entre la mercancía, sí muchas heridas abiertas, superficiales en su mayoría, cicatrizarían antes de llegar a puerto. En todo caso, se trataba de cortaduras y hematomas muy fáciles de disimular. Se permitió aclarar que había encontrado a los prisioneros particularmente agitados y recomendó que los sacaran a todos al aire libre lo más pronto posible.

Los que estaban encerrados en la cala se habían vuelto completamente locos. La prueba de la tempestad había superado lo que podían soportar. Muchos estaban

tendidos sobre sus tablones, transidos, ausentes tras ese terrible viaje más allá del dolor, a las antípodas de lo imaginable. Ya no quedaba ninguna esperanza. Los pocos que aún titubeaban habían dejado de creer. Otros apretaban los dientes y los puños hasta sangrarse. Un murmullo de tímida cólera, ya no había nada que perder.

Primero salieron los niños, extenuados, aturdidos, anonadados, con paso torpe e incierto, con las piernas defecadas. Cegados por la claridad, cerraron los ojos y se quedaron inmóviles. El látigo chasqueó sobre la madera, que se muevan, que bailen, que aplaudan al ritmo, cubetadas de agua de mar para lavar las heridas, algunos minutos de descanso.

Luego les tocó a las mujeres. Sus músculos adoloridos apenas si lograban sostener los miembros inferiores, se arrastraban por el puente con los brazos colgantes, dementes de mirada extinguida, ya sin fuerzas. Avanzaban enajenadas, chocando entre sí sin reaccionar, hasta el último pensamiento las había abandonado, como marionetas sin hilos guiadas por un titiritero ebrio. El contacto helado del agua de mar con que las rociaron para limpiarlas fue lo que arrancó a algunas de los confines del desastre. El recuerdo de las sensaciones de sus cuerpos les dio un impulso de vida. Apenas un estremecimiento al principio, manos que se espabilaban e intentaban cubrir los pechos, sentidos que despertaban poco a poco, junto con los esfuerzos por

protestar, por resistirse.

Luego un primer sollozo, después un grito seguido de aullidos y de pronto fue la histeria colectiva. Manotazos, miembros animados por una fuerza nueva, multiplicada, movimientos de pánico, la tripulación agarrada por sorpresa, en curva, incapaz de controlar el arrebato repentino.

Cuatro mujeres decididas, desnudas como vinieron al mundo, encadenadas unas a otras, encontraron un hueco hacia la barandilla. Se tambalearon. Las vi volar, libres para su último viaje, suspendidas por un instante eterno entre el Vent Paraclet y las olas. Transportadas por el viento, flotaron por encima del absurdo y de la crueldad en una trayectoria elegante. Lograron sustraerse a todo lo arbitrario, demostrar que aún estaban vivas. Y desaparecieron por siempre, para encontrar su lecho en el fondo del Atlántico. Las huellas circulares que dejó su muerte permanecieron largo rato en la superficie del océano, como un último homenaje. Finalmente, su mortaja de espuma acabó de hundirse entre las olas.

¿De qué esencia estarían hechos sus carceleros? El mar había acogido a estas jóvenes con dulzura, mientras que ellos las habían mantenido con vida en el fondo de un barco con el único propósito de abusar y aprovecharse de ellas

infligiéndoles cada día mayores torturas. El curso de los acontecimientos les había arrebatado toda esperanza, así que ellas mismas se habían abierto un abismo en el abismo y se habían dejado devorar. A bordo del Vent Paraclet, la vida les había resultado monstruosa y sin sentido.

Súbitamente, me parecieron injustas las leyes de mi iglesia que condenan a las personas que se dan muerte. La verdad es que, al rechazarlas, las hacíamos morir una segunda vez. Aplastadas como estaban por el dolor, la miseria y el desprecio, ¿quién hubiera querido impedirles que pusieran fin a sus penas?,

¿quién las hubiera querido privar del único remedio que estaba en sus manos? Si la existencia les había sido concedida por Dios nuestro Señor como un don,

¿acaso no podían entregarla cuando había dejado de ser tal don, cuando unas manos de acero habían sometido su destino? El cautiverio las había quebrado, las había hundido en la noche más profunda. La angustia de los prisioneros, que contemplaban el espacio

con la sensación terrible de que eran incapaces de franquearlo, las había aniquilado.

Sobre el puente estalló la conmoción. El capitán, furioso, presa de una ira oscura, maldijo a todos y repartió castigos. Varios marineros se quedarían sin paga y recibirían decenas de latigazos, otros fueron amenazados con las peores represalias si más esclavos llegaban a morir, el cerebro de Louis de Mayenne calculaba las ventas perdidas, qué catástrofe. El tumulto se desbordaba, los hombres trataban de impedir nuevos intentos de suicidio, las mujeres mordían, el forcejeo era tremendo. Pero había que cuidar la mercancía, no estropearla demasiado, que no se vuelva inservible, sólo eso con tal de venderla al mejor precio... A un guardia se le ocurrió disparar un cañón, la bala silbó por encima de las cabezas, la pieza de artillería soltó una bocanada de chispas, luego una nube de humo, y el estruendo de la deflagración los sobresaltó a todos. Las flamas escupidas por la boca metálica provocaron horribles quemaduras y aterrorizaron a quienes nunca habían visto armas de esa naturaleza. La distracción duró justo el tiempo necesario para que los guardias recobraran el control. El revuelo de las cautivas fue sometido por la amenaza de los garrotes. En la cala volvieron a la inmovilidad, la oscuridad, el oído acostumbrado a escuchar en el silencio de la noche perpetua a la araña afanada en tejer su tela, la caída periódica de una gota de agua que tarda una hora en formarse en el techo de la mazmorra para luego estrellarse contra el pringue del piso, el sueño sin sueños, el miedo.

Louis de Mayenne decidió cancelar la salida de los hombres para evitar mayor desorden. Regresé a mi camarote, extenuado, necesitaba olvidar las últimas

horas. Pero me quedé con la valentía de las que se habían negado a seguir viviendo como bestias salvajes, su voluntad permaneció en mí como fuente de inspiración. Sí, aunque hubiera provocado una fractura considerable en el centro de mi fe. Me había permitido pensar libremente, en desacuerdo con los principios de mi Iglesia, pero me pareció justo, por amor, orar por la salvación de las almas de las suicidas.

Un poco más tarde, Martin tocó a la puerta. Le dije que entrara y se sentó junto a mí. Yo seguía acostado, inmóvil. Nos miramos un momento sin decir nada, mis ojos cuajados de lágrimas que no lograban correr, los suyos colmados de imágenes de fuego y horror. Suspiré profundamente y me di la vuelta hacia la pared. Le pedí que no hablara, aún no, y con unas palmadas en el tablón de mi cama le indiqué que se acercara. Con la mano me rozó la espalda,

provocándome un suave escalofrío, y ya no sabía si estaba con el grumete o con el ser místico que dormitaba en su interior. Sólo quería huir un instante, abrir el ojo de buey, invitar a Martin a asomarse, a acercarse a mí y mirar juntos el vuelo de las aves sobre el océano, la lentitud del paso de las nubes, sus formas redondas, la ligereza de sus contornos en movimiento, la armonía de la Creación cuando engendra calma y belleza. Una minúscula hendidura hacia el exterior, un pretexto para romper la inercia de nuestro féretro ambulante y alcanzar la dicha en el pensamiento, al menos algunos segundos. Martin sólo tenía una idea en la mente, llegar a tierra firme y escapar. Mi salvación, en cambio, se resumía en permanecer a bordo del Vent Paraclet y cumplir con mi misión.

Nuestros alientos se confundieron, su respiración regular apaciguó la mía, encontramos una cadencia propia que destilaba una sensación de confianza absoluta. Tomé su mano y la abrigué entre mis dedos. Su sonrisa me recordó las tierras de mi infancia. En el silencio, nos concentramos en los mínimos estremecimientos a flor de agua, interrumpidos cada tanto por los crujidos y quejidos de la madera. Me di la vuelta hacia él, estábamos tan cerca, nariz con nariz, sentí en la cara el aire tibio de sus exhalaciones. Inspiré profundamente y cerré los ojos, convencido de que había llegado la hora apropiada para levantar el velo. Me urgía decirle de dónde venían esas sombras sin voz atormentadas en las mazmorras. Quería confesarle, no ser el único en saber que, en otro tiempo, allá en la tierra de los bakongos, los esclavos habían sido mucho más que carne y huesos atrapados entre cadenas.



En el pasado, el Kongo representaba mucho más que un país, era un murmullo que se transmitía de generación en generación, una promesa de bienestar, orden y paz, una canción susurrada, un vértigo, una caricia a los oídos. Era un misterio difícilmente accesible a los extranjeros. La potencia de nuestras abuelas difuntas nos habitaba, eran ellas quienes inspiraban la sabiduría de los jefes y protegían a los más débiles. Éramos una civilización de la carne y del vientre, era bakongo simplemente quien saliera del vientre de una madre que también fuera bakongo.

Todos pertenecían a este universo en el que las mujeres y los hombres se definían en relación con el útero de origen. Para nosotros, importaban poco el suelo, la lengua o el territorio, pero sí nos adheríamos a la convicción de que la unicidad del mundo se había desdoblado hacía ya muchísimo tiempo. Los vivos ocupaban una

pequeña parte emergida, visible y sensible, mientras que los muertos reinaban sobre la otra parte, inmensa, más esencial, la de las esferas de lo invisible, donde residía la inmutabilidad del sentido de cualquier vida.

Martin me veía extasiarme por ese pueblo forjado de misticismo y de la magia transmitida por los ancestros, cuya esencia se perpetuaba, formando un ciclo sin fin, en los cuerpos, las almas, los gestos y los pensamientos. La energía original del universo ofrecía el tesoro de la vida a toda entidad animada. En ello radicaba el milagro que le permitía a la materia orgánica elevarse hacia la espiritualidad, superar el tiempo, desafiar las fronteras. Estas concepciones hicieron que nos resultara muy cercana la noción del aliento del Espíritu Santo, que recorre la Biblia de principio a fin. Así, los sacerdotes que llegaron de Roma y Portugal a finales del siglo

XV

, con su texto sagrado y su paraíso como destino después de la muerte, encontraron una acogida favorable en nuestros corazones y entre nuestras creencias. Nuestros ancianos vieron a esos extraños personajes que desembarcaron sobre nuestras playas como hermanos del alma que también privilegiaban las motivaciones inspiradas por el más allá como guía de los destinos. Humildes y curiosos, los recién llegados aprendieron nuestra lengua, tradujeron la Biblia al kikongo y facilitaron nuestro acceso a la palabra del Evangelio. Respetaron nuestras costumbres y se interesaron en nuestra mitología.

Haciendo el recuento de los siglos, ahora sé que nuestras relaciones se desequilibraron y luego se deterioraron después del descubrimiento de América, con las increíbles posibilidades de enriquecimiento que prometían sus inmensas extensiones. Ahí se acabó la fraternidad. Para aprovechar al máximo todo el potencial del Nuevo Mundo, se engendraron en Europa ideas demenciales, de una violencia inaudita, y una lógica abyecta de jerarquización de los seres humanos conforme a una escala que relegaba a algunos al rango de animales, la lógica del racismo y su vocabulario reduccionista e infamatorio. Un sistema que acabó por deshumanizar a mis hermanos bakongos y al conjunto de los pueblos del continente africano al sur del Sahara, degradados a la condición de una sola masa indiferenciada definida por un color, reserva inagotable de mano de obra barata.

Después de eso, se volvieron sordos al sonido de nuestras voces, y la cruz que venerábamos comenzó a arraigarse por la fuerza, resuelta a remplazar las máscaras rituales que les rendían homenaje a los

espíritus de los ancestros.

Luego se instaló el reinado absoluto del dinero, que aplastó cualquier consideración de orden moral o espiritual, ya sólo importaron los artículos de lujo y las armas de fuego. El secuestro masivo en calas sombrías como la del Vent Paraclet, para luego cruzar al otro lado del océano, se organizó metódicamente, con una precisión pasmosa. Y con cadenas de acero para someter los cuerpos. La oprobiosa joyería de la esclavitud ornaba todos los cuellos y tobillos, incluso de quienes se habían convertido al cristianismo.

Muy a mi pesar, Martin nunca conocería nuestra patria, nuestro sentido de la generosidad y la hospitalidad. Tampoco caminaría por la calle principal de Boko, que llegaba hasta la capilla en lo alto de la colina. Lo único que él y los demás marineros recordarían de mi pueblo serían su sufrimiento y sus quejas. Hubiera querido que Martin tuviera la posibilidad de admirar la habilidad de nuestros artesanos para el tejido. Entre nosotros, todos le daban una gran importancia al arte de vestirse. Imaginé a Martin ataviado de jefe, con sus pompones, flecos, finas telas y pieles de animales salvajes de gran calidad, que hubiera portado como un faldón hasta arriba de la rodilla, para protegerse del fresco de la mañana. Lo imaginé con el torso desnudo y erguido al modo de los pobres y la gente común, con una bolsita colgada en bandolera, llena de amuletos protectores contra el mal de ojo. Lo imaginé vestido con fibras de palmera trenzadas, sujetas a la cintura para cubrir la parte baja del cuerpo. Lo habrían seducido los tocados de colores de las mujeres, retacados de perlas y conchitas, con que se cubrían las cabezas rasuradas. Habría admirado la elegancia de sus

espaldas, cubiertas por un chal o una tela de algodón, con el pecho envuelto en un corpiño que llega hasta la cintura. Le presumí la gracia de su caminar experto, una ciencia de cada paso que apenas si alteraba las tres capas de tela envueltas a lo ancho y abiertas por enfrente alrededor de las piernas: una más larga, hasta los talones, la segunda más arriba y la tercera más corta aún.

Me quedé en silencio, otra vez triste, agobiado. La melancolía me ponía enfermo. Martin me consoló acariciándome la frente, yo ardía en fiebre. Me sentía sediento de su afecto, necesitaba que trazara senderos con los dedos sobre mis sienes, que me nutriera susurrándome las palabras que me guiaban de vuelta a la belleza de los recuerdos. Me hizo guardar silencio y me acomodó con la cabeza entre su vientre y sus piernas frágiles, para verme caer lentamente en un sueño profundo. Me embriagué de su aroma tan particular. En

cuanto dejé caer los párpados, regresé al amplio claro en medio de la selva frondosa, entré en una de las típicas casas de barro rojo en forma de gran tazón que hay en toda la zona, acomodadas sobre las laderas, al pie de árboles de amplio follaje y al abrigo de arbustos de un verde intenso. El país de los bakongos rebosaba de vida y de agua limpia todo el año. De niño, salía descalzo o en sandalias de cuero, me encumbraba por las laderas rocosas, luego las bajaba corriendo a toda velocidad, me deslizaba por el suelo húmedo y me lanzaba al río helado. Un poco más al sur, donde me gustaba recorrer la ladera opuesta de la colina, se escuchaba el rugido de una cascada, y más abajo comenzaba el río. El agua se bamboleaba en una caída vertiginosa y continuaba su curso demencial río abajo, el furor de los rápidos proyectaba la corriente contra los enormes peñascos negros, las oleadas se desprendían y enfilaban hacia el océano. Cerraba los ojos para sentir el espectáculo en la carne, dejaba que vibrara en mí el vigor del curso de agua.

Muchas veces armonizaba mi pulso con el ritmo de esa corriente impetuosa y salvaje. En esos momentos, aprendí a convocar a mis ancestros.

Me fueron brotando lágrimas mientras soñaba. Cuánta nostalgia, qué lejos estaban esos maravillosos paisajes. Y qué fortuna que ahí estuviera Martin.

Deseé que permaneciera junto a mí, pasara lo que pasara. Se había vuelto mi referente, mi faro en la tormenta, mi único amigo.



Alejándome cada vez más hacia el oeste, dejé a mis espaldas el Kongo y Roma, mis puntos de partida y de llegada, y escolté a los esclavos hasta el extremo de lo sórdido, en lugar de liberarlos. En su encierro, no les quedaba más libertad que la de llorar. Me alejaba más y más del sitio donde hubiera podido actuar para apartarlos de la noche de espanto y duelo que se propagaba a su alrededor. En mi corazón aumentaban los suspiros de rabia ahogados, impulsos contenidos que disimulaba detrás de una aparente calma, lo más importante era no hacer nada que pudiera afectar mi misión.

Desde hacía ya varias semanas, la situación a bordo se degradaba tanto como la calidad del agua potable. En el Vent Paraclet, saciábamos la sed apretándonos la nariz y nunca antes de la caída del sol, para no ver el aspecto de lo que bebíamos. En la oscuridad, los cautivos seguramente pensaban que sus torturadores querían

envenenarlos con ese brebaje asqueroso y fétido. Se negaban a beberlo. Obligarlos a aceptar el líquido infecto se volvió un asunto peligroso que requería la intervención de varios marineros: uno se encargaba de vigilar a los vecinos, en pánico ante la idea de soportar un suplicio adicional, mientras otro le tapaba la nariz y el tercero introducía el fluido viciado en el que ya se retorcían las larvas. Una tortura más. El agua que se había embarcado envasada en toneles de madera iba adoptando un extraño tono rojizo y despedía un olor cada vez más nauseabundo.

Cuando me quejé con el tonelero, implorando piedad por los cautivos, estalló en una gran carcajada, arguyendo que eso no era sino el principio. Me explicó que el agua primero se aclararía, aunque conservando un gusto soso que permanecería algunos días antes de disiparse. Luego regresaría el color rojizo, menos fuerte esta vez, pero repleto de lombrices de la talla de una caña de trigo, unas criaturas color blanco grisáceo dotadas de pequeñas colas. Para beber el líquido, habría que colarlo con un paño. Más adelante, los parásitos desaparecerían y el brebaje quedaría con aspecto de suero, para luego volverse nuevamente traslúcido y poblarse de gusanos diminutos y movedizos, imposibles de filtrar. Con el rostro iluminado por la victoria, disfrutando el espanto que me había provocado, viéndome horrorizado ante la idea de tener que padecer lo que llamaba los tres males del agua, el tonelero se dio la vuelta y retornó a sus tareas habituales.

La exasperación alcanzó su punto máximo. De cualquier modo, los detenidos ya

no tenían nada que se les pudiera quitar. Sobrevivían en estado de descomposición avanzada, encerrados en el entrepuente del mundo, en un vacío interior abismal, amenazados de perturbaciones mentales irreversibles. Habían perdido el sentido de las palabras, también del día y la noche, y habían olvidado ya el sabor del agua. En los corazones de esos jóvenes, hacía poco viriles y orgullosos, ya sólo subsistían el odio, el furor, la venganza. Las ganas de devolver el daño, sin reservas, devolver cada golpe, responder al calvario con el caos. Hasta entonces, durante las salidas a tomar aire, siempre habían vuelto la mirada hacia el exterior, esperando un milagro que nunca se producía, el de ver aparecer una playa al final de la inmensidad, un río. La esperanza se secó, se extinguió, aceptaron la fatalidad de navegar en una tumba, nada ni nadie los sacaría de ahí. Interrogaron una última vez al enorme espejo de agua azul sobre el que nos deslizábamos y supieron cuál era la opción que debían tomar.

La revuelta nació primero en el hueco de los pechos y luego se transformó en una idea fija en los cerebros. Un frenesí. Luego estalló en un grito en las gargantas, para expresar jirones de existencia, luchar, afirmar que aún existían, un último vestigio de humanidad. Finalmente se instaló en los músculos, rechinó entre los dientes apretados y acabó por irradiar fuego en los ojos. La tripulación debió haber desconfiado cuando aquellos a quienes oprimían y trataban como bestias feroces subieron un día de las escotillas extrañamente dóciles. No se percibía ningún desorden, ninguna queja, ningún gesto de desobediencia, ninguna tensión. Los esclavos se observaban, con las cabezas un poco inclinadas para ocultar sus expresiones. Bastaron algunas miradas para comunicar un mismo deseo de vivir de esos seres humanos, quebrados, pero no totalmente negados por las cadenas, la desnudez y el látigo.

El primero emprendió una danza marcando el ritmo sobre una pierna, luego fueron dos, una cadencia de cadenas contra madera. Otro dio palmadas a contratiempo para anunciar el quiebre que despierta el cuerpo y lo prepara para el trance. La fiebre fue aumentando en las cabezas, uno de ellos se inclinó hacia adelante, exagerando los movimientos giratorios de la pelvis, eran los pasos de la danza del perro, una maniobra de distracción. Los marineros se reían de los gestos obscenos de los salvajes, los veían como niñotes, siempre propensos a la lujuria, la risa y la fiesta. Luego vinieron los murmullos para despertar el rencor, reunir valor, observar minuciosamente los alrededores, evaluar las distancias, calcular los riesgos y, sobre todo, no perder el momento propicio para el asalto.

La victoria o la muerte. La muerte antes que la esclavitud. El segundo de a bordo tuvo una extraña intuición, ¿por qué se acompasaban en sus movimientos?, ¿qué

eran esos cantos guerreros? Algo no iba bien. Dio la orden de dispersar a los prisioneros, ¡por Dios, que los fustiguen! Pero la treintena de hombres desnudos sobre el puente ya se había transformado en un solo coro, una masa compacta, una misma dinámica. El oficial gritó la orden de detener el paseo. Un minuto demasiado tarde.

Pese a sus desplazamientos entorpecidos por las ataduras de metal, los hombres heridos, humillados, aniquilados en sus cuerpos y almas saltaron sobre los guardias petrificados por la sorpresa y por la violencia del impulso, la estampida, el cuerpo a cuerpo mortal. Los marineros yacían por el suelo, mordidos, aplastados, estrangulados, y ya las hojas de los sables estaban manchadas de sangre. Los gritos

inhumanos de la vida que se extinguía brutalmente, los primeros disparos, la confusión total. La locura multiplicó las fuerzas de los cautivos, su virulencia para reparar la injusticia. Las escotillas fueron cerradas para impedir que el ruido se propagara hacia el resto de la fosa como un reguero de pólvora. El instinto de supervivencia despertó la ferocidad de los marineros, se organizó el contraataque. Algunos esclavos se pusieron a buscar algún instrumento para liberarse. Comenzó una terrible carrera a contratiempo bajo el fuego nutrido de los refuerzos desplegados metódicamente alrededor de la revuelta, que iba ganando terreno. Renacía la esperanza entre los rebeldes, la voluntad de llegar hasta el final les daba ánimos, se recuperaba el orgullo. En ese momento de la batalla, Martin me suplicó que regresara a mi camarote y me encerró con llave. La metralla continuó aún algunos momentos, los gritos me llegaban ahogados a través de la puerta, pero atestiguaban el horror del combate, luego los sonidos disminuyeron progresivamente y llegaron en sordina hasta quedar en calma absoluta.

La insurrección había naufragado, ahogada en un baño de sangre. Después de ser el escenario de tantos horrores, el Vent Paraclet se había convertido en templo de la innobilidad. Había tres marineros muertos. Uno más agonizaba sin recibir cuidados, su futuro estaba decidido, una boca menos que alimentar. Sus despojos fueron lanzados al mar. La represión había alcanzado un grado de brutalidad pasmoso, los rebeldes gravemente heridos fueron rematados, un total de doce esclavos habían perecido en la ofensiva. Aunque el capitán quería ahorrarse más pérdidas, el miedo a futuros levantamientos lo llevó a ejecutar a algunos más como castigo ejemplar. A los cadáveres les cortaron manos y cabezas para exhibirlas clavadas en picos, los insurgentes fueron marcados con hierros al rojo vivo, otros cuerpos fueron colgados del palo mayor con los pies cercenados y las vergas enrojecidas de frotarlas con sal. La macabra exposición duró varios días y

se volvió la escenografía de cada salida al puente, un aviso inapelable destinado a dejarles claro a los prisioneros que estaban en manos de demonios capaces de lo peor. Las emanaciones pestilentes de los cuerpos en descomposición invadieron mucho tiempo el aire marino, impregnaron la madera, penetraron en el tejido de las velas, se introdujeron hasta el interior de nuestra ropa y de los nudos de las jarcias. El hedor formaba remolinos según los caprichos del viento y contaminaba los corazones, parecía que cubría los rostros con una máscara mortuoria y empañaba un poco más el entendimiento. El galeón se inmovilizó en medio de una bruma nauseabunda, la atmósfera se volvió aún más pesada, saturada por la hediondez de los

actos bárbaros, y bajo nuestros pies yacían más que nunca muertos vivientes.

Nuestra vergüenza hormigueaba en la suciedad, entre la orina y los excrementos.

Aquellos de nosotros que aún creían encontrar un sentido, algún tipo de lógica en lo innombrable, se equivocaban torpemente. Ya estábamos todos condenados, marcados por el resto de nuestras vidas hasta nuestra descendencia..., si es que sobrevivíamos. Nadie saldría indemne de ese paso por el infierno. Ningún marinero fue castigado frente a los esclavos, entre ellos se apoyaban para sostener una especie de mito de invencibilidad. Un día, el segundo de a bordo apareció con el pene lacerado, mordido por una esclava de la que había tratado de abusar. La culpable fue castigada frente a las demás mujeres, fustigada a muerte y luego lanzada al océano. Pero el segundo había perdido tanta sangre que tres días después también hubo que arrojar sus despojos al mar. Me perseguía la imagen de sus cadáveres prolongando sus lúgubres nupcias en el fondo del Atlántico. Seguimos navegando hacia el poniente envueltos en el horror, el absurdo, el cinismo, con una cala poblada por fantasmas con ataduras de acero. Quienes desvariábamos en la parte de arriba llevábamos las cabezas y cuerpos sujetos por otras tantas cadenas invisibles.

Esas dieciséis semanas de navegación imprimieron vileza, desconfianza y violencia en nuestra condición humana. Con los corazones abatidos y los semblantes sombríos, el humor general tendió a la invectiva y la cólera. Las palabras se volvieron cada vez más escasas. Hacia el final de la travesía, los esclavos subían más seguido al puente para que la brisa marina les diera mejor aspecto. Martin y los otros grumetes tenían la tarea de lavar con abundante agua y untar de aceite a esas marionetas azoradas, un ejército de posesos derrotados.

Los brazos les colgaban pesadamente de los cuerpos consumidos, los ojos ya no distinguían nada y rodaban sin rumbo en el interior de las órbitas. Los alimentaron mejor y ellos recibieron mecánicamente su pitanza. A pesar del

retraso que llevábamos, los oficiales sabían que los víveres alanzarían. Había llegado la hora del corte de caja: una sesentena de esclavos muertos, sobre todo mujeres y niños, una proporción de mercancía considerada pérdida razonable, considerando los malos tratos, la viruela y varias otras enfermedades, y la melancolía. O sea, un excelente rendimiento. Unos quince marineros, alrededor de un tercio

de la tripulación, habían pagado con sus vidas.

Louis de Mayenne y sus subordinados se frotaban las manos, la rentabilidad de la expedición sería óptima. El capitán lamentaba la escasa mortalidad dentro de su equipo, pues una hecatombe en esa fase de la travesía hubiera permitido ahorrar aún más, sobre todo en víveres. En conciliábulo secreto con sus oficiales, ya estaba planeando los medios para deshacerse de una parte de ellos en cuanto desembarcaran en la costa brasileña. Lo primero que harían los marineros sería buscar las guaridas de los piratas, infestadas de enfermedades, donde pululaban otros hombres de mar abandonados, presos condenados a trabajos forzados, esclavos prófugos o libertos, menesterosos, contrabandistas, comerciantes de dudosa honorabilidad, borrachos, soldados degradados o despedidos y mendigos.

Todo un pueblo de muertos de hambre dispuestos a cometer cualquier ilícito por una ración de comida, un tonel de ron o un simple barril de agua potable.

¡Tierra!, gritó el vigía, ¡tierra a la vista! Finalmente, nos acercábamos a las costas. La cala fue enjuagada con salitre y desinfectada con humo de enebro, se abrieron las escotillas para ventilar las mazmorras y que quedaran más presentables. Los últimos cerdos vivos fueron liberados en las fosas durante el paseo de los esclavos para que las limpiaran atiborrándose de toda la inmundicia.

Las heridas provocadas por las cadenas y los tablones de los entrepisos iban cicatrizando, todo quedó organizado para que los prisioneros recibieran aire fresco y fueran presentados con buena salud. La tripulación, más flaca que al zarpar de Luanda, enferma, decaída, comenzó a reanimarse. Una misma idea bullía en todas las cabezas, la de lanzarse hacia las tabernas del puerto, embriagarse y recuperar entre las brumas del alcohol los retazos de sus sueños de aventura y riqueza fácil al otro lado del océano. Sabían aún menos que antes de comenzar el viaje lo que valía una vida humana, comenzando por la suya propia, y planeaban dedicar los instantes de su libertad futura a ahogarse en excesos de aguardiente, peleas de borrachos y breves retozos con tarifa.



El Vent Paraclet se detuvo una noche a principios del verano de 1605. Martin me buscó en mi camarote, me despertó acariciándome el hombro para anunciarme en un murmullo el final de la primera parte de mi viaje. Yo estaba semidormido, me tomó de la mano y subimos al

puente sin hacer ruido, bajo un magnífico cielo estrellado. El clima era agradable y alcanzábamos a ver a lo lejos las copas de los árboles. Estábamos lado a lado, acodados en la barandilla, al principio en silencio, luego nuestros murmullos comenzaron a deslizarse por encima de la turbulencia de las olas. Los pensamientos de Martin se fueron abriendo paso hacia esa costa desconocida, soñaba con un Nuevo Mundo donde todo sería distinto. Corría el rumor de que había parajes que ningún pie humano había tocado aún, vastas llanuras, junglas impenetrables pobladas de animales fantásticos, praderas de suelo tan fértil que cualquier planta crecía sin esfuerzo y a una velocidad asombrosa. Grandes extensiones vacías que sólo lo esperaban a él para reinventar ahí el mundo, convertirlo en un paraíso.

Martin balbuceaba, sus palabras erigían un espejismo, un universo prodigioso, nada lo detenía. Decliné su invitación a acompañarlo en su proyecto de deserción y no encontré nada para proponerle a cambio. Le deseé buena suerte con la garganta apretada. Yo no pisaría los suelos de Brasil, mi destino estaba en otra parte. Martin no entendía mi deseo de volverme embajador de un rey por quien ya no sentía ninguna estima, pero no tuve el valor de revelarle lo que me motivaba realmente, mi misión secreta de abogar por la causa de los esclavos ante las más altas esferas. Para él serían los nuevos tesoros, la aventura y la oportunidad de abrazar una existencia más dulce. No respondió, simplemente recargó la cabeza en el hueco de mi hombro. El instante hubiera podido ser hermoso y yo esperaba que renaciera nuestra magia, pero el ligero soplo tórrido arrastrado por la música del viento trajo esa tarde, como todas desde nuestra partida, el incesante lamento, terrible y desgarrador, desde la fosa. Me liberé del contacto de su piel y le dirigí una mirada triste. Incliné la cabeza cuando me tendió la mano a modo de despedida y regresé a mi camarote. Había perdido a mi aliado, mi único amigo.

A la mañana siguiente, los primeros esclavos subieron al puente para ser lavados por última vez antes de bajar a la costa. Al salir por las escotillas, la mayoría caminaba con la cabeza gacha, anticipando los insultos por venir, los golpes o alguna nueva humillación. Primero los deslumbró la luz cegadora del firmamento, que bañaba una inmensa playa hundida en su parte central, un

espacio vasto y apacible donde se alternaban, entre la efervescencia de la espuma, remolinos cargados del azul del cielo y los tonos más opacos de los granos de arena húmedos, arrastrados por el oleaje. Con los ojos entrecerrados, siguieron primero las minúsculas pinceladas azules y verdes de las olas sobre la piel del océano. Justo después,

donde se estancaba la marejada antes de su curso en semicírculo hacia la orilla, se desplegaba una franja irregular de agua turquesa. Los hombres enderezaron la nuca, se irguieron, frente a sus ojos se extendía Brasil, la tierra de las hogueras. Todos se pararon en seco, una emoción repentina corrió de unos a otros, los guardias empuñaron sus látigos, cargaron sus pistolas, sujetaron las empuñaduras de sus espadas. También yo llevé la vista hacia el punto donde comenzaba la tierra firme, salpicada de grandes árboles de tronco desnudo y doblados por el viento del océano. Sus grandes hojas temblaban bajo la brisa marina y brillaban perladas de rocío. Para los cautivos, como para mí, ese lugar resultó tan familiar que creímos haber regresado al Kongo.

Hasta donde se perdía la vista, al final del horizonte, se extendía una selva misteriosa, densa, y hubiera jurado por todos los santos y por las almas de los ancestros que era la nuestra, exuberante y cargada de vida. Imaginé la misma fauna abundante agazapada en el sotobosque, al acecho o perchada entre las ramas, y todo un mundo minúsculo hormigueando bajo la superficie. El sol abrasador reavivó el recuerdo de mi tierra. Esperaba encontrar el furor del río, el suelo rojo de Boko, la morada de los espíritus, la quietud al pie del altar de nuestra capilla en lo alto de la colina.

La agitación se apoderó de los prisioneros, que se empujaban hacia la rampa de descenso, fue como una iluminación, una quimera, había acabado por fin el calvario, estábamos de regreso, pronto todo habría vuelto a su orden normal.

Tuve ganas de decirles a todos esos hombres y mujeres que quizás, muy lejos hacia el interior de esas tierras, los esperaba su salvación. Nos aferramos todos juntos a esa ilusión, tratando de convencernos de que la razón podría estarnos fallando, alterada como estaba por tantos horrores, pero que nuestros cuerpos agobiados por el calor reconocían el aire de nuestra tierra, ellos no se equivocaban. Sólo que aquí el sol estaba saliendo frente a la playa, no tierra adentro como en Luanda.

El asombro duró apenas un instante, sobre el muelle esperaban ya los compradores. Con lágrimas en el corazón, contemplé el ballet de siluetas torturadas encaminarse hacia un futuro incierto en un mundo inédito del que

ignoraban todo. Reflejos de seres humanos que ya no poseían más que su capacidad de trabajar, todo lo demás se los habían destrozado a punta de meses de secuestro en la oscuridad del entrepuente. Habían perdido toda noción del tiempo. ¿En qué se convertirían? Su único

alivio era salir de la cala y estar al aire libre. Mi alma encerrada en este busto de mármol sufre aún este desgarramiento, allá se quedó con ellos una parte de mí. Por más que apartara la vista, que cerrara los párpados, sabía que los recuerdos de ese terrible viaje, sus imágenes y sonidos, nunca me abandonarían.

En cuanto a los marineros, sobreexcitados, se afanaban en ese barco en ebullición. Había que restregar los pisos con escobas y cepillos, descargar la mercancía, acabar lo más rápido posible, borrar hasta el último rastro de la infamia y luego divertirse, olvidar.



Para matar el aburrimiento, Felipe III

, rey de España, Nápoles, Sicilia y Portugal, acariciaba las muescas impresas por las garras de su halcón favorito sobre un guante de cuero. Mientras miraba por la ventana hacia el bosque pardo, verde y gris de ese inicio de otoño, soñaba con excitantes partidas de cetrería. Su secretario personal anunció a Silvio Pereira, delegado del gobierno de Lisboa ante la corte de Madrid. Sentado en un extremo de la gran mesa ovalada desde donde presidía las audiencias públicas, Su Majestad lanzó un profundo suspiro de fastidio. Ese mostacho con patas lo fastidiaba una vez por semana con las innumerables quejas que las autoridades de su país le dirigían al monarca español desde la unificación de las dos coronas en 1580. Con aire grave y consternado, el hombrecito entró con paso rápido a la sala de consejo, se postró ante el soberano, saludó a los ministros con una breve inclinación de cabeza y le besó el dorso de la mano al duque de Lerma, favorito del rey.

El orden del día era preocupante. Portugal era víctima de un complot internacional fomentado por el papa Clemente

VIII

y su nuevo aliado, Enrique

IV

, apoyados por Álvaro

II

, rey del Kongo. A petición de Su Santidad, iba con rumbo a la Santa Sede un clérigo, embajador de ese reino africano, a bordo de un navío francés formalmente identificado. Ahora bien, tal iniciativa constituía, de hecho,

una falta inaceptable a los términos de la bula pontificia de 1455 del papa Nicolás V

, quien les había concedido a los portugueses la exclusividad del comercio con África, exhortándolos asimismo a convertir a los paganos del continente por todos los medios necesarios. Algunos marineros procedentes de Luanda y recientemente desembarcados en Oporto habían suministrado pruebas irrefutables de la existencia de relaciones directas entre el Vaticano y la corona del Kongo, a espaldas de las autoridades portuguesas. Por otra parte, cada vez más ingleses, holandeses e incluso franceses comerciaban sobre las costas al sur del Golfo de Guinea.

El duque de Lerma palideció al escuchar la nueva mala noticia para los asuntos del país, ya amenazado por un contexto económico tenso. España se estaba hundiendo en una severa crisis debida al costo de mantener a sus ejércitos y a la disminución de los ingresos procedentes de la extracción de metales preciosos en América. La guerra contra las Provincias Unidas de los Países Bajos se estancaba. Entrar en conflicto con Francia por tan poco parecía inconcebible, y el recuerdo aún vivo de la debacle de la Armada Invencible contra la Marina británica en 1588 impedía cualquier operación marítima de gran envergadura.

No obstante, la afrenta a la que se había sometido al vasallo portugués tampoco podía quedarse sin respuesta. Los miembros del gabinete reunidos alrededor de Felipe

III

se regocijaban, ¿cómo lograría el duque, que todos sospechaban dirigía el gobierno en lugar de su monarca, salir de este atolladero, en el que todos los rivales y enemigos de España ultrajaban impunemente el monopolio y, por lo tanto, el honor de toda la península ibérica? Silvio Pereira agregó que, si este sacerdote lograba llegar a Roma, sin duda intercedería ante Clemente VIII

en favor de los esclavos africanos y pondría en riesgo el lucrativo comercio triangular.

Felipe

III

bostezó ruidosamente, preguntándose de qué servía ser rey si no podía librarse del parloteo de ese lusitano descerebrado de físico tan poco agraciado. Como

tenía fama de ser muy piadoso, tomó la palabra sin gran convicción y expresó su asombro por la existencia de católicos en esas comarcas salvajes, para luego interrogar a la concurrencia y pedir que alguien le explicara cómo era posible comprar y vender personas que compartían su misma religión. Un silencio avergonzado se instaló en la sala.

Había que pensar rápido, encontrar una salida sin perturbar ni a su monarca ni a su aliado. El duque de Lerma comprendió que había llegado el momento de demostrar su autoridad. Se puso de pie, ajustó los faldones de su largo manto rojo y le susurró algunas palabras al oído a Felipe III

, quien asintió varias veces con la cabeza y finalmente, con gesto cansado, lo invitó a expresarse. Con gran habilidad, el hombre de confianza de la Corona improvisó una elocución exaltada. En primer lugar, solicitó el auxilio de la Virgen María para que mejorara el estado financiero del reino y lavara la ofensa infligida a España y Portugal. Mencionó que correría sangre. En ese caso, no se trataba del estatus de los cristianos de África, que definitivamente merecían toda la compasión del Señor, sino de una muestra de alta traición de que era culpable el artero Álvaro

II

. Sus actos imperdonables exigían la mayor firmeza, ameritaba la muerte por haber intrigado en contra del derecho y de cualquier forma de respeto hacia su benevolente tutor. Siendo así, su embajador no era más que una impostura y no debía llegar a pisar suelo italiano. Se decidió que sería eliminado con toda discreción mientras se encontrara aún sobre el Atlántico, a fin de evitar innecesarios desórdenes diplomáticos en Europa. Los ministros estuvieron de acuerdo. Felipe

III

, fatigado de tantos discursos, pidió un momento de descanso antes de continuar con las demás entrevistas.

Algunas semanas después, tres fragatas de guerra fueron enviadas hacia el Atlántico con la misión de interceptar el curso del Vent Paraclet, confiscar su cargamento y luego hundirlo con todo y tripulación.



Hermanas y hermanos vendidos en el Nuevo Mundo, violados, humillados, negados..., sepan que me consumió una pena abismal. No tenía qué ofrecerles, más que mi culpabilidad y la promesa de llegar hasta Roma para defender su causa. Si tan sólo pudieran perdonarme.

Después de que partieron, una fiebre delirante me inflamó la frente. Los ancestros ascendían desde el fondo de su descanso eterno y sus reproches me zumbaban en los oídos, me acusaban sin tregua. Me aplastaba el peso del remordimiento al recordar la barbarie que había reinado en el Vent Paraclet, me corroía el asco de haber visto tan de cerca la capacidad de los hombres de torturar a sus semejantes y legitimar el sufrimiento infligido. Ustedes ya no estaban, pero su encono seguía muy presente. Me reprochan no haber hecho nada, y me asediaron sus despojos descompuestos y extraviados en las profundidades del océano. Temí que ustedes me juzgaran. Mi relación con Dios se perturbó para siempre. Al quedar aislado de cualquier institución religiosa durante tantas semanas, mi Fe se transformó en una relación más directa con el más allá y me sorprendí cuestionando a Dios sobre su Creación. Desde entonces, entre los límites del Vent Paraclet, caminé solo. Fui incapaz de encontrar la manera de tejer un vínculo, de crear las condiciones de un intercambio, aunque ustedes me llamaban desesperadamente con sus gritos incesantes. Debí encontrar la fuerza para ir hacia ustedes, para insuflar una pulsación colectiva. Una energía que hubiera pasado de sus corazones al mío, los hubiera consolado y permitido un desenlace más feliz. Fracasé. Navegamos juntos, encerrados en la violencia, sin nunca mirarnos ni sonreírnos. Partieron sin que pudiera conocer ni sus nombres ni las trayectorias de sus vidas. En mi camarote, di vueltas y rumié mi amargura en silencio.

Por su parte, el capitán celebraba su victoria con carcajadas escandalosas, un horrendo gorjeo animal que me llegaba en forma de eco. Urgido de llegar a Roma y luego a Francia lo más pronto posible, Louis de Mayenne desbordaba de júbilo. Ya lo había decidido, sería su última travesía. Sólo unos meses más de navegación y habría terminado con esos ires y venires extenuantes y peligrosos de un lado a otro del océano vendiendo telas, armas, humanos, oro, ron... Se consideraba satisfecho de haber logrado acumular, lenta y laboriosamente, una fortuna comercial. Su botín le permitiría vivir de las rentas hasta el final de sus días. Siendo el hijo menor de una familia noble del oeste de Francia, desheredado por el derecho de primogenitura y obligado a la difícil decisión entre una carrera en el ejército o el ingreso en una orden religiosa, había preferido la aventura arriesgada e incierta sobre los mares y estaba decidido a aprovechar plenamente los beneficios de los peligros asumidos durante tantos años de esfuerzos. Disfrutaría de un retiro dorado lejos de cualquier necesidad y gozaría del respeto de la más alta sociedad en la corte del rey Enrique IV

. El oficial agradecía para sus adentros a sus nobles protectores, en la persona de un conde acaudalado de la campiña de Nantes y sus aliados en el Vaticano. Se regocijaba, convencido de contar con el pleno beneficio de las bendiciones de Dios, a quien daba gracias por los vientos favorables, por una buena travesía, por la gestión eficaz de la revuelta y, sobre todo, por haber conseguido excelentes ganancias con la venta de los sobrevivientes.

Para aumentar los dividendos, Louis de Mayenne no había podido rechazar la oferta tentadora que le habían hecho de comprarle a su criada con todo y el hijo que llevaba a la espalda. El capitán del Vent Paraclet había calculado que, de todas maneras, no hubieran sido más que una carga incómoda en la existencia colmada de deleites mundanos que pensaba ofrecerse en cuanto regresara a Nantes. La escena me dejó helado: absorto en contar su dinero, Louis de Mayenne no volteó ni una sola vez a ver a la mujer que imploraba su intervención suplicándole que pensara en la sangre de su sangre, mientras el comprador los encadenaba y se los llevaba sin mayor consideración. Si bien ella no había mostrado la menor señal de bondad ni alguna forma de grandeza, sentía una profunda pena por la pobre Linda al imaginar cuánto le ha de haber perturbado compartir la suerte de las mujeres y hombres a quienes no se había cansado de manifestar su indiferencia y su desprecio. Había cometido el error de olvidar que la esclavitud es una gangrena que nos amenazaba a todos, pues su lógica consiste en redefinir la naturaleza humana a su antojo, con tal de hacer de los seres humanos un comercio rentable.

Súbitamente me di cuenta de que la benevolencia de Louis de Mayenne hacia mi persona, así como su determinación de hacerme llegar a Roma, se traduciría sin duda en una suma sustancial. El Santo Padre le pagaría el precio de mi vida.

Álvaro

II

me había degradado a peón en su tablero político, ahora lo veía bajo la forma de un alma miserable y corrompida que no tenía mayor nobleza que la de los

objetos valiosos que había acumulado. Y Louis de Mayenne me reducía a la condición de un artículo de lujo para vender en la Santa Sede. Comencé a preocuparme por lo que haría conmigo el Papa, allá en la distante Italia.

En la estrechez de mi camarote, libre de golpes y con la barriga llena, me había dejado cegar por la ilusión de haber recibido un trato diferente. En realidad, compartía una suerte parecida a la de los esclavos, sin ser consciente de ello, y seguiría siendo rehén del monstruo de madera, que continuaría su ruta con rumbo desconocido. Me di cuenta de que no contaba con apoyo alguno y de que mi única compañía, presente hasta en los más mínimos recovecos del navío, eran los fantasmas acusadores que me atormentaban el alma. Me faltaría la mano que nunca les tendí a los demás. Mi mente se había desecado, ya ni siquiera tenía fuerzas para temblar al proyectarme hacia un futuro sin auxilio posible. Me sentí minúsculo, una brizna de hierba en medio de la inmensidad, librado a la voluntad de fuerzas mucho más poderosas que yo. Recorría de lado a lado el puente del barco sin que nadie me prestara la más mínima atención. Pensaba en Martin, que se había ido a probar suerte en otro destino y lamentaba no haber pisado, como él, los suelos intactos de las tierras que estábamos a punto de dejar atrás. Extrañaba espantosamente su presencia singular y reconfortante.

Yo, Dom Antonio Manuel, nacido Nsaku Ne Vunda, embajador del Kongo ante el Vaticano, libre de grilletes en tobillos y muñecas, me había convertido en una pieza de mercancía igual a las que se acumulaban en el puerto, a la espera de ser embarcadas en el Vent Paraclet con malacates instalados en los muelles.

Dirigiendo la mirada hacia el mar abierto, me consolaba abandonándome al fresco olor a nuevo que flotaba sobre el galeón. Comenzaban los preparativos para la travesía hacia Europa. Los carpinteros ya estaban desmontando las estructuras colocadas especialmente para el traslado de los esclavos. La cala se llenó ahora de imponentes costales de especias y azúcar, toneles de alcoholes, pacas de algodón, porcelanas y barriles de cacao. Sobre las aberturas de las escotillas se fijaron ventanas de vidrio para que les entrara luz a los productos que no debían permanecer en la oscuridad, atención que no se les había concedido a los esclavos. El oro y las piedras preciosas se apilaban en un lugar secreto. También fueron embarcadas grandes cantidades de agua, así como un nuevo cargamento de provisiones y animales vivos. No me perdí nada del transporte de todos estos productos, que los estibadores sobreponían con el más grande de los cuidados bajo la vigilancia de los oficiales, cuyas miradas iban y venían entre las hojas de registro y la mercancía. Yo buscaba una semejanza entre mi persona y todas esas cosas, animadas o no, que se iban catalogando con

precisión en un recuento detallado, sin dejar nada al azar. Del vientre

del barco lleno de especias emanaba un universo teñido de aromas singulares, agradables y variados, eran guirnaldas de flores que me acariciaban la nariz, efluvios azucarados, suaves buqués que se posaban sobre mis labios. Me sumergía en un baño de sabores intensos, un viaje de los sentidos dirigido por aromas potentes suavizados por toques de vainilla. Me hubiera gustado deleitarme con toda esa dulzura, degustar los perfumes cálidos y picantes que ofrecían las riquezas del Brasil acomodadas en las bodegas. Pero cada pensamiento, como una marea, me inundaba de amargura, era un cruel retorno al momento presente. Incluso liberadas de la pestilencia de las semanas anteriores, las fosas seguían habitadas por la estancia de quienes habían sido almacenados ahí. Su presencia permanecía, indeleble, penetraba profundamente en el casco del galeón, cuajado de sus humores, su sangre y sus lágrimas. Y seguía yo ahí como un último prisionero que no sería liberado sino al cabo de otro largo viaje.

La mayoría de los marineros regresó al barco después de varios días de borrachera, de embotarse el cerebro al menos algunas horas, provocar carcajadas, darse palmadotas en la espalda y recurrir, en el caso de los titubeantes, a la embriaguez a modo de temeridad durante las ridículas peleas de borrachos. La mirada perdida, la mano flácida, el puñetazo al aire, la nariz hinchada. Orgías de faldas arremangadas a toda prisa sobre camastros polvorientos, pringosos de clientes anteriores, contacto de pieles mal lavadas y la pestilencia de capa tras capa de sudores mezclados, breves nupcias carnales salpicadas de patéticas palabras de amor y promesas de casamiento balbuceadas justo antes de eyacular. Delirios etílicos que se esfumaban en ese abismo oscuro que es el sueño del bebedor. La cabeza pesada al día siguiente, con vagos recuerdos de placeres efímeros y el eco lejano de orgasmos simulados, que su orgullo fanfarrón convertiría en hazañas viriles durante la caminata de regreso al Vent Paraclet. Pese a las pésimas condiciones de vida que habían soportado a bordo, estaban acostumbrados al universo del barco y se les hacía muy difícil cambiarlo por otro. Ahí volvieron a encontrar sus lugares, los contornos bien delimitados de la proa y la popa de la nave y reglas de vida sencillas y sucintas: callar, obedecer y nunca pensar. Además, en sus barrigas y en sus memorias seguía vivo el recuerdo de las hambrunas vividas en sus comarcas natales, de modo que se apresuraron a recuperar sus compartimientos confinados y la certeza de un plato de sopa asquerosa por la noche. Fueron pocos los que desertaron y eligieron la aventura a riesgo de pasar hambre. Los marineros vistos como inútiles fueron abandonados adrede. El capitán les había encomendado misiones descabelladas de las que regresarían mucho tiempo después de que

nosotros hubiéramos zarpado.

Me resultó difícil ocultar la alegría que me produjo reconocer la frágil silueta de Martin sobre el puente, entre los últimos que se volvieron a embarcar. Hubiera querido estrecharlo entre mis brazos, pero algo había cambiado, sólo quedaba la sombra de quien había sido. Con la espalda encorvada y el semblante grisáceo, portaba la máscara de quien había huido de una mezquindad para encontrarse con otra peor, y se apartaba de mi mirada. Me evitaba. Más tarde me hablaría de la miseria que reinaba en las calles de la ciudad portuaria donde habíamos atracado, las tabernas ruidosas y llenas de humo donde oficiaban las mismas prostitutas que en Nantes, con sus cuerpos cansados, sus sonrisas falsas, las mismas posturas obscenas. Las riñas en medio del barro, los niños andrajosos mendigando al pie de los puestos en el mercado de esclavos, vendidos a los compradores más hábiles justo a un lado de los corrales donde se comerciaba con animales de carga y otros artículos. Lo único diferente era el calor aplastante y el paisaje selvático que se extendía en el horizonte. Por lo demás, los hombres habían reproducido, tal cual, toda la fealdad del mundo.



Los bancos de nubes grises sobrepuestas tamizaron el estallido de los rayos del sol y se quedaron flotando en el espacio entre el cielo azul claro y la línea de costa que dejamos atrás. El Vent Paraclet lucía magnífico cuando volvió a desplegar su velamen y se fue alejando de la costa brasileña. Habiendo completado la carga, partimos a finales del verano de 1605, sin escolta armada para no llamar la atención. El capitán esperaba también evitar las envidias haciendo creer que sólo transportábamos un cargamento modesto y que no valía la pena atacarnos. En el puerto había hecho correr el rumor de que se dirigía a Roma por órdenes de la Santa Sede, todo con la intención de disuadir a los piratas, que en general evitaban enfrentarse directamente al Vaticano. A pesar de su aversión por las sotanas, los filibusteros se habían criado en el temor de Dios.

La tensión entre oficiales y marinos disminuyó con la ausencia de los esclavos.

Las corrientes, favorables, nos impulsaron con rumbo noreste, en la tripulación se instaló una auténtica despreocupación, incluso buen humor. Louis de Mayenne les aumentó las raciones a sus marineros y grumetes, que incluso recibían una copa de ron cada dos días. Martin, en cambio, deambulaba como alma en pena, con el semblante cerrado,

aspecto triste y la tez pálida, y se aislaba cuando no estaba de turno. Una mañana cayó enfermo, quejándose de fuertes dolores de cabeza, vómito, fiebres que le quemaban la frente y horribles dolores de vientre. Su condición le impedía trabajar, pero se negaba ferozmente a dejarse revisar por el médico, que quería asegurarse de que no fuera una enfermedad contagiosa. Ante la obstinación del grumete, el médico perdió la paciencia y amenazó con lanzarlo por la borda. Tras ásperas negociaciones, Louis de Mayenne me concedió permiso para alojarlo en mi camarote mientras se restablecía, pero tuve que aceptar compartir mi ración de comida con él para que no representara una merma para el presupuesto del barco, que no toleraba la idea de alimentar a un ocioso. Martin apenas si podía tenerse en pie y se doblaba en dos, atormentado por una migraña que amenazaba con hacerle estallar el cráneo.

Para mí era una alegría haberme reunido otra vez con él, y la perspectiva de tenerlo algunos días a mi lado me encantaba. Le prodigué cuidados rudimentarios, pero fueron sobre todo mi afecto y mi ternura lo que fue atenuando sus dolores y por fin le arrancó una sonrisa. Iba sanando, y yo esperaba con impaciencia que recuperara la facultad de proyectarnos hacia esa dimensión mágica que nos permitía acercarnos uno al otro y apartarnos de la realidad opresora.

Al décimo día, mientras dormía profundamente, vi cómo se formaba una aureola escarlata en la entrepierna de su percudido pantalón corto. Me había tocado ser testigo de tantas tragedias en el Vent Paraclet que quise hacer todo lo posible por salvar a Martin. Al abrirle la camisa, me encontré con una banda de tela que le ceñía muy fuertemente el pecho y retrocedí de la impresión. Martin, que no parecía sufrir por su herida, se despertó de un sobresalto. Presa de pánico, se volvió a cubrir el torso y se enroscó al fondo del camarote, doblando las piernas contra el pecho y el mentón sobre las rodillas. Un gesto de terror le deformó el rostro. Bajó la cabeza, estalló en llanto y extendió los brazos hacia mí, suplicándome que guardara el secreto, su vida dependía de ello.

Me dejó atónito no haberme dado cuenta de nada, no haber estado en condiciones de reconocer la verdadera naturaleza de la única persona con quien había tejido un vínculo a bordo del barco. Me quedé de una pieza ante esa joven que lloraba a mares. También me enojaba un poco que me hubiera engañado. Y

me sentía muy avergonzado, inerme, ante una manifestación tan íntima de la feminidad. Sin contar a mi madre adoptiva, había tenido muy poco contacto con el sexo opuesto. Mi conocimiento de esos

sangrados era puramente teórico y no atiné a reaccionar más que apartando la mirada. Me suplicó que la escuchara, me pidió que le perdonara su mentira, asegurándome que le había costado demasiado y que de ninguna manera debía dudar de su amistad. Me dijo que sentía por mí un afecto sincero, que sin mi presencia le hubiera sido imposible soportar la soledad y los sufrimientos vividos durante la travesía, que yo era una de las pocas personas en su vida que le habían dado la impresión de existir realmente y de valer algo. Sus palabras me llegaron directo al corazón, entendí su reticencia a revelarse, pues en ese barco, una muchacha como ella hubiera vivido un verdadero infierno, y hacerme partícipe de su secreto me hubiera puesto en peligro.

Su mamá Louise la había bautizado Thérèse y le había enseñado desde muy chica que debía evitar la suerte reservada a las mujeres en este mundo. En el país que la había visto nacer, estaban relegadas a la última posición en la escala social, encadenadas a su tierra por la sangre, en una sociedad regida por una jerarquía muy estricta, en la que pertenecían de por vida al feudo de su señor y estaban sometidas primero a la autoridad de sus padres y luego, después de casarse, a la de sus maridos. Era un orden impuesto por el clero, una existencia que seguía el ritmo de los embarazos y alumbramientos. Thérèse me trazó un retrato lamentable del destino de las campesinas, sobre quienes descansaba la carga de la supervivencia de las familias. A ellas les tocaba alimentar las bocas

hambrientas después de una gran sequía, una helada de primavera, una granizada devastadora, una inundación o un invierno particularmente crudo. Cuando llegaban estas desgracias, las míseras cosechas auguraban un periodo de hambruna. Además de las catástrofes, a Thérèse le había tocado ver su comarca incendiada por el fuego de los levantamientos campesinos, cuando los hombres se rebelaban ante una vida sometida a las fluctuaciones en los precios del pan y ante los impuestos demasiado onerosos, mientras que la pobreza ya les había vaciado los estómagos. Se les había cedido el paso a todos los horrores de la guerra civil, con su cortejo de ruinas, enfrentamientos salvajes, expediciones punitivas seguidas de represalias, una sola pesadilla. Se sumaban las extorsiones y violaciones de las campesinas, convertidas en rehenes de los rebeldes. Luego venían los saqueos y las incursiones de ladrones, y las mujeres se quedaba paradas en silencio, con sus niños arremolinados alrededor de las faldas, viendo sus granjas despojadas y aún humeantes, con la nueva carga de llevar solas la indigencia a cuestas.

Thérèse me dijo por último que, si bien había mentido sobre su

cuerpo, lo esencial de lo que era realmente sí me lo había revelado sin rodeos durante nuestros numerosos intercambios, y que el sexo no marcaba ninguna diferencia.

Tomé sus manos entre las mías y la tranquilicé diciéndole que era mi amiga y la aceptaba tal y como se me revelaba. Me sorprendía el ingenio de que había hecho muestra para hacerse pasar por un muchacho, también me divertía su audacia. Le prometí que nunca la traicionaría. Me produjo un placer malicioso ser su cómplice, engañar al capitán y a toda la tripulación. La confidencia compartida nos unió aún más, selló una nueva alianza, a partir de entonces tuvimos un objetivo común y decidimos protegernos mutuamente. Apoyándonos en nuestro acuerdo, resistiríamos juntos nuestro entorno, ya éramos dos. Esta complicidad bajo las narices mismas de la autoridad me dio valor y un poco de orgullo. Por su parte, Thérèse quiso terminar de revelarme toda la verdad.

En un principio, había decidido travestirse para facilitar su huida hacia Nantes a través del bosque, para evadir los abusos sexuales y el secuestro. Se había cortado la larga cabellera y se había oprimido los senos nacientes con tiras de tela. Luego se había vestido con prendas masculinas y había asumido una expresión feroz de chico malo. Ya en el puerto, siguió ocultando su identidad al enterarse de que, para incitar a los hombres recalcitrantes a embarcarse, algunos navíos recurrían a la estrategia de embarcar mujeres capturadas en las tabernas o en las calles de la ciudad, a quienes les daban a elegir entre trabajos forzados, servicios sexuales para la tripulación o los grilletes en las mazmorras. Con la

confianza que le había inspirado la sonrisa del oficial que gritaba “¡Viaje a las Indias!”, Thérèse se había enrolado, para encontrarse enseguida frente a la máscara gélida de la severidad y la disciplina férrea de quienes la habían embaucado. Como la mayoría de los capitanes, Louis de Mayenne despreciaba a los marineros, quienes, a su vez, lo despreciaban a él.

La primera incursión de Thérèse a bordo fue la sala de la tripulación, un espacio ruidoso, oscuro, confinado y maloliente, una guarida llena de hamacas, ropa sucia y objetos heteróclitos entre los cuales se encontraban desparramados varios hombres ociosos que habían volteado distraídamente para saludarla con un vago movimiento de un brazo. Otros se ocupaban de sus cosas sin prestarle la menor atención, jugaban dados, platicaban o descansaban sobre sus hamacas. Todos despedían una hediondez insoportable. Los pocos que la habían saludado le habían tendido manos desmesuradas, puños rugosos,

palmas ásperas, surcadas por múltiples cicatrices, callos y rasguños por todas partes, eran seres rudos con el cuerpo quebrado. La pesadilla a bordo del galeón comenzó desde que dejaron el puerto de Nantes.

Al firmar su contrato, Thérèse se volvía por tres años propiedad del armador, junto con el navío y todo su cargamento. Había vendido su libertad recién estrenada. La tripulación no se enteró sino mucho después que no se dirigían a las Indias, apenas cuando los carpinteros edificaron las palizadas y fortificaron la cabina. Resultó que navegaban hacia el reino del Kongo para comprar seres humanos. Según decían los marineros más experimentados, sería el peor de los viajes, el más peligroso. Un grumete había osado preguntarle al capitán por el cambio de rumbo. Acusado de amotinamiento, había sido suspendido de la punta del palo mayor y luego lanzado brutalmente al agua. Un minuto después, sus despojos fueron exhibidos en el puente, para después volverlos a lanzar al mar.

Nadie más preguntó nada. En cuanto quedó embarcada la mercancía humana, la condición de trabajador voluntario de Martin lo diferenciaba de los esclavos sólo en que podía alimentar la esperanza de algún día liberarse de la esclavitud. En este sentido, se lo consideraba menos propenso a querer escapar. Sin embargo, a diferencia de los cautivos, cuya buena salud significaba mayores ganancias, Martin y los demás representaban una carga. A bordo, el sentido de la existencia de los marineros se resumía en su capacidad para trabajar, eran herramientas con forma humana. Sus vidas no valían nada. Y la de una mujer, en semejante infierno, no quería ni imaginar lo que podía valer. Había tenido que hacer gala de gran astucia e imaginación, esconderse, vivir cada momento al acecho, en la angustia de ser descubierta. Decepcionada por lo poco que había alcanzado a ver

del Nuevo Mundo, se sentía en un callejón sin salida, sin perspectiva ni esperanzas.

Después de conocer su secreto, le revelé a Thérèse el mío. Le confié que el objetivo de mi presencia sobre el Vent Paraclet no era asumir funciones de embajador en el Vaticano, sino que Su Majestad Álvaro II

me había ordenado recordarle al Santo Padre el carácter anticristiano de la esclavitud, comunicarle los horrores de la trata y los dramas terribles que provocaba en nuestro país y en el mundo entero. Y si bien desde nuestra partida de Luanda había debido reconocer mi enorme ingenuidad y desconocimiento de las intrigas políticas, ni las mentiras ni las desilusiones habían alterado en lo más mínimo mi

determinación de actuar en nombre de quienes habían muerto en las mazmorras. Todo lo contrario. Las triquiñuelas del rey, las ambigüedades de mis hermanos clérigos, los cálculos de los tratantes, la ceguera de los ejecutantes, todo este fango humano en el que me debatía desde hacía semanas sólo había fortalecido mi convicción. Le expliqué que mi cometido surgía de mi deber como cristiano y de mi profundo apego a los valores de los ancestros. Ante mi incapacidad de liberarlos de sus cadenas, había decidido dedicar mi vida a impedir que el recuerdo del calvario de los esclavos cayera en el olvido.

Hubo un largo silencio. Thérèse me miró fijamente sin que pudiera interpretar su mirada. Le pedí que me perdonara a su vez por no haber sido completamente honesto tampoco. Me sonrió, diciendo que nuestra amistad era una familiarización mutua que tomaba su tiempo, no era fácil entregarse cuando, todo a nuestro alrededor, el menor error o debilidad confesa podría exponernos al peligro. A partir de ese momento, compartiendo una confianza y benevolencia aún mayores, correríamos juntos el riesgo de la vida, yo tomaría su fardo, mientras que ella soportaría la carga que pesaba sobre mis hombros. Diferentes como éramos entre nosotros, nació una solicitud compartida en ese rincón aislado del Vent Paraclet.

Thérèse se puso de pie, sentía un gran respeto por las metas colosales que yo me había fijado, le parecían nobles y hermosas. Quería hacer suya mi misión. Para alentarla, se me ocurrió evocar las antiguas tradiciones de mi pueblo, que le otorgaban al género femenino un estatus privilegiado y lo colocaban en el origen de la filiación, todos los miembros de un linaje descendían de una madre común.

Le revelé que, si bien la naturaleza dota a cada ser humano sólo de un sexo, los bakongos de antaño le otorgaban a cada uno su complejidad haciendo de la alquimia sutil entre lo masculino y lo femenino la esencia de todo ser humano.

Así, todo individuo tenía el estatus de padre para los hijos de sus hermanos y el de madre para los de sus hermanas. Luego le hablé de la época del carismático rey Alfonso I, hubiera querido que Thérèse abrevara de algunas de sus palabras, que alababan la feminidad con el mismo fervor que lo poseía cuando hablaba de las Sagradas Escrituras. En aquella época, las mujeres ocupaban un lugar central en nuestra sociedad. Alfonso I había construido en Mbanza Kongo una escuela para jovencitas, dirigida por su hermana mayor, justo al lado de la escuela de varones donde yo había estudiado muchas décadas después. Ahí se adquiría el dominio de uno mismo, el respeto por la vida humana. Las leyes de antaño castigaban con suplicios corporales

o con el ostracismo a cualquiera que se aprovechara de las mujeres que regresaban de los campos o que se estaban bañando. La violación o cualquier acto de violencia contra una mujer se castigaba con la muerte, quemando al culpable vivo en una hoguera. El incesto contra una niña era el crimen más grave, se consideraba que provocaba calamidades espantosas en todo el clan del culpable, como sequías, hambrunas, esterilidad de la tierra y enfermedades fulminantes. Le dije a Thérèse que su mamá Louise había tenido razón en soñar una suerte más feliz para ella, quizás simplemente debía dejarse llevar por la fuerza de la creencia. Le conté la epopeya maravillosa de mis nueve abuelas, seguras de sí mismas, temerarias y valientes. Ella me escuchó atentamente. Para mí, Thérèse emanaba la tenacidad de nuestras princesas, esa energía particular inspirada por el más allá, que la dotaba de una existencia distinta. Para protegerla de cualquier peligro, le rogué que me aceptara como su escolta, al modo de los criados que acompañaban a las señoritas de la corte del rey de los bakongos. Le dije que me encargaría de limpiar los caminos que recorriéramos juntos, de acondicionarlos y cubrirlos de hojas y follaje a su paso, para evitar que entrara en contacto con el suelo y mantenerla a buena distancia de la naturaleza salvaje. Deseaba que recibiera el trato de una reina antigua y que, al traspasar cualquier umbral del palacio, fuera acompañada por músicos con cencerros, trompetas y tambores que se escucharan a lo lejos. Luego nos divertimos inventando un mundo en el que cada uno era de una condición elevada y merecía un trato privilegiado.



A bordo se instaló la rutina. Monótonos, los días se sucedían uno tras otro bajo un cielo sin nubes. Recostada en una hamaca por encima de mi litera, Thérèse se restablecía poco a poco de sus terribles dolores menstruales y recobraba fuerzas.

Fui demorando su recuperación por miedo a que regresara a las faenas cotidianas del galeón o que fuera descubierta.

Nos deslizábamos sobre una mar en calma, rizada apenas por débiles remolinos en la superficie del agua, y de pronto ese mismo océano, que parecía habernos aceptado en su seno y habernos perdonado sus caprichos, detuvo nuestro avance.

El Vent Paraclet se inmovilizó bajo un calor aplastante, un aire pesado y húmedo que sometió a todos los organismos a una dura prueba, ya no había ni un soplo de viento, ni la más mínima corriente. Nos vimos rodeados por un colchón de plantas y algas pardas que volvía

cualquier maniobra extremadamente difícil.

Fueron tres semanas de calma chicha. Ante la imposibilidad de avanzar sobre esa verdadera jungla acuática, cesó gran parte de las actividades sobre la embarcación. Los marineros, ociosos, embrutecidos por el calor asfixiante, por la sensación de sofoco permanente y por el aburrimiento, salían con andar pesado de sus salas al puente, donde se aglutinaban en las mínimas zonas de sombra bajo las velas. Después de tanto tiempo sometidos a fuertes tensiones durante la travesía de África a América, los marineros descubrieron de inicio una despreocupación novedosa, pero al paso del tiempo, la situación singular en la que se hallaba el barco y la inactividad resultante contribuyeron a degradar la atmósfera.

Este paréntesis en nuestro viaje hubiera podido ser la oportunidad para disfrutar algunos instantes de distensión, pero pronto se convirtió en el escenario de intrigas y accesos de cólera. El transporte de esclavos había acostumbrado a la tripulación a vivir en la desconfianza a diestra y siniestra, y en este entorno de agresividad comenzaron a estallar riñas aquí y allá. Thérèse, que esperaba el regreso de las condiciones de navegación favorables para retomar el trabajo, pasó la mayor parte del tiempo en mi camarote. Nuestra intimidad inédita despertó sospechas, muchos se molestaron de vernos tan cómplices y nos convertimos en foco de maledicencias. A ojos de muchos marineros, nada justificaba que pudiéramos disfrutar de tantos privilegios mientras ellos se deslomaban con las arduas labores de la navegación. Nuestro respiro fue de corta duración. El Vent Paraclet fue cayendo lentamente en un desorden de querellas y divisiones, una arena en cuyo centro todos nos espiaban.

El capitán castigó severamente a un grumete que se negó a servir mi comida, lo cual provocó el descontento de sus semejantes, apoyados secretamente por ciertos oficiales de rango. La contrariedad aumentó, las miradas de soslayo se multiplicaron, despertó la amenaza de amotinamiento.



Sobre la estrecha playa de una isla del Mar Caribe, el Dragón, navío de Simon Danziger —también conocido por su título como corsario berberisco, rais Dalí, y apodado capitán Diablo por sus enemigos—, abandonó discretamente la costa al amparo de la noche para adelantarse a un buque militar español fondeado frente al imponente peñasco en forma de tortuga. Sus espías le habían confirmado que, después de reabastecerse, los soldados se harían nuevamente a la mar en busca de un galeón francés.

Pese a las frecuentes tormentas en esa temporada de huracanes, el rais Dalí optó por el peligroso paso a lo largo del brazo de mar. Los recovecos del archipiélago no guardaban ningún secreto para el viejo timonel, que maniobraba con asombrosa destreza al pie de los acantilados que caían en picada, entre los escollos y las aguas, dejando a sus espaldas las cimas reverdecidas cubiertas de mangos, plátanos y cocoteros. Parecía ansioso por alejarse de esas tierras casi vírgenes que se elevaban sobre una costa árida y desolada, paraíso de jaibas y forajidos. Gracias a la dificultad del acceso, ese paisaje frondoso, entre sublime y desolado, ofrecía un refugio perfecto para los prófugos de la ley. Los ojos atormentados del bucanero penetraron en la penumbra, pero justo cuando necesitaba la mayor concentración, sospechó que estaban por regresar las terribles migrañas. Desde hacía algunos meses se le presentaba súbitamente este mal extraño, con dolores espantosos que lo desquiciaban, le impedían pensar, lo sometían a crisis de ira incontrolables, y se dejaba arrastrar por deseos de asesinato y suicidio. Se había convencido de que su consumo desmesurado de alcoholes fuertes le permitía gozar de momentos de calma, cada vez más escasos.

Había nacido católico en Dordrecht, en una región de las Provincias Unidas de los Países Bajos. Su familia se había fascinado con la reforma vivida en Holanda y se había convertido al protestantismo cuando su país se deshizo de la tutela española durante la secesión de 1585. Como hijo de comerciante, había pasado su juventud surcando los mares, había franqueado dos veces el Cabo de Buena Esperanza y había mostrado excelentes aptitudes para la navegación.

Cuando Felipe

II

de España declaró su guerra de contrarreforma para frenar el avance de la

nueva religión y obligar a las poblaciones del norte de Europa a pagarle impuestos a la iglesia romana, Simon Danziger se unió a las filas del ejército neerlandés, donde destacó por su osadía coronada de victorias deslumbrantes.

Rápidamente fue ascendido, hasta llegar a primer oficial.

Su reputación le valió que sus superiores le encomendaran la peligrosa misión de quebrar la economía y los esfuerzos bélicos enemigos atacando los navíos portugueses y españoles cargados de oro y otras riquezas procedentes de las islas o de Sudamérica. Para facilitar sus expediciones y obtener el derecho a utilizar los puertos del norte de África como base de

retaguardia, se puso al servicio de la Regencia de Argel. Feliz de albergar a los adversarios del rey que les hacía la vida imposible a los musulmanes que quedaban en Andalucía, el sultán le concedió su protección al osado capitán. Como muestra de lealtad, Simon Danziger debió convertirse al islam y adoptó el título y nombre de rais Dalí. Al cabo de años de masacres y saqueos, fue aumentando su reputación de pirata hábil, cruel y temido de norte a sur del Atlántico, y el capitán Diablo y su horda sanguinaria se volvieron la pesadilla de cualquier convoy que intentara cruzar del Nuevo Mundo hacia Europa.

Aún al mando, había esperado largamente que la nueva Fe que había abrazado le ofreciera una cura milagrosa para su mal, pero ningún brebaje, ningún recurso al más allá lo aliviaba, estaba condenado. No le quedaba más que la remota perspectiva de redención que le traería quizás la bendición del Santo Padre. Esta esperanza había nacido cuando unos misteriosos emisarios del Vaticano lo habían contactado con gran discreción y, mediando una importante suma de dinero, le habían encomendado escoltar a un clérigo africano enviado a Roma por su rey a bordo de un galeón francés de nombre Vent Paraclet. La presencia de la embarcación española frente a la isla le indicaba que el barco que buscaba estaría navegando en ese momento hacia Italia, un poco más hacia el este. Los franceses debían de haber levado anclas y zarpado de Brasil desde hacía bastante tiempo, había llegado la hora de interceptarlos, antes de que lo hiciera la flota de guerra ibérica.

Al neerlandés no le había sorprendido que sus enemigos católicos lo hubieran elegido para esta misión secreta, no era la primera vez que se veía comprometido. Suponía que, al acoger a un embajador africano en la Santa Sede, el papado esperaba aminorar la influencia de los españoles y portugueses al sur del Sahara y atribuirse una parte sustancial del comercio triangular. Por su parte, al sultán de Argel le urgía otorgar su anuencia para esta expedición,

que, en caso de resultar exitosa, debilitaría a su rival español. Así, el rais Dalí había zarpado del norte de África con el apoyo del Vaticano y de los dignatarios musulmanes, con lo que hacía realidad la más asombrosa proeza diplomática de su larga carrera como mercenario sin fe ni ley, dispuesto a cualquier forma de traición, conversión o alianza. Pero esta vez, el dinero no era su única motivación, pues temía por la salvación de su alma.

Su tripulación estaba demasiado atarantada para su gusto, después de más de una semana de noches de juerga en la calle principal de ese refugio de piratas, bordeada de posadas, tabernas y expendios de mayor o menor talla que formaban una línea ininterrumpida en el centro de Basse-Terre,

la única ciudad de la Isla de la Tortuga. Después de aprovisionarse de víveres y agua dulce, el viejo oficial de la marina mercante había decidido darse a la cacería. Ya estaba hastiado de andar de bar en bar probando bebidas de todos los colores del arcoíris, de reír, maldecir, gritar, provocar peleas, aullar canciones obscenas y contar historias inverosímiles de tempestades y hazañas inventadas o al menos exageradas. Ya se había hecho sentir la necesidad de llenar su bodega y sus arcones, y pasó a la acción. Después de varios días sobre el océano, sus hombres se aburrían. Horas de esperar a la deriva con la esperanza de cruzarse con un barco mercante sin escolta. Cuando estaban ociosos, se agarraban a golpes por cualquier cosa, se la pasaban pensando en meterle mano a algunas criadas, recibir bofetadas humillantes, embriagarse, vomitar y acabar delante de un tarro de cerveza tibia apiadándose de su suerte hasta el final de la noche, con los ojos apagados, cuajados de lágrimas, atormentados por la nostalgia del terruño, por la pesadumbre de una vida malgastada... La comida escaseaba, el malestar aumentaba, las frentes se arrugaban, los dientes rechinaban.

El rais Dalí sabía que su autoridad era incuestionable mientras su tropa tuviera la barriga llena y la garganta empapada de ron. Cuidadoso de encarnar a la vez a Dios y a Satanás a ojos de su tripulación, el capitán Diablo se mantenía de pie en la parte más alta del puente de mando, con el rostro carcomido por una barba hirsuta, la mirada clavada en el océano, descalzo, vestido con una casaca corta adornada con botones de plata y piedras preciosas. Anticipando la batalla por venir, se puso su gorra de oración, una prenda blanca tejida a gancho. Se frotó las manos con aire satisfecho y se alisó el bigote de izquierda a derecha con una mano callosa, cubierta por una maraña de cicatrices grandes y pequeñas que se cruzaban y formaban los motivos más extraños, con grietas y fisuras, crestas y jorobas. Una vez más, la suerte le sonreía en el mejor momento. Era una madrugada clara y el vigía gritó de alegría, sin poder

quedarse quieto, cuando divisó a lo lejos un galeón aislado en cuyo palo más alto batía el pabellón azul con la flor de lis.

El viejo oficial giró hacia sus hombres y les clavó una mirada de acero, como dos destellos brillantes en medio de una piel curtida por el sol abrasador y la corrosión salina, como grabados con un hierro al rojo vivo. Primeramente, les advirtió que cualquier acto de cobardía o traición sería castigado con una ejecución inmediata, y se dirigía sobre todo a los reclutados a la fuerza, pequeños delincuentes que había puesto a beber antes de hacerles firmar un acuerdo cualquiera o que había embarcado medio muertos a golpes.

En primera fila estaba una veintena de descendientes de dignatarios

musulmanes expulsados de España tras la reconquista de Andalucía, los guerreros del sultán de Argel. Taciturnos, con una barba tupida, obedecían directamente las órdenes de su soberano, a la vez jefe militar y religioso, como si las hubiera pronunciado el mismísimo Dios. A fuerza de prédicas, estos combatientes vengativos le habían entregado sus cuerpos y sus almas, y habían prometido, en nombre de Alá, castigar a los infieles por cualquier medio.

Estaban enardecidos, exaltados, urgidos de asesinar cristianos en masa, sin temor a la muerte, que no sería sino una breve transición para merecer una existencia en un paraíso colmado de delicias y de retozos eternos con vírgenes espléndidas. Estos guerreros se extasiaban ante la masacre por venir.

La expectativa del combate se apoderó de toda la tripulación, que desplegó el velamen completo y, tras la orden del segundo de a bordo, izó la bandera roja: sería una batalla sin cuartel.



Durante mi vida terrestre, concebía el tiempo como una línea recta que avanzaba de un punto a otro, desde un principio hacia un final. Ahora que soy una estatua, con la experiencia de varios cientos de años, sé que esa lectura de los momentos que se suceden, tan sencilla y reconfortante, no es más que el pálido reflejo de la carrera del mundo. El tiempo no va a ningún lado y, a la vez, nunca se detiene.

El presente es siempre un instante que se escapa, un punto en movimiento continuo, a la vez efímero, minúsculo y tan inmenso que arrastra consigo todo el pasado del universo. Cada acontecimiento y todas las vidas anteriores ocurren en el curso infinito de los siglos y nunca salen de ahí. Y es así por más que ciertas existencias, como las de los esclavos, tiendan a desaparecer durante mucho tiempo en las omisiones de la Historia, donde son aniquiladas por indiferencia, vergüenza o culpa.

Soy testigo del paso por la tierra de una multitud de desollados vivos. Mi clarividencia actual no era más que una vaga intuición cuando me entregaba a mis ensoñaciones a bordo del Vent Paraclet. Prefería imaginar el mundo que observar su horror. Me espantaba. Al cerrar los ojos, me fabricaba una alcoba inmensa al antojo de mis recuerdos y me ponía a navegar. Una vez me adormecí y surgió un sueño al que me aferré con fuerza. Al principio, me vi abrazando la tierra entera y vistiéndola de nuevo. Un ancestro difunto me entregaba un par de alas gigantes que me llevaron a donde me esperaban los ángeles. Planeé

entre estrellas y planetas, sobrevolé amplias llanuras eternas bajo un sol radiante que me acariciaba la piel. Reuní las palabras de Cristo entre las manos y las diseminé a los cuatro vientos, y luego descendí a la tierra sagrada. Sonreía mientras deambulaba por los senderos florecidos de los jardines frondosos del paraíso, cuando llegó una columna de esclavos rodeados por el aplauso nutrido de una asamblea entusiasta. Armadores afligidos los abrazaban, con lágrimas en los ojos, pidiendo perdón. Reinaban la alegría y la paz, los niños torturados recuperaban su sonrisa y su mirada inocente, la chispa en los ojos. Quienes los habían violentado y torturado velaban ahora por su felicidad. Sobre todo, procuraban que no crecieran demasiado rápido, que les fuera perdonado el tiempo de los infortunios. Todos se sentaron alrededor de mesas inmensas colmadas de vituallas, se alegraban con el festín por venir, había toneles de vinos aromatizados, cada uno tenía un lugar. Quienes habían muerto en la hoguera resucitaban, los brujos y los santos convivían entre risas y abrazos. Distinguí a Álvaro

II

en persona, despojado de su cetro y sus joyas, se acercó a mí, se postró y me besó los pies, pidiendo perdón, antes de deshacerse en lágrimas. En mi magnanimidad, le ayudaba a levantarse y con el pulgar le hacía la señal de la cruz en la frente.

El sueño se convirtió en pesadilla. Me puse a gemir, a lamentarme, me agitaba para un lado y para otro en la cama, veía imágenes de fuego, gritos agónicos, guerras que se entrometían en mi universo encantado. Un puño de hierre me tomó por el cuello, aullando mi nombre. Me ahogaba, me debatía febrilmente entre los brazos de Thérèse, que me sujetaba por los hombros y me sacudía para que volviera en mí. Desorientado, me incorporé. Traté de reorganizar los pensamientos. Mis esperanzas ingenuas me parecieron tan ridículas. Con la frente recargada en el casco del barco, que había reanudado su trayecto hacia Europa, miré por el ojo de buey la línea de inmensidad azul y vislumbré a lo lejos una silueta que se acercaba al Vent Paraclet.



Ante mis ojos apareció un barco que avanzaba a toda velocidad, una visión maligna, con estandartes piratas desplegados en la popa, reconocibles incluso bajo la fuerza del viento, y baterías de cañones apuntados hacia el Vent Paraclet.

La amenaza se deslizó junto a nosotros, se distinguían siluetas

agarradas de la baranda, apenas agresivas, seguras de su victoria en vista de su superioridad numérica y de su ferocidad. No tenían nada que perder, si llegaban a fracasar, morirían de hambre y de sed. Esos hombres de barrigas vacías sólo esperaban la última maniobra de su capitán antes de abordar y saquear los víveres y, sobre todo, el agua potable. El resto del cargamento vendría después, una vez que los gañotes y los estómagos estuvieran satisfechos. Eran sombras surgidas del fondo de las tinieblas, vestidas con los atuendos más disímiles, incautados a oficiales, comerciantes o soldados, harapos multicolores desgarrados, plumas y prendas amplias para estar cómodos durante los asaltos. Llevaban las cabezas envueltas en turbantes para protegerse de los trozos de madera que volaban al estallar los cañones. De sus cuellos colgaban pesadas cadenas de oro, y grandes arracadas de metales preciosos pendían de sus orejas, llevaban puesta toda su riqueza. Esta horda variopinta, compuesta por célebres bandoleros, antiguos pordioseros, desterrados y prófugos de la justicia, se alimentaba de odio. Los parias se entendían entre sí durante el atraco y la borrachera, pero fuera de eso no confiaban en nadie, se peleaban sin tregua y acababan por matarse unos a otros.

Thérèse temblaba de miedo al describirme a los piratas, que desconocían las Sagradas Escrituras y preferían obedecer su propio código de conducta bárbaro y rudimentario. Un marinero ubicado en el puntal de la proa del Dragón, empuñando una pistola, dio las indicaciones finales para guiar el ataque.

Un silencio elocuente se extendió por la cubierta del Vent Paraclet. Louis de Mayenne estaba petrificado. Sólo los músculos de la mandíbula superior se movían nerviosamente, provocando ondulaciones irregulares sobre sus mejillas mal rasuradas mientras rumiaba los errores del pasado. ¿Estaría por fin pensando en Linda y en su hijo? En su rostro se imprimió la máscara del miedo, los rasgos se tensaron. Al cabo de su reflexión, había agotado todas las posibilidades de un desenlace afortunado para nuestro predicamento. Atrapado como estaba, no había modo de que sobreviviera a la brutalidad que se abatiría sobre el barco, a menos que encontrara una astucia, una defensa. En ese momento, seguramente lamentó no haber exigido una escolta para el trayecto hacia Europa.

Louis de Mayenne recobró el ánimo al tiempo que se dio cuenta de que, durante

su letargo, el enemigo había maniobrado para ubicarse favorablemente respecto del viento y que, para colmo, nosotros teníamos el sol de frente. Ya era imposible apartarse, la batalla estaba

perdida de antemano. El capitán salió por fin de su sopor cuando llegaron hasta nosotros los primeros ecos de las vociferaciones del adversario, y mecánicamente les ordenó a sus oficiales, que habían perdido ya todo su coraje, que se prepararan para el combate. Me farfulló un adiós sin mirarme y me aconsejó que regresara a mi camarote, que orara por su alma y por la mía. Se hincó posando una rodilla en el suelo. Para él, que hasta entonces había considerado cada prueba de la vida como un adversario en un duelo, que había calculado concienzudamente cada movimiento, que había estudiado con frialdad las fortalezas y debilidades con calma imperturbable, resultaba ahora imposible retomar aliento. Estaba indefenso, incapaz de juzgar objetivamente sus últimas ventajas antes de contraatacar, ya sin voluntad, sólo un breve momento de huida cobarde hacia adelante. Desde el Dragón comenzaron a llegar proyectiles disparados, tarros llenos de combustible, una mezcla de salitre, azufre, grasa de cerdo, pólvora y alcohol, que se reventaban sobre cubierta y provocaban chispas de incendio.

Una oleada de pánico sembró la confusión, un sálvese quien pueda generalizado, todos querían abandonar el barco lo más rápido posible subiéndose a las lanchas, procurando llevarse uno o dos objetos de valor. Ante la falta de coordinación, perdimos aún más terreno, ya se distinguían los rostros sobreexcitados de los piratas, cada uno con un mosquete en la mano, el sable en la cintura y ganchos en bandolera. Todos vociferaban horrorosamente, la cacofonía se sumó a la histeria que llevaba a nuestros marineros a matarse entre sí. En lugar de hacer frente común ante la adversidad, se destripaban unos a otros. El capitán, que unas horas antes soñaba con una vida feliz en un rincón apacible de la campiña francesa, entendió que estaba en desigualdad de condiciones ante esos demonios, a quienes les daba igual estar vivos o muertos y arriesgaban la vida como quien se quita la camisa. Para ellos, la existencia no valía nada. Se escuchó un largo crujido que no tenía nada de humano, seguido por un ruido ensordecedor y unos segundos de calma antes de un estruendo de fuego, pedazos de madera proyectados por los aires en todas direcciones, carne quemada, huesos rotos, miembros cercenados, gritos y aullidos.

Con los primeros cañonazos, corrí para alcanzar a Thérèse en el camarote. La embarcación se había sacudido pavorosamente, con una violencia que recordaba la del ciclón. Un denso humo negro me cegó y de pronto se empezaron a oír los lamentos de los heridos, que fueron aumentando de intensidad hasta producir un

estrépito insoportable. Abrí los ojos ante una escena del fin del mundo. La madera destruida por las balas de cañón estaba dispersa

por todas partes, un mástil con la base reventada amenazaba con colapsar, cadáveres mutilados tapizaban la cubierta, carcomidos aquí y allá por flamas enormes. Las lenguas de fuego lamían las velas y penetraban en todos los rincones. Se propagaron como si fueran entidades sólidas con vida propia, consumiendo todo a su paso a una velocidad impresionante. El Vent Paraclet cabeceó, se convulsionó en medio de la inmensidad azul como una bestia roída por lo siniestro. Las jarcias se incendiaron. En un último arrebato desesperado, por sentido del deber o por instinto de supervivencia, algunos dispararon contra la horda salvaje que saltaba hacia la cubierta en oleadas sucesivas. Los cuerpos se torcían bajo los veloces impactos del acero, era un caos de músculos en tensión, choque de armas blancas, maldiciones, súplicas, sangre, combate sin piedad. Me atrincheré en mi guarida, gravemente afectado por los cañonazos, y abracé a Thérèse. Había encontrado a la pobre debajo del camastro, los golpes del ataque la habían tirado al piso, pero estaba sana y salva.

No pasó mucho tiempo antes de que le prendieran fuego a nuestra bandera sobre el puente, vi cómo las flores de lis se marchitaban y luego desaparecían entre las llamas. Tras despojarlos minuciosamente de sus escasos objetos de valor, los muertos fueron lanzados por la borda. Observé la misma indiferencia con la que esos marineros habían lanzado algunas semanas atrás los despojos de los esclavos. Los cuerpos flotaron un instante y luego desaparecieron entre la espuma del oleaje. Pronto se reunirían con sus víctimas, los huesos se irían blanqueando al mismo tiempo y se dispersarían unos junto a otros sobre los fondos marinos, sin que nadie llegara nunca a diferenciarlos. Después de que la tripulación del Dragón se precipitó sobre nuestras provisiones y reservas de agua en medio de la histeria y la confusión, su capitán le ordenó a una cuadrilla que transportara el cargamento del Vent Paraclet hacia su barco. El hallazgo de oro y joyas desató gritos y hurras entre los hombres, mientras se atiborraban de vituallas y licores. Las botellas de ron comenzaron a ir y venir entre bocas eufóricas ya torcidas por la ebriedad y manos grasientas bajo cuyas uñas mugrosas ya se iba secando la sangre de los vencidos.

Algunos de los piratas ejecutaban una danza macabra alrededor de Louis de Mayenne, sentado con el torso desnudo, los brazos atados detrás de la espalda, la cara y el cuerpo cubiertos de desechos, orina y sangre. El que todavía un día antes era amo y señor absoluto de su embarcación lucía irreconocible, dispuesto a cualquier bajeza para salvar la vida. Observaba a sus verdugos con aire de

animal acorralado, suplicaba y pedía clemencia a un grandulón tuerto, que estaba de pie a su lado, con su ojo helado y el hacha en la mano,

listo para decapitarlo.

Sólo esperaba la orden del capitán Diablo, que estaba ocupado desquitándose de un grumete al que culpaba, entre sollozos de dolor y rabia, de haber herido de muerte a su perico, compañero inseparable. En cuanto degolló al acusado y lo lanzó hacia las olas, se dirigió al coloso que le pedía autorización para ejecutar a su rehén. Enardecido, con la mirada fija y feroz, con paso decidido, tomó a Louis de Mayenne de los pelos, con el sable listo para cortarle el cuello. El capitán de la marina mercante francesa lloraba. Entre dos sollozos, con una voz endeble que había perdido toda autoridad, lo escuché evocar la presencia de un diplomático africano a bordo de su galeón, una personalidad muy esperada en Roma, por quien el Vaticano lo remuneraría generosamente. Le propuso pagar su vida con el precio que la Santa Sede desembolsaría por la mía. El amo de ayer ya no era más que un detenido a merced de sus captores, desposeído de su destino, con el semblante deformado por rictus de espanto y los ojos desorbitados a la espera de un milagro, era la imagen deshumanizada de la sumisión.

Anticipando la salida del camarote, me esforcé por ensuciarle la cara a Thérèse con cenizas y cubrirle bien los pechos nacientes para darle un aspecto más masculino. La estaba acomodando sobre mi espalda cuando media docena de piratas llegó a sacarnos de nuestro escondite. Si no hubieran recibido la orden de entregarnos vivos, estos sedientos de sangre nos hubieran atracado y ejecutado.

Jadeantes, empuñando sus espadas y pistolas, nos observaron un instante, entre sorprendidos y desdeñosos, antes de obligarnos a subir al puente. La matanza ya había acabado y los filibusteros rodeaban a su capitán, que sujetaba con firmeza la melena desgreñada del nuestro. Coloqué a Thérèse a mis pies, tomé mi crucifijo entre las dos manos, me lo coloqué frente al esternón y me planté frente al rais Dalí. La mirada de este hombre era insostenible, leí en ella demencia y crueldad, pero también una inteligencia fina y maligna, la de un ser profundamente maléfico. Su expresión cambió de repente. Como si no existiéramos, recogió al perico muerto del piso y se deshizo en llanto, desbordando devoción y palabras de ternura para el ave, y la cubrió de besos. Al instante siguiente, lanzó al perico por la borda y recuperó su aire feroz.

El mal en persona nos escudriñó de pies a cabeza, yo oraba en silencio mientras guardaba la compostura, el careo insoportable se eternizaba, nuestras vidas pendían de un mínimo gesto de su cabeza... Pero estaba intrigado. Se dirigió a Louis de Mayenne, le preguntó desdeñosamente

si yo era la persona de la que había hablado, el capitán asintió. Satisfecho con la respuesta, se lo entregó a sus

hombres, pastura para una jauría voraz, y luego avanzó hacia mí con paso de sonámbulo, ausente, sin bajar el arma. A sus espaldas, el nativo de Saint-Malo tuvo un final horrible y rápido, pasó a mejor vida bajo el furor de sus asaltantes.

Su cuerpo, convertido en una masa de carne viva, fue engullido por el oleaje, mientras que su cabeza pasó a adornar la punta de una pica. El trofeo siniestro pasó de mano en mano en medio de la hilaridad generalizada, todos lo insultaron, burlándose del gesto de sorpresa impreso en su semblante, hasta que el último lo lanzó al fuego, ya no le interesaba a nadie. ¿Qué reglas obedecían estos hombres?

El rais Dalí dio tres pasos y quedó frente a frente conmigo, el aliento le apestaba a alcohol, tomó mi cruz y me ordenó que retirara ese objeto que insultaba sus creencias. Espantada, Thérèse se agazapó junto a mí. Vencí mi miedo y le dije que el Señor nos enseñaba que había venido a la Tierra para cumplir, no para abolir, y que, si era un buen creyente, no debía temer mi apego a mi dios, sino dedicarse a adorar al suyo. Mi respuesta le sorprendió tanto que le cambió la mirada y me dio unos golpecitos de aprobación en el hombro. Acercó sus labios a mi oreja y me susurró que tenía suerte, era a mí a quien había venido a buscar a este navío y me perdonaría la vida.

Me explicó que el Vaticano le había encomendado escoltarme hasta Roma, pero había intereses poderosos muy hostiles al éxito de mi misión, de modo que tendríamos que desviar ligeramente la ruta hacia la Santa Sede. Si bien era poco probable que la flota de guerra española imaginara por un instante que yo navegaba hacia Italia a bordo de un barco pirata comandado por un demonio imprevisible convertido al islam, el rais Dalí había recibido la orden, como medida de precaución, de borrar cualquier pista al no navegar directamente hacia el Mediterráneo, de modo que me desembarcaría en la costa portuguesa. Desde ahí me reuniría con los aliados del Papa en un monasterio. A la mente delirante del capitán Diablo le encantaba este escenario retorcido, que partía del principio de que a mis enemigos nunca se les ocurriría rastrearme en su propio territorio.

La ruta más segura era aquella en la que nadie esperaría encontrarme.

Apenas si tuve tiempo para sorprenderme por este nuevo giro de los acontecimientos, ahora tenía que salvar a mi amiga del neerlandés, que la miraba con un escepticismo insistente. Estaba intrigado. La

locura ha de haber dotado a Simon Danziger de una agudeza particular para sondear a las personas, porque la examinaba con aire sospechoso, como si quisiera penetrar en sus misterios. Me interpuse y declaré que el joven Martin me acompañaría y que el Santo Padre

sabría recompensar al capitán si me concedía esa petición. Divertido por mi audacia, el rais Dalí sonrió. A lo largo de toda su carrera como asesino, muy pocos habían osado oponerle resistencia o intentado engañarlo. Seguimos sopesándonos con la mirada. Ante la duda, calculó que el flacucho de aire enfermizo podría reportarle alguna remuneración. Cerró el trato y dio la orden de embarcar.

Antes de abandonar el Vent Paraclet, insistí en hacer la señal de la cruz sobre los restos de la cabeza calcinada de Louis de Mayenne, pidiéndole al Señor que lo perdonara por sus pecados.



Con rumbo a Lisboa, el Dragón tomó muchos rodeos que extendieron considerablemente nuestra travesía, pero había que evitar a toda costa las fragatas de la flota de guerra española. Por precaución, los marineros encargados de las piezas de artillería limpiaron las bocas de los cañones con cepillos adaptados a un mango largo, anticipando posibles ataques. El puente del Vent Paraclet había reventado con un sonido de Apocalipsis que había sobresaltado hasta a los marinos más duros, luego había girado sobre sí mismo antes de desaparecer entre las olas. El navío francés se había ido a pique, una chatarra roída por el fuego, y no habría tardado en llegar al silencio abisal de los fondos oceánicos. Su columna de humo fue desapareciendo a medida que avanzábamos hacia el norte, llevándose consigo los vestigios del paso por esta tierra de varios cientos de almas. Sólo quedaban nuestras memorias para atestiguar lo que había sucedido a bordo. Pero no era momento para recuerdos.

Las bodegas del Dragón estaban llenas y la tripulación saciada, eufórica tras su asalto victorioso al galeón de Louis de Mayenne. El capitán Diablo había confirmado su autoridad y estaba seguro de llegar a buen puerto sin mayores incidentes. Para ocupar a sus hombres, y de paso deshacerse de algunos y reducir las partes entre las que tendría que repartir el botín, esperaba avistar aún uno o dos navíos procedentes del Nuevo Mundo en su camino de regreso en la ruta atlántica. En el barco pirata reinaba un ambiente de alegría. A diferencia de la tripulación del Vent Paraclet, la del Dragón se mostraba en su mayoría indiferente a la complicidad que compartía con Thérèse, pero disimular su verdadero sexo seguía siendo una

prioridad.

Mirando hacia atrás, fue durante ese trayecto en compañía de filibusteros cuando pasé los momentos más agradables sobre el Atlántico. Thérèse y yo pudimos disfrutar momentos de paz para prestar oídos al roce del agua y a las mil melodías del océano. El coloso tuerto, segundo de a bordo y brazo derecho del capitán, nos instaló en un camarote apenas más grande que el del Vent Paraclet y nos enunció sus principales reglas, aprobadas por votación de la mayoría de la tripulación y basadas en un trato igual para todos, salvo el rais Dalí: en caso de homicidio, el asesino era atado a su víctima y lanzado al agua, a los ladrones se les cortaban la nariz y orejas antes de abandonarlos en una isla desierta o en un banco de arena donde morirían de insolación, y quien golpeara a un miembro de la tripulación recibiría cuarenta latigazos en la espalda desnuda.

Los piratas se adaptaban a todas las situaciones, nada los sorprendía. Después de exhibir su crueldad durante la batalla, estos hombres de destinos improbables, procedentes de los lugares más recónditos del planeta, mostraron tener una gran tolerancia. Ya más tranquilo, fui descubriendo a unos seres dejados de la mano de Dios que habían estado sometidos a pruebas terribles en los océanos y en los puertos. La vida de cada uno de ellos había seguido una trayectoria caótica e inédita, había esclavos fugitivos, desertores de los ejércitos de África y Europa, bandoleros de renombre y marineros que habían faltado a sus compromisos y huido. De la existencia, conocían sobre todo el lado oscuro, y se esforzaban por disfrutar los placeres sencillos de cada día. Conocían la fragilidad de la vida y se levantaban cada mañana con la convicción lúcida de que el día que se anunciaba podía ser el último, así que lo aprovechaban como mejor les parecía. Sin que yo me animara a obrar igual, me sedujo esa manera de guiarse sólo por su antojo y no obedecer sino lo que les pareciera correcto en cada momento. Desde siempre, yo me había formado en la renuncia, en la consigna de olvidar el instante presente y proyectarme constantemente hacia consideraciones inmutables, seguir al pie de la letra nuestras tradiciones y aplicar los principios de la Iglesia sin plantearme ningún cuestionamiento. Aquí nadie me preguntaba por mi sotana, cada quien se dedicaba a sus cosas sin ocuparse de lo que hacían los demás.

Los observaba haciendo su aseo sobre el puente, siempre de buen humor, despreocupados. Se rasuraban, se lavaban sin pudor en unas palanganas y exponían su desnudez a la vista de todos. Tendían la ropa en cualquier lado, entre los cordeles o sobre los nudos de las jarcias, y el barco tenía el aspecto de un alegre desorden multicolor

que se distinguía entre el humo de la parrilla, donde cocinaban carne o pescado. Invisible a las miradas ajenas, yo disfrutaba la libertad de deambular de un lado a otro del puente y fui conociendo distintas maneras de vivir y de pensar. A los piratas les encantaba estar juntos y tenían un profundo sentido de la convivencia, todos reunidos bajo la luna al caer la noche, sentados o acostados aquí y allá en un caos jubiloso. Se contaban historias improbables, a menudo completamente inventadas, imaginaban monstruos marinos que poblaban los fondos de océanos encantados, evocaban tiempos remotos que jamás existieron, se la pasaban provocando carcajadas al menor chiste o intercambiando anécdotas salaces para luego quedarse callados y perder la vista nublada por el alcohol en la oscuridad de la bóveda celeste. Habían elegido de buena gana al rais Dalí como su jefe supremo, y seguiría siendo Dios y el Diablo en persona mientras contara con su confianza. Me maravilló esta idea, novedosa para mí, de una adhesión voluntaria a la autoridad. En el país de los bakongos, nadie había emitido jamás una opinión sobre la legitimidad de quienes nos gobernaban. Para nosotros, el linaje de un individuo justificaba su lugar en la sociedad y no existía la concertación, mucho menos la crítica. La palabra de quienes detentaban el poder era ley. Durante mucho tiempo, mi universo se había limitado al Kongo, y me alegró zambullirme en un baño de diversidad.

En el Dragón, a diferencia del consumo de agua, el de alimentos no estaba racionado, pues el asalto exitoso al Vent Paraclet permitía comer sin medida.

Cada noche, la hora de la cena se volvía un festín, y la anticipación del convite redoblaba la euforia en toda la embarcación, los músicos se ponían a tocar canciones animadas y todos aplaudían y zapateaban mientras esperaban para servirse. El cocinero, un viejo marino que ya no podía pelear porque le habían amputado una pierna, se había vuelto experto en carne ahumada. A media tarde, degollaba un cerdo y lo ponía a asar sobre el puente, los aromas de las especias y del asado inundaban el aire, y la tripulación se entusiasmaba con la comilona que se avecinaba. En cuanto acababan con la carne, la bebida corría a raudales, y luego los piratas se lanzaban sobre los huesos del animal, los partían y se comían el tuétano, embadurnándose de sangre sin mayor cuidado. Luego retomaban las canciones a voz en cuello, el ron alteraba las mentes y los más borrachos bailaban agarrándose de los brazos. Cuando sus migrañas lo perdonaban, el capitán Diablo honraba su reputación de gran bebedor y se embriagaba hasta el amanecer en compañía de los más aguantadores.

Con los ecos de la fiesta de fondo, que se extendían hasta la madrugada, Thérèse y yo aprovechábamos los ratos de calma y disfrutábamos de una intimidad nueva, propicia para la ensoñación. Estábamos ansiosos por recuperar pronto nuestra libertad de movimiento, abandonar el encierro del navío y redescubrir el espacio, volver a ver por fin la tierra firme, el color de los árboles, llenarnos del aroma de las flores y escuchar todos los sonidos de la naturaleza. A fuerza de compartir las mismas ilusiones y ocupar un mismo lugar confinado, nuestros cuerpos pronto se volvieron un tema interrogante. La adversidad nos había unido, pero la necesidad de cercanía comenzaba a confundirse con el deseo y despertaron sentimientos crudos y perturbadores para los cuales no teníamos gestos y que nuestros largos intercambios no lograban nombrar. A veces la promiscuidad me incomodaba, me sentía avergonzado de esos deseos de contacto a los me descubrí permeable. Cuando llegábamos a rozarnos las manos durante alguna conversación animada, sentía cómo me abochornaba y la sangre me pulsaba con fuerza en las sienes. La carne no se limitaba a provocarme una especie de fiebre, me convertía en su instrumento y yo ardía bajo su influencia.

Debía luchar contra mi propia naturaleza, que no estaba forjada para los placeres del cuerpo, mientras el ardor me consumía los sentidos.

Hubiera preferido que Thérèse siguiera siendo para mí una figura casta, esa dulce visión que se llevaba mis penas y lograba poner mi mente otra vez en calma. Sin embargo, mi voluntad amenazaba con doblegarse bajo la violencia de la atracción. A pesar del desconcierto que iluminaba su mirada, Thérèse nos preservó a ambos de la obsesión difícil de encauzar que nacía en nosotros, ese apetito de calor que retumbaba por dentro, a punto de encontrar una salida. El llamado de la sensualidad, abrumador de tan intenso, irradiaba con una potencia que nos hacía perder piso. Yo luchaba por mantenerme fiel a mis votos de castidad, al tiempo que me consolaba pensando que el pecado de la carne era seguramente el menos grave. Además, sentir no implicaba consentir. Atrapado en esa dificultad, me resultaba difícil aceptar el impulso y temía volverme dependiente. Cuando la miraba, se apoderaba de mí la culpa, me hacía sufrir.

Entre más me resistía, más me alejaba.

Maravillosa Thérèse... Una noche en que me resistía a acercarme a ella, su mirada adquirió esa extraña expresión que me resultaba familiar, produjo un velo nebuloso que me envolvió y me llevó hacia ella. Su agitación interior le transfiguraba los ojos, la rodeaba una espuma blanca, una vez más se fue comunicando sin pronunciar una

sola palabra, con un aliento que atemperó mi efervescencia. Volví en mí y recuperé mi estado de tranquilidad. Ella me recordó mi promesa de vivir en la fe, me recordó que ése era mi objetivo último.

Debíamos volver a encontrar nuestra justa distancia, porque yo había renunciado a amar a una persona en particular para poder abrir mi corazón a todas. Y, lo más importante, me recordó mi misión ante el Santo Padre, superior a nuestras pulsiones pasajeras. Para abogar por la causa de los esclavos ante el Papa, no podía presentarme debilitado por la vergüenza y el arrepentimiento. Se jugaba la dignidad de una multitud de almas que no encontrarían el descanso eterno si yo llegaba a fallar. Thérèse apoyó la mano fraternalmente en mi mejilla y luego desapareció esa voz tan singular que se había apoderado de ella.

Mientras se atemperaba la ebullición de nuestros cuerpos bajo la luz de la amistad, en otro rincón del barco, apartados de la fiesta, los guerreros del sultán de Argel rumiaban su amargura. Ignorantes de las complejidades y sutilezas del libro sagrado de los musulmanes, estos intrigantes habían hecho suyos ciertos fragmentos del Corán, enseñados de pasada y asimilados a medias. A fuerza de mascullar su odio por la felicidad ajena, llegaron a la conclusión de que era su mandato, en nombre de Alá, prohibir todo lo que alborozara la vida a bordo del Dragón. Luego se erigieron en jueces de cómo debían conformarse las costumbres a la palabra divina y juraron poner fin, por el medio que fuera, a los comportamientos que consideraran contrarios a su religión. Su resentimiento contra el capitán aumentaba día con día, ¿cómo podía traicionar al Profeta autorizando borracheras y el consumo de carne impura, y permitiendo que dos hombres pasaran horas y horas encerrados en una habitación? Murmuraban que el segundo de a bordo y el grumete, que compartían el mismo lecho, así como Martin y yo, estábamos entregándonos a una lujuria contra natura, a prácticas demoníacas, y los cuatro merecíamos ser torturados a muerte. Hicieron circular el rumor de que al rais Dalí le quedaba poco tiempo de vida. El estado de ánimo de los marineros fue mudando progresivamente, la idea de un inminente cambio de mando los volvía imprevisibles, irascibles, oscilaban entre una especie de letargo y el regreso a la violencia, todo amenazaba con trastocarse en poco tiempo.

El capitán Diablo me había explicado que la vida a bordo del Dragón no conocía matices, era la hambruna o la abundancia, la paz o la guerra. Para optimizar las posibilidades de éxito en los asaltos, embarcaba a una gran cantidad de marineros, para atacar en proporciones de diez a uno y ganar por ventaja numérica. Esta

estrategia reducía la capacidad de almacenar víveres. Eran frecuentes los periodos de escasez entre un asalto y otro, y el hambre llegaba a diezmar las filas. Algunos hombres morían suavemente por beber agua de mar o su propia orina. Otros se tragaban cualquier cosa, cuero, madera, insectos. A veces sucumbían por alimentos en mal estado en los que pululaban gusanos, o llegaba a ocurrir que la carne podrida o los parásitos que invadían las galletas marineras provocaran infecciones estomacales y una muerte lenta en medio de dolores atroces. En esos casos, se emprendía una carrera contra el tiempo para encontrar alguna tierra firme donde robar ganado o una isla donde cazar tortugas marinas o algún otro animal comestible. Sin embargo, el capitán no había previsto la determinación de esta veintena de conspiradores convencidos de estar al servicio de Dios, que aprovecharon la incertidumbre que pendía sobre el futuro del Dragón. Un puñado de iluminados, resueltos e intransigentes, logró que las aspiraciones de toda la tripulación se voltearan a su favor.

A medida que avanzábamos hacia Lisboa, las crisis de migraña del capitán Diablo fueron aumentando y le daban cada vez menos tregua. Se encerraba en su alcoba y luchaba por resistir. Pero rugía, maldecía durante horas enteras, golpeaba la cabeza contra las paredes, choques sordos en el casco del Dragón, la

voz se le alteraba en aullidos macabros, gruñidos de fiera herida, agónica, un monstruo que libraba una batalla contra sí mismo. Acostumbrados a las extravagancias de su jefe, algunos hombres se reían, se carcajeaban agarrándose las barrigas y dando palmadas en las piernas. Su fin se acercaba. Otros preparaban la sucesión en conciliábulos secretos. Thérèse y yo temíamos verlo surgir en la proa del barco, presa de una multitud asesina dispuesta a todo por aliviar su tormento. Pero lo que más me preocupaba era la posibilidad de que muriera antes de que hubiéramos llegado a puerto, pues un cambio de capitán hubiera significado redefinir la ruta y poner mis proyectos en riesgo.

Una noche entró en nuestro camarote sin hacer ruido, pálido y demacrado, al límite de sus fuerzas, con aspecto cansadísimo y los rasgos desfigurados por la atrocidad de los síntomas. A esas alturas, había agotado todos los recursos de la vida, y sus aullidos nos habían mantenido en duermevela desde el atardecer. El oficial ya había llorado largo rato, con los quejidos de las bestias que caen en una trampa mortal. Nos sorprendió acostados, acurrucados uno junto a otro. La flama de su quinqué nos iluminó de pies a cabeza. El cuerpo de Thérèse comenzó a producir un calor intenso, se había apoderado de ella un instinto salvaje, se despertó sobresaltada y se incorporó

enseguida. Levantó los brazos para tratar de protegerme los ojos contra el brillo cegador y para contener una posible agresión. El rais Dalí retrocedió, no pretendía hacernos daño. En cuanto recobró los sentidos, pero aún asustada, Thérèse se agazapó y se refugió en mi pecho. El capitán nos observaba atónito. La expresión de su cara se transformó en un instante, los ojos se le secaron. Un remoto recuerdo de ternura suavizó el fondo de su mirada, turbia por las pulsaciones aceleradas de las arterias, surgió un candor infantil y esbozó una sonrisa que le deformó el rostro en una mueca ridícula. Su memoria había encontrado un sentimiento perdido hacía mucho tiempo. Se me acercó y me dijo que estaba viviendo sus últimos minutos, que no llegaría al amanecer, que estaba agotado y la cabeza no le estaba funcionando correctamente.

Desde la víspera, se habían multiplicado entre los miembros de la tripulación los murmullos y las miradas de reojo, que convergían en una misma constatación: el comandante ya no daba el ancho, sus migrañas habían acabado con él, era el fin de su reinado. Un espasmo violento interrumpió la alocución del capitán, los ojos se le inyectaron de sangre, reprimió un sollozo que le bloqueó la respiración e infló los cachetes, parecía que la dolencia ascendía desde el fondo de las entrañas hasta la frente, y que se engarrotaría en cualquier momento, para luego colapsarse. La crisis fue terrible, con los miembros torcidos, los párpados

hinchados, espuma en las comisuras de los labios y el semblante descompuesto.

Para nosotros, la hora de la despedida había llegado un poco prematuramente, la costa estaba aún lejos, pero era nuestra última oportunidad. Los nuevos jefes decidirían seguramente regresar al Caribe para emprender nuevos asaltos, y nos alejaríamos de Portugal. Por fin, el rais Dalí reunió las fuerzas suficientes para tomarme la mano entre sus palmas heladas y darme lo que describió como el precio de nuestras vidas, una talega de monedas que debía entregarle al tuerto, que nos esperaba abajo del barco, en una lancha llena de provisiones.

Amenazado de muerte por los guerreros del sultán, el segundo de a bordo debía huir con su compañero. Con eso, el capitán Diablo, extenuado, se sentó en el piso y nos dijo que nos apuráramos, cada segundo era de vida o muerte.

“Nsaku Ne Vunda, Dom Antonio Manuel, dedíqueme un pensamiento entre sus oraciones cuando pose sus labios sobre el anillo del Santo

Padre", tal fue la última voluntad de Simon Danziger. La susurró antes de bajar la cabeza y despedirse con un vago gesto del brazo, que apenas si pudo levantar. Cuando acercó la frente a mis dedos para recibir la bendición, una lágrima se deslizó por la mejilla de aquel cuya ferocidad había aterrorizado los océanos durante dos décadas. Creí en su adhesión tardía a la fe, aunque hubiera nacido de la urgencia y el miedo. Impotente ante un final inevitable, ese hombre que a fuerza de obrar mal se había confundido con el mal mismo, ese delincuente, se volvió por un instante un niñito frágil en busca de protección.



Envuelta en una colcha mugrienta en la parte de atrás de la lancha, Thérèse tiritaba. El frío le aguijoneaba todo el cuerpo, las ráfagas de lluvia nos azotaban las caras, la humedad se incrustaba hasta los huesos. Nuestra partida precipitada nos sumió en la angustia, luego de los meses de vida bohemia a bordo del Dragón. Después de sopesar la talega y verificar su contenido con aire de satisfacción, el tuerto confirmó que nos llevaría hasta un monasterio a la altura de Lisboa, era lo que había acordado con el rais Dalí. Pero lo que urgía era alejarnos lo más rápido posible, quedar fuera de la vista del barco pirata, aprovechando el amparo de la penumbra para huir.

El silencio se instaló en el frágil esquife, sólo se oía el chapoteo de los remos al clavarse en los grandes pliegues de las olas. Después de haber pasado meses a bordo de uno u otro barco, varios metros por encima de la superficie, ahora el océano enorme y caprichoso estaba muy cerca de mí, apenas a unos centímetros, listo para engullirme en cualquier instante. El miedo a morir ahogado y a que todo acabara súbitamente ahí en medio de las aguas gigantescas se sumó al de sufrir la cólera de los nuevos comandantes de los piratas si algún día llegaran a perseguirnos. En el lapso de apenas una hora, Thérèse había pasado de un sueño apacible entre mis brazos a una lucha por sobrevivir. Temblaba junto a mí cada vez que bramaba el faro de niebla del Dragón, recordándonos que seguía ahí, acechando en la oscuridad. Nuestro destino dependía de dos individuos cuyas verdaderas intenciones ignorábamos por completo. Avanzábamos a ciegas, sin mástil, sin vela, sin brújula, en la soledad del manto azul de una noche interminable. No había ninguna lumbre frente a nosotros que anunciara la proximidad de un puerto o una playa. Impasibles, el segundo y su grumete no escatimaban esfuerzos para avanzar contra el viento. Nosotros sólo esperábamos, ateridos, paralizados, con el estómago hecho nudo por el miedo a naufragar.

Fuimos zarandeados sin clemencia sobre esa alfombra oscura y quejumbrosa del Atlántico, donde el oleaje se agitaba como si se acercara la tempestad. Con cada choque del casco, saltaban hilos de agua que se iban acumulando en el fondo de la lancha. Me acuclillé en un equilibrio endeble, tomé un cacharro y me puse a achicar tan rápido como pude, hasta que ya no sentía los dedos congelados. Una y otra vez el mismo movimiento. ¿Cuántas horas pasamos así?

Poco a poco, las ondulaciones del mar se volvieron menos violentas, se amplió el horizonte, hasta entonces sumido en sombras, rayos de luz rompieron la opacidad de la espuma y una blancura cremosa cubrió las crestas de las olas. En

el cielo negro y tempestuoso, recorrido por nubes veloces, se entreabrieron pequeños rincones azules que despertaron la esperanza. Cuando despuntó el día, distendí un poco las piernas, anquilosadas por la inmovilidad, pero mis manos siguieron un buen rato paralizadas. Los marineros dejaron por un momento sus remos y cruzaron los brazos, aliviados también ellos de haber vencido las tinieblas. Estaban muy concentrados, ahora debían abrirse paso entre los riscos a flor de agua que nos separaban de la costa. Entraron por un estrecho canal, evitando los arrecifes con destreza, y despejaron nuestros temores de un posible choque contra las piedras afiladas y de irnos a pique y ser arrastrados por la corriente. El sol iba saliendo, parecía vislumbrarse el final de la travesía, nuestras frentes se relajaron, el mar nos llevaría a tierra firme. Los rayos de sol les daban a los marineros en plena cara, iluminando dos semblantes feroces en los que se leía un profundo cansancio. Con todo, sonreían, habíamos dejado el peligro atrás.

El levante salpicó las aguas con destellos incendiarios, el cielo se encendió por lo bajo y los marineros se detuvieron unos instantes para tomar aliento. Nuestra pequeña embarcación quedó brevemente a la deriva, ya no había nada que temer.

El Dragón no era más que un recuerdo lejano y la costa estaba ahí, justo enfrente, abarcando todo mi campo visual, y ante a mis ojos se desplegaba una playa de cantos rodados desierta. La marea alta nos permitió atracar muy cerca, los dos hombres saltaron primero por la borda y fueron empujando la lancha, el agua les llegaba a la cintura. Para evitar resbalarnos y estorbar las maniobras, Thérèse y yo esperamos pacientemente. El tuerto tanteó la arena, le pareció sólida y encalló la embarcación. Di un salto y volví a descubrir el contacto de la tierra después de una interminable navegación.

Ese mes de agosto de 1606, puse pie por fin en el continente europeo, fue una primera victoria. Mis pies envueltos en sus sandalias de cordel se habían acostumbrado al apoyo incierto en las cubiertas de los barcos, y al pisar un suelo denso, esponjoso, no lograban encontrar el equilibrio. Me tambaleaba como un borracho sobre el suelo mojado, balanceándome a veces sobre una sola pierna, pero reconocí antiguas sensaciones. Thérèse se reía nerviosamente al verme trastabillar con pasos torpes, y acabé por caer de espaldas. Sin dejar de reírse, me ayudó a levantarme. Habíamos sobrevivido.

Después de su gran esfuerzo, los piratas se abalanzaron sobre las galletas marineras y carne seca que habían embarcado, se repusieron con toda calma, sentados en la playa. Todos disfrutamos esos momentos de distensión. Me acosté

sobre la orilla para no arriesgar otra caída, los ojos se me inundaron de cielo, la espuma del agua fresca y clara me hacía cosquillas en los pies, estaba ebrio del aire vivificante de la mañana, embriagado por la felicidad de habernos librado de las trampas del océano. De pie junto a mí, Thérèse apuntaba hacia el paisaje, con la mirada fija en la línea donde los techos de las casas se perdían en lo blanco de las nubes. A lo lejos despuntaba un día despejado, y sus primeros destellos amarillos y púrpuras cubrieron los arrabales de Lisboa con un relumbre de piedras preciosas.



Recorrimos callejones sinuosos, paredes percudidas sobre las que se apresuraban siluetas furtivas de andar pesado. Los pocos niños que deambulaban estaban cojos o raquíticos, algunos se divertían torturando a un perro flaco de costillas protuberantes. Bajo el pórtico de una iglesia, unos mendigos andrajosos y encorvados se arrastraban entre residuos de una pestilencia nauseabunda.

Thérèse se apretó la nariz, el aire de la mañana hedía a una mezcla de podredumbre y desechos humanos. Estábamos escondidos bajo el toldo de una carreta que se habían robado los dos piratas, yo observaba el exterior a través de un agujero, sólo alcanzaba a ver el cielo azul y gris entre las canaletas de desagüe, de tan estrechas y oscuras que eran las callejuelas.

Lisboa se iba despertando y me costó trabajo creer que nos encontrábamos en un país desconocido. Deambulamos entre fachadas renegridas y decrépitas, miserables, nada indicaba la presencia de una humanidad que se distinguiera de los bakongos. El dédalo de pasillos

y callejones me recordó a Luanda, percibí las mismas emanaciones y me pregunté por las bellezas de Europa que tanto habían alabado mis maestros en Mbanza Kongo, no se percibía el menor indicio de la opulencia inspirada por la Fe católica. Más adelante, en las vecindades, el ambiente se reveló denso y asfixiante. Los transeúntes, cada vez más numerosos, lucían un aire triste y endurecido, con semblantes sombríos marcados por la melancolía. En la esquina de una gran plaza, una mujer que hubiera podido ser una de mis compatriotas limpiaba la acera, donde los habitantes de las casas vaciaban sus desechos domésticos. Sorprendido, se la señalé a Thérèse, que tampoco daba crédito, y menos cuando vimos, en la misma calle un poco más amplia por la que avanzábamos, a otros dos vendiendo mariscos, arroz cocido y chucherías detrás de un puesto de madera. Nadie en nuestro reino me había informado que, más allá de los jóvenes miembros de la familia real o de la nobleza que venían a estudiar literatura y verdades reveladas, hubiera otros bakongos viviendo en Portugal. Me retiré la capucha de la sotana para observar mejor una mesa afuera de una fonda, alrededor de la cual comían tanto portugueses como nativos del Kongo, pero luego toda mi atención fue absorbida por unos clamores procedentes del sitio al que nos dirigíamos.

En algún punto en medio del bullicio, unas manos batían un ritmo tradicional que me recordó a mi tierra natal, un redoble de bajos lento y grave que se repetía, disminuía por un momento y luego se reanudaba con más fuerza, el anuncio funesto de una maldición. Un percusionista con el torso desnudo,

sentado en el suelo, ocultaba su furia detrás de las lágrimas que le anegaban los ojos, dirigidos al cielo. Con su cadencia, le dirigía un mensaje mórbido al que acababa de comprar su vida y que estaba de pie a sus espaldas, empuñando un látigo. Una mujer con una canasta de dulces sobre la cabeza cruzó mi mirada llena de amargura, mientras que la suya irradiaba una extraña claridad, y me sonrió con un aire triste y misterioso. Por órdenes del amo, la melodía nostálgica de una guitarra se sumó al llamado del tambor, y luego otro esclavo se puso a hacer cabriolas y muecas ridículas mientras lanzaba gritos simiescos. Con el estómago apretado de rabia, comencé a golpearme el pecho con los puños, para luego estallar en llanto entre los brazos de Thérèse. Habíamos llegado al centro del mercado de subastas.

Thérèse y yo descendimos de la carreta mientras el coloso tuerto preguntaba por el trayecto más corto para llegar al monasterio donde nos esperaban mis aliados.

De todas las mercancías ofrecidas en las subastas, los compradores buscaban sobre todo mujeres y caballos. Los tratantes anunciaban adolescentes originarias de todas las regiones de Europa, África y Oriente, dotadas de aptitudes particulares, a decir de los vendedores, como tocar algún instrumento musical, bailar, bordar o cocinar. Las conducían en tropel, de donde vi que eligieron a una, la sacaron a empujones, semidesnuda. En cuanto la cautiva quedó en el centro de la rueda que se formó a su alrededor, sus propietarios la exhibieron, la hicieron dar vueltas, exaltaron en términos groseros los detalles de su anatomía, su edad, su resistencia y el abanico de sus talentos. Anunciaron y alabaron su virginidad, cuya autenticidad fue anunciada por una matrona, después de verificarla en debida forma. La pobre cautiva no decía nada. La ira que le hacía temblar los labios y la dignidad de su porte me partieron el corazón. Pese a la humillación, mantenía la frente en alto. A dos pasos de ahí, los corceles árabes y persas se vendían veinte veces más caros que la esclava. Hubiera querido que todos los bakongos fueran testigos del lamentable espectáculo humano que se ejecutaba en el mercado de Lisboa, que entendieran en qué nos estábamos convirtiendo. Completada la transacción con la primera esclava, otra fue empujada al centro de la rueda y obligada a contorsionarse en posturas lascivas.

Perdido en mis pensamientos, no me di cuenta de que se había acercado la misteriosa vendedora de dulces. Extrañamente, se desplazaba deslizándose por encima del suelo. Su voz resonó en mi cerebro sin que ella abriera la boca, y al entrar en mi mente me advirtió que me mantuviera en guardia y no descuidara a mi compañera. Bajo su influencia, giré mecánicamente la cabeza hacia la multitud y me percaté de que el tuerto negociaba en voz baja con un comerciante

al tiempo que señalaba hacia Thérèse. Mientras tanto, su acólito se mantenía de pie junto a nosotros, vigilante. Al mirar a mi amiga, me di cuenta de que le resultaba cada vez más difícil contener la feminidad, su rostro descubierto la traicionaba. Sin duda, su secreto se había revelado ya a bordo del Dragón, debido a las acusaciones iniciadas por los guerreros musulmanes. No podía creer que los marineros habían aceptado rescatarme del barco pirata al precio de vender a Thérèse. Un desplazamiento de la multitud me permitió, con un movimiento rápido, empujar al grumete con tanta fuerza que cayó de espaldas, sorprendido. Luego tomé a Thérèse del brazo y la jalé hacia una callejuela, donde nos fundimos con el gentío. Ella no entendía nada, pero le supliqué que guardara silencio y confiara en mí.

Avanzamos rápidamente, a ciegas, disimulándonos en callejones oscuros de tan abarrotados, al azar, alejándonos cada vez más. Después de muchas vueltas, pasamos por un pórtico de piedra que daba al jardín de un hospital, por cuyos senderos iban monjas paseando a los enfermos. Sin aliento, hicimos un alto al pie de una fuente para refrescarnos y saciar la sed. Estábamos agotados por la carrera y nos tendimos en una esquina del jardín cubierto de árboles. Lejos de los pasos lentos de las religiosas y los discapacitados sobre los senderos de grava, sólo nuestra respiración jadeante y nuestros latidos rompían el silencio.

Me concentré en la estatua de la Virgen María que reinaba sobre la puerta del hermoso sanatorio al fondo del patio. La madre de Cristo me dirigió una sonrisa discreta, con tanta benevolencia y compasión en la mirada que supe que estábamos seguros. Reconfortados, descansamos un poco bajo la protección de la Santa Virgen y uní las manos en agradecimiento.

Tras unos momentos de distensión, Thérèse y yo intercambiamos una sonrisa.

Me dio las gracias por haberme encargado de ella con una temeridad de la que, en realidad, yo mismo no me hubiera creído capaz. Nos dio entonces un ataque de risa loca, no podíamos parar, nos carcajeábamos como niños por haber logrado salir de un periplo largo y tortuoso sobre el océano y luego haber escapado del mercado de esclavos de Lisboa, estábamos maravillados de habernos librado de una pesadilla que había durado cerca de dieciocho meses desde que zarpamos en Luanda. Estábamos realmente solos por primera vez, sin capitán ni oficiales ni armas alrededor. Aunque estábamos extraviados, sin saber cómo dirigirnos a nuestro siguiente destino, atesoramos la delicia de poder existir por un momento sin mentiras ni artificios. Ya no había embajador ni grumete, nadie nos observaba, éramos sólo ella y yo tomando un descanso esa mañana de verano sobre la frescura de un césped podado. Nos quedaba nuestra confianza mutua, nuestro refugio, y estábamos convencidos de que yendo juntos, llegaríamos ante el Papa incluso sin brújula. No me angustiaba la situación delicada en la que nos encontrábamos, mi misión y mi devoción eran enormes, sólo esperaba una señal, un acto divino.

Una sensación singular me recorrió la médula espinal. Alguien me espiaba, era una mirada molesta, aguda y penetrante que se me clavaba, y reconocí a la extraña criatura que me había prevenido del

peligro que corría Thérèse. ¿Nos había seguido los pasos, o simplemente se había materializado ahí como por un encantamiento? Poco importaba, su actitud afable y su brazo me invitaban a seguirla. No teníamos opción, debíamos poner nuestro destino en manos de la joven. Su frágil silueta nos guio con paso decidido por el laberinto de calles estrechas de la ciudad. Yo estaba seguro de que nos estaba guiando hacia el monasterio donde residían los jóvenes clérigos de mi país. Incluso estando tan lejos de Boko, los ancestros no me habían olvidado, me habían enviado un mensajero en la persona de esta guía de otra esencia que había llegado desde lo más remoto del más allá para cruzarse en mi camino. Con discreción y solicitud, el ángel se internaba cada vez más en el corazón de Lisboa. Tomamos calles adoquinadas, subimos por escaleras interminables, cruzamos pendientes y finalmente traspasamos las murallas. Mientras caminábamos, me explicó que en Portugal había un puñado de bakongos eruditos que gozaban de un estatus privilegiado, mientras que un centenar de esclavos se partía el lomo como estibadores en el puerto, pero los más habían sido adquiridos por familias acaudaladas para labores domésticas. A quienes eran propiedad de algún comerciante se les otorgaba algo parecido a la libertad, deambulaban todo el día por las calles con sus canastas sobre la cabeza, en busca de clientes. Aquí, nuestra gente sufría un calvario de desprecio cotidiano y maltrato corporal. Los ojos severos del espíritu me clavaron una mirada de fuego, un llamado a no olvidarlos jamás.

Al llegar a la cima de una colina, se desplegó hacia abajo un panorama magnífico delimitado por el azul brillante del océano. Justo donde el río serpenteaba hacia el Atlántico, Lisboa formaba una maraña en las alturas, con su mosaico de casas rosas, ocres, azules y blancas, una maravilla. Admiré la vista con una punzada en el corazón al pensar en la pobreza de las viviendas de Boko, y entendí mejor la insistencia de los dignatarios de nuestra Iglesia, que multiplicaban en vano las peticiones de ayuda a las autoridades portuguesas, para aumentar la cultura de los bakongos. Pero nadie se ocupaba de enviar a nuestras tierras obreros que pudieran enseñarles a los artesanos del Kongo a

trabajar la piedra, la cal o el hierro. Sólo desembarcaban en nuestro país individuos sin escrúpulos obsesionados por el dinero, dispuestos a extraer sin límite ni medida los metales escondidos en el suelo, los animales y los seres humanos.



Tuvimos que cortar camino a través del bosque por afuera de las

murallas de la ciudad, hasta que por fin apareció ante nosotros el monasterio, que nuestra misteriosa acompañante señaló con el dedo. Dio media vuelta sin pronunciar palabra y se fue desmaterializando a medida que avanzaba entre los árboles del bosque, hasta que no fue más que una sombra furtiva. La dimensión y la austeridad de la construcción me impresionaron tanto como la espléndida fachada, adornada con efigies de santos, las torres repartidas por el conjunto del monasterio, con sus tejados de pizarra rematadas con cruces y, en la parte baja, las puertas y ventanas curvas o cuadradas, finamente labradas, todo ello edificado en antiguas piedras grises y marrones, una casa digna del Señor, sin parangón en todo el reino del Kongo. Mi capillita en lo alto de la colina en Boko me pareció insignificante ante esta obra maestra de la arquitectura.

A unos cincuenta metros, al comenzar la pendiente que daba a la entrada principal, mientras caminábamos sobre la gravilla del sendero con la mirada en lo alto, el crujido de nuestros pasos pronto fue opacado por la intensidad de un canto litúrgico entonado con profundo fervor. El llamado a la oración de vísperas me hizo estremecer, en particular cuando se reanudó la melodía al unísono, que daba mayor peso y solemnidad a las palabras sacras. La circulación de la sangre por mis venas se hizo más lenta. Titubeé antes de franquear el pesado portal del vestíbulo, pero luego, tímidamente, entramos bajo el enorme domo abovedado, apreciando el rigor de las líneas interiores de la nave, donde estaban reunidos unos pocos fieles. Entrar de nuevo a un lugar de culto me produjo un estado de exaltación. Mi cuerpo, recorrido por escalofríos de emoción, estaba dispuesto a trascender y percibía sensaciones que extrañaba desde hacía mucho tiempo.

Recuperé la búsqueda de los valores esenciales, fuente de felicidad y de armonía, que había animado mi vida desde muy joven. Bajé una rodilla a tierra y me persigné con toda naturalidad ante la primera crujía. Había vuelto a casa.

Después de la última salmodia, el padre abad se colocó en el centro del coro, y las primeras palabras que pronunció sonaron como una advertencia hacia mí, pues nos alentaban a cuidarnos de la presunción y la vanagloria. No interrumpió su homilía cuando nos divisó desde el púlpito. Los demás hermanos voltearon hacia nosotros en un solo movimiento, pero el padre, con un simple gesto autoritario del mentón, nos envió a un monje bajito de cabello grisáceo. Entre la cincuentena de sayales, tonsuras y rosarios de boj había un puñado de novicios bakongos que nos contemplaban boquiabiertos. Thérèse y yo seguramente

constituíamos un espectáculo lamentable después de los meses pasados sobre el Atlántico, estábamos muy sucios y nuestra vestimenta lucía desgastada, tiesa de mugre y corroída por la sal del océano. La ceremonia siguió su curso mientras el fraile, que más tarde sabríamos que era el hermano Roberto, se llevó el índice a los labios para indicarnos que guardáramos silencio y nos escoltó fuera de la nave oblonga. De inicio, nos trató con aire receloso, pero mientras nos dirigía amablemente hacia la salida, le dije con mi tono más seguro que yo era Don Antonio Manuel, de nacimiento Nsaku Ne Vunda, embajador del rey del Kongo en ruta hacia el Vaticano. Sorprendido por mi identidad, el hombre paró en seco, me estrechó fraternalmente entre sus brazos y su semblante se iluminó con una amplia sonrisa.

Me explicó que dos años atrás, el monasterio había dado respuesta positiva a la petición del cardenal Belarmino, consejero del papa Clemente VIII

, de recibir y apoyar a un clérigo africano procedente de Luanda y destinado a Roma. En aquella época, había sido él, Roberto, de origen español, el encargado de la expedición que me llevaría hasta la iglesia de san Jerónimo el Real en Madrid. Pero después de la muerte de Clemente

VIII

en marzo de 1605, así como de su sucesor, León

XI

, al mes siguiente, todos habían creído que el proyecto había dejado de ser una de las prioridades de la Santa Sede, puesto que el máximo pontífice del momento, Paulo

V

, elegido hacía un año, nunca lo había mencionado.

Me sentí desfallecer. Los meses transcurridos en altamar me habían lanzado al olvido. Ya nadie me esperaba en la ciudad santa. En ese momento, no tuve siquiera las fuerzas para que me consumiera la desilusión, sólo percibí un vacío inmenso. Mi organismo estaba agotado y no le quedaba más que un único deseo,

dormir tanto como fuera posible. Anhelaba una cama donde descargar el fardo enorme que pesaba sobre mis hombros, un sitio donde olvidarme de la angustia creciente del fracaso, porque todo se

complicaba en cada nueva etapa. El hermano nos pidió esperarlo, iría a consultar a su superior. Thérèse intentaba en vano consolarme, pero tampoco lograba ocultar su estupefacción. Extraviados en un lugar que no debía ser sino una breve escala, una misma pregunta rondaba en nuestras miradas: ¿qué sería de nosotros, ahora que la última esperanza se había esfumado? El calvario de los esclavos seguiría sumido en la indiferencia.

Cuando regresó, el hermano Roberto parecía incómodo. Nos dijo que, ante todo, era importante que descansáramos. De camino hacia el corredor que daba hacia las habitaciones, se aclaró la garganta y me dirigió la palabra. Por recomendación del padre abad, me ofrecía permanecer todo el tiempo que quisiera, siempre y cuando mi Fe fuera profunda, me conformara con la vida que se llevaba ahí y no alterara a la comunidad. Mientras actuara con prudencia, sin excesos, obedeciendo las órdenes con dulzura y humildad, sería bienvenido. En cuanto a Thérèse, su presencia era indeseable en el recinto del monasterio, perturbaba a esos hombres que habían decidido, en su búsqueda de Dios, vivir apartados del mundo y sus tentaciones. Estaba prohibido que una mujer se alojara entre los hermanos, y esa institución religiosa varias veces centenaria sólo aceptaba derogar esa norma durante dos noches a lo sumo. La confinarían en una celda de la que no podría salir, sólo para que pudiera asearse y recobrar fuerzas antes de volver a partir. Acepté la decisión y agradecí la hospitalidad, pero me era imposible olvidar mi misión, por más que la Santa Sede me hubiera borrado de entre sus preocupaciones. Cumplir con mi cometido significaba, ante todo, no bajar los brazos ante la adversidad, mantenerme íntegro, llegar al final de mi determinación con el corazón henchido de amor y esperanza. Y tampoco abandonaría a Thérèse, juntos habíamos erigido algo que nos sobrepasaba, una minúscula Iglesia propia en la que compartíamos una empatía recíproca, una singular inclinación mutua. En medio de ese mundo hostil, la Providencia había reunido a un hijo de las riberas del río Kongo y a una hija de los campos del oeste de Francia. Conocíamos la felicidad de disfrutar juntos situaciones ordinarias y sabíamos reunir la energía suficiente para enfrentar los peligros codo a codo. Rocé con los dedos la mano helada de mi amiga, abrumada por la angustia, tenía necesidad de ella para restituir la voz de los esclavos.

Ya en mi celda, extenuado, me dejé caer sobre el lecho, deposité ahí mi carne atormentada e intenté apaciguar la amargura de mis pensamientos. Primero llegó el abatimiento, una oleada de tristeza y nostalgia, una mezcla de imágenes de

Boko, de mis parroquianos y de mis padres, a quienes no había podido

abrazar al partir. Luego vino el recuerdo de los horrores de los que había sido testigo, escuché el eco de los lamentos del entrepuente, que me hablaban de la desesperación y las humillaciones de mis hermanos y hermanas, así como de la esperanza que depositaban en mí.

Afuera, las luces se fueron apagando una tras otra, llegó hasta mí el aroma agradable a cera derretida, pero conciliar el sueño fue la cosa más difícil del mundo. Entre la conciencia y el adormecimiento, sumidos en una penumbra completa y compacta, mis ojos permanecían abiertos, y se alumbraron con unos extraños resplandores dorados que emanaban de las paredes. Me sentí ligero y me sumergí en la escucha del silencio, imaginando que mis latidos se acordaban con las pulsaciones originales del mundo. No todo estaba perdido. Hubiera querido prolongar hasta el infinito ese momento de armonía que reforzaba mis esperanzas, esperaba una revelación, pero el cansancio acabó por vencerme.

Me desperté al alba, antes de los maitines, y me acomodé solo en el fondo de la iglesia. Con sus hábitos despojados de todo lo superfluo, los monjes fueron entrando en silencio, con pasos lentos y serenos, se persignaron y se postraron ante el altar antes de saludarse y ocupar sus lugares a ambos lados a lo largo de la nave. La sencillez de sus movimientos me remitió a la renuncia de uno mismo, a la serenidad que había conocido durante mis estudios, a la quietud interior que se establece cuando uno deja de situarse en el centro de las propias preocupaciones, cuando abandona todo para alcanzar la paz. Después de vivir meses de desconfianza y rechazo, anhelaba esa seguridad que irradiaban los religiosos. Aquí, todos y cada uno eran acogidos y aceptados. Mis compatriotas presentes entre la asistencia me dirigieron algunas sonrisas furtivas, pero también ellos pertenecían ante todo a la comunidad que formaban con sus hermanos de credo. En ese momento me encontraba en las antípodas de la demencia que había reinado en el Vent Paraclet. Imaginé a Louis de Mayenne como prior, de espaldas al altar, entonando alabanzas bíblicas, con los esclavos y la tripulación como sendos coros, interpelando y respondiendo por turnos, al tiempo que se incorporaban al ritmo de un cuerpo más grande en el que cada uno se borraba para volverse a unir en un solo coro único, todos viviendo la fraternidad que permite a los hombres, mediante el cuidado del prójimo, alcanzar la más plena condición humana.

Hubiera podido pasar ahí el resto de mi vida, dedicado a Dios y apartado del mundo, en compañía de otros creyentes. Libre de dispersiones, me hubiera

reconciliado conmigo mismo y hubiera recuperado el equilibrio interior que había perdido al salir del Kongo. Al verme tan dividido entre mis necesidades espirituales, que en el monasterio quedarían satisfechas por siempre, y mi misión de salvar a una multitud de anónimos, cuyo cumplimiento parecía profundamente amenazado, pedí audiencia con el padre abad.

En el locutorio le describí cuánto apreciaba, después de haber estado envuelto en sospechas, querellas y violencia a bordo de las embarcaciones, encontrarme sumergido en un universo hospitalario y armonioso donde todos estaban animados por la misma tendencia a la unidad. Derramé lágrimas, lo hice partícipe del conflicto que me desgarraba, le describí los desórdenes que provocaba en mi país el comercio de esclavos, el sufrimiento de mi pueblo y la ignominia de esas prácticas, que ultrajaban la ley de Nuestro Señor. Eran vidas y almas que buscaban salvación. El padre conocía muy poco sobre el tráfico de seres humanos organizado en ultramar para explotar las tierras colonizadas por España y Portugal en el Nuevo Mundo, quedó consternado y repugnado por el panorama que yo le iba trazando. Por amor a Dios y por las obligaciones hacia nuestros hermanos y hermanas, entendió la importancia de mi misión. Había que informar a la Santa Sede, sólo ahí existía la autoridad para detener la incuria de los monarcas y traficantes. Poco importaba que el nuevo pontífice no supiera nada de mi existencia o mis proyectos, su persona pesaba menos que la función que encarnaba. Dio gracias al Cielo por haberme mantenido con vida hasta ese momento y decidió confiarme al hermano Roberto, que me acompañaría a Madrid a la brevedad posible. Para concluir, me aconsejó deshacerme lo más pronto posible de la joven que me acompañaba, pues no tardaría en traicionarme o corromperme, ¿acaso Eva no había apartado a Adán del recto camino?

A pesar del breve tiempo que pasé en el monasterio, tuve el gusto de compartir la vida sencilla, frugal y ordenada de la congregación, dedicada por completo al Todopoderoso. Los monjes amaban la obra de Dios por encima de todas las cosas y ayunaban regularmente para permanecer en el aliento del Espíritu Santo.

Cada hombre que me encontraba estaba feliz de soportar las restricciones de una jerarquía severa, el rigor, la disciplina y la profesión de los votos monásticos de castidad, pobreza y obediencia. Los momentos más hermosos eran los de las oraciones, marcados por la virtud de los religiosos. Nunca apresurados, siempre precisos en sus movimientos y concentrados en no atraer atención sobre sí mismos, se dedicaban a sus deberes sin dejarse alterar por minucias. En contraste con el escándalo, la anarquía y las borracheras del Dragón, viví dos

días de una completa calma organizada en torno del recogimiento y el trabajo. Algunos

monjes pasaban horas de pie en la biblioteca, absortos en el estudio de los textos sacros, tal y como yo lo había hecho algunos años atrás. Otros trabajaban en los campos, en los huertos de hortalizas o en las fuentes de agua, siempre con la cabeza inclinada para propiciar la humildad, y su relación de complicidad con la tierra nutricia, en una actitud de modestia y cordialidad, me recordaba a los campesinos del Kongo.

Medité largas horas, sentado en las orillas del claustro, inmerso en la melodía lineal del silencio. En ese lugar a la vez cerrado y abierto al cielo, un punto de unión entre las profundidades y el universo inconmensurable, cobré conciencia de las hondas transformaciones que se habían gestado en mí desde mi partida.

Me sentí mucho más lúcido, había renunciado al acatamiento irrestricto de las normas y las instituciones, había aprendido a actuar sobre mi destino, a rebelarme contra la fatalidad. Los horrores del mundo me habían permitido entender el alcance de mi tarea, sin importar que las posibilidades de éxito se redujeran día con día.

En la calma y la serenidad de mi introspección, mientras entraba en sintonía con el latido de la naturaleza que me rodeaba, detecté una preocupación en mi corazón. Percibí con horror lo que estaría sufriendo Thérèse, encerrada en la soledad de su celda. Su sufrimiento y su ausencia a mi lado me quemaban el pecho, hubiera querido tranquilizarla con el sonido de mi voz y nutrirme, a su vez, del sentido de sus palabras. El vacío volvió a provocarme oleadas de amargura en la garganta. Supe que existir sin ella no sería más que un balbuceo de vida, me convertiría en un ser inacabado, errabundo en una búsqueda sin fin.

Y lamenté dolorosamente que no se nos hubiera permitido sumergirnos juntos en la potencia y autenticidad de la convicción que emana de los hombres sometidos a las reglas del silencio. Pese a mi profundo respeto por quienes habían elegido la quietud de la reclusión para su viaje espiritual, deploré su intransigencia.

Estaba seguro de que le hubiera agradado al Señor recibir en su casa la armonía en la que nos desplegábamos Thérèse y yo. Al cabo de esos dos días me volví a encontrar con ella, aseada y serena, y el brillo intenso en sus ojos me produjo el efecto de un súbito despertar tras un largo sueño. En el resplandor de su mirada supe cuánta falta le había

hecho durante ese tiempo de separación forzada.

El hermano Roberto, jovial y vestido como campesino, con una túnica de lana gris sujeta en la cintura con un cinturón de cordel, se manifestó muy honrado y dispuesto a escoltarnos hasta Madrid con total discreción. En la iglesia de san Jerónimo el Real, afín a mi causa, me esperaban los fieles al Santo Padre para

apoyarme. Eran aliados tan poderosos que ya nada ni nadie podría interponerse en mi camino al Vaticano. Emprenderíamos un periplo de varios cientos de kilómetros que nos tomaría semanas, pero para mí el espacio ya se había vuelto inmaterial, e incluso el tiempo había perdido toda consistencia.



Ávidos de dedicar a Dios la primera hora del día, los monjes iban dejando sus celdas y reuniéndose en la iglesia para celebrar las laudes, fuente y centro de su devoción. Mientras la ciudad, ladera abajo, seguía dormida, ellos iban alternando las alabanzas con la lectura de los salmos. Y nosotros, ataviados con sotanas nuevas, estábamos a punto de iniciar el largo recorrido hacia el este. En el corredor, el hermano Roberto acabó de revisar nuestro equipaje para asegurarse de que no hubiéramos olvidado nada. Nunca hubiera imaginado una despedida tan conmovedora. La emoción transmitida por las alabanzas profundas y desgarradoras me reconfortó el alma, el Señor es mi pastor, nada me faltará, y en lugares de verdes pastos me hará descansar. Y me estremecí en la frescura del amanecer.

Al atravesar los descampados de Portugal, entre una vegetación atrofiada y terrenos rocallosos, bordeamos casas de ladrillo cuyos habitantes nos observaban con nerviosismo a la distancia. Sin considerar la temperatura del aire, Thérèse y yo encontramos semejanzas preocupantes entre esos campos y nuestras respectivas tierras natales, el mismo miedo e indigencia. Al paso de nuestro recorrido, las viviendas se fueron volviendo más modestas, primero una sucesión de barracas de arcilla seca o barro mezclado con paja y luego, en los confines de la región, carpas rudimentarias plantadas al pie de los cerros. Caminamos tortuosamente durante días y días bajo un sol infernal, enganchándonos constantemente en los matorrales espinosos de la garriga. La piel requemada de los brazos y piernas nos dolía horriblemente y el aire seco nos lastimaba los pulmones. El suelo nos quemaba a través de las sandalias, ya desgastadas por la caminata. Thérèse se tambaleaba a cada paso, con la piel del rostro tirante y los rasgos marcados, como un barco a la deriva. En su semblante se

imprimió una sensación de enorme fatiga. Arrastrábamos nuestras carcasas extenuadas bajo un cielo alto y triste, fijo como un vasto océano invertido y sin olas.

Al llegar a España, Thérèse y yo nos enrollamos bajo los capuchones amarillentos de nuestros sayales atrás de la carreta cargada de provisiones y utensilios de cocina. Viajábamos a través de interminables valles desérticos e inhospitalarios hacia los montes de Toledo, última dificultad antes de llegar a Madrid, más al norte. Faltaban tres semanas para alcanzar nuestro destino. El hermano Roberto, habiendo puesto pie en su tierra de origen y habiéndose liberado de la obligación de mantener la cabeza inclinada, vigente en el monasterio, no dejaba de describirnos los detalles de nuestro itinerario, sin

sospechar que todas sus explicaciones no significaban nada para nosotros, que caminábamos a ciegas por espacios ignotos. Ni Thérèse ni yo habíamos visto nunca paisajes tan áridos y monótonos, una llanura cubierta de polvo pardo que se extendía hasta perderse de vista, cerros escarpados a lo lejos, con picos tallados en piedra color ocre que adquirían tonos más claros bajo ese sol implacable. Me pareció que las lluvias se habían olvidado de ese país hacía una eternidad. ¿Cómo llegaba el agua hasta los campos de cereales, qué milagro permitía irrigar las raíces de los escasos árboles rodeados de malas hierbas que bordeaban a veces los caminos por los que transitábamos tan penosamente?

Avanzábamos pisada tras pisada, constantemente rodeados por una nube de finas partículas de arena que se colaban por todas partes, en el pelo, en la boca, en la nariz.

Hasta donde alcanzaba la vista, nada se parecía a la provincia de Boko. Mi corazón nostálgico me hundía a menudo en los recuerdos, en busca de las sensaciones fecundas de la humedad y los colores intensos e iridiscentes de la naturaleza rebosante de lluvia. Cuando intentaba dirigir hacia el horizonte los ojos plegados por el ardor de los rayos del sol, el calor aún intenso del final del verano deformaba las imágenes, todo se nublaba. El mundo entero se aplastaba bajo el peso de las altas temperaturas, nuestras bestias de carga sufrían, Thérèse permanecía en silencio, apática, limitando sus movimientos estrictamente a lo mínimo necesario hasta el atardecer, cuando el fresco la reanimaba. Aún a la defensiva, preferíamos pasar lejos de los pueblos que divisábamos hacia abajo de la meseta, sobrevolados por molinos de viento. Mi fascinación por estas curiosas construcciones le parecía muy divertida a nuestro guía, el único que se mantenía

imperturbable con todo y la canícula. Fruncía el ceño sistemáticamente cada vez que se dibujaban en algún punto a lo lejos las torres de un castillo, unos edificios magníficos, sobre todo los construidos directamente sobre la roca.

Desgraciadamente, estas grandiosas estructuras de piedra que combinaban curvas con ángulos rectos y techos puntiagudos de pizarra rematados con picos, sólo pude verlas de lejos, había que evitarlas a toda costa. Nunca entendí por qué gente de Dios como nosotros estaba obligada a esconderse en tierra católica.

Escuchaba distraídamente la charla incesante del hermano, imposible de callar cuando se trataba de cuestiones de teología e intrigas políticas. Extasiado de poder romper el silencio que había pautado sus años de vida monacal, me exponía en detalle las complejísimas luchas de influencia y de poder que se libraban entre los reinos y me narraba las guerras que desgarraban a Europa.

Pero no pronunció ni una palabra sobre la esclavitud, ignoraba por completo la existencia de la trata trasatlántica.

Por más que nuestro guía y compañero de viaje me explicara las intrincadas relaciones entre la Iglesia de España y la Santa Sede, las tensiones entre el clero secular y el clero regular, la Reforma y el Islam, yo no entendía nada de las querellas que se formaban en torno a la religión, todo eso me resultaba extraño, simplemente quería ponerme al servicio de la fe. Pero me daba la impresión de que, en Europa, muchos hombres que se declaraban devotos del Señor pretendían imponer una manera de rezar, unos de pie, otros de rodillas, todos en lenguas diferentes. Cada dogma prescribía una manera de lavarse y de alimentarse, y si uno no estaba atento, podía incurrir en la peor de las ofensas.

Como extranjeros que éramos, había que ejercer extrema prudencia, nuestra seguridad sólo estaría garantizada en cuanto entráramos en la iglesia de san Jerónimo el Real en Madrid.

Por las noches, en nuestro campamento, después de haber devorado nuestros frugales alimentos alrededor de la fogata, me alejaba a veces algunos pasos para derramar un poco de vino sobre la tierra, ofrecerles a mis ancestros una parte de mi comida y pedirles en voz alta, en la lengua de mis abuelas, que me asistieran en mi empresa, que ellas me concedieran la fuerza y el coraje para cumplir mi cometido. Con ternura y un toque de burla, Thérèse me preguntó varias veces si era posible que mis espíritus difuntos hubieran

emprendido un viaje tan largo desde mi tierra africana. Yo le respondía que, después de la muerte, su esencia existía en todas partes, en toda la materia, fuera inerte o animada, en el soplo del viento, en los astros del cielo y, sobre todo, en mis pensamientos. Eran los ancestros difuntos quienes habían inventado el lenguaje de la amistad que me unía a ella, y también ellos quienes nutrían mi amor fraterno por todos los seres humanos.



El anciano, horrorizado ya por la violación de su hija mayor, decidió interpelar a los guerreros ataviados con túnicas blancas, sobre las que lucía una cruz roja, que habían desvestido a la menor y comenzaban a torturarla. El hombre sabía que a los soldados de la Santa Inquisición española les fascinaban estas ceremonias públicas en las que llegaban a quemar familias enteras, obligando a los padres a contemplar el espectáculo siniestro, con el argumento de que había que erradicar la gangrena del protestantismo y todas las herejías del mundo con la espada y el fuego. Espantado, el padre suplicó, pidió perdón por sus pecados y los de toda su descendencia. Había sido acusado de tener tratos con el diablo y su única forma de salvación consistía en confesar, calumniar y denunciar a alguien a su vez. Reconoció haber estado muy cerca del mal en una ocasión, al caer la noche, cuando él y sus hijos estaban cazando sin permiso en el campo.

Juró por todos los santos del paraíso haber visto con sus propios ojos no menos de tres demonios rondando cerca de su casa, en las afueras del pueblo. Eran personajes misteriosos, uno de ellos era una joven vestida de fraile, otro era morisco, y el tercero, un extranjero que vertía pociones maléficas sobre el suelo mientras se dirigía a las estrellas en una lengua desconocida.

Las declaraciones del campesino adularon la arrogancia de los guardianes de la verdadera Fe, que se felicitaron por haber acertado en su apreciación, estaban efectivamente en presencia de poderes ocultos. Nadie podía escapar a los juicios arbitrarios y expeditos de los inquisidores, su potencia era tal que estaban fuera incluso del control del Vaticano. A partir de 1480, con el fin de reconquistar los territorios españoles ocupados por los musulmanes, los miembros de la Inquisición, intransigentes y dispuestos a morir como mártires, habían confiscado a Dios en su beneficio y se habían atribuido la misión de reforzar la ortodoxia católica en su país mediante la eliminación de los extranjeros y de la gente de sangre impura, considerados de mala raza.

Más de un siglo después, los moros habían sido expulsados de la península

ibérica, con lo que Castilla había perdido a gran parte de su población. Tras una serie de hambrunas, la peste había asolado la región y la pobreza sometía a los sobrevivientes, todo un pueblo prisionero de una existencia precaria, para quienes la gracia póstuma era la única perspectiva de felicidad. Las autoridades, incapaces de explicar y remediar tantas calamidades, estaban urgidas de reaccionar, de encontrar responsables para canalizar las frustraciones antes de que se transformaran en ira destructiva. El rey de España

había solicitado el concilio de los sabios en el Consejo de la Suprema y General Inquisición que, con la ayuda de Dios y tras largos y profundos debates, designó a los culpables: los judíos, los idólatras, los musulmanes que aún quedaban en el reino y las mujeres adúlteras. Ordenaron rastrear en todas partes y castigar sin piedad a estos engendros del príncipe de las tinieblas.

Después de asesinar al anciano a pesar de sus confesiones, de saquear y luego masacrar a los habitantes de la aldea, con excepción de los niños, que planeaban vender en Toledo, los soldados abrevaron de un vino espeso y embriagante de mala calidad que los metamorfoseó en lobos sanguinarios dispuestos a sembrar el pánico, y un puñado de ellos partió al galope en busca de los tres esbirros de Satanás que rondaban por las afueras de la ciudad.



Nos acercábamos a nuestro destino. Me preocupaba la llegada a Madrid. Me mostraba taciturno, me replegaba sobre mí mismo y rezaba mucho por que llegáramos a buen puerto sin nuevas desventuras. Por fortuna, ahí estaba Thérèse. Intercambiábamos guiños cómplices, sus ojos se iluminaban con el crepúsculo, cuando la claridad del cielo constelado se volvía un velo negro sin contornos, salpicado de una miríada de pepitas de plata. Despreocupada, seguía con el índice el curso de las estrellas, saltaba de alegría como una niña, su mirada caía sobre mí plena de esa bondad tan particular que llegaba hasta mis pensamientos. Su capacidad para olvidar las penurias soportadas y no temer las venideras, posiblemente aún más duras, me sosegaba. Ella había sabido alejar de su corazón los dolores, y la crudeza de la vida no le había corrompido el alma.

Al concluir cada jornada de caminata, nos dormíamos lado a lado, cubiertos con gruesas y percudidas colchas de lana para protegernos del frío de la noche, cada vez más crudo. Para cuando llegamos a las afueras de Toledo, el verano no era más que un recuerdo lejano, las primeras hojas que caían de los árboles formaban un paisaje en

tonalidades de café y dorado, las vertientes de los valles se vestían de bruma y tonos rojizos, entre los que sobresalían las plantas verdes que resistían el cambio de estación. Hechizado por el torbellino de su luminosidad ambigua, descubrí el espectáculo de la naturaleza en movimiento y me impregné de la magia del otoño.

Pasamos por caseríos abandonados donde sólo deambulaban perros esqueléticos aturdidos por el hambre. El hermano Roberto se detuvo a la entrada de una aldea a orillas del bosque, donde estaban las ruinas de una casucha saqueada. En el patio de una granja incendiada yacían los cadáveres desnudos, con las vísceras de fuera, de varias mujeres que sin duda habían sido violadas. El asalto había sido de una brutalidad inaudita. Las huellas de carretas, herraduras y pisadas infantiles permitían suponer que los sobrevivientes habían sido capturados.

Hicimos un alto sin pronunciar palabra, atónitos ante la masacre. En los oídos zumbaba el crepitar del fuego, los crujidos de travesaños calcinados al caer, pequeñas explosiones ahogadas en el interior de la madera colapsada. Los graznidos de los buitres impacientes que planeaban encima de nosotros me sacaron del estupor, había que enterrar lo más pronto posible a estos desdichados. Les dedicamos a los desconocidos una sepultura bajo grandes piedras y pronunciamos un elogio fúnebre.

Ya había caído la noche hacía varias horas cuando decidimos acampar cerca de las tumbas improvisadas, alrededor de una fogata. El semblante de Thérèse recuperó su aspecto de fiera al acecho, su mirada aguda brillaba en la penumbra, sentía que el peligro rondaba muy cerca de nosotros y me sugirió alejarnos lo más pronto posible y borrar nuestras huellas, para no cruzarnos con los bárbaros, que seguramente estaban recorriendo los campos, ávidos de otras masacres. Pero yo sabía que estábamos cerca de nuestro destino, era demasiado tarde para volver atrás.

Partimos por la mañana, con los ánimos por el suelo. Ya no nos parecía divertida la silueta rechoncha de nuestro guía, sentado con sus piernas cortas abiertas sobre el lomo del burro al subir el cerro. Eran otra vez tiempos de nerviosismo.

La muerte nos vigilaba, agazapada en algún lado, quizás sobre la otra vertiente.

Al llegar a la cima, vimos en el valle una decena de troncos quemados, plantados sobre una cama de ramas carbonizadas. Sobre el suelo

habían caído despojos humanos aún humeantes. Después de unos momentos de observar en un mutismo total, me persigné y pronuncié una oración por los difuntos. De pronto, el rostro del hermano Roberto se retorció de pánico. A lo lejos se distinguía una nube de polvo que levantaba una larga columna humana conducida por jinetes vestidos de blanco y negro, con una cruz roja estampada sobre el pecho de las túnicas. Iban al galope, jalando brutalmente una fila de prisioneros sujetos entre sí por el cuello, con las manos atadas. Había mujeres, pero también hombres, ancianos y niños, todos se tambaleaban, incapaces de seguir el paso. Después de cruzar dos veces el Atlántico, de viajar entre tres continentes, me encontraba la misma imagen inicial de los esclavos bakongos entre la neblina. La misma angustia. Los mismos aullidos. El restallido de los látigos. El llanto. Las caras deformadas por el sufrimiento.

Nuestro guía, horrorizado, mudo de pavor, señaló hacia los soldados, rígidos sobre sus monturas. Por los atuendos de los prisioneros, había reconocido a las víctimas del ejército de la Santa Inquisición española: los sambenitos y corozas puntiagudas, símbolos de la infamia, las túnicas negras de los condenados a muerte y las grises de los que serían exiliados o torturados. A mi lado, este hombre de Dios se desmoronaba, la ferocidad de los guerreros de la Fe lo dejaba pasmado. Nos repetía que ya ni el mismísimo Señor podría protegernos de su salvajismo. Se sentó en el suelo, se tallaba las manos, se golpeaba la cabeza, jaloneado entre el sentido del deber, que lo impulsaba a conducirme hasta la iglesia de san Jerónimo el Real, y el miedo de enfrentarse a un adversario tan despiadado.

Thérèse, que conocía mi determinación, simplemente bajó la cabeza y me tomó de la mano. Ella me acompañaría hasta el final. El suplicio de los cautivos me infundió aún más valor, así como la fuerza para no resignarme. Más resuelto que nunca a vencer a los señores del cadalso, comencé a descender con paso decidido, seguido por Thérèse, sin voltear a ver al monje, que debía madurar su decisión con plena libertad. A medida que nos acercábamos a las hogueras, el aire viciado nos invadía la garganta, un olor insoportable a hollín y carne quemada, y el acoso de enjambres de insectos. Por efecto del calor, el aire cada vez más irrespirable nos invadió los pulmones y llegó hasta el estómago, Thérèse se echó a correr, con una mano sobre el vientre y la otra sobre la boca.

Presa de espasmos, se refugió detrás de un peñasco y empezó a vomitar. La alcancé para apoyarla, acariciándole el pelo y la espalda hasta que se le pasaron las náuseas. Recargado en la roca, no encontraba medios para consolar a Thérèse, que lloraba pegada a mi

pecho, no salió de entre mis labios ni una palabra de aliento.

¿Dónde se ocultaba Dios en medio de toda esa nada, dónde estaban los ancestros? De pronto el suelo vibró con ligeros sacudimientos que se fueron intensificando hasta ser un martilleo. Esperé una señal. Thérèse recobró los sentidos, se puso alerta, a la escucha, el aura de su semblante transformada.

Escudriñaba el horizonte, esperaba, nada sucedía en el entorno, a su alrededor se formó un velo lechoso. Se irguió, en guardia. Me di la vuelta y divisé al hermano Roberto que bajaba a toda velocidad la pendiente, sujetando las riendas de la yunta que arrastraba la carreta. Le daba alcance una docena de soldados, seguramente un destacamento que se había quedado atrás en busca de fugitivos.

El monje reconoció la amenaza, tensó las riendas de su asno, lo montó de un salto y comenzó a picarlo cada vez más fuerte con los talones, tratando de acelerar, en un vano intento por escapar de sus perseguidores. ¿O quizás buscaba simplemente desviar la atención, distraerlos para darnos la oportunidad de salvarnos? Lo atraparon al cabo de unos cien metros y, junto con él, el resto de nuestras provisiones.

Thérèse y yo nos quedamos escondidos detrás de una loma pelada, carcomida por el sol, que se erguía en medio del valle, a apenas unos cincuenta pasos de los soldados, con la garganta cerrada por el miedo a que nos buscaran y por la tristeza de ver desaparecer a nuestro amigo, maniatado, maltratado y conducido hacia un destino incierto. Nos repegamos uno al otro, así pasamos muchas horas inciertas hasta la caída del sol. No dejamos nuestro refugio sino con el favor de la oscuridad, y regresamos a la granja destruida, el sitio que nos parecía menos

hostil para pasar la noche. Nos quedamos sobre el piso de tierra apisonada de lo que quedaba en pie, descorazonados, desamparados y hambrientos.



Me costó mucho trabajo dormirme, mi sueño fue un tormento de pesadillas junto a Thérèse, que se agitaba, dando vueltas para un lado y para otro mientras emitía pequeños gritos agudos. Sin embargo, al despertar me encontré solo entre las ruinas, sin el menor rastro de ella. Fui presa de la ansiedad, los escalofríos, el pánico se apoderó de mí. Salí precipitadamente, miré a mi alrededor, nada, la sangre me

pulsaba en las venas, me lancé en su búsqueda, apartando los matorrales que me estorbaban el paso, al azar, saltando entre las zarzas, las ramas secas y puntiagudas me arañaban la cara, la tierra seca cubierta de piedras afiladas me abría heridas en los pies, pero no sentía ningún dolor. Un único pensamiento: Thérèse. Temía lo peor y no me atrevía a gritar su nombre, sospechando la presencia cercana del enemigo. Escalé una ladera a gatas, conteniendo las lágrimas, tropecé y rodé por la pendiente contraria hasta el borde de un arroyo.

Y ahí estaba, de espaldas, sola, al fondo de un valle estrecho, justo en el centro del vado. Recogía entre las manos un poco de agua fresca que dejaba correr sobre su piel, cubierta apenas por una tela blanca muy ligera que sugería sus curvas discretas y subrayaba maravillosamente los movimientos lentos de los contornos apenas redondeados de su cuerpo aún andrógino, a medio camino entre la niña que había dejado de ser y la mujer que dormitaba en ella y se demoraba en eclosionar. La observaba, frágil pero llena de vitalidad en cada uno de sus gestos. Ella no me veía. Continuaba con sus abluciones, tan hermosa y natural en medio de los altos juncos, entre los cuales serpenteaba el hilo de la corriente. Seguí con la mirada la línea que partía de su nuca, se hundía en la espalda, se desdibujaba ligeramente a la altura de las caderas y luego saltaba otra vez en los lóbulos de sus nalgas, antes de dividirse en dos miembros alargados hasta el hueco de los talones.

Se agachó y se volvió a levantar con un ligero chapoteo. Se veía feliz. Yo me había detenido, pero no lograba recobrar el aliento, sorprendido una vez más por la sensualidad que despertaba en mí. Era la primera vez que la admiraba así desnuda. La prenda mojada se adhería a su figura. Thérèse bañándose en un río, una aparición tan deliciosa que desapareció toda angustia. Ella sintió una presencia, se sobresaltó y dio la vuelta. De inicio, sorprendida, ocultó su intimidad, pero al reconocerme, sonrió y se irguió, dejando su pecho a plena vista. Viéndola tan tranquila y confiada, me acerqué a ella y, tendiéndonos en la suavidad del musgo, abrimos un paréntesis en nuestro periplo. Me dijo que se

había sentido incómoda toda la noche y que había tenido una gran necesidad de asearse. Miré largamente cómo se hinchaba su vientre al respirar, la longitud de sus muslos, subí por las hendiduras profundas de las ingles, que delimitaban la sombra entre sus piernas. Nos sorprendimos contemplándonos mutuamente. Me sumergí en su mirada, ella me observaba sin pestañear, estábamos ambos anegados en deseo.

El arranque de voluptuosidad fue efímero. La atención de Thérèse se desplazó por encima de mi hombro y de pronto desapareció la magia. Miré hacia mis espaldas y vi también, a lo lejos, la nube de polvo en medio del paisaje desolado.

El signo inequívoco de que los briosos corceles iban a la carga hacia la granja calcinada. Una fracción de segundo bastó para reaccionar y darnos cuenta de que iban sobre nosotros y que a pie no teníamos escapatoria. Estreché fraternalmente a Thérèse, un último abrazo húmedo y fresco para disfrutar la delicia de su presencia, transmitirle todo mi afecto y agradecer a la Providencia por haber permitido que se cruzaran nuestros caminos. Apoyé la boca en su frente y luego coloqué dos dedos sobre sus labios, susurrándole que partiera de inmediato, que se alejara rápido lo más posible. Yo me enfrentaría solo a la compañía.

Paralizada por el miedo, Thérèse titubeó, se vistió lentamente, pero le grité que huyera, que siguiera huyendo sin parar. Ella se echó a correr. Al verla alejarse y luego desaparecer de mi campo visual, pensé que quizás hubiéramos podido ser más felices, en otra vida.

Decidí ir al encuentro de los caballeros de la Inquisición mientras oraba, suplicando al creador del universo que la protegiera, corre, Thérèse, corre lejos, e invoqué a los amos de la noche para que la volvieran invisible. Y me lancé hacia las fauces del peligro. Debía borrar las huellas para que Thérèse ganara tiempo. Me caí, me volví a levantar. Mis sentimientos por ella cobraron pleno sentido, era un amor de otra naturaleza que el de los amantes, le entregaría el don más sagrado, mi vida por la suya. Sacrificarme para no desviarnos nunca de esa fuerza de vida que habitaba en nosotros. Y que debía permanecer por la eternidad. Deseé que Thérèse fuera iniciada en los placeres de la carne en circunstancias que le ofrecieran un equilibrio, una alianza, y que algún día formara un hogar en el que pudiera expandirse plenamente.

Crucé el matorral a grandes zancadas, mis fuerzas se multiplicaron, también mi determinación, debía devolverles a los esclavos su dignidad, cumplir con mi misión, con mi destino, no olvidar nunca mi promesa. Iba como loco. Las monturas cubiertas de blanco, marcadas con una cruz roja en los flancos, me

rodearon mientras escalaba una de las sepulturas que habíamos improvisado. Les presenté un espectáculo demoníaco, saltando de un lado a otro, lanzándoles invectivas, girando como un trompo. Los desafié. Los caballos comenzaron a resoplar al sentir la irritación de

sus jinetes, que por poco y se caen de espaldas, mientras que yo me mantuve estoico, de pie, enfrentándolos, con los brazos abiertos en toda su extensión y mi crucifijo bien visible en la mano. De pronto di un salto y quedé justo en medio del desorden, en una cacofonía de relinchos, órdenes contradictorias, patas que llenaban el aire de cenizas o que se resbalaban sobre las piedras. Yo, que creía no ser nada en comparación con la fuerza de esos animales y las armas afiladas de los soldados, los provoqué y fueron ellos los que temblaron.

La hoja de una espada retirada de su funda me deslumbró. Pese al destello funesto, penetré más en la barahúnda, un semental se encabritó, otro coceó, otro me pateó con su casco y me tiró al suelo. Se me nubló la vista. Perdí el conocimiento cuando un líquido caliente y espeso me escurrió de la nariz hasta la boca. Después de eso, todo se detuvo. Dejé a Thérèse detrás de mí y comencé el descenso hacia la muerte.



En la mitología de los bakongos, transmitida de generación en generación por la voz carrasposa de los ancianos, el Otro Mundo se presenta bajo la forma de un oasis ubicado al final del sendero sinuoso de la vida terrestre. Regresé a la provincia de mi infancia, en el extremo norte del reino del Kongo, justo donde el río interrumpe su curso hacia el sur y se desvía hacia el oeste para desembocar en el Atlántico. Me deslicé hacia lo más profundo de la unión formidable de cantos rodados, cieno y arcilla, donde se confunden el verde, el café, el azul y el gris. Ya en el corazón donde se unen cientos de metros de surco de tierra firme, que afluyen y se mezclan con el océano, volví a encontrar la inmutabilidad de mi ser mineral, me fundí en la inmensidad de la naturaleza y me uní a los litros y litros de fango cuajado de limo, de agua dulce y salada.

Me desperté al sonido de tambores sin músicos que batían suavemente a las primeras horas del alba y se iban llevando hacia el cielo, con sus ritmos insistentes, la bruma matinal de los suelos húmedos de rocío. Esperé al pie de la colina, por donde corría apaciblemente la corriente fría del río a la sombra de las hojas amplias de enormes árboles centenarios. Estaba de vuelta en Boko, mecido al amanecer por el perfume de la tierra mojada, esa comarca donde algunos aseguraban que, aparte de la flora y fauna, sólo había hechiceros y tumbas. La muerte había abandonado el pueblo, incluso toda la región. La Muerte no era más que un mal recuerdo que ya no asustaba a nadie. No quedaba de ella más que un viejo portal en ruinas a la entrada de un

largo pasillo suspendido entre las ondulaciones de una nube blanca, el camino por el que los corazones se despojaban de las tentaciones del mundo y se expandían en completa quietud.

Cuando los cuerpos se apagaban, la esencia del ser, el espíritu y el alma se desprendían poco a poco de la materia orgánica. Viejos como el tiempo, los habitantes flotaban sobre el mundo desde el origen del universo.

Los ancianos me acogieron, me consolaron, pero luego me despidieron con ternura. Dom Antonio Manuel seguía viviendo, Nsaku Ne Vunda existía aún en suspenso, dentro de un paréntesis, aún cargado de carne, huesos y sangre, atrapado entre los humores y la inconsistencia de los sentimientos, esperando la liberación, el acceso a los lugares invisibles. Los ancestros me dijeron que yo tenía la edad de las estrellas, que me seguiría transformando y que nunca desaparecería.

La patada del caballo me había dado en la sien con tal violencia que me había

afectado la razón, algo se había roto en mi cuerpo sin que se alterara esa fascinación que palpitaba por dentro, una atracción misteriosa que parecía vana o imposible, pero hacia la que debía ir a toda costa: el encuentro con el Padre de la Iglesia. Mi convicción y obstinación me dieron una fuerza inesperada, sobrehumana. Me aferré a la vida.



Entramos en un salón gélido, iluminado por antorchas sujetas a las paredes. Al fondo, un Cristo crucificado en tamaño natural, con sus estigmas y su corona de espinas. Unos esbirros encapuchados me condujeron con brusquedad ante una mesa larga y pesada de madera sólida ocupada por unos imponentes candelabros que iluminaban las páginas de un libro enorme, abierto al alcance de la pluma de un escriba encargado de registrar la acusación definitiva de mi proceso. Sentados frente a mí, ansiosos por acabar, los inquisidores me miraban con desdén. Conté cinco, todos hombres viejos vestidos con amplias túnicas blancas estampadas con una cruz roja y tocados con altos gorros, también inmaculados y sellados con el mismo símbolo color sangre. Hablaban entre sí en voz baja, intercambiando gestos cómplices y asintiendo con la cabeza sin apenas mover los hombros, envueltos en capas negras.

Yo esperaba encorvado bajo el peso de un grueso collar de cadenas. Tenía frío.

Estaba semidesnudo y sendos grilletes me ceñían muñecas y tobillos. Un dolor de cabeza insoportable me nublaba la vista, estaba débil por los maltratos que había recibido cuando me aplicaron la llamada cuestión de tormento, un interrogatorio bajo tortura que duró un tiempo imposible de medir. Se abrió la puerta de la habitación a mi izquierda. Al fondo, un prisionero encadenado a un asiento de madera bajo el cual había un caldero lleno de brasas encendidas fue liberado por unos colosos que lo tomaron de las axilas y lo arrastraron hasta el centro del tribunal. Su cuerpo desarticulado no era más que un amasijo sanguinolento en carne viva. Le habían roto las piernas. Uno de los verdugos lo tomó por la melena de rizos entrecanos y le levantó la cabeza para obligarlo a mirarme. Desfigurado, lo que quedaba del hermano Roberto levantó con dificultad un muñón para señalarme, tras lo cual fue evacuado sin mayor protocolo.

En cuanto el monje estuvo fuera de la sala, los jueces adoptaron la actitud grave de los hombres investidos con la suprema función de pronunciarse sobre la vida de sus semejantes. En primer lugar, alabaron la grandeza de Dios. El de mayor edad comenzó la lectura de la sentencia con voz monocorde. Expresándose en nombre de todos, el padre Bernardo declaró que yo, Antonio Manuel, nativo de un lugar desconocido, había sido referido ante su tribunal, acusado de herejía, por insinuación de gente digna de fe. Tras investigar si el rumor llegado a sus oídos era verdad, a saber, si yo andaba en la luz o en las tinieblas, su sapiencia había llegado a la convicción de que yo era un hechicero y un agorero, en vista

de que mi cómplice, el hermano Roberto, un cordero descarriado que se había perdido al asociarse conmigo e iniciarse en el culto del demonio, había afirmado verme hacer libaciones y orar en un idioma extraño, la lengua del diablo. Mis palabras suponían y encerraban adoración. Se me acusaba, por lo tanto, de haber llegado de un país lejano, haberme atrevido a usurpar el hábito y los atributos de un hombre de la Iglesia y, por encima de todo, pretender haber sido invitado por Su Santidad, con lo cual había insultado al Papa y a todos los creyentes. Había bastado un solo testimonio arrancado a fuerza.

Durante mucho tiempo me había obstinado en negar todo, había soportado pruebas horrendas, sobrevivido a las quemaduras de fierros al rojo vivo sobre mi piel y a los golpes contra mis músculos y huesos, pero los instrumentos de los suplicios por venir, que mis torturadores me colocaron frente a los ojos para indicarme lo que tendría que padecer si no confesaba la verdad, me orillaron a aceptar todos los cargos. Reconocí ser un hereje y prometí someterme a la sentencia. Me devastaba que pudieran considerarme falto a mis convicciones. Di un

paso más hacia el abismo de la muerte.

Yo, Nsaku Ne Vunda, bautizado Dom Antonio Manuel, sería castigado por mis presuntas injurias al amo de los cielos y de la tierra. Por gracia, me concedían la vida, puesto que no merecía perderla. Fui condenado sin apelación a cadena perpetua a pan y agua. Los guardianes del dogma se reservaban el derecho a aligerar, agravar o modificar la decisión según su santa voluntad. Se me aconsejó encontrar la verdadera fe, soportar mi suerte con resignación y, sobre todo, no caer en la desesperanza y mostrar paciencia para experimentar la misericordia.

Se me impediría tener comunicación con el exterior, para no afectar a los más débiles, sobre todo a las mujeres, que se dejaban seducir fácilmente. Toda una farsa. Pensé en Thérèse y en mí, en los tesoros que habíamos descubierto en la amistad, y dejé de escuchar la letanía falaz de quienes se erigían en propietarios de la verdad total y absoluta y pervertían la obra del Señor con palabras de odio.

Se equivocaban rotundamente, la voluntad de Dios era ver a sus hijos alcanzar la felicidad y yo no podía simplemente aceptar que Él esperara de sus servidores un ejercicio tiránico de Su poder y que en Su nombre se cometieran actos que ofendieran Sus exhortos al amor.

El juicio de los hombres no me asustaba. Estos jueces sólo merecían mi desprecio. Suplidos por sus lacayos, que ejecutaban el trabajo sucio a fuerza de fanatismo, esgrimían su manera de creer, convertida en divinidad en sí misma, como una espada por encima de la ligereza del ser y sobre la libertad de pensar y

vivir cada culto. Imponían su adoración ciega en lugar de llevar la palabra divina hacia la alegría y la exaltación para que todos pudieran impregnarse de ella. Los inquisidores, austeros y fanáticos, me habían amenazado y violentado, nunca me habían interrogado sobre la profundidad de mi adhesión a los principios y valores que enseñaba el Señor. La pasión religiosa se había vuelto para ellos un pretexto para dar rienda suelta a su sed de crueldad. Quien los habitaba no era el Creador de paz y amor de las Sagradas Escrituras, sino una terrible divinidad del miedo, que encorvaba las espaldas de hombres y mujeres postrados, a quienes exigía crecientes pruebas de sumisión. Al escucharlos, supe que no podrían convencer a nadie de la belleza de la Fe ni lograrían conversión alguna, porque se servían del fuego, la tortura y la muerte. Estos autoproclamados guardianes de la fe, empantanados en la ciénaga del dogma, pretendían imponerme su doctrina rígida y reducirme al silencio. Sentí piedad por ellos, caídos

en el error de adorar al Señor destruyendo los frutos de Su creación.

Me había doblegado bajo la brutalidad con que me habían tratado y había guardado silencio, pero nadie lograría jamás suprimir mi relación con el más allá. Estaba seguro de que el fanatismo era una impostura, pues la duda que muchas veces se infiltró en el corazón de los apóstoles era una prueba esencial que había acabado por avivar su fe. En el país de los bakongos, mi conocimiento de la divinidad se había dado en una inmersión de amor donde no tenía cabida el miedo, y mis colegas rara vez habían mencionado el infierno o el pecado. Dios debía simbolizar la ternura que protege y consuela, que hace a Sus hijos libres de forjar sus destinos y les ayuda a cumplirlos a la luz del Espíritu Santo. Una ráfaga de insurrección me recorrió el cuerpo, ¡jamás reconocería a un Señor del Trueno, a un dios estricto que castiga cada desvío o desobediencia con crueldad!

La muerte me abría los brazos, pero mi sacrificio no sería en vano. Estaba dispuesto a luchar, a permanecer de pie en nombre del calvario vivido por las víctimas de la arbitrariedad, en memoria de las cenizas de los quemados vivos.

Conservé en mi interior los sonidos del metal, el siniestro repiqueteo de las cadenas que sujetaban los miembros de los prisioneros, los niños, mujeres y hombres agonizantes en el entrepuente.

Debía resistir, encarnar el eco de los lamentos ahogados que subieron constantemente desde la fosa durante la travesía y que me persiguieron después sin tregua, sus cantos lúgubres que ahora parecían desprenderse de la piedra bajo mis pies descalzos. Debía inspirarme en el silencio de los amordazados, en los latidos de pánico de los rehenes secuestrados, en el quebranto irreversible de los atormentados. Llenarme del aliento entrecortado, de la humillación de los cautivos, de los últimos estertores de los agónicos, y armarme de los gritos persistentes de los esclavos sublevados. Aferrarme al resto de vida que aún palpitaba en mí, al fin que ni siquiera quedaba suficiente para temer el final.

Conservar el delgado hilo de confianza en el futuro.



Escoltado por centinelas, temblaba con cada chirrido de cerradura o de bisagras oxidadas que giraban sobre su gozne. Pasamos por un largo corredor y luego franqueamos el temible umbral del pabellón del

presidio destinado a los condenados a perpetuidad. Entré en la celda, un encierro de piedra desnuda y barrotes bien sellados, con sólo un estrecho tragaluz enrejado por donde entraba apenas un hilillo de día. La puerta se cerró a mis espaldas con un chasquido siniestro. Me acomodé encima del jergón. A mis pies, sobre un piso negro de inmundicia e infestado de gusanos, había un cántaro y un balde. El aire era repugnante, tóxico, pesado. Olor a encierro. Sólo la vergüenza me impidió llorar como un niño abandonado, pero no pude evitar gemir y derramar algunas lágrimas. Una envidia culpable se apoderó de mí, resentí a quienes podían disfrutar de una vida dulce y descansar rodeados de su familia, a quienes nunca habían tenido que pisar otra tierra que la de su nacimiento. Me hundí en un espantoso abatimiento.

Desde la soledad del calabozo húmedo, mi campo visual se limitaba a los muros que me encerraban y al ojo miserable del guardia que me observaba en cada una de sus rondas. Escuchaba constantemente los gritos de los condenados por pactos con el diablo, sus plañidos me desgarraban los tímpanos, lo mismo que las incesantes declaraciones de inocencia, repetidas una y otra vez, y los adioses para siempre de los padres y madres a sus hijos. Los cuerpos sometidos al tormento por agua explotaban con un atroz sonido final. Heridas de muerte con puntas metálicas que perforaban músculos y órganos vitales, picas clavadas, horcas, sierras, potro, rueda. Desde el patio ascendía el coro agónico de las adúlteras lapidadas o lanzadas a fosas con serpientes, los lamentos de jóvenes encerrados como yo, en calabozos de paredes heladas donde pululaban ratas, ratones e insectos. Mis oraciones las dedicaba a la salvación de las muchachas acusadas de hechicería y sometidas a las violaciones de los clérigos y guardias, para luego ser abandonadas a una muerte lenta por hambre y sed. Me ponía a interrogar a la luz divina, le exigía que me iluminara en mi calvario. Injuriaba al espíritu de los ancestros difuntos, le pedía que me enviara una señal, la desesperanza estaba acabando conmigo. Estaba débil, mis ideas se ensombrecían, no eran más que un vapor incapaz de condensarse alrededor de un pensamiento. El horror del mundo y de los hombres me parecía tan grande que aniquilaba mi capacidad de mantener la esperanza. Mis escasas fuerzas me abandonaban, me dolía todo el cuerpo, saturado de heridas, ampollas, moretones y abultamientos. Mis convicciones vacilaban.

Mi corazón padecía indeciblemente, torturado por pesadillas cada vez que lograba conciliar el sueño, las mismas, repetidas incansablemente. Primero, alcanzaba a ver hilos de luz que centelleaban débilmente, precisándose poco a poco hasta volverse breves secuencias de imágenes que intentaban cobrar forma.

Luego se iba materializando entre la bruma de mi sueño un largo y lúgubre cortejo de fantasmas. A los esclavos de camino a Brasil se sumaban niños de Israel, otras víctimas de la Inquisición, musulmanes aterrados y las sombras de mis compañeros de las otras celdas, espectros anónimos y mudos dando vueltas y vueltas en la llovizna. El remordimiento me carcomía. Paralizado, agotado, mi impotencia ante la imposibilidad de ayudarlos fue aún mayor.

Cuando cesaba por un momento el estertor de las torturas, el silencio se pautaba con el sonido regular de las gotas de agua que se formaban y luego caían en algún lado indefinido. Anticipaba en la mente su acumulación y trataba de adivinar el lugar donde chocarían contra el piso, era imposible localizarlas. Mi vista se deterioraba, iba perdiendo la razón, mi decadencia se aceleraba. Acabé por confundir los días y las noches. En mi encierro, me tocaba vivir lo que habían soportado los esclavos durante su travesía atlántica. Llegué al límite de mi entendimiento, de mi capacidad de percibir algo identificable. Lo que me quedaba de energía vital se transformaba a veces en una cólera muda, les reprochaba a Dios y a los ancestros el haberme sacado de la quietud de Boko para hacerme perseguir un ideal que ahora se esfumaba. Una frase me regresaba a veces como un eco, el señor es mi pastor, nada me faltará, y en lugares de verdes pastos me hará descansar. Me ponía entonces a saltar de una esquina a la otra de mi celda con una risa demencial, sólo me faltaba valor para estrellarme la cabeza contra los barrotes. Me extinguía y moría un poco más con cada cadáver incinerado en el patio. En el centro mismo de mi Fe se libraba una batalla. Ya no era yo más que una existencia endeble y lamentable naufragada sobre la piedra fría, mis ideas se estancaban en la desolación. En la penumbra, mis ojos alcanzaban a distinguir mi delgadez alarmante. Mi corazón se amargó contra Dios y los ancestros. Al sentir tan cerca el final, me fui despojando de mi persona, hasta quedar a un paso de traspasar las ruinas del portal de la muerte.

Me abandoné sin resistencia al destino, dejé de sentir. Y una extraña transformación se operó en mí.

A medida que se acercaba lo ineluctable, los jaloneos de los intestinos, los ardores de la sed, las heridas, todos mis sufrimientos físicos desaparecieron en una especie de entumecimiento que no carecía de cierto bienestar, como en los primeros instantes antes del adormecimiento, cuando uno está lo suficientemente

despierto para sentir venir el sueño. El dolor se ubicaba en distintos lugares de mi cuerpo, pero dejé de sentirlo, y entré en un estado en el que se revelaron todas las riquezas interiores. Un resplandor apareció

mientras deambulaba por la nada, descansé de mi castigo, y en mi corazón herido dejé cada vez más espacio para el dolor de los supliciados. Esta prueba, la más terrible de todas, me cambió poco a poco e hizo de mí un ser nuevo, me volví la encarnación de quienes habían sufrido, una especie de flama comenzó a iluminarme. Los meses pasados junto a otros prisioneros me enseñaron a envolverme con su martirio sin detenerme en el mío. En realidad, hasta entonces mi vida había sido cómoda, demasiado alejada de las agonías de los hombres. A diferencia de las semanas pasadas sobre el Vent Paraclet, ahora también yo vivía como cautivo entre cautivos, ya no era ajeno a su sufrimiento, sino que se había fundido en mí.

Ahora formaba parte de la enorme cantidad de mis hermanos y hermanas humanos condenados a una existencia de sometimiento.

Mi alma se descubrió dotada de alas de victoria sobre mí mismo, estaba listo para volver a alzar el vuelo. Me regocijé. Ya no abandonaría a las desdichadas víctimas de reyes y traficantes, sino que las llevaría conmigo hacia la luz.

Conservaría este delicado aliento de vida que aún activaba débilmente los movimientos de mi pecho, daría cuenta de las inmensas injusticias en nombre de todos los sufrientes, sin importar su afiliación. Encontré la salvación en la incertidumbre, ahí donde había nacido la duda, ahí también había germinado la esperanza. Vagas reminiscencias de serenidad y de compasión vividas ascendieron desde el fondo de mi memoria, recuerdos del recogimiento ante el altar de la capilla en lo alto de la colina. Con ellos, el sabor de la paz y la alegría que traía el viento de la tarde, cargado de los olores familiares de los campos de Boko, el perfume de las plantas, la belleza y energía de la naturaleza.

Ya no me afectó el debilitamiento por las carencias y los maltratos, ahora existía en relación directa con los exiliados en el más allá. Por mi mente pasaron los pensamientos más temerarios, se había puesto en duda mi Fe y mi devoción, si Dios no hacía entrar en razón a los culpables de esta infamia, yo mismo buscaría la manera de recuperar mi libertad. Concebí planes de fuga. La oscuridad ya no me asustaba, ya me había acostumbrado y lograba distinguir señales alentadoras entre las sombras, había necesitado la desgracia para descubrir los tesoros ocultos en mi propia alma, mi cautiverio había revelado un recurso profundo hasta entonces ignorado, la energía de la revuelta. Me reanimé, había triunfado en una lucha interior en la que casi perdía el alma, la desilusión por poco y me ahogaba en el ávido abismo de la renuncia.

Me había detenido al borde del precipicio, donde ya vacilaba mi pie. Iba adquiriendo una ligereza inmaterial, y mi determinación, cada vez más fuerte, forzaba los límites de lo imposible, mi horizonte se ampliaba. Desapareció el terror. Mi calabozo se coloreó de un azul límpido salpicado de lentejuelas, fuegos fatuos en medio de la noche, todo el presidio se inundó de los perfumes intensos de la brisa, del canto claro de las aves oceánicas, se volvió un oasis en el desierto de Castilla. Acogí a un cortejo de espectros encadenados unos a otros, uno de ellos se dirigió a mí y me pidió que recordara el cielo que se había encapotado sobre el océano antes del ciclón, los elementos desatados, la furia de la tempestad que había sembrado desolación en la fosa donde estaban sufriendo los niños. Fui tejiendo un hilo singular con nuestro mundo, me comunicaba con los difuntos, quienes me concedían la fuerza para creer y abandonarme al amor del prójimo sin temores ni prejuicios. El silencio que se me había impuesto en mi cripta se transformó en una interminable meditación, semanas y meses que me permitieron alimentarme del sostén de los esclavos.

Mis sentidos, ahora abiertos a percepciones extraordinarias, me llevaron a veces hacia riberas redondeadas y acogedoras con forma humana, pero estaba tan febril que las imágenes eran siempre borrosas y luego se esfumaban. Un día, creí reconocer una voz familiar entre las de los guardias que hablaban entre sí frente a la puerta de mi calabozo. Justo en ese momento se dibujaron las formas difusas e imprecisas de una mujer, era Thérèse, alegre y bondadosa. Me di cuenta de cuánta falta me había hecho nuestra amistad durante los meses interminables de mi encarcelamiento. Ella, que era capaz de sondear mi mente, que conocía mis temores y mis alegrías. En el espacio frente a mí se precisó su rostro, y yo hubiera entregado mi último aliento por intercambiar una vez más nuestros secretos en un camarote exiguo de un galeón, por sentir su presencia y percibir el contacto aterciopelado de su piel contra la mía, el calor de su cuerpo. Esperaba que la envolviera la bruma blanca que la volvía mágica y que me transmitiera una sensación de seguridad. Estaba feliz de que ella no tuviera que soportar los horrores que los monstruos infligían a la intimidad de las prisioneras.

Thérèse la valiente, la imaginé perseguida por el ejército de Dios, vagando sola por el desierto pedregoso de Castilla, temblando de miedo y de frío con la crudeza del invierno, siempre fugitiva, una silueta frágil desafiante de las lluvias, el hielo y la nieve en las montañas. Mi amiga dirigiéndose hacia quienes me esperaban en Madrid. Había escapado a los amos intransigentes de la Fe que le pisaban los talones y había encontrado en el camino la ayuda caritativa de los campesinos pobres. Thérèse formaba parte de esos

seres que la humanidad

necesita para reparar lo que otros destruyen. Como una artesana de la vida, estaba animada por la fuerza que construye, más sólida que la que derriba, y la única que permite brillar en medio de las tinieblas. Esa fuerza estaba ahí, inspirada por nuestra relación, fruto del infortunio común que nos había conducido a acercarnos y compartir nuestras vidas, a participar cada uno en la existencia del otro uniendo nuestros destinos. Un vínculo más poderoso que la muerte, de una fuerza tal que nos sobreviviría, incluso más allá de la lenta descomposición de nuestros cuerpos.

Mi pasión abierta de par en par a la herida de los otros me permitió verla y seguir sus pasos. Su vigor y su temperamento decidido alentaron a Thérèse a resistir las más duras pruebas. Habíamos crecido lado a lado durante largos meses, como dos plantas que funden sus raíces bajo el suelo, sus hojas en el aire y sus perfumes en el cielo, y nuestro deseo de estar juntos se había vuelto una necesidad. Con la cara oculta bajo el capuchón del sayal, había sorteado grandes peligros en su travesía por tierras extranjeras, durmiendo en granjas o en el suelo, a veces mendigando algo de comida. Nunca se resignó. Extenuada, al borde de sus fuerzas, Thérèse golpeó una mañana el gran portón de la iglesia de san Jerónimo el Real y, con voz firme, pidió audiencia con el encargado del lugar.



Después de degustar las codornices rellenas bañadas en vino de la Toscana, el cardenal Belarmino le propuso a Paulo

V

distenderse cerca de la chimenea de una de las salas de su suntuoso palacio romano, sobre la Via De Corso. El antiguo consejero de Clemente VIII

esperó a que el Santo Padre estuviera cómodamente instalado en un sillón cubierto de sedas y terciopelos para tocar el asunto por el cual lo había convidado a esa cena a solas. Al tiempo que alababa las virtudes digestivas del aguardiente francés y del café que un criado acababa de traerles, Belarmino felicitó al Papa por el éxito de su pontificado.

A dos años y medio de su elección, Paulo

V

se había dedicado a dar continuidad a la política de Clemente VIII

, buscando aprovechar la debilidad del rey Felipe III

para acentuar la independencia del Vaticano respecto de la corte de España. Al respecto, al cardenal le parecía muy importante revelarle que sus espías en Madrid habían mencionado el arresto y encarcelamiento, en la prisión de Toledo, de un supuesto sacerdote que, durante su proceso, había afirmado en múltiples ocasiones ser el embajador del Kongo en ruta hacia Roma.

Acercándose a su interlocutor, Belarmino le repitió el detallado informe que le habían hecho sus agentes, para luego susurrarle al oído al sumo pontífice que podría obtener ciertas ventajas de todo ese asunto. Finalmente, brindaron con sus vasos de cristal cortado y Paulo Vprometió analizar la cuestión.

Ya de regreso a sus aposentos en el Vaticano, sentado en la parte trasera de la carroza y sintiéndose un poco mareado, Su Santidad recordó vagamente que tres años atrás, su predecesor había apoyado, efectivamente, a la naciente Iglesia católica de un reino africano para adelantarse a los protestantes, que no tardarían en implantarse en esas regiones. A Clemente VIII

le había importado tanto el asunto que le había pedido a Enrique IV

que organizara el traslado de un hombre desde la costa africana, pero como no confiaba plenamente en el rey de Francia, había llegado al extremo de sobornar a un oscuro pirata neerlandés protegido por la regencia de Argel para que se encargara de secuestrarlo sobre el océano y hacerlo llegar a Europa. Paulo V

se preguntó qué milagro habría colocado a este personaje en pleno corazón de Castilla y su mente nublada por los licores consumidos durante la velada vio en ello una señal del destino. Desde su autoritarismo, se dio cuenta de que el éxito del proyecto era la oportunidad ideal para afirmar su poder ante la Inquisición española, demasiado arrogante para su gusto. El Tribunal del Santo Oficio se había convertido en una institución religiosa de caricatura, una máquina de torturar y triturar seres humanos. Al alejarse del mensaje de amor transmitido por los católicos, desacreditaba al conjunto del clero y frenaba la expansión de la Fe. Había que meterla en cintura.

Paulo

V

pensó en la manera de liberar al africano y hacerlo llegar hasta el

Vaticano, sería otra batalla ganada en la guerra que estaba haciendo estragos en los pasillos de su palacio, entre su Iglesia y el Santo Oficio. El éxito de la operación le permitiría también contrarrestar su reputación de severidad. Rápidamente convocó a sus ministros y a sus dos hermanos menores, Francesco y Giambattista Borghesi, recién nombrados gobernadores del Vaticano, y les expuso su plan. Dirigiría una petición oficial a los responsables españoles,

indignado por el terrible desprecio que insultaba la memoria del difunto Clemente

VIII

. Avergonzados, los inquisidores ibéricos negarían la existencia del detenido o quizás intentarían eliminarlo para no quedar mal. Mientras tanto, sus hermanos ya habrían llegado a Toledo para rescatar al inculpado gracias a las complicidades locales. En cuanto el individuo estuviera en sus manos, nadie se atrevería a impedirles el paso en su regreso a Italia. El único riesgo que implicaba la aventura yacía en la posibilidad de hacer el ridículo, pues nadie sabía exactamente quién era este individuo, si un loco, un aventurero, un iluminado o realmente el que Clemente

VIII

había esperado en vano hasta su muerte. Uno de los consejeros dobló la apuesta al proponer, considerando la hipótesis de que sí se tratara de un auténtico diplomático, que lo recibieran en la Sala Regia, donde el Santo Padre acogía a los monarcas o sus representantes. Este gesto simbólico sustraería de facto al reino del Kongo de las tutelas española y portuguesa y le concedería a la Santa Sede el derecho de influir directamente sobre el clero, la política y el comercio de aquel país recóndito.

Al término de los debates, todos concluyeron que Paulo V

debía localizar al personaje, presentar el asunto como inspirado por una corazonada suya, entrevistarse con él y verificar si podría ser de algún provecho para implantar la religión en África. Las regiones subsaharianas rebosaban de salvajes, que representarían una reserva formidable de almas por convertir al catolicismo, suficientes fieles potenciales para paliar las defecciones masivas derivadas del avance de la Reforma en el norte de Europa. Los paganos que se negaran a adherirse a la verdadera Fe podrían ser capturados como esclavos y vendidos a buen precio en el Nuevo Mundo. En cualquier caso, el Vaticano saldría ganando. Al despedirse, satisfechos, decidieron que el prisionero llegaría a la Ciudad Eterna

durante el carnaval, para que, por muy excéntrico o exótico que fuera, se fusionara alegremente entre la multitud de disfrazados. Se anunciaría su llegada como una atracción adicional, sería aclamado por la

multitud, se sentiría importante y estaría en la mejor disposición para negociar.

Hasta que tuviera lugar la entrevista, nadie podría saber si se trataba de un payaso o un huésped distinguido. Considerando la pésima reputación de las mazmorras de Toledo, donde los detenidos morían a montones por la crueldad de los suplicios, habría que acelerar los preparativos. Se felicitaron y juzgaron conveniente rogarle a Dios que quien se hacía llamar Dom Antonio Manuel siguiera con vida.

Una semana después de haber conseguido, para tan delicada empresa, la colaboración de sus aliados en la iglesia de san Jerónimo el Real de Madrid, los hermanos menores de Paulo

V

se embarcaron con toda discreción en el pequeño puerto pesquero de Terracina, a orillas del mar Mediterráneo.



El día de mi liberación, no me moví siquiera con el ruido que hizo la puerta del calabozo al abrirse de par en par. Al escuchar una conversación, levanté la cabeza y, entrecerrando los ojos, distinguí vagamente una congregación numerosa frente a mi celda. Entraron varios guardias y me llevaron a un lugar mucho más cómodo. Mis brazos seguían tiesos, enroscados contra el pecho en una postura defensiva, con las manos protegiéndome la cara ante posibles golpes o maltratos. Un juez me habló de misericordia, de su gran bondad y de mi inminente partida, su voz resonó como un espejismo lejano, me costó trabajo creerle y me enrollé en un rincón de la sala, llorando. Los alimentos abundantes y de buena calidad que me sirvieron no tenían gusto para mi paladar y me resultó muy difícil deglutir, acabé ahogándome y vomitando todo. Los espasmos me hicieron caer violentamente al suelo y perdí el conocimiento. Aturdido, regresé en mí con una sensación de quemazón en los párpados cerrados, afuera brillaba en destellos anaranjados un sol claro y radiante. Su luz, que atravesaba la ventana sin el filtro de los barrotes, me enceguecío. Después de tantos meses en la oscuridad, casi me había quedado ciego y no lograba distinguir a las personas reunidas en la habitación. Mis sentidos, dañados por los meses de encarcelamiento, sólo me remitían

imágenes incompletas, tenía la sensación de que el espacio y el tiempo se colapsaban, me sentía flotar en una semiconciencia hacia un lugar extraño, tan cercano como lejano. Percibí el timbre suave de las voces de quienes me habían amado, volvían a mí y me murmuraban palabras amables. La emoción fue intensa. Al sentirlos tan cerca, supe que estaba al fin libre. Habían respondido a mi llamado silencioso y me habían socorrido.

Unas manos me tomaron delicadamente de los hombros, me colocaron en el piso y lavaron con abundante agua limpia mi carcasa quebrada, que ya no tenía más que la piel sobre los huesos. Me imaginé envuelto en los brazos de Thérèse y me volví un niñito frágil, me entregué al ángulo de su hombro y luego descansé sobre sus piernas. Viajaba de espaldas, traté de articular algunas palabras, un agradecimiento, compartirle mi alegría, pero no salió ningún sonido de mi boca, Me había quedado mudo. Soñé con su mano rozándome la sien, ella lloraba, trataba de captar mi atención, pero su cuerpo se evaporó. Me adormecí deliciosamente.

La ilusión florecía, cada vez más tangible, ella me llevaba a otro lugar, al rumbo de las quimeras, y me parecía que era el único sitio del mundo digno de ser habitado. Y me iba más lejos, hasta las épocas en que todo el reino del Kongo

era un himno a la belleza y al equilibrio del conjunto de la Creación, cuando predicaba la humildad, el respeto por todos y cada uno de los seres vivientes, de las montañas, las piedras y el viento. Hice escala en el pasado y saboreé un placer absoluto sobre una ribera bordeada de juncos y nenúfares, justo donde la tierra le da al río Kongo su coloración roja. Los bakongos estamos convencidos de que la sangre de la tierra corre entre las márgenes, sobre todo en las partes donde rugen los rápidos. El mismo líquido circula por nuestras venas, irriga la savia de las plantas que abundan sobre las orillas y nos consagra como hermanos y hermanas de la naturaleza que nos rodea. Deambulé entre los pescadores que lanzaban sus redes, maniobrando ágilmente de pie, en precario equilibrio sobre sus piraguas, simples troncos ahuecados con herramientas de piedra. Acuclillado cerca del agua, me deleité con la melodía de sus cantos, que me llegaban con el soplo de la brisa, se fundían con la música de la corriente y luego se debilitaban para transformarse en un susurro que me cosquilleaba los oídos. Al rememorar esos momentos de felicidad, alcancé la plenitud, la armonía con el gran Todo, una calma profunda. En relación serena con los elementos, me aparté de la locura destructora de los hombres.

Me volví un esquife a punto de zarpar, pero ya no sabía si era yo

quien me alejaba del mundo, o si el mundo ya me resultaba insignificante e irrisorio. Me hubiera encantado que mi vida transcurriera suavemente, que se dispersara como los granos de arena arrastrados por la brisa, que mi ser se sublimara poco a poco en un lugar aún por descubrir, suspendido por encima del suelo en algún punto donde desembocan el cielo y la tierra. Comparando la amargura de la realidad con los placeres de una existencia artificial, prefería no seguir viviendo. Sólo esperaba llegar a la aurora donde el amor por el prójimo triunfa sobre el desprecio hacia los semejantes, donde todos los seres humanos, con sus ropajes eternos, unidos sin importar su identidad, se reúnen en una misma fusión fraterna.

Al cruzar el umbral del pabellón, las palabras de Thérèse regresaron a mí como un eco lejano, me alentaba a continuar con el viaje. Por desgracia, mis carnes adoloridas habían sufrido tanto que estaba ya moribundo, demasiado débil para retomar la carrera loca y deslumbrante de mi misión. Había resistido el encarcelamiento alcanzando una nueva exaltación, mi cometido estaba intacto, pero mi cuerpo estaba tan disminuido que dudaba de mi capacidad de proseguir.

Recorrí dificultosamente el largo pasillo oscuro hasta el inmenso portón de hierro y madera de la entrada principal. Esperé a que se hubiera cerrado a mis espaldas y pensé: nunca más el choque de cadenas, el hambre, la angustia, las

humillaciones, la muerte. Debía continuar a toda costa.

Varias carrozas con todo su atalaje, dignas de un convoy principesco, me esperaban afuera de la fortaleza, y capté fragmentos de frases de misteriosos personajes que se presentaron como emisarios del papa Paulo V

, el nuevo sumo pontífice del Vaticano, sus propios hermanos, que habían llegado especialmente a buscarme. Hacía ya tres años que me esperaban en Roma. Me atenderían los médicos personales del Santo Padre, todo estaba organizado, partiríamos enseguida hacia Italia. Me acostaron sobre un lecho de seda en la parte trasera de la carroza de los hermanos Borghesi, una cabina con fondo de duela cubierto de pieles suaves y mullidas. Los caballos partieron al trote. Había vencido al Vent Paraclet, al Dragón y, por encima de todo, a la ceguera de quienes se proclamaban únicos detentores de la fe. Los dejaba atrás a todos, esclavos de su vanidad. Es imposible expresar con precisión la alegría que sentí con este pensamiento, pero me dio las fuerzas para cumplir con mi destino, había escapado de la Santa Inquisición

española, ya nada podría detenerme.



¿Cuántos días y noches transcurrieron en llegar desde Toledo hasta la costa y volverme a embarcar? Vagué a merced de otra escala de tiempo mientras esperaba el reencuentro con la sensación fresca de la brisa marina sobre la frente, con los sonidos de las olas al rodar y reventarse contra la orilla, dejando un delicado encaje de espuma sobre las rocas. Estaba impaciente por sentir la fuerza del viento, la corriente transportándonos cada vez más rápido y meciéndome sobre el oleaje. Anticipaba la danza suave y redonda del casco sobre las olas.

Cruzar el Atlántico había sido un doble calvario, pero la travesía del Mediterráneo se anunciaba como una liberación, el último tránsito. Mis ideas saltaban de un lado a otro, estaba animoso y confiado, ansioso por llegar a Roma y entregarle mi mensaje al Santo Padre, único capaz de restablecer la justicia y poner fin al suplicio de los esclavos y de todos los desdichados que había conocido desde la salida de Luanda. Sólo me preocupaba mi voz, que no regresaba, y mi estado de salud que, lejos de mejorar, se seguía deteriorando.

No lograba incorporarme, y mi vista inexacta sólo podía adivinar lo que ocurría afuera de la opacidad que me rodeaba. El corazón me latía muy débilmente, a menudo sufría vértigos estando en mi lecho, perdía la capacidad de distinguir entre el calor y el frío, a veces me sentía atrapado en mi propia carne. Hubiera deseado existir sin cuerpo, al menos un instante, elevarme, flotar por encima de mí mismo, con la mente liberada para reunir las palabras que debía dirigirle al Santo Padre para hablarle de todo el sufrimiento, que nada se perdiera en el abismo del tiempo ni cayera en el olvido.

El viento hinchó por fin las velas en el puerto de Barcelona, los movimientos lentos de la embarcación sobre un oleaje calmo aliviaron los dolores de mis músculos, mortificados durante el trayecto por tierra por el lamentable estado de los caminos de Cataluña. Finalmente sentí el aire revitalizante de la brisa marina.

La mar y yo nos habíamos reencontrado al fin. Reconocí a una amiga querida, inconstante, caprichosa, de humor movedizo, ya sombrío y colérico, ya tierno y maternal. Para mi última travesía, me meció sobre su superficie llana y fluida, me cuidó, protegió mis últimas fuerzas. Pese a las atenciones que me prodigaban mis nuevos aliados, sabía que tenía los días contados. Para mí, vivir y morir se confundían, eran dos aspectos de una misma realidad, ya sólo me

importaba la esperanza de cumplir con mi misión antes de ascender hacia la luz eterna, la única sin crepúsculo. Tras este interludio sobre la tierra de los hombres, colmado de tumultos, desilusiones y algunos claros de felicidad, esperaba transformarme

en un espíritu sabio y protector.



Con mano firme y cálida, un criado me levantó la cabeza y la recargó delicadamente sobre unos cojines en la cabina de un coche de tiro, para que no me perdiera nada del alborozo y entusiasmo increíbles que provocaba mi llegada. Millares de faroles suspendidos de los árboles de los jardines y en cada crucero iluminaban la Ciudad Eterna, había orquestas que tocaban melodías alegres y animadas, se ofrecían refrigerios y bebidas a los paseantes que se cruzaban con mi carroza. Todos bailaban al son de los tambores alrededor de las fuentes en plazas florecidas cuyos ramos llenaban el aire de aromas delicados.

Las calles por las que avanzábamos estaban impecablemente limpias y decoradas con guirnaldas y banderas multicolores. Desde la altura de sus zancos, actores en atuendos de oro y plata se reunían, arengaban a los curiosos, los alentaban a aclamarme y formaban cortejos a nuestro alrededor. Cornos y otros instrumentos de viento desconocidos para mí acompañaban los tañidos de las campanas y las hurras y bravos de la multitud. Mujeres tocadas con sombreros cubiertos de plumas, muy elegantes con sus vestidos púrpuras, escondían sus rasgos detrás de caretas blancas y doradas, se mezclaban con el jolgorio, contoneándose y agitando espléndidos abanicos con ambas manos. Un bufón de sonrisa color violeta trazada de oreja a oreja ejecutó piruetas espectaculares junto a nuestro carruaje. Maravillado, seguí con la mirada sus cabriolas, cuyos movimientos veloces le daban al abigarrado disfraz multicolor el aspecto de un arcoíris giratorio sobre nuestras cabezas.

Escuché un rumor cada vez más cercano, un fervor cada vez más denso proveniente de las callejuelas de la ciudad santa vestida de gala y que acabó por llegar hasta mí. Fueron clamores, hurras y sombreros al aire por el embajador que había llegado desde la lejana África. Me incorporé, no sin dificultad, para agradecer y saludar a mi vez. Con lágrimas en los ojos, le di gracias al Cielo por las alegrías y sufrimientos soportados para poder vivir ese instante de felicidad absoluta. Nunca hubiera imaginado un recibimiento tan cálido en la más santa de las ciudades. Había luchado por una idea, sin grandes esperanzas de triunfar, pero finalmente lo había logrado. Sólo faltaba

encontrarme con el Papa.

De camino a los apartamentos donde me tocaría residir, graciosamente puestos a mi disposición por el cardenal Belarmino, atravesamos una muchedumbre aún más animada. La afluencia se volvió tan densa que debimos hacer un alto sobre la larga y recta Vía Del Corso, flanqueada a ambos lados por numerosos palacios de cuatro o cinco pisos de altura decorados con tapices en cada balcón y ricos

cortinajes en cada ventana, desde donde cientos de espectadores dejaban caer una lluvia de papel picado y almendras confitadas. Luego el fervor bajó de intensidad, ya nadie se movía, todos a la espera de la próxima atracción, las carreras que estaban a punto de comenzar. Primero se escuchó a lo lejos el martilleo de cascos sobre la calle adoquinada cubierta de golosinas y confeti amarillo, azul, verde y rojo cortado en forma de estrellas, lunas crecientes y círculos. Luego retumbó el eco de mugidos de bestias frenéticas. A lo lejos, en el extremo de la calle, varios campesinos habían fustigado a una veintena de búfalos que se empujaron y encimaron salvajemente, bajo el coro de incitaciones y vociferaciones, hasta la línea de llegada.

El cielo hasta entonces despejado se ensombreció, un aguacero amenazaba cuando vimos frente a nosotros a varios cardenales acompañados por su imponente escolta acomodarse en una terraza cubierta de uno de los edificios más hermosos. Por nada del mundo querían perderse la continuación de los festejos. El que estaba sentado en el centro de todos, el único vestido de blanco, se puso de pie, se acercó a la orilla de la terraza y, entre una lluvia de aplausos, anunció la salida de la carrera de los judíos. Semidesnudos bajo la llovizna fría, varios jóvenes con la cabeza gacha eran humillados por el público, ya delirante.

Unos se carcajeaban al paso de los corredores, calzados con zapatillas de mujer, que se resbalaban sobre el adoquín mojado, otros se divertían señalando sus gorros ridículos o los diminutos taparrabos que apenas disimulaban su intimidad.

Entre más avanzaban, más se entorpecía su paso por la cantidad ingente de alimentos que los habían forzado a ingerir antes de la carrera. Su dificultad para completar el recorrido atizó las burlas y la hilaridad colectiva. Ridiculizados, habían sido reducidos a una condición elemental que contrastaba con los vestuarios admirables y refinados de sus vecinos cristianos. Fue un drama horrible lo que se desplegó ante mis ojos, y en mi memoria se grabaron la actitud y la mirada de esos jóvenes ultrajados, lanzados como pastura para el

escarnio de los habitantes de Roma. Conservé su tristeza y resignación, la misma que me había encontrado ya tantas veces desde los campos del Kongo. Sabiéndose sin recursos, también ellos se callaban. Desde lo alto de su terraza, al abrigo de la lluvia, los dignatarios de la Iglesia se mofaban de los torpes corredores humillados abajo en la calle. Yo, que creía haber llegado el día de la consagración, era simplemente un participante adicional en una enorme farsa estridente, pomposa y de mal gusto, despojada de la compasión que había esperado encontrar en la Ciudad Eterna.

Yo no era más que un payaso, una atracción entre tantas para distraer al pueblo.

Era demasiado. Le di a entender al criado que le ordenara al cochero partir enseguida, pero estábamos bloqueados por la multitud inmóvil. Ya nadie se interesaba ni en mí ni en los desgraciados corredores que completaban su calvario. Después del excelente humor que les habían producido las burlas, los romanos volcaron su atención sobre el avance lento de los carros alegóricos y las cabalgaduras ornadas con escudos de armas que le abrían paso al acto principal del espectáculo. Una cuadrilla de magníficos corceles con las crines al viento pasó galopando a toda velocidad, para enorme fascinación de la concurrencia.

Arrancaron en una cabalgata desbocada, sin que los jinetes controlaran a sus monturas, que se sacudían con los flancos cubiertos de oropeles y adornos de vidrio y hojalata. El público les dedicó a los animales, como a mí un poco antes, un despliegue de ojos abiertos de par en par, ovaciones y gestos de admiración.

Tras la competencia, todos se dispersaron y emprendieron una batalla de velas en medio del jolgorio, cada uno trataba de apagar las velas de los demás, que a su vez trataban de protegerse, y la calle se volvió un ballet de flamas que desaparecían y se volvían a encender. Mi único deseo era alejarme lo más pronto posible, apartarme de las gesticulaciones y los ruidos de la verbena, que se extendió hasta el amanecer.

Ya estaba entrada la noche cuando los lacayos de mi anfitrión, ataviados de príncipes, me hicieron una reverencia y luego me ayudaron a descender con mucha dificultad los tres peldaños de la carroza, al pie de la cual habían desenrollado una alfombra bordada. Al observar mi fragilidad, se acomidieron a sostenerme hasta llegar a una habitación digna de un rey, con un gabinete y una alcoba contigua donde me habían preparado una suntuosa cama con

baldaquín y dosel de seda. Los criados me acomodaron delicadamente sobre las colchas de terciopelo. Me sentía tan mal que los médicos del cardenal fueron convocados de urgencia para averiguar mi estado de salud.

Después de un examen minucioso de mi cuerpo enfermo, se alejaron con semblantes graves y preocupados. Quedaba poco tiempo, había que acelerar el momento de mi audiencia con Su Santidad, previsto para dos días después en la Sala Regia, pero tendría que recibirme al mediodía siguiente. Los festejos del carnaval de Roma retenían a Paulo

V

mientras yo vivía mis últimas horas.



Sostenido por los soldados de la guardia vestidos de gala, apreté fuertemente la mano del criado que caminaba junto a mí. La vista se me había vuelto a deteriorar mientras dormía, distinguía apenas las cúpulas de la basílica de San Pedro, envuelta en neblina. Mi lucidez vacilaba entre momentos de ausencia y otros en que recuperaba todas las facultades conscientes. Me encontraba detrás de los cardenales, en la parte posterior de la sala de consejo. Al fondo, el jefe espiritual de la Iglesia escuchaba un informe financiero, nadie se atrevía a intervenir, no toleraba ninguna interrupción durante la lectura de los comunicados.

Hubo un breve silencio y luego el Sumo Pontífice, con gesto cansado, le dio la palabra a otra persona que se eternizó en una interminable letanía sobre el debilitamiento de la influencia papal ante el poder creciente de España y el incremento de sus riquezas. Luego llegó el turno de que sus representantes ante los gobiernos extranjeros expresaran su alarma por la disminución considerable en las contribuciones aportadas por los fieles. Reprocharon la fastuosidad de la que se seguía rodeando el papado, mientras que el resto del clero veía en riesgo su nivel de vida, en vista de que los adherentes al protestantismo se negaban a pagar impuestos a las iglesias católicas, en favor de las reformadas. Era urgente que el Vaticano restableciera el orden donde su autoridad estaba disminuyendo, sobre todo en el norte, en las diócesis de Holanda o Alemania, en todas las regiones donde la Inquisición no tenía una influencia tan fuerte como en Italia o España. Sin responder a las quejas, irritado, Paulo V

los despachó a todos con un ademán. Ofendidos, pero sin decir nada, los prelados abandonaron la sala.

Me sentía demasiado lejos de la maravillosa ciudadela perdida entre las nubes con la que había soñado a bordo del Vent Paraclet, donde el Vaticano era un lugar de recogimiento, oración y estudio. En realidad, sólo se trataba de intereses, influencias y finanzas, asuntos muy alejados de las preocupaciones celestes. La sala estaba repleta de clérigos que ya no se preocupaban por el alma, habían convertido a Dios en un instrumento al servicio de sus ambiciones personales y políticas. Sus discursos insignificantes, sin relación alguna con la palabra divina, me entristecieron, me supe ajeno a ese lugar de poder e intrigas.

En las bocas de estos hombres de carne y hueso que supuestamente transmitían la voz del Señor, no detectaba ninguna señal del amor que es el milagro preferido de Dios, la magia más poderosa. Lo que ocurría frente a mis ojos me recordaba más bien a escenas de las que había sido testigo en otras latitudes, en el reino del Kongo, en el tribunal de la Inquisición e incluso en el puente del Vent Paraclet: sumisión, obediencia ciega, cálculo de ganancias.

Presa de vértigo, estuve a punto de perder el equilibrio, cuando me sujetaron unas sombras venidas del más allá, los esclavos del entrepuente. Las campesinas ultrajadas corrieron a apoyarme, me rodearon los prisioneros torturados en Toledo, los judíos desnudos bajo la lluvia vinieron en mi auxilio. Fui asistido por una multitud de supliciados, víctimas de impostores que pretendían ejercer la ley de Dios o que inventaban cualquier pretexto para legitimar el menosprecio de la vida humana y cometer las peores atrocidades. Mi mirada se tiñó de la luz que irradiaban los corazones hendidos de los desheredados, y la llama de mi entusiasmo se renovó en la belleza de las almas con las que me había cruzado a lo largo del camino.

En mi mente perturbada se confundieron Álvaro

II

y Paulo

V

, uno con lacayos acostados boca abajo a sus pies, el otro ante una dócil asamblea de cortesanos que intrigaban complots. Al término de un viaje tan largo, me encontraba en un recinto igual a aquel donde había comenzado mi aventura, marcado por la arrogancia y la

pretensión de los poderosos. Los fantasmas que me rodeaban se impacientaron, se pusieron de pie y comenzaron a avanzar. Les seguí los pasos implorándoles a mis abuelas y a los amos del mundo invisible que me devolvieran la voz perdida, al menos por ese momento.

Inspiré profundamente, recuperé un aliento tímido y solicité hablar con Paulo V

. Al escuchar su nombre susurrado al fondo de la sala, el Papa levantó el mentón del puño sobre el que estaba apoyado, primero sorprendido, luego intrigado, tratando de encontrar la fuente del llamado que lo sacaba de su fastidio. Un

consejero corrió a susurrarle algo al oído, señalándome con el dedo. Cesaron los conciliábulos, se silenciaron los murmullos de desaprobación que rezumbaban en las galerías, fueron arrastrados por las corrientes de aire que entraban por los inmensos ventanales que daban a la Plaza de San Pedro.

La figura grácil y espigada de Thérèse, envuelta en sus andrajos de joven grumete, se me apareció por última vez. Después de sonreírme, desapareció entre una bruma lechosa, me invitaba a hacer un último esfuerzo. Me liberé de los criados que me sujetaban y me puse en movimiento, con paso incierto, el cerebro lleno de confusión, aún febril, pero decidido. Con el sostén de un ejército invisible, atravesé la inmensa sala flanqueada por dos filas de columnas y luego caminé por la alfombra carmesí que llevaba hasta el estrado. La mirada se me perdía en el infinito esplendor de los mosaicos y frescos en los techos, giré sobre mí mismo, ebrio de colores y formas, atónito ante las expresiones en los rostros de los personajes pintados. Todo un mundo de maravillas. Di vueltas con el desenfado de un sonámbulo, los nuncios y cardenales se inclinaban a mi paso, sus sotanas perfectamente alineadas, formando una larga ola púrpura que mi túnica blanca acarició como una brisa de primavera roza la vela de un barco.

Mientras avanzaba hacia el Santo Padre, que me esperaba al final de la fila, tuve la sensación de ir navegando. Cuando iba a medio camino, la asamblea se postró en un movimiento que me recordó el del oleaje al golpear contra la rompiente.

Comencé a desfallecer. Escuché a lo lejos el tintineo del cambio de turno, las órdenes del segundo de a bordo, el grito estridente de las aves en un cielo de tormenta, y luego el eco rotundo del lamento de

los muertos, que me animaban a continuar. Pero ahora iba escalando trabajosamente una colina. Atraído por el sonido de una campana, entré en la capilla de Boko, que se erguía sobre las llanuras de Galicia, irrigada por el río Kongo, bajos los colores cálidos del otoño.

Me deslicé por el cieno del río, salpicado de juncos, las piernas ya no me respondían. Le sonreí al despojo mutilado del hermano Roberto, que cabalgaba sobre su burro. Un centenar de manos con las muñecas ceñidas por cadenas perforaron la inmensidad azul del Atlántico y me sacudieron los miembros entumecidos. Se elevó la voz de un coro que combinaba los cantos de mis nueve abuelas y las alabanzas de los monjes. Agónico, esperando una última energía, necesitaba un sobresalto para impedir que mi cuerpo se colapsara justo ahí, a algunos metros del Santo Padre, que permanecía inmóvil, cómodamente sentado entre los mullidos cojines de su magnífico sillón de oro y terciopelo.

Volví a mis sentidos. De rodillas frente a él, reconocí al hombre que la noche

anterior, desde un balcón del palacio, había anunciado la carrera de los jóvenes judíos y luego se había reído de sus humillaciones. Intenté hablar, pero ya no tenía palabras para la persona que tenía enfrente. Tanto tiempo había creído que me encontraría con un hombre santo, pero lo que veía era un quincuagenario consumido, perfumado de esencias delicadas, tocado con una tiara soberbia y engalanado espléndidamente con una túnica blanca que le llegaba hasta los pies.

Un hombre de rasgos cansados debajo de una tez realzada por polvos de colores encendidos, un dirigente encerrado en el fasto, ocupado en mantener una apariencia elegante, atrapado en las posturas, los gestos mecánicos y fútiles del protocolo. La expresión de su rostro atestiguaba la mediocridad de un individuo obligado a vivir lejos de cualquier tipo de ideal. Escudriñé en vano su mirada orgullosa y concupiscente, busqué lo que su corazón pudiera contener de profundidad espiritual, de mansedumbre, de humildad. Pero el ser insignificante que me dirigía la mirada sólo atinó a tenderme la piedra preciosa de su anillo. Yo venía a hablarle del sufrimiento de niños, mujeres y hombres oprimidos, negados, presas de la arbitrariedad, y él me pedía un acto de subordinación.

Levanté la cabeza y miré fijamente a Paulo

V

sin parpadear una sola vez. Por mis ojos corrieron las lágrimas de Linda, las de su hijo vendido por su padre y los últimos sollozos de Simon Danziger. Agregué las sonrisas de las cuatro suicidas desaparecidas en el océano, la valentía de los sublevados vencidos por el cañón y muchas penas más. Pero sus voces, así como las de todos los olvidados que flotaban en el aire, decididos a irse de ahí y dejar sólo el recuerdo de su martirio poseyendo el Vaticano, retumbando en cada pared, en cada mueble imponente y en todo su lujo, esas voces las conservé en mi interior. Sólo esperaban que yo partiera hacia el más allá para llegar conmigo a las praderas eternas, ninguna de ellas se volvería polvo mientras no se perdiera su recuerdo, ésa había sido mi verdadera misión. Al término de mi viaje, me quedó claro que, con todas esas voces, formábamos parte de un conjunto mucho más grande que nuestros pueblos respectivos y las comunidades de nuestras religiones.

No besé el anillo papal. Encontré la fuerza suficiente para estirar el brazo hacia Paulo

V

y trazar con el pulgar la señal de la cruz sobre su frente. Luego me derrumbé, exhalé mi último aliento, satisfecho, extenuado pero feliz. Abandoné el mundo, salté al abismo del tiempo, seguro de que alguien, algún día, retomaría las palabras que habían buscado poner fin a la esclavitud y a tantos crímenes de la humanidad, las palabras de un sacerdote procedente de una provincia en el reino de los bakongos. Mis esperanzas encontrarían entonces un eco entre la gente de la Tierra. Partí liberado de ilusiones y traiciones, del fuego y la locura de los hombres, listo para cumplir mi sueño de eternidad, convencido de que el tiempo infinito bastaría para concederle a cada uno su parte de justicia y dignidad. En alguna parte del universo, me reuniría con los esclavos, los oprimidos y los supliciados, recordaría cada una de sus caras, me cubriría con sus lágrimas y velaría sin descanso por su salvación, una tarea colosal.

El recuerdo de mi tierra natal seguía vivo, pero como una tierna melancolía, ya no era un desgarramiento. Mi periplo me había enseñado a moverme hacia adelante, un gesto más enriquecedor que el repliegue en la nostalgia del pasado.

Eso que viví como un exilio, puedo decir ahora que fue la más extraordinaria de las aventuras entre los paisajes y los hombres, me sacó de entre las nubes que me velaban los ojos en mi país de nacimiento. En Boko, rodeado únicamente por los míos, hubiera

vivido en una pobreza del alma, hubiera aprendido poco en el curso de una vida insípida y sin chispa. Al paso de los países que atravesé, descubrí una afinidad con la gente virtuosa, animada por la ternura y la compasión. Esto se lo debía sobre todo a Thérèse, a quien sabía ya tranquila y sosegada en algún lugar de una dimensión secreta y eterna, desde donde también ella guardaría el recuerdo de nuestras esperanzas. Sin su presencia durante mi errancia, nunca me habría iniciado en la calidez y la alegría de ser dos. En el momento de mi muerte, subsistía en mi corazón un fuerte apego a la existencia de una pasión de amor entre los humanos, la que trasciende la vida sobre la tierra en una experiencia sublime.



Nsaku Ne Vunda murió en Roma en enero de 1608. La luz de aurora que emanó de su cuerpo cegó al Papa al punto que debió retroceder un poco, para luego caer de rodillas y levantar los brazos al cielo. Después de que sus hermanos Francesco y Giambattista le narraron las pruebas que había soportado el sacerdote venido del Kongo, el pesar del Santo Padre fue tan grande que decretó un duelo de varios días como homenaje al primer embajador de África en el Vaticano. Paulo

V

ordenó que los restos de Dom Antonio Manuel fueran sepultados en la basílica de Santa María la Mayor y le encargó al artista Francisco Caporal que esculpiera su busto en mármol negro, para que nunca cayera en el olvido aquel que por su Fe había viajado por un océano, dos mares y tres continentes.

AGRADECIMIENTOS

P

ARA LA ESCRITURA DE ESTE LIBRO, EL AUTOR CONTÓ

con apoyos y residencias creativas del Centro Nacional del Libro (Francia), de la asociación Lecture en Tête (ciudad de Laval, departamento de Mayenne), de los gobiernos de la región Isla de France y de la aglomeración Grand Paris Sud Seine-Essone-Sénart, y del Walter Benjamin Kolleg en el marco del programa Friedrich Dürrenmatt Gastprofessur.

Asimismo, fue acogido en la abadía Saint-Benoît d’En-Calcat.

Reciban todos su agradecimiento.

Para escribir la versión en español, la traductora contó con el apoyo de una beca de la Secretaría de Cultura de México, a través del Sistema Nacional de Creadores de Arte (

SNCA

), y de una residencia de escritura en Casa Estival, en Santa Clara del Mar, Argentina.

Asimismo, fue acogida por el Laboratorio Permanente del Círculo de Traductores.

Reciban todos su agradecimiento.

OTRA RUTA TRASATLÁNTICA, O NOTA DE LA TRADUCTORA

E

L LIBRO QUE ACABAN DE LEER

, U

N OCÉANO, DOS MARES

, tres continentes de Wilfried N'Sondé, forma parte de un proyecto más amplio,

"Las orillas desde las orillas: de África para América", consistente en la traducción al español y publicación en México de novelas del continente africano. El nombre y propósito del proyecto están inspirados en una consigna transmitida por Nair Anaya, colega premiada por su traducción de Condiciones nerviosas de la escritora zimbabwesa Tsitsi Dangarembga: como traductores latinoamericanos tenemos el deber de traducir las orillas de la literatura del mundo desde nuestras propias orillas dentro del mundo hispanohablante. Puesto que en América Latina traducimos sobre todo de y hacia lenguas coloniales (francés, inglés, italiano, alemán, portugués y español), la consigna de traducir las orillas desde las orillas implica mirar hacia las literaturas periféricas de estas lenguas dominantes, es decir, hacia literaturas de países con una historia colonial, lo mismo que los nuestros. Como explica la quebe-quense Lise Gauvin, la literatura escrita de estos países se produce principalmente en las lenguas hegemónicas, por motivos estratégicos o simplemente históricos, pero a la vez son lenguas marcadas por las culturas y lenguas locales, tal y como ocurre en nuestra propia región latinoamericana. Y la traducción, como gesto de entendimiento orgánico y vivencia simbólica, nos ofrece una vía para entrar en diálogo con otros mundos por el camino de su literatura. Así, también el corpus del

proyecto se inspiró en el trabajo de Nair, para sumar un punto de acercamiento con un continente del que en América Latina seguimos conociendo muy poco, no sólo en términos literarios, sino incluso históricos, económicos, culturales, pese a que compartimos una historia colonial y a que en remotos tiempos geológicos formamos una sola masa. La materialización del proyecto fue posible gracias al apoyo de una beca del Sistema Nacional de Creadores de

Arte (

SNCA

) y a la confianza de una editorial visionaria y comprometida como es Elefanta.

Además de los argumentos de lengua y cultura, el hecho de establecer vasos comunicantes entre las orillas del mundo permite desafiar el acceso desigual a los derechos de traducción en el mundo hispanohablante y enriquecer el panorama literario latinoamericano al darle voz en español a obras contemporáneas que resultan inmediatamente fascinantes para nuestros lectores.

Otros títulos que forman parte del proyecto "Las orillas desde las orillas" son (In)dependencia de Sarah Ladipo Manyika (Nigeria, 2019), Los intranquilos de Azza Filali (Túnez, 2014), Matemáticas congolesas de In Koli Jean Bofane (República Democrática del Congo, 2008), El tambor de lágrimas de M'barek Ould Beyrouk (Mauritania, 2015) y Los acuáticos de Osvalde Lewat (Camerún, 2021), a las que seguramente se irán sumando muchas más. Cada una de estas obras representa un cruce entre relatos de personajes particulares y escenarios históricos, geográficos y culturales inmensamente amplios y densos. En todos los casos, se trata de obras de autores vivos y en activo, que nos ofrecen una mirada actual a sus mundos, a la vez tan distantes y tan cercanos a los nuestros.

Muchos de estos autores forman parte de la llamada diáspora africana, que la Unión Africana considera su sexta región (además de las cinco definidas geográficamente), porque "se compone de personas de origen africano que viven fuera del continente y que, más allá de su nacionalidad y ciudadanía, desean contribuir al desarrollo de África y a construir la unidad africana". Otras etiquetas que podemos ver asociadas con autores de este tipo son las tradicionales francofonía o poscolonial, usadas para la literatura de las excolonias francesas e inglesas, respectivamente, o la más actual de afropeo, entre otras que van surgiendo como esfuerzos por delimitar desde la industria o la

academia un fenómeno que se desborda por todos lados. Si bien los autores del proyecto “Las orillas desde las orillas” son escritores ya reconocidos y premiados, no se trata de clásicos consagrados, sino de narradores actuales en pleno proceso de producción y ávidos de intercambio, pero aún poco conocidos en español, de modo que traducirlos abre desde México un diálogo que podría prolongarse en tiempo y espacio para formar una conversación múltiple en la que lleguen a participar muchas otras voces, lenguas y naciones. Por lo mismo, cada una de estas publicaciones se vuelve una pieza más de una historia que se está construyendo incluso al anotar estas líneas.

En el caso de Un océano, dos mares, tres continentes, se trata de la quinta novela de Wilfried N’Sondé y la primera que se centra en una figura histórica real, Nsaku Ne Vunda, sacerdote católico de los siglos

XVI-XVII

designado embajador del antiguo Reino del Kongo ante el Vaticano. La obra fue publicada en 2018 por la editorial francesa Actes Sud bajo el título Un océan, deux mers, trois continents, y obtuvo ese mismo año varios galardones: el prestigioso premio Ahmadou Kourouma, otorgado a obras francófonas por la Feria Internacional del Libro de Ginebra; el premio France Bleu/Page des libraires, otorgado a obras francófonas por la estación de radio y la revista cultural que le dan nombre; el premio literario L’Express/

BFMTV

, otorgado por estos dos medios informativos a obras en lengua francesa, y el premio de la Feria del Libro de Mans, así como menciones especiales del jurado principal y de los lectores en el Grand Prix du Roman Métis, otorgado por la ciudad de Saint-Denis, en la isla de La Reunión, a novelas que destaquen el valor del multiculturalismo. Al año siguiente de su publicación, la novela obtuvo el premio literario de los estudiantes de liceo de la región Île-de-France. Además del reconocimiento por parte de la industria editorial, entró rápidamente en otros circuitos, al volverse material de lectura para cursos de historia y literatura en el sistema escolar francés, inspiración para cineastas y dramaturgos, o pieza de discusión para historiadores y filósofos.

La vida actual de esta novela se ha ido entretejiendo con la historia antigua que narra, como un recordatorio de que los textos suelen decir y hacer en paralelo.

Fuera del ámbito francófono, una de sus primeras recepciones fue su traducción al portugués en Angola, en el puerto de Luanda, precisamente donde arranca la aventura de Nsaku Ne Vunda. Hay que tener presente que el norte de la actual Angola formó parte del Reino del Kongo descrito en la novela, que existió al menos desde el siglo

XIII

y que el autor escribe siempre con K para no confundirlo con las actuales República del Congo y República Democrática del Congo, derivaciones del llamado reparto de África que hicieron las potencias europeas en la Conferencia

de Berlín de 1884-1885. La misma distinción ortográfica se aplica en el gentilicio bakongo (donde el prefijo ba- designa la pertenencia a la nación), como lo explica el propio autor:

La K nos recuerda que se está hablando de un reino que ya no existe, y decir bakongo nos recuerda que estamos hablando sólo de los descendientes del antiguo reino. Digamos que no todos los congoleses actuales son bakongos, ni todos los bakongos son congoleses, pues muchos son ahora angoleños. Todo esto ocurrió porque los europeos establecieron fronteras que no tomaban en cuenta las ancestrales.

Así, simbólicamente, la primera traducción de la novela ocurre en 2019 en Luanda, dentro de las fronteras del antiguo Reino del Congo, y fuera de las fronteras de la República del Congo, país natal del autor. Estuvo a cargo de José Mena Abrantes y la publicó Mayamba Editora, bajo el título Um oceano, dois mares, trés continentes y el subtítulo De Luanda ao Vaticano (século *XVII*

): a espantosa odisseia de 'Negrita', o primeiro embaixador africano junto do Papa. El propio traductor explica cómo llegó a publicarse: La fuerte impresión que produjo en mí la lectura de la novela de Wilfried N’Sondé, sobre una personalidad muy poco conocida de la Historia de Angola, me llevó a extraer de ella una obra de teatro a la que di el nutrido título de Filho bem-amado do Kongo: Nsaku Ne Vunda/aliás Dom António Manuel /aliás Marques de Funesta/ aliás O Negrita. Insatisfecho por haber eliminado de la obra la prodigiosa imaginación de la novela y su minuciosa y emotiva descripción de personajes y situaciones, me sentí casi obligado a traducirla completa ese mismo año, para compartir con otros lectores en lengua portuguesa, en particular los angoleños, el inmenso impacto que produce.

Estas ediciones dieron lugar al reconocimiento de la figura histórica

de Nsaku Ne Vunda por parte del gobierno angoleño, que en noviembre de 2021 erigió una estatua en su honor y le puso su nombre a una calle en Mbanza Congo.

Entretanto, hubo también una edición italiana de la novela, a cargo de Stefania Buonamassa, bajo el título de Un océano, due mari, tre continenti (

66THAND2ND

, 2020), de modo que el libro seguía tocando las tierras pisadas por el personaje.

Con la edición mexicana continúa el simbolismo, como señala el propio Wilfried N'Sondé, porque se cierra, después de la publicación en Francia y la traducción en Angola, la misma ruta del llamado comercio triangular sobre la que se despliegan los acontecimientos de la novela, esa ruta que en tiempos no tan lejanos trasladaba metales preciosos, especias y otras materias primas de América a Europa, armas, herramientas y otros productos manufacturados de Europa a África, y seres humanos esclavizados de África a América, la ruta que ahora recorre una historia que busca hacerles justicia a las víctimas de ese circuito comercial.

En todas sus obras, que suelen tener el formato de novelas de aventuras, Wilfried N'Sondé nos cuenta historias en que la vivencia individual se despliega en escenarios históricos e internacionales más amplios que ponen de manifiesto condiciones de marginalidad, exilio, desarraigo, racismo y discriminación.

Dentro de estos marcos recurrentes, el autor les da un tratamiento literario a ciertos temas que aparecen también en Un océano, dos mares, tres continentes, como la memoria, la identidad de las personas más allá de su origen, edad o color de piel, la comunicación entre los mundos visible e invisible, la hermandad entre los pueblos y respeto por todo lo viviente, la continuidad entre lo actual y lo de antaño, o la victoria de la mente y el amor sobre el sufrimiento del cuerpo, de la inocencia sobre el poder, de la fraternidad e intimidad sobre las divisiones nacionales y los grandes intereses. Incluso en esta recurrencia hay una gran diversidad, como podemos ver en sus otras obras publicadas hasta ahora:

•Le cœur des enfants léopards (Actes Sud, 2007), en la que un joven cuyo nombre nunca se conoce, hijo de inmigrantes congoleses en Francia, recurre el vínculo con los antepasados para hacer frente a sus

circunstancias de marginalidad y desgarramiento emocional. El mismo 2007, esta novela obtuvo el

Premio de los Cinco Continentes de la Francofonía, otorgado por la Organización Internacional de la Francofonía, y el Premio Senghor, otorgado por Francia a primeras novelas francófonas y francófilas. Ha sido traducida al alemán como Das Herz der Leopardenkinder (München Kunstmann, 2008), al italiano por L. Quaquarelli como Il morso del leopardo (Morellini, 2009), al inglés por Karen Lindo como The Heart of the Leopard Children (Indiana University Press, 2016) y también hay una edición coreana.

•Le silence des esprits (Actes Sud, 2009), historia de la relación de apoyo mutuo y crecimiento de dos personajes marginales dentro de una nación rica: Clovis Nzila, inmigrante ilegal, y Christelle, auxiliar de enfermería. Esta novela ha sido traducida al menos al inglés por Karen Lindo como The Silence of the Spirits (Indiana University Press, 2017) y al español por Elena López como El silencio de los espíritus (Wanafrica Ediciones, 2018).

•Fleur de béton (Actes Sud, 2012), la historia de Rosa María, una joven que sueña con huir de la violencia, miseria, disfuncionalidad familiar y desesperanza de los suburbios parisinos donde vive, hacia condiciones más luminosas y amables. Esta novela fue traducida al inglés por Karen Lindo como Concrete Flowers (Indiana University Press, 2018).

•Orage sur le Tanganyika (Didier, 2014), obra breve dirigida a primeros lectores en lengua francesa, es el relato de una mujer a punto de dar a luz en una provincia africana muy pobre y su esposo desesperado por encontrar ayuda en medio de condiciones inclementes de guerra y tormenta, un motivo retomado al inicio de Un océano, dos mares, tres continentes.

•Berlinoise (Actes Sud, 2015), novela inspirada en la propia historia del autor: ambientada en plena efervescencia de la caída del Muro, cuando los jóvenes Stan y Pascal llegan a Berlín, forman una banda musical, conocen a Maya, estalla el amor y se desencadena la aventura.

•Aigre-doux (Actes Sud, 2019), primera novela del autor dirigida al público juvenil, escrita en forma de monólogo interior de una persona joven que nunca se sabe si es mujer u hombre, ni su edad exacta, para explorar cómo las identidades personales pueden construirse más allá de las categorías física o socialmente visibles. Fue publicada el mismo

año en alemán e incorporada a los programas escolares de Francia y Alemania.

•Femme du ciel et des tempêtes (Actes Sud, 2021), novela de aventuras en la que un chamán siberiano encuentra bajo el hielo la momia de una princesa africana y se vale de ella para enfrentar, junto con científicos y ambientalistas de otros países, a una mafia de gaseros.

Además de escribir, Wilfried N'Sondé participa regularmente en proyectos colectivos, intermediales e interdisciplinarios centrados en la defensa de voces olvidadas, sean las de la naturaleza, las de los tiempos antiguos o las de identidades invisibilizadas, como podrían ser Manifeste pour l'hospitalité des langues (La passe du vent / L'instant même, 2012), Marianne et le garçon noir (Pauvert, 2017) o Borders (Actes Sud, 2021). Una pasión del autor es el deporte, que se refleja en su participación en la antología Les enfants de la balle (Librio, 2012), compilación de seis cuentos de autores africanos francófonos sobre futbol, a raíz de la Copa Mundial Sudáfrica 2010. Igualmente, se ha dedicado a la música, como compositor, intérprete y guitarrista, siempre en compañía de su hermano Serge N'Sondé. De hecho, al presentarse se define primero como músico y luego como escritor, y este lado musical se refleja en la cadencia y energía de su escritura en general. También con su hermano Serge escribió una obra poética, Amours et larmes d'exil (Éditions d'en bas, Lausana, 2015), donde exploran los mismos temas de interés en el formato más libre de la poesía, que curiosamente permite ver cuánto de ese torrente emocional el autor coloca en voz de sus personajes en las obras narrativas.

En Un océano, dos mares, tres continentes, es notorio cómo Wilfried N'Sondé retoma muchos de estos temas recurrentes, así como el mecanismo narrativo de la novela de aventuras que tanto le gusta, si bien Nsaku Ne Vunda no parecería de inicio el tipo de protagonista que esperaríamos encontrar en este género, como tampoco esperaríamos ver una novela de aventuras narrada como el monólogo interior de un busto de mármol. Puede ser interesante para los lectores comentar algunos otros detalles que seguramente habrán notado en la novela, además del ya mencionado de la escritura de Kongo y bakongo. Un rasgo central es que en ningún momento se menciona ningún color de piel, en consonancia con el esfuerzo general del autor por no definir a sus personajes a partir de rasgos como edad, género o procedencia. Él mismo dice al respecto:

No mencionar ningún color de piel fue la mayor apuesta del libro.

Quería demostrar que la esclavitud es ante todo un drama de la humanidad, es una manera peligrosa de considerar a los seres humanos, y el color de la piel no es más que un pretexto entre tantos otros. Era importante para mí retirar el color de piel de la reflexión sobre la esclavitud.

Otro detalle de la novela son los campos semánticos referentes a la vida marítima la trata de esclavos y la sociedad en la época colonial, y aquí agradezco las cuidadosas observaciones de Sairi Gómez, quien tras leer el manuscrito me fue compartiendo fascinantes relatos sobre las diferencias entre piratas y bucaneros, sobre la ubicación y funcionamiento de los fuertes de contención, sobre las partes del galeón y sus usos metafóricos, o hipótesis sobre por qué aparecen aves cuando el barco está en altamar. Podría incluir aquí algunos de sus pasajes, pero prefiero invitar a los lectores a buscarlos dentro de las reseñas que publicará en cuanto este libro vea la luz. Algo parecido ocurre con todo el lenguaje religioso que atraviesa la obra, desde el léxico hasta el recato y el abundante uso de mayúsculas en todas las referencias divinas, porque finalmente estamos en el pensamiento de un sacerdote católico. Y aquí le agradezco a Hugo Labravo sus cuidadosas advertencias. A este orden de lo religioso pertenece el simbolismo del nombre de la embarcación en que viaja el protagonista, Vent Paraclet, que coincide, por cierto, con el título de una novela de Michel Tournier, traducida al español como El viento paráclito. Sin embargo, no utilicé el mismo nombre para evitar falsas referencias, porque el propio autor aclara que no hay ningún vínculo con la novela francesa:

Es únicamente una referencia bíblica. Elegí el nombre porque en la Biblia, el viento paráclito es el viento que consuela a los hijos de Dios, que es justo lo contrario de lo que ocurre a bordo. Es cínico, pero de hecho todos los barcos que transportaban esclavos tenían nombres muy bíblicos siendo lugares donde se torturaba gente.

Es posible seguir comentando detalles, pero prefiero dejar abierta la invitación a que ustedes como lectores, críticos o colegas continúen la búsqueda a su antojo y

a que, entre todos, ya sea de este lado de la página o de aquél, sigamos enriqueciendo nuestro panorama literario.

UN OCÉANO,

DOS MARES,

TRES CONTINENTES

Se terminaron de imprimir 1000 ejemplares el mes de septiembre de 2022, en los talleres de Impresión y Diseño, Suiza 23 bis, Colonia Portales, Ciudad de México,

C.P.

03300.

Impreso sobre papel bond cultural ahuesado de 90 g/m^2 para los interiores y cartulina sulfatada de 14 puntos para los forros.

Para su formación se utilizaron las familias tipográficas Gotham Narrow de Jonathan Hoefler & Tobias Frere Jones, diseñada en 2000, y Minion diseñada por Robert Slimbach, en 1992, inspirada en la belleza de las fuentes del Renacimiento tardío.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Emiliano Becerril Silva y Karla Esparza.

La portada fue realizada por Ana Bellido y la formación por Lucero Vázquez.

Ciudad de México, 2022



Document Outline